


RHYS BOWEN

EL NIÑO
ESCONDIDO

Traducción de
Pilar de la Peña Minguell

amazon crossing 

EL NIÑO² ESCONDIDO

EL NIÑO ESCONDIDO

RHYS BOWEN

Traducción de
Pilar de la Peña Minguell

amazon crossing 

Título original: *The Tuscan Child*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2018

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38 Avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Febrero, 2020

Copyright © Edición original 2018 por Rhys Bowen

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2020 traducida por Pilar de la Peña Minguell

Adaptación de cubierta por Rebecca Frascoli / studio pym, Milano

Imagen de cubierta © worker / Shutterstock; © Simon Greenwood / Getty Images

Primera edición digital 2020

ISBN Edición tapa blanda: 9782919805099

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Rhys Bowen es la autora de las series de misterio Royal Spyness, Molly Murphy y Constable Evans —todas ellas *bestsellers* de *The New York Times*— así como de *In Farleigh Field*, número uno de ventas en Kindle. Ha sido galardonada con el premio Agatha a la mejor novela y nominada al premio Edgar, entre otros muchos reconocimientos. Bowen nació en Bath (Inglaterra), estudió en la London University, contrajo matrimonio con un miembro de la aristocracia británica emigrado a Estados Unidos y en la actualidad vive a caballo entre el norte de California y Arizona.

Este libro está dedicado a Piero y Cajsá Baldini, que han hecho de mi reciente viaje a la Toscana una experiencia maravillosa y me han proporcionado para este libro información que solo un nativo de la zona podía ofrecerme. Doy las gracias, como siempre, a mis magníficas agentes, Meg Ruley y Christina Hogrebe; a todo el equipo de Jane Rotrosen, y, sobre todo, a Danielle y al equipo completo de Lake Union, que han hecho posible que publique la novela que siempre había soñado con escribir. Y por último, por supuesto, gracias a John por su amor y su apoyo.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Capítulo 1

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Iba a morir, eso era evidente. Hugo Langley procuró analizar con frialdad esa realidad. El ala izquierda del bombardero Blenheim que pilotaba se había incendiado y las llamas lamían ya la cabina. A su espalda, su copiloto, el teniente de aviación Phipps, se había derrumbado sobre el cuadro de mando. A un lado de la cara le corría un reguero de sangre que escapaba por debajo del casco de vuelo. Y Gunner Blackburn ya estaba muerto: lo había abatido la primera ráfaga de disparos de los Messerschmitt. Hugo no sabía con certeza si a él lo habían alcanzado. El organismo todavía le bombeaba adrenalina con tanta violencia que le costaba discernirlo. Se miró los pantalones salpicados de sangre y se preguntó si sería suya o de Phipps.

—¡Maldita sea! —masculló.

No quería acabar así, tan pronto. Esperaba heredar Langley Hall y el título nobiliario algún día, y disfrutar de su estatus de terrateniente, sir Hugo Langley. Pensó un instante en su mujer y en su hijo, pero su recuerdo apenas lo alteró. Ella se las apañaría bien sin él, se mudaría a la mansión con el abuelo hasta que encontrara a otro, cosa que sin duda haría. Su hijo, ese chiquillo callado y peculiar, era demasiado pequeño como para recordarlo. Hablarían de él como de un héroe, cuando en realidad era un maldito imbécil, un blanco perfecto. Aquel bombardeo no tendría que haberse realizado. Todos sabían que los Blenheim estaban obsoletos, que eran más lentos que los cazas del enemigo. Además, para llegar desde la base, próxima a Roma, hasta su objetivo en las playas de maniobras de los ferrocarriles milaneses, debía sobrevolar rumbo norte cientos de kilómetros de territorio ocupado por los alemanes.

Procuró valorar con frialdad la situación. Aunque consiguiera que aquel trasto viejo diese la vuelta, algo muy improbable con un motor incendiado y un ala inutilizada, el Blenheim no llegaría a la base, pero tampoco iba a quedarse de brazos cruzados y dejarlo caer en llamas como si fuera un pollo asado. Se asomó por el parabrisas para examinar el terreno. No vio nada. Era noche cerrada. El cielo estaba cubierto. No había luna. Ni estrellas. Ni luces en tierra. Salvo que los llevara aún pegados a la cola, tampoco había rastro de aviones enemigos. Sospechaba que lo habían dado por acabado, para ellos él ya no era motivo de preocupación. Por la última posición comunicada, supuso que debía de encontrarse sobre la Toscana en esos momentos. Puede que incluso al norte de Pisa y bastante adentrado en territorio aún controlado por los alemanes. Aquella región era montañosa y agreste. Aún tenía una posibilidad de esconderse y llegar sano y

salvo a la costa si lograba lanzarse en paracaídas sin que el avión se incendiara. En cualquier caso, merecía la pena arriesgarse. Manipuló los mandos para abrir la cubierta de cristal de la cabina. Pudo desbloquearla, pero no cedía. Experimentó unos segundos de terror absoluto, al pensar que podría quedarse atrapado allí dentro y carbonizarse lentamente o caer en picado a tierra en una bola de fuego, lo que ocurriera primero. Empujó con todas sus fuerzas y notó que la cubierta de cristal por fin se deslizaba hacia atrás. Las llamas lo asaltaron de inmediato.

—¡Vamos, tírate! —se instó. Miró a Phipps—. Lo siento, viejo amigo, pero no puedo llevarte conmigo.

Cuando quiso quitarse el casco de aviador, con el suministro de oxígeno incorporado, los dedos, enfundados en los gruesos guantes de piel, no le respondieron. Empezó a costarle respirar, pero no volaba tan alto, quizá fuera solo por el pánico. Agarró el paracaídas e intentó abrochárselo. Se sintió como congelado en el tiempo, como si su existencia se redujera a una escena a cámara lenta. Al final, oyó que el arnés hacía clic. Procurando no precipitarse, trató de ponerse en pie y notó un dolor intenso en la pierna izquierda. Maldita sea, sí que lo habían alcanzado. Siendo así, no tenía muchas posibilidades de salir corriendo en busca de un escondite. Aun así, saltar era mejor que quemarse vivo o estrellarse. Con un poco de suerte, aterrizaría en territorio no controlado ya por los alemanes, a los que habían hecho retroceder hasta lo que llamaban la Línea Gótica, que cruzaba la península al norte de Pisa. Además, los italianos ya no eran aliados de los nazis. Hugo, que había vivido en Italia, dudaba que la población hubiera estado alguna vez muy a favor de los alemanes o de la guerra.

Se levantó, salió y se acuclilló como pudo en el ala buena, lejos de las llamas, agarrándose con fuerza para que el viento no lo tumbara. Pese a todo, vaciló al imaginar a uno de aquellos Messerschmitts al acecho por si se lanzaba en paracaídas. Aguzó el oído, pero no oyó el bramido característico de los cazas enemigos, solo el gruñido ronco del motor derecho de su propio aeroplano, porque el izquierdo se había parado. Trató de recordar aquel entrenamiento breve y ya lejano de paracaidismo, cómo debía lanzarse y cuántos segundos debía contar antes de tirar de la anilla para que el paracaídas no se enredara en el avión. Se sentía tan confuso que estaba al borde de la desesperación.

Inspiró hondo y se lanzó. Por unos segundos, cayó en picado, luego tiró de la anilla y la apertura del paracaídas lo sacudió hacia arriba. El descenso se le hizo eterno. Sobre su cabeza oyó la fuerte explosión del depósito de combustible del Blenheim y lo vio caer en espiral a su lado. No llegó a verlo estrellarse, pero oyó el impacto. Entonces divisó las siluetas oscuras de los montes que lo rodeaban, el suelo que se acercaba a él a toda velocidad. De nuevo, trató de recordar el breve entrenamiento que había recibido. ¿Hacerse un ovillo? ¿Rodar? Caía rapidísimo. ¿No sé habría abierto del todo el paracaídas? ¿Lo habría dañado el fuego? Alzó la vista al círculo blanquecino que se inflaba sobre su cabeza. Parecía intacto. Luego miró abajo y trató de discernir qué tipo de suelo estaba esperándolo. Apenas pudo distinguir la forma de la tierra, el perfil de los montes, algunos ya a su altura. Y árboles. Muchos árboles.

Por el este empezaba a dibujarse tímidamente el amanecer y la silueta oscura de los montes se recortaba en el cielo. Ni rastro de tejados ni de población alguna. Buena noticia: nadie lo vería caer, ni lo capturarían de inmediato. Aunque también podía quedarse atrapado entre las ramas de un árbol, colgado, impotente, hasta que lo encontraran. El corazón le golpeaba el pecho con tanta fuerza que, en el silencio de la noche, casi pensó que sus latidos se oírían a kilómetros de distancia y alertarían a quien estuviera despierto a esas horas.

A medida que descendía, comenzó a oír ruidos: el murmullo del viento entre la hojarasca, el chasquido de alguna rama, el ladrido de un perro a lo lejos... Había personas cerca y, si eran

campesinos, se levantarían al alba. Los últimos segundos del descenso se le hicieron interminables. Se sintió impotente y tremendamente expuesto, imaginó a un puñado de soldados alemanes en tierra, plantados junto a sus vehículos, apuntándolo con sus rifles y esperando a que estuviera a tiro.

Entonces empezó a distinguir formas: a su izquierda, una especie de peñasco que se alzaba por encima del paisaje más suave. Y árboles, árboles sin hojas que cubrían las cimas de las montañas y, abajo, más árboles, en filas equidistantes y bien ordenadas. Pero ningún campo vacío, ningún claro que le garantizara un aterrizaje suave. «Tampoco importa tanto», se dijo con tristeza. No era tan hábil como para dirigir el paracaídas hacia donde quisiera.

El suelo se acercaba cada vez más rápido. Distinguió las hileras de árboles que se extendían por la ladera que tenía delante. Eran árboles pequeños y bien cuidados, todavía cubiertos de hojas y plantados por el hombre. Un huerto, sin duda, con espacio entre filas donde podía aterrizar si lograba alinearse correctamente. Tragó una bocanada de aire gélido. Las ramas lo arañaron, desviándolo de su rumbo. Sus pies rozaron el suelo. Las piernas se le doblaron y la fuerza de la caída se lo llevó medio en volandas, medio arrastrando hacia delante.

—¡Suelta el paracaídas, imbécil! —se gritó a sí mismo.

Mientras manipulaba el cierre del arnés, se dio de bruces contra el suelo helado y sintió que el paracaídas debía de haberse enganchado en algo. Permaneció inmóvil, oliendo la tierra arcillosa en la que descansaba su mejilla. Quiso levantarse y moverse, pero una fuerte punzada de dolor le recorrió la pierna. Lo último que oyó antes de perder el conocimiento fue el canto de un pájaro que saludaba al nuevo día.

Capítulo 2

JOANNA

SURREY, INGLATERRA, ABRIL DE 1973

Nunca había visto a mi padre más que como a un viejo, un viejo amargado, distante y resignado, que había renunciado al mundo hacía tiempo. En mi recuerdo, siempre había tenido el pelo gris. Tenía el rostro marcado por arrugas profundas que le daban un aspecto ceñudo, aun cuando tuviera pensamientos felices, algo que no sucedía a menudo, y cojeaba un poco al andar. Así que tampoco me sorprendió del todo recibir un telegrama comunicándome su muerte. Lo que me sorprendió fue descubrir que solo tenía sesenta y cuatro años.

Con sentimientos encontrados, recorrí el sendero que conducía a Langley Hall. El campo rebosaba esplendor primaveral. Las lomas estaban salpicadas de prímulas. Al fondo, en el bosque, empezaban a aparecer las campanillas. En los castaños de Indias que bordeaban el sendero se distinguían ya los primeros brotes de un verde intenso. Alcé la mirada instintivamente y pensé en ese fruto marrón y brillante que darían los castaños más avanzado el año. Cuando era niña, los chicos del pueblo iban con palos para hacer caer las mejores, las más grandes, aún encerradas en su vaina verde y espinosa, y engarzándolas en un hilo, las apiñaban para atizarse con ellas. Yo les ayudaba a recogerlas, pero no me dejaban pelear. A pesar de que nuestro estilo de vida no fuera muy superior al suyo, a mi padre no le gustaba que me relacionara con los niños del pueblo.

Por encima de mi cabeza oí cantar a un mirlo y a lo lejos me pareció oír a un cuco. Recordé que siempre habíamos esperado al primer cuco del año. ¿No decía la canción «En abril salgo de mi cubil»?

Salvo por el canto de los pájaros, la quietud que me rodeaba era casi absoluta. Mis pasos resonaban entre los altos setos que bordeaban el sendero. Acostumbrada al ruido y al bullicio constantes de Londres, me desconcertaba sentirme la única persona de aquel universo. De pronto caí en la cuenta del tiempo que hacía que no volvía a casa. ¿Más de un año? Ni siquiera para Navidades porque, como a mi padre no le gustaba Adrian, él me había dejado muy claro que no era bienvenido y yo, cabezota, había decidido no ir a verlo sola. En realidad, no era Adrian lo que le disgustaba. ¿Quién iba a ponerle pegas a un graduado de la Facultad de Derecho de la University College London al que habían aceptado como pasante en una de las cámaras más distinguidas de Temple Bar y que estaba a punto de convertirse en un abogado de éxito? Lo que le fastidiaba era que viviera con él. Mi padre era de la vieja escuela, educado para hacer siempre lo

correcto. Uno no vivía con alguien del sexo contrario. El matrimonio debía ser lo primero y solo en la noche de bodas uno podría anhelar el sexo. Así debía comportarse cualquier vástago del terrateniente de Langley Hall, dando ejemplo de moralidad y vida impoluta a los campesinos que lo rodeaban, algo tremendamente peculiar y anacrónico en una época en que el resto de la humanidad disfrutaba de una orgía perpetua de libertad de expresión, de vestimenta y amorosa.

—¡Qué imbécil! —murmuré en voz alta, sin saber si lo decía por mí o por él.

Yo había sido bastante imbécil, desde luego, y, si hubiera hecho caso a las advertencias de mi padre, no me habría visto en la situación en la que me encontraba en esos momentos. Lástima que hubiera muerto antes de poder decirme: «Te lo advertí». Cuánto lo habría disfrutado.

Un par de palomas que revoloteaban en la hierba delante de mí, haciendo con las alas el mismo ruido que la ropa tendida azotada por el viento, me sacaron de mi abstracción. Detecté entonces otros sonidos: un tractor en un campo lejano, el zumbido de las abejas entre las flores de los manzanos al otro lado del sendero y el rítmico traqueteo de un cortacésped. Aquellos eran los conocidos y reconfortantes sonidos de mi infancia. ¡Qué lejos quedaban ya!

Hacía un calor y un sol inusuales en abril y me arrepentí de haberme puesto mi único abrigo bueno de invierno. No tenía otra prenda negra y pensé que lo más oportuno era presentarme vestida de luto en mi lugar de nacimiento. Me limpié una gota de sudor de la frente. Tendría que haber cogido un taxi en la estación. En otra época de mi vida esos tres kilómetros nunca me habían parecido una gran distancia a pie. Hasta los once años, había vuelto a casa andando desde la escuela del pueblo, una distancia de casi dos kilómetros. Y cuando, ya en la universidad, regresaba a casa por vacaciones, solía recorrer ese tramo cargada con mi pesada maleta. Aún debía de estar débil. Comprensible, tampoco hacía tanto que había salido del hospital. Me habían comunicado que las costillas rotas tardarían un tiempo en soldar, pero nadie me había dicho cuánto tardaría en recomponerse mi corazón.

La tapia que rodeaba la finca reemplazó al bosquecillo y, sin quererlo, apreté el paso, empujada por los recuerdos de mi infancia. Cuando volvía de la escuela, siempre echaba a correr en los últimos metros. Irrumpía en la cocina y mi madre levantaba la vista de los fogones, donde siempre andaba preparando algo de comer. El cálido aroma a horno me envolvía. Ella solía llevar un enorme delantal blanco, tenía el rostro colorado e iba salpicada de harina por todas partes. Me recibía ilusionada y me daba un fuerte abrazo.

—¿Qué tal en la escuela? —me decía—. ¿Has sido buena y has hecho lo que te ha mandado la maestra?

—Siempre soy buena y hago lo que me mandan —respondía yo, y añadía orgullosa—. ¿Y sabes qué? He sido la única que ha sabido hacer la división larga que nos han puesto hoy en matemáticas.

—Muy bien —me decía ella, y me besaba la cabeza, luego levantaba la vista cuando entraba mi padre—. Ha sido la única que ha terminado el ejercicio de matemáticas que les han puesto hoy en la escuela —repetía, orgullosa.

—Lógico —replicaba él—: sus compañeros son del pueblo.

Y cruzaba el salón para sentarse a leer el periódico. Mamá me miraba y me dedicaba una sonrisa de complicidad.

El recuerdo de mi madre me hizo llorar. Pese al tiempo que había pasado, aún la echaba de menos. Si no hubiera muerto, las cosas habrían sido muy distintas. Ella habría sabido qué hacer y qué decir. Habría sido mi refugio. Me limpié las lágrimas enseguida. No iba a dejar que nadie me viera llorar.

Mientras reproducía mentalmente ese recuerdo, se acabó la tapia y me vi de pronto ante la

inmensa verja de hierro forjado que conducía a Langley Hall. Al otro lado, entre los lechos de flores bien cuidados, corría el caminito rastrillado que llevaba hasta la mansión. El ladrillo rojo de la fachada Tudor resplandecía al sol vespertino, que se reflejaba como con un guiño en el vidrio emplomado de las ventanas. Toda la parte anterior del edificio era de puro estilo Tudor, una propiedad que el rey Enrique VIII le había otorgado a sir Edward Langley por su colaboración en el desmantelamiento y saqueo de los monasterios. De hecho, aquellos mismos terrenos habían sido sede de un monasterio hasta que mi antepasado lo había destruido, había expulsado a los monjes y se había construido una mansión en su lugar. Supongo que de eso tendría que haber deducido que alguna maldición terminaría cayendo sobre nosotros.

La casa era mayor de lo que parecía anunciar su fachada. Más tarde otros Langley habían añadido dos extraordinarias alas georgianas y cierto toque de monstruosidad victoriana en una torre lateral y un enorme solárium situados en la parte posterior. Me quedé allí plantada, boquiabierta como una turista, agarrada a los barrotes de la verja como si, viendo el edificio por primera vez, admirara su belleza. El hogar de mi familia, residencia de los Langley durante cuatrocientos años, aunque paradójicamente yo jamás hubiera vivido allí, solo en la oscura casa del guarda.

El rótulo instalado en el muro adyacente a la verja proclamaba que aquello era la ESCUELA DE SEÑORITAS LANGLEY HALL. En lugar de intentar abrir la verja, me dirigí al pequeño acceso que había en el muro y entré por donde había entrado siempre. Luego enfilé el estrecho sendero que conducía a la casa del guarda y probé a abrir la puerta principal. Estaba cerrada con llave. No sé a quién esperaba encontrar. Cuando yo me había ido a la universidad, mi padre se había quedado allí solo, donde habíamos vivido los dos tras la muerte de mi madre, a mis once años.

Me quedé en la entrada, contemplando la pintura desconchada, los cristales sucios, el diminuto cuadrado de césped que pedía a gritos que lo cortaran, los lechos de flores abandonados en los que solo asomaban tímidamente unos narcisos. Sentí un escalofrío de remordimiento. Tendría que haberme tragado el orgullo y haber ido a verlo. En cambio, lo había dejado morir solo.

Vacilé, no sabía bien qué hacer. La escuela estaba cerrada por Semana Santa, pero debía de haber alguien allí porque el telegrama se había enviado desde esa dirección e indicaba que habían encontrado a mi padre en aquellos jardines. Supuse que lo habría mandado la directora, la señorita Honeywell. Se alojaba en la mansión, en lo que en otros tiempos, según mi padre, había sido el mejor dormitorio. Me aparté de la entrada y me obligué a enfilar el caminito y enfrentarme a los terribles recuerdos de los siete años que había pasado en aquella escuela. Cuando mi padre se había visto obligado a vender la mansión y Langley Hall se había convertido en una escuela para señoritas, su directora le había permitido quedarse como profesor de Arte y alojarse en la casa del guarda y, a la muerte de mi madre, a mí me habían ofrecido una beca para asistir a la escuela como externa. Imagino que su intención era buena, un gesto amable. Mi padre estaba encantado de que por fin fuera a relacionarme con las chicas apropiadas y a recibir una educación igualmente apropiada. Yo habría preferido cursar secundaria con mis compañeras del pueblo, todas más espabiladas, pero, cuando a mi padre se le metía algo en la cabeza, no había discusión posible.

Así que tuve que comprarme un uniforme verde y blanco, con corbata de rayas, sombrero de jipijapa para el verano y de fieltro y ala ancha para el invierno y un *blazer* con el blasón del colegio en la pechera, que era el blasón de nuestra familia, adquirido con el edificio. Comenzó entonces lo que fue para mí una vida desgraciada. Langley Hall no podía considerarse una institución académica. Más bien atraía a las hijas de las familias de clase alta (y a las de aquellas

que podían pagar para que se las considerara de clase alta) y las preparaba para el matrimonio. Eran los sesenta y, claro, no estaba bien visto presumir de algo tan rancio. Se esperaba que las chicas adquirieran aptitudes prácticas con las que poder ocupar puestos de trabajo apropiados — relaciones públicas, edición, la BBC, quizá la dirección de una galería de arte o el diseño de moda— hasta que encontraran al marido adecuado con la cantidad conveniente de dinero.

Por eso fui, desde el principio, una anomalía: aunque tuviera un título nobiliario, mi padre era el profesor de Arte de la escuela. Yo vivía en la casa del guarda y asistía a clase gracias a una beca. Y lo peor de todo: era inteligente y decidida. Hacía preguntas y ansiaba que nos pusieran problemas más difíciles en clase de matemáticas. Algunos de los profesores me adoraban y fomentaban mi afán por aprender, pero para los más flojos y peor preparados, yo era un engorro y una molestia. Me mandaban a la directora y a la sala de castigo, donde me obligaban a escribir cien veces «No debo interrumpir a mis profesores» o «No debo cuestionar a mis profesores».

Recordaba vivamente a la señorita Honeywell, con su rostro cadavérico de pómulos prominentes y sonrisa marchita. «Crees que sabes más que la señorita Snode, ¿eh, Joanna?» o «¿Debo recordarte que solo estás aquí como deferencia hacia tu padre, que ya no puede cuidar de ti en condiciones?».

Lo último era cierto, desde luego. Mi padre no había preparado una comida o planchado una camisa en su vida. Mi madre había cuidado de los dos. Por eso ser alumna de Langley Hall incluía también cenar con las chicas y estudiar con ellas en la sala de estudio, con lo que solo iba a casa a dormir. Agradecía ese mínimo detalle. Compartir dormitorio con mis enemigas habría sido el colmo.

No todas las chicas estaban en mi contra. Hice algunas amigas: chicas calladas y estudiosas como yo. Leíamos e intercambiábamos libros y hablábamos de ellos mientras paseábamos por los jardines, pero fue el grupo cerrado de chicas populares que se conducían como una manada de lobas encantadas de meterse con cualquiera más débil el que me dejó claro que estaba fuera de lugar. «Perdona, pero aquí no hay sitio», me decían cuando buscaba dónde sentarme con la bandeja del almuerzo.

Me desaparecían misteriosamente las zapatillas de gimnasia y aquella manada de lobas reía con disimulo cuando me regañaban por haber perdido mis cosas. Al contrario que ellas, yo no había asistido a clases particulares de tenis y se burlaban de mis penosos intentos de acertarle a la pelota. Hablaban a voz en grito de los lugares adonde irían a esquiar o de que pasarían las vacaciones en alguna villa francesa. Cuando nos fuimos haciendo mayores, esas bromas se acabaron, en parte porque nunca dejé ver que me afectaban, pero también porque los chicos y las fiestas me importaban más. Entonces empezaron a hablar a voces de los bailes a los que irían y de qué chicos, al cumplir los dieciocho, tendrían coches fabulosos con los que bajar a verlas y darles, quizá, un motivo para escaparse a medianoche. El problema era que pertenecían todos al mismo grupo social, estaban conectados entre sí, en una inmensa red, por familia y negocios. Yo era una de las pocas forasteras.

Y así aguanté como pude hasta el último curso, movida por un gran entusiasmo y un plan de vida: iría a la universidad, me haría abogada, triunfaría profesionalmente, ganaría mucho dinero y recuperaría Langley Hall. Me veía agarrando a mi padre del brazo y llevándolo por el caminito. «Esto vuelve a ser nuestro —le diría—. Vuelves a estar en tu sitio, señor de la mansión.» Y a la señorita Honeywell le espetaría: «Sintiéndolo mucho, tendrá que abandonar el edificio al final de este trimestre». Y luego sonreiría.

Ahora me hacía gracia mi ingenuo optimismo. Ahora que mi padre había muerto, siendo yo la última de su estirpe, el título se extinguiría y no tendría sentido devolver a Langley Hall su

antigua gloria. Inspiré hondo mientras subía los anchos escalones de entrada y tocaba el timbre.

Capítulo 3

JOANNA

ABRIL DE 1973

Oí resonar el timbre en el vestíbulo y, al cabo de un buen rato, se abrió la puerta y apareció la mismísima señorita Honeywell. Esperaba que me abriera un conserje o una doncella y, sin querer, retrocedí al verla. Su rostro, como de costumbre, era una máscara perfecta de maquillaje, con las cejas depiladas y dibujadas en forma de finas líneas marrones, y el pelo, ahora más gris de lo que lo recordaba, en una permanente impecable. Lo que no esperaba era verla vestida con unos pantalones holgados y una blusa de cuello abierto. La recordaba con traje de chaqueta a medida y alfiler de oro en la solapa en invierno y vestido de lino y perlas en verano.

También ella se sobresaltó un segundo, luego esbozó una sonrisa.

—Joanna, querida. No te esperaba tan pronto.

—He venido en cuanto he recibido el telegrama.

—No sabía si lo estábamos enviando al sitio correcto. Tu padre tenía varias direcciones tuyas, pero pensamos que en el bufete te encontrarían.

—Sí, gracias, me llamaron en cuanto llegó.

—Bueno, es un alivio. Lamento muchísimo ser portadora de tan tristes noticias. Adelante, por favor —dijo, y se hizo al un lado para dejarme pasar a la entrada con baldosas de mármol en blanco y negro. Dentro hacía un fresco muy agradable. Cerró la puerta—. Ahora mismo tendría que estar en Italia, pero tenía compromisos importantes con la junta de accionistas y no he podido moverme de aquí —me explicó, adelantándose y haciendo sonar sus tacones de aguja en el suelo de mármol—. Pero podría haber sido peor. Hace un tiempo primaveral estupendo, ¿verdad? —Hacía lo que todos los ingleses: hablar del tiempo ante la amenaza de algo embarazoso o emotivo. Era un tema muy socorrido—. ¿Tienes previsto ir a algún sitio este año?

—Aún no he planeado nada —dije, negándome a reconocer mi insolvencia.

Ya en la puerta de su despacho, recordé cuando, plantada allí delante, miraba la placa de bronce —SRTA. HONEYWELL, DIRECTORA— mientras tomaba aire para llamar, entrar y encararme con mi destino. Esa vez la abrió ella y me sonrió de nuevo.

—Pasa, por favor —me dijo—. Toma asiento. Voy a ver si encuentro a Alice para que nos traiga un té. Como ves, el edificio está casi desierto. El personal justo. Todos los demás se han ido de vacaciones de Semana Santa. De hecho, suerte que siempre doy un paseo matinal, pues si no, habríamos tardado días en encontrar a tu padre. —Descolgó el teléfono del escritorio y marcó

un número. La vi tamborilear impaciente con sus largas uñas rojas antes de hablar—: Ah, Alice. Bien. Aún andas por aquí. Estoy con la señorita Langley y nos gustaría tomar un té. Sí, en mi despacho. Perfecto. —Colgó y me miró risueña, como si hubiera hecho algo muy inteligente—. ¿Por dónde íbamos?

—Mi padre... —respondí—. Me decía que se lo había encontrado tirado en el jardín...

—Y así fue. Toda una sorpresa, debo reconocer. Había salido a pasear a Bertie, mi cocker spaniel, y el perro se adelantó corriendo y empezó a ladrar. Tiene un don para encontrar cosas asquerosas como pájaros muertos, así que le grité que lo dejara y, al llegar allí, vi que era un hombre tendido bocabajo en la hierba. Lo volví con reparo y descubrí que era tu padre. Muerto del todo. Frío y rígido. Volví a casa y llamé a emergencias. Se lo llevaron al depósito y supongo que le harán una autopsia.

—Entonces, ¿no sabe de qué ha muerto? —la tanteé—. No lo habrán... O sea... —No era capaz de pronunciar la palabra “asesinado”.

Me miró horrorizada.

—Ay, no. Seguro que no ha sido nada de eso. No tenía marcas, parecía que estuviese dormido. Sería un infarto. ¿Padecía del corazón?

—Ni idea —contesté—. Ya sabe que mi padre era un hombre muy reservado. Jamás comentaba nada mínimamente personal. Además, confieso que llevaba un tiempo sin hablar con él. Aunque hubiera estado delicado, jamás se lo habría dicho a nadie.

—Sí que había observado que últimamente estaba algo más distante de lo habitual —dijo—. Deprimido, quizá. —Hizo una pausa—. Siempre me pareció un hombre infeliz. Nunca llegó a recuperarse de la pérdida de su estatus y de su patrimonio, ¿verdad?

—¿Se habría recuperado usted? —le pregunté, con el vello de la nuca erizado de rabia—. ¿Cómo se sentiría si hubiera tenido que vivir en la casa del guarda de su antigua mansión y ver a un montón de niñas recorrer en tropel las habitaciones en las que se había criado?

—No tenía por qué quedarse —replicó—. Podría haber hecho muchas cosas. Por lo que sé, antes de la guerra se le consideraba un artista de talento, prometedor.

—¿Mi padre? ¿Un artista prometedor?

—Uy, sí —dijo, asintiendo con la cabeza—. Al parecer, expuso en la Royal Academy. Yo no he visto sus obras, solo los carteles que hacía para los actos de la escuela y los escenarios que preparaba para nuestro teatro. Competente, un artista visiblemente preparado, aunque nada inusual.

—No tenía ni idea de que pintara —dije—. Sabía que había estudiado arte, pero no tenía constancia de que hubiera sido artista de verdad. Me pregunto por qué...

Iba a añadir que por qué lo habría dejado, pero me contesté yo misma antes de pronunciar las palabras: porque su mundo se había desmoronado por completo.

—Dicen que los artistas son temperamentales, ¿no? —añadió la señorita Honeywell—. Irritables. Además, procedía de una familia de alcurnia, claro está. La endogamia entre la aristocracia genera inestabilidad, sin la menor duda.

—No pensará usted que se quitó la vida... —espeté, debatiéndome entre la rabia que me producía su insinuación de que mi padre sufriera algún tipo de inestabilidad emocional y el remordimiento que amenazaba con engullirme.

Esbozó una sonrisa triste.

—De haber querido quitarse la vida, podría haberlo hecho en casa en lugar de hacerlo en pleno jardín. Nadie se lo habría impedido. Además, como digo, cuando lo encontré, no parecía haber sufrido daño físico alguno. No había indicios de envenenamiento, ni heridas de bala. —

Hizo una pausa y miró por la ventana; fuera, un estornino se había posado en un rosal—. Yo más bien sospecho que últimamente bebía más de la cuenta. —Se volvió de nuevo hacia mí—. No me refiero a que hiciera su trabajo ebrio ni nada así, pero el jardinero me comunicó que había visto botellas vacías en la basura y la señorita Pritchard, la profesora de Historia, se lo encontró en la licorería comprando *whisky*.

Estuve tentada de preguntar qué hacía la señorita Pritchard en la licorería, pero me pareció más sensato guardar silencio.

—Espero que el forense pueda decirnos la causa de la muerte cuando realice la autopsia — dije—. Aunque ahora ya da igual, ¿no? Está muerto. Nada nos lo va a devolver.

—Lo lamento mucho, querida —me dijo, sonando casi humana—. Ha debido de ser un duro golpe para ti. No era tan mayor.

—Sesenta y cuatro —respondí mecánicamente—. No era tan mayor, no.

—Él estaba muy orgulloso de ti, ¿sabes?

—¿Orgulloso de mí? —repetí sorprendida.

—Uy, sí. Hablaba de ti a menudo. De lo bien que te había ido en la universidad y de que pronto podrías ejercer la abogacía.

Aquello no me lo esperaba en absoluto. A mi padre no le había hecho gracia que yo fuera a la universidad. Su actitud hacia las mujeres era la de un hombre de preguerra, de la época en la que él era el hijo de sir Toby Langley de Langley Hall y la vida consistía en fiestas y bailes en casa y cacerías de zorros. A las mujeres se les buscaba un buen partido y se convertían en señoras de sus propias mansiones. Se negaba a ver que, en la posguerra, las chicas como yo se abrían camino en el mundo por su cuenta y no esperaban ayuda de sus familias. Una buena carrera era esencial. Así que, sin ayuda alguna por su parte, me había presentado a los exámenes de acceso a Oxford y Cambridge y, por si acaso, al de la University College London. Me había desilusionado muchísimo no conseguir plaza ni en Oxford ni en Cambridge y tener que ir a la UCL. Tampoco era mala opción, supongo. Por entonces, jamás se me ocurrió pensar que la recomendación de la directora fuera a ayudarme a entrar en Oxbridge, y estoy convencida de que, si alguna vez escribía una carta de recomendación, no debió de elogiarme mucho en ella.

Me pagué la matrícula con una beca del estado y trabajé todo el verano como camarera de un hotel de la costa para pagarme el alojamiento y el sustento. Mientras otros jóvenes de mi generación asistían a manifestaciones, hacían sentadas pacíficas y entonaban consignas como «Haz el amor y no la guerra», yo trabajaba con diligencia. Por eso no me licencié *cum laude*, como habría querido, pero lo hice con muy buenas notas y con la esperanza de poder ejercer la abogacía.

La señorita Honeywell debió de leerme el pensamiento.

—Deduzco que estás trabajando en el bufete al que envié el telegrama...

—Eso es. —No vi razón para explicarle que no trabajaba allí en esos momentos, ni el motivo de mi baja—. Ahora estoy de pasante y esperaba poder presentarme al examen del Colegio de Abogados este verano, pero ahora tendrá que ser en invierno. No me han dicho si querrán que me quede cuando esté plenamente cualificada.

—¿La pasantía está siendo interesante?

—No especialmente. Muchas transmisiones y testamentos y el típico papeleo que se les da a los abogados principiantes.

—Te imaginaba trabajando en los tribunales, más que tramitando documentación en un despacho —dijo, mirándome fijamente con aquellos ojitos negros de pajarillo que tenía—. Siempre defendiste con vehemencia tus posturas y eras bastante persuasiva.

Calló cuando entró la anciana criada con una bandeja de té muy bien dispuesto en una tetera de floreada porcelana china, con la jarrita de la leche, el azucarero, dos tazas y dos platillos y un plato de galletas, todo a juego.

—¿Lo sirvo, señorita Honeywell? —preguntó, mirándome a mí. Cuando la miré yo también, se ruborizó y apartó la vista.

—No, gracias, Alice. Ya nos las arreglamos nosotras —contestó la directora, y la despidió con un manotazo al aire. Cogió el colador de plata y lo puso encima de una de las tazas mientras servía—. ¡Ah, lasang souchong! —exclamó—. Conoce bien mis preferencias. ¿Lo tomas con limón o con miel?

—Con limón, por favor —dije. No me gustaba el té chino, pero me pareció la respuesta adecuada. Me había acostumbrado a detectar lo que la gente quería oír. La observé mientras vertía el líquido ambarino en las frágiles tazas de porcelana. ¡Qué civilizado era todo allí! Una vida tan distinta de la mía, con mis viajes en vagones de metro atestados y cenas a domicilio del restaurante hindú cuando podía permitírmelo. Y mientras tanto mi padre seguía tendido en una plancha de mármol en el depósito de cadáveres. Decidí que ya había soportado la charla de cortesía suficiente rato. Me eché una rodaja de limón en el té y di un sorbo. Como quemaba demasiado, lo dejé en la mesa—. Respecto a mi padre —tercié—, no sé bien qué debo hacer ahora. ¿Tengo que organizar un funeral con el párroco?

—En teoría, deberías ir primero a la morgue —me contestó—. No podrás enterrar el cadáver hasta que firmes el certificado de defunción y, si se ha realizado autopsia o hay alguna duda, eso podría llevar varios días.

Me ofreció el plato de galletas. Rechacé las digestivas con chocolate, porque no quería que se me derritieran en los dedos, y elegí una de crema. Le di un mordisquito mientras intentaba ordenar mis pensamientos. No me había planteado pasar allí varios días. Lo cierto es que no me había planteado nada, había tomado a toda prisa el primer tren que salía de Waterloo, consciente tan solo de que debía acudir al lado de mi padre, aunque ya no pudiera hacer nada por él.

—¿Podría darme la llave de la casa del guarda? —pregunté—. Londres me queda un poco lejos para andar yendo y viniendo.

—Por supuesto —contestó—. Querrás echar un vistazo a las cosas de tu padre y ese es un buen sitio por donde empezar. —Abrió un cajón y sacó una llave grande y antigua que me entregó con solemnidad, como si me otorgara las llaves de la ciudad—. Ah, Joanna —añadió—, no quiero apremiarte y deseo que te tomes el tiempo que necesites, pero debo recordarte que a tu padre se le permitió el uso de la casa del guarda solo mientras fuera empleado de la escuela. Este trimestre llega un nuevo profesor de educación física y entrenador de tenis. Como también es hombre, querría alojarlo lejos de las chicas. Es bastante apuesto y no conviene ponerles la tentación a mano —dijo, mirándome sonriente—. Ya sabes lo que pasa cuando una pandilla de jovencitas coincide con un joven atractivo.

No se me ocurría qué decir ni me apetecía devolverle la sonrisa. Lo único que quería era escapar de aquel cuartito perfecto, de su sonrisa de autocomplacencia.

—¿Tienes planes en ese sentido? —me preguntó—. ¿Suenan campanas de boda? —añadió, y la vi mirarme la mano izquierda.

—No —respondí—. No suenan campanas de boda.

—Sigues siendo una ambiciosa mujer de carrera, por lo que veo. —Volvió a sonreírme—. Sí, te agradecería mucho que sacaras las cosas de tu padre de la casita antes de que empiece el trimestre de verano.

Capítulo 4

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Volvió en sí cuando algo empezó a hacerle cosquillas en la mejilla. Se la frotó alarmado y vio que no era más que una brizna de hierba doblada por el viento. Al incorporarse, advirtió el suelo frío y húmedo que lo rodeaba, las hileras de olivos perfectos que se extendían por la ladera. Aún no había amanecido del todo, pero, por lo que podía discernir, cubría el cielo un nubarrón gris que anunciaba lluvia. Una leve llovizna lo había envuelto ya en una fina capa de humedad. Notó que algo tiraba con fuerza de él hacia atrás y estuvo a punto de soltar un grito de pánico, hasta que cayó en la cuenta de que seguía llevando el paracaídas, que aleteaba en el suelo como un pájaro herido. Manipuló el cierre con la torpeza que le conferían los guantes y finalmente logró soltarlo. Se quitó el arnés e intentó ponerse en pie. Al mirar alrededor, procurando centrarse y decidir qué hacer, se mareó y sintió náuseas.

El viento infló el paracaídas, que amenazó con salir volando. Eso no podía ser bueno. Agarró las cuerdas, intentó levantarse y se derrumbó de nuevo, dolorido. La pierna no lo sostenía. Arrastró el paracaídas hacia sí, tirando de él contra el viento, e hizo un esfuerzo por enrollarlo. Era ligerísimo y consiguió volver a meterlo en la bolsa más o menos bien.

En cuanto lo recogió, se sentó, abrazado a él, y miró alrededor para evaluar su situación. La ladera que lo rodeaba estaba sembrada de hileras de olivos. Arbolitos redondeados, de hojas ligeras como plumas. Veía difícil poder esconderse entre ellos. La primera zona boscosa, bastante pelada en esa época del año, se hallaba en la cima de la montaña, a varios cientos de metros de distancia, y tampoco sabía con certeza si se trataba de un bosque o de una franja estrecha de árboles que delimitaba otra granja. En lo alto, las nubes bajas lo tapaban todo, pero, según se fueron desplazando, pudo ver que más allá de los árboles se alzaba un promontorio rocoso coronado por las ruinas de lo que parecía una antigua fortaleza. Aquel prometía ser un buen escondite, al menos hasta que tuviera tiempo de valorar sus heridas y decidir qué hacer.

Volviéndose, miró monte abajo. El olivar terminaba en una pequeña depresión al otro lado de la cual el terreno volvía a alzarse, en ese caso plantado de algo que parecían viñedos, aunque en invierno no fueran más que ramas secas enredadas entre sí. Más allá, por la cumbre, corría una fila de oscuros cipreses que, a través de la niebla suspendida sobre la ladera, parecían soldados en posición de firmes. «Una carretera», se dijo, recordando la época en que había pintado escenas como aquella. Donde terminaban los cipreses, comenzaba una cumbre boscosa y por encima de la

misma pudo divisar los tejados de una pequeña población de montaña sobre los que se alzaba la torre cuadrada de una iglesia cuyas campanas dieron las seis mientras la observaba.

Se quedó mirando fijamente el pueblecito, preguntándose cómo lo recibirían si se dirigía allí. Como había vivido en Italia, sospechaba que sus habitantes no tendrían demasiado cariño a los alemanes, pero podía ser que estos tuvieran ocupado el pueblo. No podía correr ese riesgo, al menos mientras no tuviera más datos.

Lo sobresaltó un repentino y espantoso gañido, pero vio que se trataba de un gallo, que cantaba al alba. Otro le replicó. Ladró un perro. El pueblo despertaba. Debía moverse antes de que lo descubrieran. Empezó a gatear, con las manos y la pierna buena, arrastrando el paracaídas empaquetado. No se atrevía a dejarlo allí porque lo delataría. Además, podría resultarle útil, servirle de refugio, tal vez, si llovía o nevaba. Se preguntó si iría más rápido si se levantaba y caminaba cojeando, apoyándose en las ramas de los árboles. «Una muleta —pensó—. Necesito un palo con el que fabricarme una muleta, o entablillarme la pierna, si es que me he roto algún hueso.» Avanzaba muy despacio. El olivar no se acababa nunca. No paraba de mirar atrás para comprobar si alguien lo seguía. El bufido de un animal lo hizo detenerse en seco y tirarse al suelo. Explorando el horizonte, divisó una carreta tirada por un caballo que abandonaba el pueblo por la carretera de montaña. Oyó el chasquido de las ruedas y de nuevo el resoplido del caballo. Lo vio pasar entre los cipreses, pero se alejaba de él, y soltó un suspiro de alivio mientras retomaba su costosa tarea.

Empezó a soplar un viento fuerte que agitaba las ramas de los olivos y hacía silbar la hierba, enmascarando los sonidos más lejanos. Tenía muchísima sed y la boca reseca, lamentó no haber pensado en coger la cantimplora antes de saltar del avión. O la petaca de brandi, que no le habría venido nada mal. Ya estaba más cerca del bosque, pero tuvo que parar. Le fallaron las fuerzas y, sentándose con la espalda apoyada en el recio tronco de un olivo, oculto a los habitantes del pueblo, cerró los ojos. Se sentía muy débil, probablemente porque había perdido mucha sangre.

—No quiero morir aquí —masculló.

Se obligó a imaginarse en casa. Se dirigía a caballo a Langley Hall un precioso día de verano. Los castaños de Indias estaban en flor. Perfumaba el aire el olor a hierba recién cortada y el aroma a rosas. Llevó al trote al caballo hacia un mozo de cuadras que se acercaba a recibirlo.

—¿Buen paseo, señor Hugo? —le preguntó mientras él desmontaba ágilmente y le entregaba las riendas.

—Espléndido. Gracias, Josh.

Subió los escalones de la puerta principal y entró. Su padre, que se encontraba en el salón de desayuno, leyendo el periódico, lo miró ceñudo.

—¿Has ido a montar? En mis tiempos, uno se cambiaba para desayunar.

—Perdone, padre, pero tengo muchísima hambre. ¿Cómo se encuentra hoy?

—No estoy mal, dada mi situación. Aún me falta el resuello al subir escaleras. Claro que es lógico, ¿no? Cuando te han gaseado, los pulmones ya no responden como es debido.

—Esa guerra espantosa... ¡No tiene sentido alguno!

—Dudo que la guerra lo tenga alguna vez, pero parece que no aprendemos, ¿verdad?

Hugo apartó de su pensamiento aquella conversación y el recuerdo de la tos seca de su padre y de cómo fue consumiéndolo poco a poco. «Piensa en tu mujer, Brenda. Piensa en tu hijo.» Trató de imaginarlos, pero sus rostros empezaban a desdibujarse, como fotografías viejas. ¿Cuántos años hacía que no los veía? Cuatro. Casi la mitad de la vida de Teddy. Cuando se había marchado, su hijo aún era una criaturita tímida que se aferraba a las faldas de la niñera. Ya tendría

nueve años. ¿Cómo sería? ¿Qué estaría haciendo? Solo llegaban cartas cada tantos meses y casi siempre llenas de tachones del censor, con lo que apenas contaban nada. «A Teddy le va muy bien y te manda muchos besos», decían, y Hugo se quedaba pensando si Teddy habría empezado a ir a la escuela ya, si le gustaba jugar al críquet, si se había convertido en un buen jinete...

Al abrir los ojos, vio a una persona plantada delante de él. Se incorporó sobresaltado y se llevó la mano enguantada al arma de servicio, hasta que cayó en la cuenta de que no la llevaba cargada. Se acordó del cuchillo, escondido en la bota, también inútil para él. ¿Por qué no lo habría pensado antes, por qué no se había preparado para defenderse?

Cuando consiguió enfocar, le espantó lo que vio: una figura de negro, delgada, encapuchada, sin rostro. La Muerte. La muerte había ido a buscarlo. Quiso levantarse y la figura retrocedió con un aspaviento. Entonces descubrió que era una mujer, completamente vestida de negro, con la cabeza y los hombros cubiertos por un chal. Llevaba una cesta que sostenía delante del cuerpo, como para protegerse.

—¿Es usted alemán? —preguntó en su italiano nativo, luego añadió—: *Deutsch?*

—No, no soy alemán. Soy inglés —contestó él en italiano, agradecido de que el año que había estudiado en Florencia le hubiera proporcionado cierta fluidez—. Mi avión... —Pensó en cómo decir «se ha estrellado» o «lo han abatido», pero no se le ocurría nada. Eran términos que no manejaba antes de la guerra—. Mi avión ha caído —dijo en cambio, y lo acompañó de un gesto de un avión estrellándose.

La mujer asintió con la cabeza.

—Lo hemos oído —afirmó—. La explosión. No sabíamos qué era. Temíamos que los alemanes estuvieran volando por los aires alguna otra cosa.

Le costaba entenderla. Le preocupaba haber olvidado todo el italiano que había aprendido, pero entonces entendió que hablaba un dialecto toscano cerrado que él solo había oído usar a la gente del campo. Y con gestos confirmaba lo que decía.

—¿Aún hay alemanes en esta zona? —le preguntó él.

La mujer volvió a asentir con la cabeza, mirando alrededor como si esperara que aparecieran en cualquier momento.

—Uy, sí. Se han hecho madrigueras en el monte, como los conejos. Dudo que a los suyos les sea fácil sacarlos de allí. Aquí no está a salvo. Márchese al sur. Por allá —le propuso, señalando—. Hacia allí avanzan los aliados. Hemos oído decir que ya están cerca de Lucca.

—No puedo andar —dijo él—. Creo que me han disparado en la pierna. Necesito un escondite mientras me recupero y decido qué hacer.

La mujer alzó la vista de nuevo.

—No puedo llevarlo al pueblo. A veces vienen los alemanes. Nos obligan a alojarlos y se llevan nuestra comida. No estaría a salvo. Se correría la voz y hay gente en el pueblo que cambiaría esa información por comida o cigarrillos sin dudar.

—Por nada del mundo la pondría en peligro —quiso decirle, aunque, en realidad, le dijo—: «No la haré peligrosa».

—Si dependiera de mí, le diría que sí —contestó ella con un gesto de impotencia—, pero mi pequeño y la abuela de mi marido viven conmigo. Debo protegerlos.

—Claro. Lo entiendo. No quiero ponerla en peligro.

—¿Cómo es que habla mi idioma? —le preguntó extrañada.

—Viví en Florencia cuando era joven. Pasé un año allí estudiando Arte.

—¿Es usted artista?

—Antes de la guerra, quería ser pintor, pero ya llevo cinco años pilotando aviones.

—Esta guerra nos ha arrebatado lo que queríamos a todos —dijo, y apartó la mirada.

Él asintió.

—Si me ayuda, me marcharé. Podrían descubrirme en cualquier momento y usted se metería en un lío por hablar conmigo.

—No creo que vaya a venir nadie por aquí ahora —dijo, mirando alrededor, como si no acabara de creer sus propias palabras—. La recogida de la aceituna ya ha terminado. Yo misma he venido a ver si quedaba alguna entre los árboles o si había setas o castañas en el bosque. Comemos lo que nos encontramos, porque los alemanes se llevan lo poco que tenemos. —Hablar de los alemanes le hizo torcer el gesto de nuevo y envolverse mejor con el chal—. ¿No puede andar nada?

—Podría intentarlo si me ayuda. Solo hasta los árboles de allí arriba. Así estaría escondido.

—Al monasterio... —dijo con súbito entusiasmo—. Lo llevaré al monasterio. Allí estará a salvo.

—¿Al monasterio? —repitió Hugo con el recelo de cualquier protestante hacia lo católico, sobre todo hacia los monjes—. ¿Seguro que es buena idea?

—Está en ruinas, ya nadie va allí, pero, si logra llegar, le servirá de refugio.

—Intentémoslo, pues. ¿Me ayuda a levantarme?

La mujer dejó la cesta en el suelo y lo levantó por las axilas. A pesar de su aparente fragilidad, era tremendamente fuerte. Hugo se puso en pie, apoyando la pierna herida y sudando de dolor.

—Vamos, pásame el brazo por el hombro y apóyese en mí.

—Ah, no. No podría. No es necesario —contestó él, comparando el tamaño de la mujer con el suyo.

—No sea estúpido. No puede andar sin ayuda. ¡Venga, agárrese! —Hugo hizo lo que le pedía, consciente de lo finos que eran los hombros que se escondían bajo aquel chal y resistiéndose a que aquella mujer menuda y delicada soportara todo su peso—. Eso es —dijo ella—. Apóyese en mí.

Arrastrando con la otra mano el paquete del paracaídas, avanzó entre los olivos, apoyado en ella. El viento soplaba fuerte y el chal desplegado les azotaba la cara. El trayecto fue horrible: el suelo estaba blando y embarrado por algunos sitios, rocoso y medio helado por otros. Hugo apretó los dientes y fue caminando despacio. Por fin llegaron a la línea de árboles. Algunos estaban ya pelados y sin hojas: robles y unos cuantos pinos altos y oscuros. Hugo hizo una pausa y se recostó agradecido en un tronco sólido.

—Necesito recobrar el resuello —quiso decir, aunque en realidad dijo—: «Necesito una pausa para respirar mejor». —No había llegado a aprender tanto italiano como para dominar las expresiones.

—Adentrémonos un poco más en el bosque. Aquí aún podrían verlo. No sabemos por dónde andarán escondidos los alemanes —le dijo, instándolo a continuar.

Siguieron a trompicones entre los árboles, resbalando en las hojas mojadas, tropezando con las raíces. El aire era húmedo y perfumado, y el silencio, absoluto. La mujer lo dejó un momento y fue corriendo a agarrar una rama que se mecía.

—¡Ay, mire, castañas! —exclamó—. Eso es buena señal. No suele haber castañas silvestres en esta época del año. Y en aquel tronco veo unas setas. Las cogeré luego, cuando vuelva a casa.

—Allí, en el suelo, veo una rama seca —dijo él—. Si pudiera acercármela, la usaría de

muleta.

—Buena idea. —Levantó la pesada rama y la sacudió para quitarle la hojarasca—. Si la partimos por aquí... —dijo mientras procedía, y la rama se partió con un fuerte chasquido—... será perfecta.

Hugo se metió el lado más fino bajo el brazo.

—Sí, creo que podría funcionar —comentó, esbozando una sonrisa esperanzada que ella le devolvió.

—Me alegro. —Hugo observó cómo se le iluminaba la cara entera al sonreír. Oculta bajo aquel chal, podría haber sido una campesina de cualquier edad, pero él descubrió entonces que no era más que una chiquilla de sonrisa pícaro y chispeantes ojos oscuros—. Ahora viene la parte difícil —le dijo—. Espero que no le cueste demasiado.

Capítulo 5

JOANNA

ABRIL DE 1973

La señorita Honeywell y yo nos despedimos amistosamente. Incluso me invitó a que pasara a tomarme una copa de jerez con ella esa noche si estaba sola en la casita. Se lo agradecí educadamente, pero me dieron ganas de gritarle: «¡Vieja hipócrita! ¿Ya no te acuerdas de lo asquerosa que fuiste conmigo?». Siempre había sospechado que le fastidiaba que mi padre tuviera un título nobiliario y por eso, pese a que se lo habían arrebatado todo, seguía llamándolo sir Hugo. Seguro que le escocía.

Recorrí despacio el caminito de entrada, disfrutando del dulce aroma de los jacintos y los narcisos en flor que lo adornaban a ambos lados y del olor a hierba recién cortada que me llegaba de dondequiera que hubieran estado usando el cortacésped. Titubeé a la puerta de la casita, de pronto recelosa de entrar allí y ver en qué se había convertido la vida de mi padre. Apenas había ido a verlo desde que había dejado la escuela. A mi padre y a mí nos costaba conversar y nuestras charlas a veces terminaban en discusiones o incluso en peleas a grito pelado, así que solíamos vernos para comer en algún *pub*. Aguantábamos el tipo lo justo para comernos un buen asado y un pastel de manzana.

Metí la enorme llave en la cerradura y la giré. Se abrió la puerta con uno de esos chirridos de casa encantada de radionovela. Al entrar, me echó para atrás un fuerte hedor: a comida podrida, tabaco y ropa por lavar. Había salido nada más desayunar, estaba claro, porque en la mesa había restos de un huevo pasado por agua, tostadas en su soporte de plata, una taza de té vacía y una jarrita de leche. Eso me tranquilizó. Si hubiera querido suicidarse, no se habría desayunado un huevo pasado por agua primero. Ni se habría dejado la leche fuera para que se estropeará. Mi padre siempre había sido muy escrupuloso. Por el estado de la leche deduje que no había muerto esa misma mañana, sino la anterior, antes de que la señorita Honeywell saliera a pasear al perro. A ese pensamiento siguieron otros más preocupantes: ¿habría caído muerto en el acto o habría estado tendido en el césped pidiendo socorro?, ¿se habría salvado si alguien lo hubiera oído?

—¡Ay, papá! —susurré—. ¡Cuánto lo siento!

Me sorprendí conteniendo las lágrimas. Toda mi vida había deseado que me quisiera. Creo que me quería, a su manera, pero no como me quería mi madre. No recuerdo que mi padre me abrazara nunca. De pequeña, me subía a su regazo y me leía libros, pero eso fue lo más cerca que

llegamos a estar. No creo que supiera cómo ser un padre cariñoso. Como a todos los chicos de clase alta, lo habían mandado a un internado a los siete años y allí había aprendido a esconder bien sus sentimientos.

—Papá —susurré de nuevo, como si pudiera oírme—. Yo sí te quería. Ojalá...

No terminé la frase. Como una autómatas, recogí los restos del desayuno, tiré la cáscara de huevo y las tostadas al cubo de la basura y me dispuse a lavar el plato y la taza pensando que, si me mantenía ocupada, podría controlar mis emociones. Luego guardé la tostadora y limpié la mesa. Cuando terminé, la cocina parecía recogida y ordenada, como había estado siempre en vida de mi madre, pero en aquella época era un lugar cálido y acogedor, con los visillos limpios abombados por el aire que entraba por la ventana abierta y el delicioso olor de lo que cocinaba siempre en el ambiente: los bollitos recién horneados, el pastel de carne y riñones, los rollitos de salchicha y el bizcocho Victoria... Se me hacía la boca agua de pensar en ellos. A mi madre le encantaba cocinar. Adoraba cuidar de mi padre y de mí. Pestañeeé para deshacerme de aquellas lágrimas, avergonzada de mí misma y de mi flaqueza. Tras la muerte de mi madre, no había querido llorar. Por muchas cosas crueles que me hicieran las chicas de la escuela, por horrible que fuera la señorita Honeywell, siempre las había mirado con cara de desafío y desprecio. Solo desde..., desde hacía poco era blanda y frágil.

Pensar en la comida de mi madre me dio hambre. No había almorzado y el trocito de galleta de crema no me había saciado precisamente. Fui a la despensa y me horrorizó la falta de víveres. Un trozo de queso seco, unas patatas marchitas, unas cuantas latas de judías blancas y de sopa... Recordé que durante el curso mi padre comía con el resto del personal de la escuela. En vacaciones se estaba muriendo de hambre, literalmente. Me corté una rebanada de pan y me hice un sándwich de queso a la plancha. Mientras comía, eché un vistazo por la cocina. ¡Qué tristeza daba! No me extrañaba que se hubiera deprimido tanto.

Sintiéndome mejor con algo de comida en el cuerpo, me levanté e inspeccioné el resto de la casa. Aparte de la cocina, había un salón abajo y un estudio diminuto que era del dominio exclusivo de mi padre. Arriba, dos dormitorios pequeños y un baño. Mientras recorría la casa, pensé que en teoría todo aquello ya era mío. Era hija única. Dudaba que hubiera hecho testamento; a fin de cuentas, no tenía nada que dejarme salvo aquellas escasas pertenencias. El título se extinguiría tras su muerte, a menos que hubiera algún primo tercero o cuarto acechando por ahí. Aunque ¿para qué iba a querer nadie un título sin patrimonio, sin tierras ni dinero?

No tardé mucho en recorrer las estancias. Lo que más me sorprendió fue que no hubiera nada personal en ninguna de ellas. Nadie que visitara aquella casa habría podido saber qué clase de persona vivía allí. En vida de mi madre, había habido flores frescas, revistas femeninas y libros de cocina abiertos por las mesas, fotos de cuando yo era un bebé, el suéter que estaba tejiendo tirado en el sofá, pero ya no había ni una sola foto, ni invitación, ni tarjeta. Bien podía haber habitado la casa un fantasma.

Entré en lo que había sido mi cuarto. Tampoco allí quedaba nada de mí. Al mudarme me había llevado lo poco que tenía. Me dejé caer en la cama, de pronto cansada. Aquella habitación había sido mi santuario. Cuando aún vivía mamá, ella me arropaba todas las noches. Después de su muerte, me hacía un ovillo en aquella cama y me tapaba hasta la cabeza, para protegerme del mundo, de la crueldad de mis compañeras, de la falta de amor y de la certeza absoluta de que ya nadie volvería a arroparme nunca más.

Eché un vistazo a la habitación. ¿Había allí algo que yo quisiera? Lo dudaba. ¿Y en el resto de la casa? Di otra vuelta rápida. Vi que mi padre había rescatado de Langley Hall un par de enseres de valor: el escritorio de madera satinada de su estudio con su taraceado y sus cajoncitos

y sus tiradores de hueso tallado, que siempre me había maravillado, y el reloj de pie, que en teoría tenía más de trescientos años de antigüedad. No estaban, claro, ni el sofá hundido ni el sillón de cuero desgastado en el que solía sentarse a ver la televisión. Arriba, en el dormitorio principal, había una elegante cómoda con el frontal curvado y un armario de caballero con cajones a un lado y perchero para colgar camisas y pantalones al otro. Era una pieza de caoba exquisita, pero de nuevo me sorprendió el contraste entre aquel mueble tan elegante y las cuatro prendas contadas que colgaban de él. Aparte de eso, solo un par de cuadros en las paredes: una escena de caza y una fotografía enmarcada de Langley Hall en el siglo XVIII, con elegantes figuras a lo Jane Austen paseando por los jardines. «Si yo hubiera vivido en otro siglo, habría hecho buena pareja con el señor Bingley»,¹ me dije, y sonreí sin querer.

Supuse que a algunas cosas podría sacarles un dinero en subasta. No tenía donde meter ningún mueble y tampoco me encantaban los cuadros. Tendría que averiguar cuándo serían legalmente míos. Por mi trabajo, sabía algo de validaciones testamentarias. Si el difunto no dejaba fincas ni acciones ni otros activos tangibles, la validación del testamento no era necesaria. Pero iba a necesitar el certificado de defunción y habría de esperar a que el forense concluyera su trabajo. Me pregunté si mi padre dispondría de un abogado especializado que pudiera asesorarme. En teoría, un bufete se había encargado de la venta de Langley Hall y del pago del impuesto de sucesiones. Tendría que revisar sus cajones o ver si disponía de una caja de seguridad en algún banco, que no me dejarían abrir hasta que tuviera el certificado de defunción. Todo aquello se me hacía complicado y angustioso, jamás me había sentido tan sola. Duele darse cuenta de que uno está solo en el mundo. Sabía que mi madre era huérfana y mi padre hijo único de hijo único. Quizá tuviera primos lejanos, pero yo no los había conocido.

«De nada sirve deprimirse», me dije. Como aún no tenía libertad para empezar a empacar sus cosas, iría al pueblo a hablar con el párroco sobre el funeral. A lo mejor él podía llamar al forense y averiguar cuándo me entregarían el cadáver.

Con una tarea que cumplir, me asee y me peiné y fui andando al pueblo. Como sucede a menudo en abril, el día soleado se había nublado por completo y amenazaba con llover en cualquier momento. Se había levantado un aire frío del oeste y reparé en la torpeza que había cometido al salir de casa sin paraguas. Llegaría al pueblo empapada. Los casi dos kilómetros se me hicieron eternos. Me pegué al seto hasta que de pronto oí el zumbido de un motor que se acercaba y estuve a punto de sacar el pulgar para que me llevaran, pero no hizo falta. Era una furgoneta de reparto y se detuvo a mi lado. El conductor se inclinó hacia delante y abrió la puerta del copiloto.

—¡Pero si es Jo! —me gritó—. ¿Te llevo? —Escudriñé a aquel hombre corpulento de rostro rubicundo intentando adivinar quién podía ser. Al verme titubear, añadió—: Soy yo, Billy. Billy Overton.

Entonces vi el rótulo del lateral de la furgoneta: OVERTON'S BAKERY. PANADERÍA Y REPOSTERÍA DE PRIMERA. Le sonreí agradecida y subí a su lado.

—Billy Overton —dije—. No te había conocido.

Sonrió él también.

—Bueno, he engordado unos kilos. Cuando nos sentábamos juntos en la escuela, era un chiquillo delgado, ¿no?

—Lo eras. Y tan tímido que apenas decías una palabra.

Aquello le hizo reír a carcajadas.

—Tienes razón. Ya he salido del cascarón. No me ha quedado otra porque trabajo de cara al público.

—Entonces, ¿ahora estás con tu padre? —le pregunté mientras él soltaba el embrague y empezábamos a movernos.

—Eso es. Nada más terminar los estudios, entré en el negocio. Hemos abierto un par de tiendas más, en Whitley y en Hambleton. Nos va de maravilla desde que hicieron esa urbanización tan grande. Ahora papá se centra en la producción y yo me aseguro de que las tiendas van como la seda.

—¡Cuánto me alegro! —dije yo.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué es de tu vida?

—Soy abogada —contesté—. O lo seré cuando haga el examen del Colegio de Abogados este año.

—Abogada. Me gusta. —Asintió con la cabeza a modo de aprobación—. Bueno, siempre supimos que llegarías lejos. Eras la más lista de la clase.

—Tú también eras muy listo. Si no recuerdo mal, competíamos todas las semanas por ver cuál de los dos sacaba mejor nota en el examen de mates.

—Siempre se me dieron bien las sumas, lo reconozco —coincidió—. Me ha venido de maravilla, porque ahora llevo toda la contabilidad de la empresa. Papá hace el pan y yo hago las cuentas, como dice mi mujer. —Y soltó otra sonora carcajada.

—Entonces, ¿estás casado?

—¿Casado? Tengo una criatura de tres años y otra en camino. ¿Y tú? ¿Te has casado también?

—No, aún no he encontrado al hombre adecuado —contesté.

—Lo supongo. Has estado ocupada con tu carrera.

—¿Te casaste con alguien del pueblo? —pregunté, por desviar la conversación de mi persona.

—Con Pauline Hodgkiss. ¿Te acuerdas de ella?

—¡Pero si la odiábamos! —espeté sin reparar en mi falta de tacto—. Era muy presumida, no paraba de hablar del vivero de su padre y del cochazo que tenían.

—Mejóro con los años —dijo, y se volvió hacia mí con una sonrisa pícaro—. Y el vivero y la huerta no nos vienen mal. Así tenemos fresas frescas para las tartas. —Hizo una pausa, de pronto algo sombrío—. Supongo que habrás venido por lo de tu padre. ¿Es cierto que ha muerto? Oímos el rumor y mi madre vio pasar la ambulancia.

—Sí, es cierto —respondí—. Lo encontró la directora en los jardines de la escuela. Cree que debió de darle un infarto.

—Qué horror. Lo siento muchísimo. No hay nada peor que perder a tus padres. Recuerdo lo mal que lo pasaste cuando murió tu madre. —Asentí con la cabeza, por miedo a echarme a llorar si abría la boca—. A mis padres siempre les ha dado mucha pena tu padre —prosiguió—. Nos les parecía justo que hubiera tenido que vender su hogar de ese modo, con la de generaciones que llevaba en la familia y la de trabajo que habría dado a muchos vecinos durante otras tantas.

—Supongo que pasa en todas partes —dije—. Mantener una mansión así no está al alcance de cualquiera. Son elefantes blancos. Siempre hay algo que reparar y sale muy caro caldearlas, aparte de que ya nadie quiere servir a los demás. —Hice una pausa, pensativa—. Al menos me alegro de no haberla heredado, porque habría tenido que hacerme cargo del impuesto de sucesiones y de la dolorosa tarea de venderla.

—Entonces, ya nada te ata a este lugar —dijo mientras enfilábamos la calle mayor del pueblo—. Ya no tendrás motivo para volver.

El comentario me sentó como un puñetazo en el estómago. Ya nada me ataría al lugar en el

que me había criado, donde había vivido mi familia tantos años: ya nunca más pertenecería a ningún sitio. Miré por la ventanilla para ocultarle mi cara de desesperación.

—¿Dónde quieres que te deje? —preguntó.

—En la parroquia, por favor. Tengo que organizar el funeral.

—Si necesitas pastelitos o bocadillos, dímelo y te los llevo. Obsequio de la casa —dijo, y sonrió.

—Gracias. Eres muy amable —contesté, y noté que me temblaba la voz.

Salió de la furgoneta para ayudarme a bajar.

—¿Te quedas en la casa del guarda o vuelves a Londres?

—No, prefiero quedarme por aquí mientras lo arreglo todo.

—Pues avísame si necesitas que te acerque a Langley. Andaré por la zona una hora o así.

—Gracias, Billy. Siempre has sido un buen amigo.

Que se ruborizara me hizo sonreír.

Mientras me alejaba, aparcó un coche al otro lado de la calle. El conductor bajó la ventanilla y oí que me llamaban.

—¡Señorita Langley!

Al volverme, vi al doctor Freeman. Me acerqué a él.

—Siento mucho lo de tu padre —dijo—. Era un buen hombre.

—¿Fue a usted a quien llamaron ayer para el levantamiento del cadáver?

—Así es. Pobre hombre. Debía de llevar muerto un tiempo cuando lo encontraron. Un infarto, me temo. Fue fulminante. No se podría haber hecho nada aunque hubiera habido alguien con él.

Eso me tranquilizó un poco. Al menos sabía que no había estado allí tirado, solo, pidiendo que lo socorrieran.

—¿Sabe si le harán autopsia?

—No será necesario —contestó—. He indicado en mi informe que la causa de la muerte fue un infarto de miocardio, un ataque al corazón. No había indicios de delito. No hay necesidad de someterlo a una última humillación.

—Gracias, doctor. Entonces, ¿ya se le puede enterrar?

—Sí. —Bajó del coche—. Si me disculpas, ya llego dos horas tarde a la comida y a mi mujer no le va a hacer gracia —dijo y, despidiéndose cariñoso con una cabezada, se dirigió a la puerta de su domicilio.

Yo seguí hasta la iglesia de Santa María. La iglesia propiamente dicha era un precioso edificio antiguo de piedra gris del siglo XIV. La parroquia era menos antigua y menos atractiva: ladrillo rojo de la época victoriana. Estaba a punto de enfilear el caminito hasta la parroquia cuando, llevada por un impulso, tomé la dirección opuesta, abrí de un empujón la pesada puerta de roble y entré en la iglesia. Me envolvió de inmediato la fría quietud del lugar. Aún conservaba ese olor maravilloso de todas las iglesias antiguas: en parte a humedad, en parte a los viejos devocionarios y al perfume persistente de las velas consumidas. Me quedé allí plantada, contemplando el rosetón del altar y su vidriera original de la Virgen con el Niño en brazos. De pequeña, me encantaba aquella vidriera. El manto de la Virgen era de un azul precioso y, cuando brillaba el sol a través del vidrio, inundaba de franjas azules, blancas y doradas las sillas del coro de un modo que siempre había creído mágico.

La miré fijamente, intentando recuperar la sensación de paz que me invadía cada vez que entraba en aquella iglesia, pero la Virgen, con aquel bebé regordete bien sujeto en sus brazos, me ignoró, burlándose de mí con su sonrisa serena. «Mira lo que tengo —parecía decirme—. ¿A que

es perfecto?» Cerré los ojos y le di la espalda.

Di un paseo por el templo, admirando las paredes, estudiando los monumentos y las placas de generaciones de Langleys fallecidos. De niña me los sabía todos de memoria: Edward Langley, barón Josiah Langley, Eleanor Langley, veintidós años. Y de pronto era como si sintiera su presencia. «Tranquila —me decían—. Saldrás de esta. Eres una Langley. Los Langley somos fuertes.»

«Para vosotros fue fácil —pensé—. Teníais un hogar al que volver.»

Me sobresaltó un ruido a mi espalda.

—Me ha parecido ver entrar a alguien —dijo el párroco—. Joanna, querida. Cuánto me alegra verte buscar consuelo en el Señor.

En realidad, buscaba el consuelo de mis antepasados, pero lo dejé rezar conmigo y, luego, me condujo a la parroquia, donde su esposa me sirvió un té y una rodaja grande de pastel de frutas.

¹ Personaje de *Orgullo y prejuicio*, la novela de Jane Austen.

Capítulo 6

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Al salir de entre los árboles se hallaron frente a un terreno que se alzaba empinado en medio de la niebla, primero un montículo herboso y después un peñasco pedregoso coronado por lo que parecía un antiguo edificio en ruinas. Un tramo de escaleras de piedra antiguas y desgastadas se abría paso en la hierba, luego un tramo de mayor pendiente ascendía por el peñasco hasta los restos de unos edificios. Al menos así era antes, evidentemente, pero parte del peñasco estaba destrozado y los escalones colgaban precariamente junto a un precipicio. Al pie de la escalera había un poste con una advertencia: PERICOLO. INGRESO VIETATO. «Peligro. Prohibida la entrada.»

—Parece que hace un tiempo que los monjes ya no viven aquí —dijo Hugo.

—Dos años.

—¿Dos años? —dijo sorprendido, porque las ruinas le parecían más antiguas.

—Lo bombardearon los aliados.

—¿Bombardeamos un monasterio? —preguntó espantado.

—Era necesario. Los alemanes lo habían ocupado y lo usaban como puesto de vigilancia.

Subieron aquí armas grandes para disparar a los aviones que pasaban y para dominar la carretera del valle.

—Ya. Entonces, ¿los monjes ya se habían ido?

—Sí, tuvieron que marcharse cuando llegaron los alemanes. La capilla era famosa y alojaba unos cuadros preciosos. Los alemanes se llevaron todas las obras de arte, así ardan en el infierno. Los edificios ya no tienen arreglo y nos han prohibido entrar aquí.

—Pues márchese ya. No quiero que se meta en líos.

—¿Quién me va a ver? —dijo ella con un gesto de indiferencia. A Hugo siempre le había parecido que los italianos gesticulaban mucho—. En esta época del año, nadie viene por aquí salvo a coger setas o poner trampas para conejos. No se preocupe, tendré cuidado —añadió, dándole una palmadita en el brazo—. En un pueblo atestado de alemanes, una aprende a moverse como una sombra. Venga. ¿Intentamos subir esas escaleras?

—Si no le importa, prefiero subir a gatas, como los bebés —dijo él—. Así es más seguro.

—Pues deme el bastón y la bolsa.

—Es mi paracaídas —le explicó Hugo.

—¿Paracaídas? Buena seda. —Se le iluminaron los ojos—. Cuando ya no lo necesite, ¿me lo dará para que me haga ropa interior nueva? Hace años que no estrenamos nada.

—De acuerdo —le dijo él, divertido—. Trato hecho.

—Vaya delante —propuso ella—. Así me aseguro de que no se cae.

«Como si pudiera impedirlo, con lo flaca que está», pensó él. Se hincó de rodillas y empezó a subir a gatas los escalones. No le quedaba más remedio que apoyar la pierna herida a cada paso y el dolor le sacudía el cuerpo entero. Hubo un momento en que pensó que iba a vomitar, así que hizo una pausa, respirando fuerte.

Consiguió llegar al final del primer tramo. Había empezado a llover más fuerte y unas gotas gordas le golpeteaban la cazadora de aviador. Delante de él se alzaban los maltrechos escalones, empinadísimos, quebrados y peligrosos. Fue subiéndolos, uno a uno, consciente del precipicio que tenía al lado. Los escalones estaban mojados y resbaladizos y se imaginó de pronto resbalando sin poder agarrarse a nada. Al otro lado había un pasamanos metálico, pero agachado no llegaba. Por fin llegó arriba del todo y se tumbó, jadeando, en la roca mojada.

La mujer se situó a su lado.

—Bien hecho, *signor*. Venga. Solo unos cuantos escalones más y le encontraremos un sitio seco y seguro.

Lo ayudó a ponerse en pie y volvió a pasarle el brazo por encima de los hombros. Hugo advirtió lo paradójico de aquella situación: el inglés íntegro que mantenía las distancias con las mujeres y se dirigía a ellas con gélida cortesía abrazado de pronto a una italiana a la que acababa de conocer. Con calma, cruzaron el patio delantero, cuyo exquisito suelo estaba roto y era desigual. Ella lo sujetaba con fuerza. Entonces pudo ver que los edificios bajos de la izquierda habían quedado reducidos a escombros. Costaba discernir qué habían sido. De hecho, empezaban a parecer parte del paisaje. Habían crecido plantas entre las piedras caídas, entre las baldosas de piedra agrietadas había brotado un arbolito y una especie de enredadera, ya muerta, cubría un montón de escombros. Sin embargo, los muros del edificio que tenían delante, al que ella lo llevaba, seguían en pie, aunque el techo había desaparecido. Tres escalones anchos y curvados conducían a lo que había sido la puerta de una iglesia, pero dicha puerta colgaba ahora en un ángulo extraño y se mecía al viento. La mujer la apartó y entró en la estancia que había al otro lado.

—Bueno, no es muy acogedor, pero es mejor que nada —dijo, volviéndose hacia él—. Al menos aquí estará protegido del viento. Y podemos hacer un refugio con toda esa madera caída.

Él había entrado arrastrándose a la antigua capilla. En medio de la destrucción absoluta, aún había indicios de que en su día había sido un lugar de culto. En las paredes había frescos, ahora picados y descoloridos por la acción de la lluvia y el viento. En un rincón había un santo descabezado. Entre el polvo y los escombros podía vislumbrarse el suelo de mármol blanco y negro. Comprendió que la madera a la que ella se refería eran las enormes vigas caídas del techo. «Desde luego es muy optimista», pensó Hugo. Dudaba que pudieran mover aquellas vigas entre los dos, ni siquiera si él no hubiera estado herido habrían podido hacerlo, pero vio los bancos que había por allí tirados y un armario roto en un rincón. Si tenía que quedarse allí mucho tiempo, quizá terminara pudiendo usar los bloques de piedra derribados. No tenía claro que pudiera quedarse allí. Para empezar, estaba el asunto de la comida. Pero tampoco podía imaginarse a sí mismo cruzando el país en su estado.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella lo acompañó a una piedra grande y lo ayudó a sentarse en ella. Luego se sacó del bolsillo unos frutos espinosos.

—Tome, las castañas. Cómaselas. Algo es algo. Procuraré traerle algo mejor.

—No, no debe volver. Es demasiado peligroso. No quiero poner en peligro a su familia. Ha sido muy amable y se lo agradezco.

—No es nada —le dijo ella con una sonrisa tierna y triste—. Mi marido lleva tres años desaparecido. Confío y rezo para que, si necesita ayuda como usted, alguien haga todo lo posible por ofrecérsela.

—¿Puedo saber cómo se llama?

—Sofía. Sofía Bartoli. ¿Y usted?

—Hugo. Hugo Langley.

—¿Ugo? ¡Es un nombre italiano! ¿Tiene antepasados italianos?

—Que yo sepa no —contestó él con cara de dolor al intentar moverse.

—Deje que le vea la pierna, a ver si es grave.

—Ah, no, por favor, no se preocupe. Ya me ocupo yo.

—No sea tonto. Insisto. ¿Dónde tiene la herida? ¿Puede subirse el pantalón?

—Está por encima de la rodilla. En serio, ya me la curo yo cuando se vaya. Creo que llevo un botiquín en la bolsa del paracaídas.

En realidad dijo «Cosas para limpiar en el saco del paracaídas», pero confió en que ella lo entendiera, aunque hablase a trompicones, buscando palabras que no conocía.

—*Allora*. Déjeme ver. Va a tener que quitarse los pantalones.

Se resistía a bajárselos delante de una mujer a la que apenas conocía, pero ella le subió enseguida la cazadora de cuero y se dispuso a desabrocharle el cinturón.

—*Signora*, no —le dijo, intentando apartarle las manos.

Sofía rio.

—El típico inglés. Prefiere desangrarse a que una mujer lo vea en calzoncillos.

—¿Ha conocido a otros ingleses? —preguntó él, divertido por su arrebato.

—No, pero dicen que son fríos como peces, no apasionados como los de aquí.

—No todos somos fríos como peces, se lo aseguro —replicó él—. Pero se nos educa para que nos comportemos debidamente en todo momento.

Ella lo miró y sonrió.

—En este momento, dudo que vaya a tener usted ningún pensamiento indecoroso por que yo lo vea sin pantalones. Venga, vamos a ello. Tengo que volver pronto a casa o empezarán a pensar que me ha pasado algo. —Lo ayudó a bajarse los pantalones y vio que debajo llevaba calzoncillos largos, que por encima de la rodilla estaban pegados a la piel con sangre seca—. *Gesù Maria!* —exclamó. Se hincó de rodillas a su lado e intentó retirar el tejido con sumo cuidado. El súbito dolor hizo protestar a Hugo—. Perdone, pero tengo que hacerlo —le dijo ella—. ¿Tiene un cuchillo? Me temo que hay que cortarlo. —Hugo sacó el que llevaba metido en la bota y la ayudó a cortar el calzoncillo por la zona de la herida—. Agua —dijo ella—. Necesito agua para retirar el tejido, lavarle la herida y ver si es grave.

Y antes de que él pudiera decir nada, ella ya había salido disparada del santuario, dejándolo solo. Se acercó cojeando a un banco volcado y, con gran esfuerzo, lo enderezó y se sentó en él con la pierna estirada. En la penumbra resultaba difícil discernir la gravedad de la herida. Hurgó en la bolsa del paracaídas y encontró un botiquín diminuto en el bolsillo central. Contenía gasas, una venda, un torniquete, yodo y, para alegría suya, un tubito de morfina y una jeringuilla. Acababa de abrir un paquete de gasas cuando volvió Sofía.

—¡He encontrado agua! —dijo ella, triunfante—. El barril de lluvia estaba rebosando y he cogido un poco con esta jarra de hojalata. —Al ver la cara de recelo de él, añadió—: Tranquilo, antes la he lavado todo lo que he podido y la he secado con mis enaguas. —Vio lo que él había

extendido por el banco—. Ah, tiene buen material ahí. Ahora, si me lo permite, voy a intentar limpiarle la herida. —Empezó a humedecer la prenda, retirando poco a poco el tejido adherido hasta conseguir quitarlo. La sangre empapó la gasa mucho antes de que la zona estuviera despejada—. La herida todavía sangra, me temo. Hay que presionarla para detener la hemorragia.

—¿Y si la bala sigue dentro? ¿No habría que intentar localizarla primero?

La mujer se encogió de hombros con maravillosa expresividad.

—La bala dará igual si se desangra antes. —Cogió la venda, la desenrolló, formó una torunda y apretó con ella la herida. Hugo soltó un alarido de dolor—. Claro que había olvidado que puede que el hueso esté roto. Tome, sujete esto sin apretar demasiado.

Hizo lo que le pedía.

—Tengo morfina aquí. Me ayudará a soportar el dolor.

Sofía lo vio inyectársela y asintió en señal de aprobación.

—Cuando vuelva, traeré vendas y un trozo de madera para entablillar. —Lo miró—. Tenga cuidado al subirse los pantalones. No conviene que el algodón se pegue a la herida. Igual es mejor que no se los suba. Quizá pueda abrigarse con el paracaídas. Intentaré traerle una manta también.

—*Signora* Bartoli, no. No quiero que me traiga nada que su familia pueda necesitar. Y tampoco quiero que se ponga en peligro por mí. Le agradecería algo de comida y la tablilla, pero luego me las apañaré solo. Aunque me tope con alemanes, soy piloto. Me tratarán bien como prisionero de guerra.

Sofía lo miró, negó con la cabeza y rio.

—¿Cree que esos animales lo van a tratar bien? En un pueblo cercano, pusieron en fila a todos los habitantes y los fusilaron por ayudar a los partisanos. Al pueblo entero. Bebés, niños y ancianas. Bang, bang, bang. Todos muertos. Además, ahora tienen miedo. Saben que están perdiendo. Ya no pueden seguir avanzando. Cada día retroceden un poco más hacia el norte. Usted sería un engorro para ellos. No, no creo que lo trataran bien. Hay que rezar para que los aliados lleguen pronto. —Le puso una mano en el hombro—. Aguante. Volveré en cuanto pueda. No intente encender una hoguera. Se vería el humo. —Al llegar a la puerta, se volvió—. Que Dios lo proteja —le dijo, y luego se fue.

Capítulo 7

JOANNA

ABRIL DE 1973

El funeral se celebró un martes lluvioso. El tiempo prometía durante el fin de semana, pero el lunes por la tarde había vuelto a nublarse y por la noche había empezado a llover. A la hora del funeral, hacía un día desapacible y tormentoso. No esperaba que acudiera nadie, pero me sorprendió la cantidad de vecinos del pueblo que llenaron los bancos del templo y más tarde se congregaron conmigo alrededor de la tumba mientras chorreaba lluvia de nuestros paraguas al ataúd. Me pareció oportuno que los cielos se despidieran de mi padre llorando por él.

Para después, la mujer del párroco y la panadería de Billy Overton habían preparado un exquisito banquete en el salón de actos de la parroquia. Fueron acercándose todos, uno detrás de otro, a darme el pésame. A algunos los conocía, otros eran extraños, pero todos tenían alguna relación con Langley Hall y con mi familia. «Mi madre servía en la mansión de jovencita y siempre me contaba lo bueno que había sido con ella el anciano terrateniente cuando había tenido la escarlatina.» Me inundaron de comentarios de ese tipo, hasta que me di cuenta de que todos habían lamentado la pérdida de la mansión tanto como mi padre. Representaba el final de una antigua forma de vida, de la seguridad de saber cuál es tu sitio. Lo encontré conmovedor.

Cuando empezó a mermar la multitud, se me acercó un joven. Lo había visto en el cementerio. Iba con impermeable y ocultaba su rostro bajo un enorme paraguas negro. Ahora llevaba un traje negro muy bien cortado.

—¿Señorita Langley? —Era pelirrojo, tenía pecas en la nariz y parecía jovencísimo—. Soy Nigel Barton. Ya sabe, de Barton y Holcroft, la familia de abogados...

—Ah, señor Barton —dije, y le estreché la mano que me tendía—. ¿Cómo está? Encantada de conocerlo. Me preguntaba con quién tendría que ponerme en contacto para el papeleo y si mi padre habría dejado algún tipo de testamento.

—Nosotros no disponemos de ningún testamento, señorita Langley. ¿Ha revisado los papeles de su padre?

—He echado un vistazo a su escritorio, pero me incomodaba hurgar en sus cosas sin saber si tenía derecho a hacerlo...

—Es su hija —dijo, sonriéndome—. Creo que eso le da derecho de sobra. Si fuera tan amable de pasarse mañana por nuestro bufete de Godalming, veríamos en qué puedo ayudarla —añadió, ofreciéndome su tarjeta.

—Es usted jovencísimo para ser socio de un bufete —le dije yo sin reparar en mi falta de tacto.

Río.

—Lamento decirle que aún no soy socio. El Barton de la firma era mi tatarabuelo. Hemos sido los abogados de su familia durante varios cientos de años. Yo solo llevo un par de años en ejercicio y soy el más pasante de los pasantes.

—Yo tendría que hacer el examen del Colegio de Abogados este año —dije.

—Claro. He oído decir que estudiaba Derecho. Tendremos mucho de que hablar. ¿Le parece bien que la invite a almorzar mañana? En el Boar's Head, unos portales más allá de nuestro bufete, se come bastante bien.

Titubeé. ¿Un hombre que me invitaba a almorzar? No sabía si estaba preparada para eso.

—No se preocupe, no es necesario, tampoco forma parte de sus obligaciones —dije, y vi que se ponía mohíno.

—Cierto, pero sí es una buena excusa para poder comer en condiciones en lugar de tomarme el sándwich de costumbre —repuso con una sonrisa esperanzada.

«¿Por qué no? —me susurró una voz interior—. Parece inofensivo. No te está invitando a la discoteca. No es una cita. Solo son negocios.»

Sonreí yo también.

—Gracias, señor Barton. Es usted muy amable.

Se le iluminó el rostro como si acabara de hacerle un regalo.

—No la entretengo más. Seguro que todas estas personas están esperando para hablar con usted. ¿Mañana hacia las once y media?

Tanto Billy Overton como el doctor Freeman se ofrecieron a llevarme a casa en coche, pero de pronto apareció la señorita Honeywell y me fui con ella.

—Ha sido un buen funeral —me dijo mientras abandonábamos la calle del pueblo y enfilábamos el sendero cubierto de hojarasca—. Te habrá consolado ver cuánta gente ha asistido y el respeto que sienten por los Langley.

—Me ha conmovido y sorprendido —dije—. Ojalá mi padre hubiera vivido para oír las cosas tan bonitas que se han dicho.

—Siento haber llegado un poco tarde —se excusó—. Una llamada de última hora de unos padres que están en Oriente Medio. Tenía que asegurarles que su hija estará a salvo de los jardineros y los mozos de cuadra.

Reí.

—¿Y qué piensa la joven?

—No estoy segura. Esas niñas extranjeras crecen tan sobreprotegidas que luego se entregan a cualquier hombre. —Se hizo un silencio incómodo—. Supongo que vuelves a Londres...

—Dentro de unos días —contesté—. Me pidió que vaciara la casa del guarda y, como aún no he encontrado el testamento, no me siento cómoda deshaciéndome de las pertenencias de mi padre.

—Dudo que dejara gran cosa, ¿no? Sé que se quedó con algunos muebles buenos de la mansión, pero aparte de eso... Ah, y creo que en el desván aún hay un par de baúles de efectos personales que me pidió que le dejara guardar allí. Deberías echarles un vistazo cuando puedas. Son sobre todo trofeos y álbumes de fotos antiguos, me parece. Y retratos de familia. A lo mejor quieres quedarte alguno.

—Gracias, sí, me gustaría verlos.

—Ven cuando quieras. La puerta principal está abierta durante el día.

—No sé si sabría llegar al desván —dije.

Río.

—Claro. Siempre se me olvida que no llegaste a vivir en Langley Hall.

—Nací en la casa del guarda —dije.

—No te preocupes, en cuanto me tope con uno de los jardineros, le pido que te lleve las cosas de tu padre.

Habíamos llegado a la verja de la escuela. Detuvo el coche y me dejó en la casa del guarda.

—¿A tu empresa no le importa que te tomes tantos días libres? —preguntó.

—Han sido muy comprensivos —contesté, no quería contarle la verdad.

Le di las gracias y me metí en casa. De nuevo me asaltó la sensación de frío y humedad, casi como si la propia vivienda se hiciera eco de la tristeza y la desesperación de mi padre. Me dije que debía hacer inventario de todo, pero me sentí de pronto agotada por el funeral. Caí entonces en la cuenta de que no había probado los sándwiches de pepino, ni los rollitos de salchicha, ni los pastelitos, y me arrepentí de no haberme llevado unos cuantos para comérmelos después. Me preparé un té y una tostada, luego decidí llamar a Scarlet. Era mi antigua compañera de habitación de la universidad. Ahora yo ocupaba el sofá de su piso, porque había tenido que irme precipitadamente de mi residencia anterior. Scarlet era muy distinta a mí: para empezar, era de extracción humilde y su padre regentaba un *pub*. En realidad, tampoco se llamaba Scarlet, sino Beryl, pero odiaba ese nombre. En su opinión, Scarlet se adecuaba mucho más a su personalidad. Adoraba todo lo que representaban los setenta: llevaba faldas largas teñidas, el pelo revuelto le tapaba la cara, fumaba maría e iba a todas las manifestaciones en contra de la guerra y en favor de los derechos de la mujer. Yo siempre había sido la buena de las dos, la estudiosa, centrada en mi grado, no en poner fin a la guerra de Vietnam. Pero, sorprendentemente, nos llevábamos fenomenal. Scarlet era de trato fácil y enseguida me había acogido cuando no tenía adonde ir. Ahora trabajaba en el teatro, como ayudante del director de escena del Royal Court, célebre por sus obras vanguardistas.

No estaba segura de si la encontraría en casa a media tarde, pero cogió el teléfono a los pocos tonos.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —dijo enfurruñada. Sonó más a ¿Sí? ¿Quién es?

—Perdona, ¿te he despertado? —me disculpé.

—Ah, Jo, eres tú, cielo. No te preocupes. Tenía que levantarme en diez minutos. Esta noche hay ensayo general. Obra nueva. *Diez mujeres en un tren a Siberia*. Deprimente de cojones, la verdad. Terminan suicidándose todas. A propósito de cosas deprimentes, ¿qué tal el funeral?

—Muy bonito para ser un funeral.

—¿Y cómo lo llevas?

—De momento, he conseguido no hundirme. La casa del guarda es el sitio más lúgubre que puedas imaginar, pero tengo que revisar las cosas de mi padre y vaciar la casa para el próximo inquilino, así que tardaré un tiempo en volver.

—No pasa nada. No voy a alquilar tu cama. Y tampoco voy a invitar a nadie a la mía. Estoy harta de los hombres.

—¿Ese actor nuevo no era lo que esperabas? ¿No te iba a llevar a cenar?

—No, no era lo que esperaba, el condenado. Salimos a cenar. Lo invité a casa y empezó a enseñarme fotos de su novio, Dennis.

Me eché a reír.

—Ay, Scarlet, ¿crees que estamos condenadas las dos?

—Lástima que no nos gustemos tú y yo, ¿verdad? ¿Se podrá aprender a ser lesbiana?

—No lo creo —dije, riendo aún—. Me alegra oír tu voz. Me he pasado el día siendo educada con desconocidos. Y mañana tengo que comer con un joven abogado muy formal.

—Mira, alguien como tú...

—No quiero más abogados, gracias. De hecho, no quiero más hombres, gracias. Ya he aprendido la lección. A partir de ahora, voy a vivir tranquila. Sin hombres. Sin sexo. Estudio, libros y alguna que otra comida solitaria en un buen restaurante.

—Y gatos. No te olvides de los gatos.

Reí de nuevo.

—Tengo que volver a Londres cuanto antes. Si el abogado me dice que puedo hacer lo que quiera con las cosas de mi padre, llamaré a un subastador para que venga a llevarse todo lo que merezca la pena vender. El resto lo donaré a una tienda benéfica y adiós, Langley Hall.

Cuando colgué, me di cuenta de lo mucho que me había costado parecer contenta y feliz. «Mantente ocupada», me dije. Eso era lo que tenía que hacer. Así que cogí una bolsa de basura grande y empecé a meter en ella la ropa de mi padre. No estaba segura de si alguien querría unos pañuelos con las iniciales bordadas, pero nunca se sabe. Luego metí los libros en una caja y aparté unos cuantos que habían sido mis favoritos de pequeña, los que mi padre me leía. Al final del día, había vaciado el dormitorio y el armario de la ropa blanca. Luego revisé el escritorio, despacio esa vez, por si había un testamento o alguna otra sorpresa oculta en un cajón secreto. Encontré una cartilla de ahorros con quinientas libras, el resguardo de unas acciones de una sociedad de crédito hipotecario, una libreta bancaria y ya está. Por lo visto, mi padre valía poco más de mil libras. Algo era algo.

Me abrí una lata de sopa para cenar. Mientras removía el contenido al fuego, de pronto me sobrevino un recuerdo de mi madre plantada delante de aquellos mismos fogones removiendo una olla grande. «Estofado de pollo con bolas de patata cocida —me dijo sonriente—, el plato favorito de tu padre. Esto seguro que lo anima.»

El recuerdo de aquella cocina cálida y amorosa con sus deliciosos aromas y sus tiernas palabras me superó. Apagué el fuego, dejé la sopa y me fui a la cama.

Capítulo 8

JOANNA

ABRIL DE 1973

Al día siguiente estaba a punto de marcharme para coger el tren a Godalming cuando llamaron a la puerta. Al abrir, me encontré a dos hombres fornidos cargando un baúl entre los dos.

—¿Dónde quiere que se lo dejemos, señorita? —preguntó uno de ellos.

—Es del desván —dijo el otro al ver mi cara de sorpresa—. La señorita Honeywell nos ha pedido que le bajáramos sus cosas.

—Ah, ya. Gracias. Por aquí, por favor —tartamudeé, y crucé con ellos el salón.

—También hay unos cuadros. Ahora volvemos —dijo el que había hablado primero.

—Tengo que salir, voy a perder el tren —repuse yo—. Déjenlos en el salón con el baúl, por favor.

Y me fui. Las oficinas de Barton y Holcroft estaban en un elegante edificio georgiano en un extremo de la calle mayor de Godalming. Nigel Barton salió de un despacho antes de que me diera tiempo a anunciarme.

—Volvemos en una hora, Sandra —le dijo a la recepcionista.

Nos fuimos y me llevó calle abajo hasta The Boar's Head. Era uno de esos pintorescos *pubs* antiguos con vidrieras plomadas en las ventanas y el leve rumor de conversaciones de un puñado de clientes junto a la barra. De la cocina emanaban olores deliciosos. Nigel eligió un cubículo de roble con sillones de respaldo alto y fue a pedir las bebidas. Regresó para informarme de que había cordero asado o pastel de pescado. En circunstancias normales, habría elegido algo más ligero para el almuerzo, pero estaba muerta de hambre y opté de buen grado por el cordero. Como él había predicho, estaba riquísimo. Caí de pronto en la cuenta del tiempo que hacía que no comía algo rico (desde la muerte de mi madre, la verdad) y de lo mucho que lo disfrutaba.

Cuando vaciamos los platos, Nigel los apiló a un lado.

—Ahora hablemos de negocios —dijo—. Deduzco que no ha encontrado ningún testamento.

Negué con la cabeza.

—Hay una libreta de ahorro, el recibo de unas acciones de una sociedad de préstamo hipotecario y su libreta bancaria, pero no sumarán más de mil libras en total.

Asintió con la cabeza.

—Necesitaré el certificado de defunción para poder reclamar ese dinero. Y la firma de un notario. ¿No disponía de ningún otro bien?

—Un par de muebles valiosos que podría subastar. Me gustaría quedarme con el escritorio, pero no sé dónde ponerlo.

—Antes de que haga nada, habrá que localizar a su hermano —dijo.

Pensé que había oído mal.

—¿Mi hermano? Soy hija única.

—Su hermanastro. Del primer matrimonio de su padre. —Me vio la cara de sorpresa—. ¿No sabía que su padre había estado casado antes?

—No. Nadie me lo dijo. Sabía que tanto mi padre como mi madre se habían casado mayores y que no me esperaban, pero no tenía ni idea de... —Dejé la frase en el aire mientras digería la noticia—. ¿Cuándo fue eso?

—Su padre se casó antes de la guerra y tuvo un hijo. El matrimonio se disolvió cuando regresó al final del conflicto. Su mujer volvió a casarse y se llevó al niño a Estados Unidos. ¡A ver cómo lo localizo ahora! Creo que el padrastro lo adoptó, pero supongo que, si le interesa, heredará el título igual, aunque viva fuera.

Me dejó atónita. ¿Cómo había podido mi padre vivir conmigo tantos años sin mencionarme jamás a su hijo? Y lo que es peor: ¿por qué su hijo no había dado señales de vida después de la guerra?

—Me pondré en contacto con la embajada de Estados Unidos —dijo Nigel—, pero yo no me preocuparía. Creo que está muy claro que su padre habría querido que heredara usted lo poco que tenía.

¿Y si no estaba tan claro? ¿Y si el juez dictaminaba que el primogénito lo heredaba todo? Mil libras me venían de maravilla en esos momentos de incertidumbre. Si el bufete no volvía a contratarme, podría sobrevivir un tiempo con ese dinero.

—Si su padrastro lo adoptó, no debería tener derecho a la herencia —dije—. Ya no es un Langley.

—Si le aplica la legislación estadounidense, la cosa se complica —dijo él—. Aun así, este caso es más interesante que los que suelen asignarme. ¿Su pasantía es más emocionante que la de un abogado de pueblo?

—En absoluto —contesté—. Yo creo que viene a ser más o menos lo mismo. Muchas transmisiones patrimoniales.

—¿Prefirió el papeleo a los tribunales? —me preguntó—. ¿Buscaba la vida tranquila y cómoda en lugar de la emoción?

Miré la mesa de roble desgastada.

—En realidad, me habría encantado pasarme el día en los tribunales —dije—. Saqué buena nota, pero tenía más de una cosa en contra. El dinero, para empezar. Los bufetes para los que me entrevistaron parecían muy interesados en mí cuando se enteraron de que era hija de sir Hugo Langley y pensaron que formaba parte de una aristocracia rural con muchos contactos. Perdieron interés en cuanto supieron que se equivocaban y que no teníamos ni un penique. Y luego está el hecho de que soy mujer. El anciano director del bufete me dijo directamente que estaba perdiendo el tiempo, que si optaba por ejercer la abogacía en los tribunales, no me asignarían ninguno de los casos jugosos, que ningún abogado que se preciara pondría a sus clientes en manos de una mujer cuando casi todos los jueces son varones y la mayoría de los jurados están constituidos por hombres, y que ninguno de ellos tomaría en serio a una mujer.

—Eso es ridículo —dijo Nigel.

—Pero cierto.

—Supongo que sí —admitió, asintiendo con la cabeza—. Aun con todo, sigue habiendo cosas interesantes que podrá hacer en cuanto tenga el título: derecho corporativo, derecho internacional, penal...

—Sí —le dije con una gran sonrisa—. Todavía no me he decidido. Primero tengo que aprobar ese condenado examen, ¿no?

—Seguro que lo borda —espetó con una sonrisa exagerada para mi gusto.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté—. Con el patrimonio de mi padre, digo.

—Voy a conseguirle el certificado de defunción, intentaré contactar con su hermano y, si quiere, le puedo enviar un tasador para que le diga si merece la pena subastar algo de lo que tiene.

—Es muy amable.

—No, mi abuelo me mataría si no cuidara bien de un Langley.

Sonrió y volvió a parecerme jovencísimo. Un joven amable, agradable e inofensivo. Claro que Adrian también era todas esas cosas... Hay que aprender de los errores.

Nigel me acompañó a la estación y yo cogí un taxi de vuelta a Langley Hall. Al abrir la puerta, me di de bruces con los dos baúles y un paquete enorme envuelto en papel de embalar que me habían dejado a la entrada. Lo cierto era que sentía curiosidad. Supongo que, en el fondo, siempre pensé que las joyas desaparecidas de los Langley podían estar en uno de esos baúles. Arranqué el papel que envolvía el paquete grande y me encontré con mi propio rostro. Me sobresaltó tanto que estuve a punto de soltar el cuadro, pero me asustó aún más la inscripción: JOANNA LANGLEY. 1749-1823.

El corazón me latía tan rápido que tuve que sentarme. Examiné el retrato y descubrí pequeñas diferencias. Ella tenía los ojos de color avellana y los míos eran azules. También tenía una especie de lunar en la mejilla izquierda y la nariz algo más larga. Debía de ser pariente mía, pero me ilusionó saber que tenía una antepasada con mi mismo nombre y que se parecía a mí. Me concedía por primera vez la certeza de que era una Langley de verdad y que aquella mansión preciosa del otro lado del caminito me pertenecía por derecho.

El resto de los cuadros eran retratos de varios Langley. Muchos eran sombríos y siniestros, no estaba segura de querer quedármelos. Supuse que debía hacerlo, al fin y al cabo, eran mi único vínculo con mi pasado. Algún día tendría casa propia, cuando fuera una abogada mercantil rica, un piso con vistas al Támesis, todo vidrio y muebles modernos, y colgaría esos cuadros en las paredes solo para impresionar a mis clientes. Pero primero habría que limpiarlos. Estaban sucísimos, de generaciones de humo de vela y de abandono.

Cuando abrí el primero de los baúles, me alegró mucho encontrar más cuadros, esta vez modernos y luminosos. En ellos había pinceladas de sol italiano, antiguos edificios de piedra, oscuros cipreses. Leí la firma de la esquina de uno: Hugo Langley. Así que era cierto que mi padre pintaba... Más aún, era un artista con mucho talento. ¿Por qué demonios lo habría dejado?

Aparté los cuadros con la intención de enseñárselos a Nigel. Si lograba deshacerme de ellos, a lo mejor podía sacarles un buen dinero en una subasta. Abrí el segundo baúl. En ese había álbumes antiguos con las tapas de piel y unos broches impresionantes. En el interior, fotos de Langleys de antaño, con vestidos largos y sombreros ridículos, inmortalizados delante de una cámara o en grupos a la entrada de Langley Hall con raquetas de tenis o tomando el té en el jardín. Estaba siendo testigo de un tipo de vida que no había conocido. Aparté los álbumes y metí la mano más al fondo. Una copa de plata con la que se había obsequiado a sir Robert Langley, maestro de cazadores. Una más pequeña para Hugo por quedar vencedor del salto de altura en las olimpiadas de Eton. Entonces topé con un cofrecito de piel, labrado primorosamente y gofrado en oro. Lo

abrí, pensando que albergaría aquellas joyas desaparecidas hacía tiempo y casi volví a cerrarlo de inmediato al descubrir que solo contenía un ángel minúsculo tallado en madera, algo que parecía una medalla engarzada en un cordel, una cajetilla de tabaco, una pluma de ave y un sobre doblado. No acababa de entender quién podía querer guardar semejantes fruslerías en un cofrecito tan valioso. Algún Langley de otro tiempo que jugaba a fingir, como había hecho yo de niña.

Saqué la cajetilla de tabaco para tirarla, pero vi que estaba desarmada y que en su interior había un boceto de una mujer hermosa. Solo era un pequeño bosquejo, hecho apresuradamente y sin acabar, pero transmitía la personalidad de aquella mujer. Se veían unos ojos casi centelleantes de emoción clavados en el artista, una boca a punto de abrirse en una sonrisa. Lo estiré sobre la mesa, luego desdoblé el sobre. Reconocí la caligrafía exquisita de mi padre. La carta se había enviado por correo aéreo a una tal *signora* Sofia Bartoli, de un lugar llamado San Salvatore, en la Toscana. El sobre se había franqueado en abril de 1945, pero la carta estaba sin abrir. Junto a la dirección había otro sello con un texto en italiano cuyo significado pude intuir más o menos: DESTINATARIO DESCONOCIDO. DEVUÉLVASE AL REMITENTE.

Intrigada, abrí con cuidado el sobre. Para fastidio mío, la carta estaba en italiano. Conseguí leer «*Mia carissima Sofia*» y me quedé pasmada. No imaginaba a mi padre, frío y distante, llamando «queridísima» a ninguna mujer. Desde luego, jamás fue tan afectuoso ni con mi madre ni conmigo. Intenté seguir leyendo, pero el resto se me hacía incomprensible. Entonces me acordé del diccionario de italiano que había guardado en una caja junto con los otros libros que pensaba llevar a la tienda benéfica. Fui corriendo a por él, me senté a la mesa de la cocina y, muy concentrada, intenté descifrar el contenido de la carta. Por suerte, los años que había estudiado latín y francés en la escuela me resultaron muy útiles y, cuando terminé, me costaba creer lo que acababa de traducir. ¿Lo habría interpretado mal? Lo repasé.

Queridísima Sofia:

¡Cuánto te echo de menos todos los días! ¡Qué largos se me han hecho estos meses sin ti! Todo ese tiempo en el hospital, sin saber si estabas a salvo, queriendo escribirte y sin atreverme a hacerlo. Pero tengo buenas noticias: si es cierto que tu marido ha muerto, somos libres y podemos casarnos. Cuando conseguí volver a Inglaterra, me enteré de que mi mujer se había buscado a otro y me había dejado para llevar una vida mejor en América. En cuanto termine esta guerra horrenda, y parece que será muy pronto, iré a buscarte, mi amor. Entretanto, quiero que sepas que nuestro niño bonito está a salvo, escondido donde solo tú puedes encontrarlo.

Dejé de leer, perpleja. Mi padre, ese ser distante y falto de emoción, había tenido un hijo en Italia. Un hijo con una italiana llamada Sofia. ¿Oculto donde solo ella podía encontrarlo? Sentí un escalofrío. La carta no se llegó a entregar. ¿Un niño escondido y no encontrado nunca? Claro que, veintiocho años después, debía confiar en que esa tal Sofia hubiera recuperado al niño y todo se hubiera arreglado.

Capítulo 9

JOANNA

ABRIL DE 1973

No sé cuánto tiempo estuve allí sentada, mirando fijamente aquella cuartilla finísima. Habiéndome criado como hija única, me tenía conmocionada descubrir en un mismo día que quizá tuviera dos hermanos en otras partes del mundo. «Si este llegó a sobrevivir», me dije. A lo mejor lo había escondido una familia amable en el monte para que pudiera reunirse con su madre cuando cesaran las hostilidades. Eso fue lo que quise creer. Pero estaba deseando saber más. Mi padre nunca hablaba de sus vivencias durante la guerra, pero yo sabía por mi madre que había sido piloto de la RAF, la fuerza aérea británica, muy valiente, y que había sobrevolado la Europa ocupada hasta que derribaron su avión y casi lo mataron, aunque no tenía ni idea de que hubiera sido en Italia. No era uno de esos sitios en los que uno piensa cuando se habla de bombardeos.

Me aparté, frustrada. De haber sabido todo aquello antes de que muriera, le habría preguntado. Podría haber averiguado la verdad. Ahora tendría que descubrirla por mi cuenta.

Terminé de revisar los dos baúles y no encontré nada de valor para alguien ajeno a la familia. Ni una sola fotografía de la primera esposa de mi padre ni de mi hermanastro, pero sí pequeñas instantáneas de una versión más joven y sana de mi progenitor, riendo con amigos en un café. Escrito en el dorso de una de ellas, vi «Florencia, 1935». Dejé de lado los baúles, seguí vaciando los armarios de ropa blanca, la despensa, el armarito del baño, y reuní un buen montón de cosas que donar y otro buen montón para tirar a la basura. Noté que no me producía ningún reparo deshacerme de objetos de mi infancia, lo único que ansiaba era acabar cuanto antes aquella tarea para emprender mi búsqueda.

Al día siguiente estaba sacando bolsas y cajas a la basura cuando un coche se detuvo delante de la mansión. Nigel bajó de él con otro hombre de mayor edad.

—Le presento al señor Aston-Smith —dijo—. Es tasador. He pensado que podíamos ir adelantando algo si tasamos los muebles ya.

Los acompañé dentro, disculpándome por el desorden. Le mostré los retratos de familia, los pocos muebles buenos... Estuve a punto de enseñarle a Nigel la carta. Necesitaba enseñársela a alguien, pero no fui capaz de hacerlo. El señor Aston-Smith no tardó mucho. Se paseó por la casa mascullando por lo bajo y garabateando cosas en un cuadernillo. Al poco vino a mí.

—No es gran cosa, me temo —dijo—. El escritorio es una pieza exquisita, le darían como mínimo quinientas libras en una subasta; por la cómoda de arriba, quizá algo menos; por el reloj

de pie... también bastante. El ropero es de madera buena, pero ya nadie quiere muebles tan aparatosos.

—¿Y los cuadros?

—¿Los de la pared? Son copias. Valdrán unas cien libras cada uno.

—Me refería a los otros. A las obras de mi padre.

—Son buenos, eso se lo garantizo, pero no era conocido, ¿no? En las grandes subastas de arte moderno, todo depende del nombre. Se valora más la fama que la calidad, me temo. Más que miles, les sacaría unos cientos de libras.

—¿Y los retratos familiares?

—No puedo decirle mucho. Necesitan todos una buena limpieza, como seguramente habrá observado. Si quiere, se los puedo llevar a un restaurador con el que trabajo y tasárselos cuando estén limpios.

—¿Eso sería muy caro?

Era consciente de que la suma que iba a heredar no era precisamente una fortuna, sobre todo si tenía que compartirla con mi hermano recién descubierto.

—No sería carísimo, dependerá del tipo de restauración que precisen. Podemos empezar por una limpieza básica y decidir después si seguimos adelante.

Miré a Nigel de reojo y él me dedicó una de sus sonrisas esperanzadoras.

—De acuerdo, lléveselos, por favor. Y el escritorio me lo quedo —decidí mientras los acompañaba a la puerta—, aunque no tengo dónde guardarlo.

—A lo mejor le permiten almacenarlo en el desván de la escuela —propuso Nigel—, junto con todas las demás cosas pequeñas que decida quedarse.

—Excelente idea. —Le sonreí—. Teniendo en cuenta que lo hago por vaciar la casita cuanto antes, supongo que la señorita Honeywell no se opondrá. Le preguntaré.

—¿Cuánto tiempo cree que se quedará aquí? —me preguntó Nigel.

—Espero haberme ido a finales de semana.

Ví que se le ensombrecía el rostro.

—Ya. Tendrá que volver al trabajo.

Claro que tenía que volver, pese a que no sabía si aún tenía trabajo. No obstante, sonreí y asentí con la cabeza.

—La mantendré informada —me dijo— y le haré saber cuándo pasan a su poder los fondos de las diversas cuentas.

—A lo mejor ese colaborador suyo no debería restaurar las pinturas hasta que tenga la certeza de que ese dinero es mío —dije mirando al señor Aston-Smith.

—Muy bien. Me las llevo y espero instrucciones. Supongo que tendré que hacer lo mismo con los muebles que quiere subastar, no vaya a vender algo que no le corresponda legalmente.

—No se preocupe —terció Nigel—, de eso ya me encargo yo. Vuelva a Londres. Lo llamaré cuando tenga noticias.

Y se fueron con los retratos de mi familia. Yo seguí recogiendo cosas y, al rato, cuando estaba a punto de tomarme un té tranquilamente sentada, llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez era un hombre corpulento y rubicundo que me miró con extrañeza.

—¿Qué es eso de «Escuela para Señoritas»? —preguntó con voz grave y acento claramente transatlántico—. ¿Cuándo se ha vendido Langley Hall?

—Justo después de la guerra —le contesté.

—¡Qué lástima! Confiaba en poder echar un vistazo a la antigua mansión. ¿Eres la hija del guarda?

—Soy Joanna Langley —respondí con sequedad—. Hija de sir Hugo Langley.

Se quedó pasmado.

—¿En serio? Así que el viejo volvió a casarse. ¡Mira por donde!

Empecé a sospechar quién era aquel hombre. Lo escudriñé y no encontré parecido alguno con mi padre, que siempre había tenido el aspecto enjuto de un poeta romántico. Aquel tipo se alimentaba bien y era de un regordete poco atractivo.

—¿Es hijo de Hugo? —le pregunté.

—Eso es. Antes, Teddy Langley. Ahora, Teddy Schulz. De Cleveland, Ohio.

Le tendí la mano por educación.

—Encantada, Teddy. Hasta hace un par de días, ni siquiera sabía que tuviera hermanos. Ha sido una gran sorpresa.

—Sí, a mí también me ha sorprendido. La muerte del viejo, digo. Un cliente que volvía de Inglaterra me enseñó la necrológica en el periódico. «¿Es pariente suyo?», me preguntó, y pensé que más me valía cruzar el charco, dado que soy su primogénito y su heredero, ya sabes. Supongo que me corresponde su patrimonio. ¿No es eso lo que mandan las leyes inglesas? El primogénito se lo lleva todo, ¿no?

No supe qué contestarle. Me sentía un poco como Alicia cayendo por la madriguera del conejo y descubriendo una sorpresa desagradable detrás de otra. Mientras hablaba, Teddy había estado echando un vistazo alrededor.

—¿Quién se quedó con la pasta de la venta?

—¿La «pasta»? —Lo miré fijamente—. Cuando murió mi abuelo y mi padre heredó la mansión, hubo que venderla para poder pagar el impuesto de sucesiones. Hemos vivido en la casa del guarda desde entonces y mi padre daba clases de Arte en la escuela.

—¿No hay dinero? ¡Qué pena! Siempre imaginé a mi papi rodeado de lujo en la mansión de mi infancia. —Eché un vistazo a la vivienda—. Desde luego nada semejante. ¿Y los muebles y esas cosas? Todas esas antiguallas espeluznantes que recuerdo... Supongo que, siendo hijo suyo, tengo derecho a la mitad.

Aquel tipo me había desagradado desde el primer momento.

—Por lo que me han dicho, hereda el título, pero seguramente tendrá que volver a ser Teddy Langley.

—Sir Teddy. ¡Qué fuerte!, ¿no? ¿El título viene con alguna asignación?

—No viene con nada. —Me esforcé por mostrarme elegante y británica—. He estado reuniendo las pertenencias de mi padre y, si quiere, puede echar un vistazo a los álbumes antiguos por si le interesa alguna fotografía. Incluso a los muebles, ya puestos.

—Claro, vale. —Se le iluminaron los ojos. Lo conduje adentro. Miró por encima las tristes torres de cosas que esperaban la llegada de la furgoneta de la tienda benéfica—. ¿Esto es todo? —preguntó—. ¿Así es como vivíais?

—Eso es todo.

—¿Y no hay dinero?

Tuve que esforzarme de nuevo por ser sincera.

—Podría haber unas mil libras en diversas cuentas de ahorro.

Me miró incrédulo.

—¿Mil libras? ¿Y ya está? Quédatelas tú. A mí me ha ido bastante bien. Mi viejo, Schulz, se metió en el negocio inmobiliario después de la guerra y yo me uní a él cuando terminé la universidad. Centros comerciales abiertos, sobre todo. Gano bastante más que eso en una semana. Está claro que tú lo necesitas más que yo.

—Gracias —dije—. La verdad es que sí lo necesito. Ahora mismo no tengo donde vivir.

—¿No estás casada?

—Solo tengo veinticinco años —repliqué—. Ya tendré tiempo cuando me den el título.

—¿Qué título?

—De abogada. Me examino este año.

—Picapleitos, ¿eh? Ganan bastante.

—Cuando apruebe el examen, si es que lo apruebo —dije—. ¿Le apetece un té? Acabo de hacerlo.

—Claro. ¿Por qué no? —contestó—. Un té. Eso es lo que bebía todo el mundo durante la guerra. Caía una bomba y decían: «No pasa nada, vamos a tomarnos un té» —dijo burlón. Y rio.

Le serví un té con unas galletas algo rancias. Dudo que le gustara ninguna de las dos cosas.

—Le daré el nombre del abogado que lleva todos los asuntos de nuestro padre —dije—. Iba a pedir ayuda a la embajada de Estados Unidos para que lo localizaran. Les ha ahorrado el trabajo. Él le informará de todo lo relacionado con el título.

—No veo qué ventajas puede ofrecerme un título si no viene acompañado de un patrimonio —dijo, meneando la cabeza.

—Podría ayudarle a vender más inmuebles —dije con dulzura. Pretendía ser sarcástica, pero él se lo tomó en serio y se echó a reír a carcajadas, dando palmas.

—Igual tienes razón, hermanita. Le daría un toque de clase al negocio.

Hizo una pausa y bebió un sorbo de té.

—¿Sabes?, tenía pensado venir a darle una sorpresa al viejo. Me iba a traer a mi mujer y a mis hijos para que nuestro padre viera lo bien que me había ido. Él nunca me creyó gran cosa. Lástima que haya muerto sin saberlo.

Dudaba que a mi padre lo hubiera entusiasmado tanto como Teddy, sin duda, pensaba. No tenía claro lo que era un centro comercial abierto, pero no sonaba muy respetable.

Teddy hurgó en su cartera.

—Toma mi tarjeta —dijo—. Si alguna vez vas a Estados Unidos, ven a verme. A mi mami le encantará conocerte, seguro. Y los niños disfrutarán mucho con su tía inglesa, con ese acento que tienes.

—Gracias, muy amable —contesté. Se levantó y se dirigió a la puerta—. ¿Seguro que no quiere nada de esto antes de que lo done? —pregunté, señalando por toda la estancia.

Aún sonreía.

—¿Estas antiguallas? No, gracias. Todo para ti.

Nos despedimos. Lo vi meterse en un coche y marcharse. Me pregunté qué clase de niño habría sido cuando vivía en Langley Hall y me alegré mucho de que mi padre no viviera ya. No creo que lo hubiera hecho muy feliz ver en lo que se había convertido Teddy Schulz.

Al final del día siguiente, estaba lista para marcharme. La señorita Honeywell había accedido a guardarme el escritorio y los baúles en el desván. Le prometí que volvería a por ellos en cuanto tuviera domicilio propio y ella se ofreció a enviar a sus criadas a que limpiaran la casa del guarda para el nuevo inquilino. Incluso me estrechó la mano calurosamente.

—Solo te deseo lo mejor, Joanna. Estoy convencida de que serás una excelente abogada y honrarás el apellido de tu familia.

Estaba plantada en la puerta de la casita, contemplando por última vez lo que había sido mi hogar cuando se acercó un coche del que bajó Nigel Barton.

—Me pilla por los pelos —dije—. Estaba a punto de marcharme.

Miró mis dos maletas.

—Pues déjeme que la acerque a la estación. ¿O ha pedido ya un taxi?

—No, pensaba ir andando, así que gracias.

Volví a contemplar Langley Hall mientras nos alejábamos.

—Su hermano vino a verme —dijo—. Me sorprendió un poco.

—A mí también. Creo que lo decepcionó muchísimo su herencia.

—Sí, me estuvo interrogando un rato. Debió de pensar que su hermana le ocultaba algo o que no conocía bien el contenido del testamento. Cuando le aseguré que no había nada más que un título, se fue. No era un tipo muy agradable.

—A papá lo habría horrorizado.

Paramos a la entrada de la estación.

—La mantendré informada —prometió—. Creo que las diversas sumas de dinero se transferirán la semana que viene o así. Y las pertenencias de su padre se subastarán pronto.

—Gracias. Ha sido muy amable —le dije.

—De nada. Un placer. —Hizo una pausa—. Joanna... Puedo tutearte, ¿verdad? Voy a Londres de vez en cuando. A lo mejor podría llevarte a ver algún espectáculo o algo así.

Scarlet me había dicho algo de que, si te caías del caballo, lo mejor era volver a subirte, pero la caída había sido tremenda y dolorosísima. No estaba segura de querer volver a montar. «Solo te está invitando a un espectáculo —me dijo mi vocecilla interior—. Nada más.»

—Gracias —dije—. Me gustaría mucho.

Se le iluminó la cara.

Pero no fuimos a ningún sitio porque, poco más de un mes después, ya me había marchado a Italia.

Capítulo 10

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Cuando Sofía se fue, Hugo se quedó sentado, sujetándose el apósito improvisado sobre la herida un buen rato hasta que fue notando que la morfina empezaba a hacerle efecto. Aún quedaba un poco de agua en la maltrecha jarra de hojalata y se la bebió agradecido, luego recordó las castañas que ella le había dejado. Les quitó la cáscara espinosa y se comió lo de dentro. No le gustaron tanto como las castañas asadas que tomaba en casa, pero estaban comestibles.

La lluvia empezaba a gotearle encima y supo que tendría que idear una especie de refugio donde resguardarse antes de que arriera. Con el último trozo de venda se sujetó el apósito sobre la herida y, pese a la advertencia de Sofía, se subió los pantalones. ¡Los alemanes no lo iban a pillar con los pantalones bajados! Luego se levantó y agarró el palo que le servía de muleta. La morfina le estaba yendo bien y apenas notaba pequeños pinchazos mientras avanzaba con cautela. Lo primero que hizo fue aliviarse. Después, se sintió lo bastante bien como para buscarse en la cazadora la cajetilla de tabaco y el encendedor. Se encaramó en el banco roto y fumó dando largas caladas y suspiros de contento. Tenía la cajetilla casi entera. Si se lo racionaba bien, le duraría varios días.

Se fumó el cigarrillo hasta la colilla y lo apagó. Ya se sentía preparado para abordar lo que fuera. Se plantó en medio de la capilla y evaluó su entorno. Había mucho material para construir. El techo entero se había derrumbado, pero en el rincón del fondo vio una especie de capilla lateral construida en una hornacina con el altar aún en pie. Cojeando, fue arrastrando trozos de madera rotos hasta el rincón. Puso en el suelo lo que debía de haber sido la puerta de un armario y apoyó varias planchas de madera en el frontal del altar a modo de tipi. Luego sacó el paracaídas. No tenía claro si tirarlo sobre el conjunto para hacerse una tienda de campaña impermeable o echárselo por encima una vez dentro del refugio. Optó por lo último (al menos, debajo de aquellas planchas de madera no llamaría la atención) y lo estiró en el suelo. Después se agachó, entró como pudo por el agujero y se envolvió en el paracaídas.

El suelo estaba durísimo, pero la delicada seda del paracaídas lo mantenía caliente. Lamentó no haberse puesto, como de costumbre, su recio traje de vuelo. En teoría, debía llevarlo encima de la ropa, pero a los pilotos les resultaba aparatoso. En misiones como la suya, ni siquiera volaba lo bastante alto ni el tiempo suficiente como para llegar a tener frío. Sacó el revolver de servicio y lo cargó; sacó también el cuchillo y se aseguró de tener ambas cosas bien a

mano. Luego se colocó debajo de la cabeza la bolsa donde iban el paracaídas y el botiquín, y se recostó. Ya no le quedaba más que esperar.

Debió de quedarse dormido, porque la morfina le hizo soñar cosas raras. Estaba en una montaña tan alta que podían tocarse las nubes y un puñado de ángeles y demonios se disputaban su alma. Los demonios llevaban esvásticas tatuadas en la frente y trataban de arrastrarlo hacia un lugar por debajo de las nubes. Entonces uno de los ángeles lo agarró del brazo, lo levantó por los aires y de pronto estaba volando.

—¡No me sueltes! —gritó, levantando la vista al ángel.

—Claro que no. Conmigo estás a salvo —le contestó el ángel, y su rostro se transformó en el de Sofía Bartoli.

Hugo abrió los ojos y descubrió que sonreía. Entonces, sobresaltado, vio el rostro de una mujer que lo miraba por una ranura entre las planchas de madera amontonadas. No era Sofía, sino una mujer de pelo claro con corona. Se incorporó y, al hacerlo, se golpeó la cabeza con la mesa del altar y maldijo. Se asomó al exterior.

Mientras dormía, había dejado de llover y la luz del sol se colaba de pronto en la capilla. Los tímidos rayos de sol invernal caían de pleno en un fresco de la pared de enfrente. Algunas partes de la pintura estaban picadas y dañadas, pero esa seguía intacta. Mostraba una imagen de la Virgen María. No podía decir si llevaba en brazos al Niño Jesús porque esa parte la habían volado. Solo le sonreía desde lo alto su rostro y eso lo tranquilizó muchísimo, casi como una señal de que el cielo lo protegía.

Volvió a tener sed y estaba atontado por la morfina. Se miró el reloj. Solo eran las once: le quedaba un largo día por delante. Salió con cuidado del refugio y consiguió ponerse en pie. El efecto de la morfina debía de estar pasándose, porque notó una fuerte punzada de dolor que le hizo soltar un alarido. Lo alertó un ruido cercano, pero entonces vio que no era más que una paloma que se alejaba aleteando de la pared dentada que tenía encima. «Palomas —pensó—. Un posible alimento si tengo que quedarme mucho aquí. Pero no podría cocinarlas dentro. A lo mejor Sofía se las puede llevar a casa, prepararlas y... Para —se dijo—. No puedo ponerlos en peligro a ella y a su familia.» Ya le había contado que los alemanes habían fusilado a un pueblo entero por ayudar a los partisanos. Sin duda sufriría el mismo destino por ayudar a un piloto británico.

«Tengo que alejarme de aquí —decidió—. Quizá esconderme unos días hasta que se cure la herida y pueda entablillarme la pierna. Luego me iré hacia el sur.»

Cogió la maltrecha jarra de hojalata y avanzó despacio hacia la puerta apoyándose en la pared.

Admirado, contempló las vistas que tenía delante: montes y montes, cubiertos de densos bosques que se perdían en el azul del cielo y, a lo lejos, montañas más altas con las cumbres ya nevadas. Ni rastro de poblaciones grandes, aunque algunos de aquellos montes, como el que tenía más cerca, estaban coronados por un pueblecito fortificado. Ese destacaba de pronto en una imagen perfectamente tridimensional, resaltada por la lluvia, con sus casitas muy pegadas unas a otras, como si tuvieran miedo de resbalar por la colina. Lo observó estremecido, estudiando las contraventanas de color ocre y verde desvaído de las casas, el elegante campanario que se elevaba sobre las tejas de arcilla de los tejados, la muralla medio derruida levantada para impedir el paso a los intrusos. De las chimeneas salían columnas de humo al aire quieto.

Los montes cercanos albergaban variedad de cultivos, hileras perfectas de olivos y viñedos recortadas en medio de un bosque frondoso. «Silvestres y domesticadas», se dijo. Eso lo resumía todo. Entonces miró hacia el oeste. Donde los bombardeos habían reventado parte de la roca, pudo ver los restos de un camino de tierra que subía serpenteando por la ladera hasta el monasterio.

Lo siguió con la vista, zigzagueando entre los árboles hasta desembocar en la carretera que conducía al valle. Mientras lo hacía, divisó tres camiones militares rumbo norte. Detectó la esvástica en uno de ellos.

«No podría escapar en este momento», pensó. Se alegró de que la pista de tierra se hubiera desdibujado cerca de la cima. Ningún camión alemán intentaría volver a subir allí. Más tranquilo, cruzó el umbral de la puerta y avanzó con cuidado por las piedras agrietadas y ladeadas del patio de entrada. Encontró el barril de lluvia de Sofia, lleno y desbordante, y se atrevió a dar un trago largo, rezando para que la lluvia no hubiera removido lo que fuera que se criaba allí dentro. Luego echó un vistazo a los montones de escombros, preguntándose si habría algo que pudiera resultarle útil.

Debía de hallarse en una antigua cocina. Había pedazos de loza esparcidos por todas partes, alguna que otra asa de taza o la parte curva de un cuenco que revelaba su anterior existencia. Pero nada entero o intacto. En su estado, no se atrevía a alejarse más, a andar escarbando entre las ruinas, pero entonces vio una almohada, quemada y perdiendo relleno. Estaba empapada, claro, pero se la llevó al interior con la esperanza de que se secara pronto.

De nuevo dentro, le pudo el cansancio y apenas consiguió extender el relleno de miraguano en una de las vigas caídas antes de sentir que si no se sentaba, se desmayaría. Entre grandes gruñidos y maldiciones, se metió como pudo en su pequeño refugio, se tumbó y perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos de nuevo, ya estaba oscuro, con esa clase de oscuridad que solo se encuentra lejos de la civilización. Ni siquiera se veía la mano delante de la cara. «Ella no va a venir ahora», se dijo. No iba a poder encontrar el camino de subida por el bosque con aquella oscuridad. Se sintió absurdamente decepcionado. Era lógico que no pudiera abandonar a su familia dos veces en el mismo día. Resultaría demasiado sospechoso. Entonces empezó a invadirlo la duda. ¿Y si la habían visto? ¿Y si alguien del pueblo tenía unos prismáticos y la había estado espionando? ¿Y si la habían entregado a los alemanes y, en esos momentos, iban hacia allí para capturarlo?

Le entró un sudor frío. Tuvo que obligarse a controlar el miedo. Claro que no los había visto nadie del pueblo. Cuando habían subido a las ruinas, las nubes bajas cubrían la cima. Él apenas había podido distinguir el pueblo. No era uno de esos días en que uno decide coger los prismáticos para observar el campo... Salvo que seas un centinela alemán apostado como observador en lo alto de un monte. Regresó el miedo. Sabía que jamás volvería a sentirse a salvo ni por un minuto y le sobrevino una súbita empatía por los habitantes del pueblo, que nunca sabían cuándo llegarían los alemanes que, empeñados en que habían ayudado a algún partisanos, los pondrían en fila en la plaza del pueblo y los fusilarían.

«Debería empezar a entablillarme la pierna», se dijo, pero no podía hacer nada hasta que fuera de día otra vez. Solo usaría su valioso encendedor para emergencias. Así que se quedó allí tumbado, escuchando los sonidos nocturnos: el chasquido de las ramas del bosque, el ululato de un búho, el aullido lejano de un perro... Iba a ser una noche larga.

Debió de quedarse adormilado, porque lo despertó el titilar de una luz próxima.

—*Signor?* ¿Ugo? —le susurró ella con miedo.

—Aquí, *signora*. En el rincón.

Mientras se incorporaba y apartaba una de las planchas de madera, vio menearse la luz más cerca. Como la primera vez, Sofia iba envuelta en un enorme chal negro, de forma que él solo le veía los ojos a la luz del farolillo de vela con que se alumbraba.

—Oh, se ha construido un refugio —le dijo ella, sonriente—. ¡Qué listo! Como no lo veía

ni me ha contestado cuando lo he llamado la primera vez, he temido que hubiera... —No terminó la frase. Dejó que el chal le cayera por los hombros, descubriéndose la cabeza.

—Aún no me he muerto del todo —dijo él, en un intento de frivolidad.

Sofía rio.

—Me alegra oírlo porque le he traído cosas para que se ponga fuerte otra vez. —Hugo salió arrastrándose del refugio, gruñendo de dolor. Ella se acercó, dejó el farolillo en una viga y se acuclilló a su lado—. Mire, le traigo comida. —Abrió una bolsa de tela que llevaba y sacó una especie de paño. Al levantarlo, quedó al descubierto el cuenco que cubría—. Sopa —dijo—. Espero que no se haya enfriado. Le vendrá bien. Lleva muchas legumbres, macarrones y verduras —añadió, y se la dio. El cuenco aún estaba caliente.

—Quema mucho. Ha debido de venir muy rápido.

—Uy, sí, no me gusta andar mucho rato entre los olivos cuando voy sola. No se sabe quién podría deambular por allí últimamente. Si los partisanos se están reuniendo, no querrán que los vea una mujer. Correría tanto peligro con ellos como con los alemanes.

—Mire, no vuelva a venir, por favor —le dijo él—. No quiero que se ponga en peligro, de verdad.

—No se preocupe. Tengo cuidado —contestó ella—. No he encendido el farolillo hasta que he estado bien lejos del pueblo. Tome, la va a necesitar —dijo, y le dio una cuchara y lo miró mientras comía.

—Está muy rica —dijo él—. Debería guardar un poco para mañana, a no ser que quiera que le devuelva el cuenco ahora.

—Fría no estará tan rica —replicó ella—. Además, le he traído algo para el desayuno. No es mucho, me temo, pero le ayudará a aguantar. —Metió la mano en la bolsa de nuevo—. Un poco de polenta. Algo de queso curado. Una cebolla. Polenta aún tenemos. A los alemanes no les gusta la harina de maíz.

—No sé cómo darle las gracias...

—No es nada —dijo ella con una sonrisa muy dulce—. Cuando el mundo se vuelve loco, debemos ayudarnos unos a otros en lo que podamos. Casi todos mis vecinos son buenos y comparten lo poco que tienen. Cuando Benito cazó un conejo, nos dio un poco para hacer este caldo tan rico que se está comiendo. Y al llegar a casa esta mañana me he cruzado con la *signora* Gucci y ha visto las setas que había cogido. «*Funghi di bosco!* —ha exclamado—. Me encantan. Si me encuentras unas cuantas, te hago pan y *biscotti* para tu familia.» «Tome estas —le he dicho yo, y se las he dado casi todas—. Saldré todos los días a buscarle más.» —Sofía miró a Hugo. Él vio cómo le brillaban los ojos a la luz del farolillo—. Es bastante rica y tiene un hijo que le lleva cosas del mercado negro. Si le encuentro setas, nos tendrá surtidos. Y... y así ya tengo una excusa para subir aquí. Es una cotilla. Le contará a todo el mundo que salgo a buscar setas para ella todos los días.

Él le devolvió la sonrisa.

—Pero ¿cómo ha conseguido escaparse esta noche? ¿No le ha preguntado la abuela de su marido adónde iba? ¿Qué hora es, por cierto?

—Son más de las nueve —contestó ella—. La abuela y mi hijo duermen. Creen que estoy en mi cuarto, pero me he escapado por la ventana de atrás, por donde no me ven.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Tres. —Hizo una pausa—. Mi marido no llegó a conocerlo. Lo llamaron a filas y lo mandaron a África antes de que naciera Renzo.

—¿Y no sabe si sigue vivo?

—Eso es. —Se miró las manos—. Nunca me han confirmado si murió, así que tengo que pensar que está preso en algún campo. Debo mantener la esperanza.

Hugo alargó el brazo y le cubrió la mano con la suya, algo que jamás habría hecho en su país.

—Lo siento mucho. Debe de ser horrible no saber nada. Claro que mi mujer tampoco tiene muchas noticias de mí, solo sabe que soy piloto de bombardeos. También estará preocupada.

—¿Tiene hijos?

—Uno. Habrá cumplido ya nueve años. No lo veo desde que tenía cinco. Intento imaginar qué aspecto tendrá ahora, pero no puedo. Solo veo al chiquillo que iba a todas partes arrastrando su osito de peluche. Un crío tímido que siempre se escondía detrás de su nana.

—¿Su nana? ¿Su abuela vive con ustedes?

—No, la niñera.

—¿Niñera? Entonces, ¿es rico?

Titubeó.

—Tenemos una casa grande. No mucho dinero, pero sí muchas tierras y criados.

—¿Es un «milord»? —dijo maravillada.

—Lo es mi padre. Yo lo seré cuando él muera. Lord no, barón. Un sir.

—Sir Ugo. Imagine lo que dirían en el pueblo si supieran que estoy hablando con un milord —comentó con muchos aspavientos, y le hizo reír.

—Todo eso carece de importancia ahora, ¿no le parece? Los lores y los deshollinadores luchan codo con codo y mueren codo con codo y a nadie le importa lo que fueran antes.

—Eso es cierto. Echará mucho de menos a su pobre esposa...

Se lo pensó. ¿La echaba de menos?

—No sé cuánto. Nunca nos llevamos muy bien. Pero sí echo de menos mi vida de antes. Lo fácil que era que alguien me hiciera la comida, me lavara la ropa, me ensillara el caballo... Y no lo supe valorar. Pero está claro que usted sí echa de menos a su marido.

—Uy, sí. Echo muchísimo de menos a mi Guido. Lo conocí a mis dieciocho. Me había criado en un orfanato de Lucca. Sin amor, ya sabe. Y al cumplir la mayoría de edad, me mandaron a servir a una granja grande. Guido trabajaba allí, en el campo, como bracero. *Gesù Maria!* ¡Qué guapo era! ¡Y cómo me sonreía...! Yo me derretía como la cera de una vela. Nos enamoramos enseguida y, cuando murió su padre, nos casamos y me trajo a su casa de San Salvatore. Su padre tenía unas tierras, no muchas, ya sabe, pero suficientes: los olivos por los que pasamos y unos prados para las cabras. Teníamos un pequeño rebaño y hacíamos queso para venderlo en el mercado. Pero solo llevábamos un año aquí cuando nos llegó la guerra y se llevaron a Guido.

—Y estaba embarazada...

—Sí. Fue el peor día de mi vida cuando se lo llevaron en el camión con los otros hombres. Me dijo adiós con la mano y esa fue la última vez que lo vi.

—Lo siento mucho.

Sofía asintió con la cabeza y él noto que contenía las lágrimas.

—Aun así, tengo que seguir adelante, por mi hijo. No es fácil. Recogemos las aceitunas y, cuando vienen los alemanes, se llevan casi todo nuestro aceite de oliva. Plantamos verduras y, cuando vienen, se las llevan también.

—¿Y las cabras?

—Se las llevaron hace tiempo. Les supliqué que me dejaran una para poder tener leche para mi hijo, que no estaba bien por entonces, pero no hablaban italiano y yo no hablaba su idioma, así que tuve que ver cómo las subían a un camión. —Se envolvió más en el chal para

protegerse del viento frío que entraba por el hueco de la puerta—. No debería quejarme. Estamos todos igual. Se llevan lo que tenemos: vacas, gallinas, incluso verduras. Todo desaparece.

—He oído cantar a un gallo, alguien debe de tener gallinas todavía —dijo él.

—Es del alcalde, el *signor* Pucci. Se hace el amable y el obsequioso y le dejan quedarse un par de gallinas. Y uno de los granjeros aún tiene unas cuantas ovejas. A los alemanes no les gusta el sabor del cordero —dijo con una sonrisa torcida—. Por eso existimos. Yo tengo más suerte que algunos. Cultivo maíz y verduras. Seco los granos de la cosecha del verano. Hago harina de maíz para la polenta. No moriremos de hambre y, mientras yo esté aquí, usted tampoco.

Hugo se terminó la sopa y notó cómo se le caldeaba el cuerpo entero.

—Se lo agradezco muchísimo —dijo, devolviéndole el cuenco vacío.

—No es nada. Y mire, aún hay más. —Metió la mano en la bolsa y fue sacando cosas de ella como si fuera maga—. ¡Una manta! Para que no pase tanto frío. Y una sábana vieja... Está limpia. La puede hacer jirones para vendarse la herida. Esto es grapa —añadió, ofreciéndole una botellita—. Le ayudará a entrar en calor. Y he encontrado esto —dijo, enseñándole lo que parecía una madera del respaldo de una silla de cocina—. Con esto puede entablillarse la pierna mientras se cura.

—Es asombrosa —le dijo Hugo—. Pero ¿no va a necesitar todas estas cosas?

—Le voy a contar un secreto —dijo ella, llevándose un dedo a los labios para pedirle silencio aunque estuvieran solos en la oscuridad—. La familia de mi marido lleva muchas generaciones en esa casa y en el desván hay muchas cosas que nadie quiere. Cuando tenga más tiempo, veré qué más puedo encontrar.

—Váyase ya —le pidió él—. Yo me contento con la panza llena y una manta. Mañana quizá esté más fuerte.

—Recemos a Nuestra Señora para que así sea. No sé cuál es el santo de las piernas rotas y las heridas. Preguntaré al padre Filippo. Seguro que él lo sabe.

—¿El padre Filippo?

—Nuestro párroco. Es muy listo. Lo sabe todo.

—¡No le hable de mí! —dijo él, levantando la voz.

—Tendré que hacerlo, cuando me confiese, pero el secreto de confesión es sagrado. No podrá contárselo a nadie. Se lo ha prometido a Dios. Así que no se preocupe. —Le dio una palmadita en la mano, guardó el cuenco en la bolsa y volvió a cubrirse la cabeza y los hombros con el chal—. Que la *Madonna* cuide de usted hasta que yo vuelva, milord Ugo.

Hugo vio mecerse el farolillo en la oscuridad de la capilla. Al llegar a la puerta, Sofia se volvió y le sonrió. Él sintió un absurdo deseo de lanzarle un beso. Luego la oyó bajar los escalones y sus pasos se perdieron en el silencio de la noche.

Capítulo 11

JOANNA

JUNIO DE 1973

Era principios de junio cuando me apeé del tren en Florencia. En Inglaterra, hacía días que estaba nublado y lluvioso. La gente mascullaba sobre lo tarde que llegaba el verano ese año y en las noticias hablaban de que el granizo había estropeado las primeras cosechas. En Florencia, en cambio, el cielo era de un azul intenso, el mismo que mi padre había pintado hacía tantos años.

Los tonos ocre y arcilla de los edificios con sus tejas de rojo vivo resplandecían en aquel día luminoso. Miré a mi alrededor y observé a la gente, de rostro alegre y animado, no avanzando cansinos con la cabeza gacha contra el viento como en Londres. Vi la cúpula de la catedral, sobresaliendo por encima de todos los demás edificios. Era tan hermosa que casi me dejó sin aliento.

Me sentí tremendamente libre, como una mariposa recién salida del capullo. Por suerte, Scarlet no había pensado que estaba loca de remate cuando le había dicho que me iba a Italia a averiguar qué le había pasado a mi padre en la guerra.

«Sí. Buena idea. Vete bien lejos de tanta porquería y de ese capullo de Adrian. Date la oportunidad de olvidarte de todo de una vez.» No me había dicho: «¿Y tus cosas? ¿Crees que en el bufete te dejarán volver? ¿Y el examen del Colegio de Abogados? ¿Cuándo te vas a presentar?».

Yo ya me había hecho esas preguntas, pero había silenciado la duda. Siempre había sido una niña buena, había procurado complacer, triunfar, hacer lo correcto, y mira adónde me había llevado todo aquello. Ahora tenía un poco de dinero (suficiente para la entrada de un piso, me recordé) e iba a hacer una locura impropia de mí. Me sentía de maravilla.

En Londres, había vuelto a ver a Nigel Barton cuando había venido a decirme que podía usar el dinero de las cuentas de mi padre con total libertad y que el restaurador pensaba que merecía la pena hacerles a los cuadros algo más que una limpieza superficial.

—Te aviso en cuanto se subasten tus cosas —me dijo—. Y cuando sepamos más de los cuadros, puedes decidir si te los quieres quedar o los subastamos también.

—Gracias —le dije—. Has sido muy amable.

—Solo hago mi trabajo, como decía mi padre. —Sonrió—. Entonces, vuelves al bufete... El duelo te llevará un tiempo, claro. Suele ocurrir.

Noté que me escocían los ojos.

—No pensaba que fuera a dolerme —confesé—. Mi padre no era un hombre fácil, era muy

crítico y poco dado a la intimidación, pero ahora lo echo mucho de menos y lamento no haberme molestado en conocerlo mejor. —Sopesé la posibilidad de enseñarle la carta y contarle mis planes—. De hecho, acabo de enterarme de que estuvo en Italia durante la guerra —le dije—. Sabía que había sobrevivido a un accidente de aviación, pero ignoraba dónde. He pensado en visitar la zona, por si los vecinos del pueblo recuerdan algo de él.

—Ah, buena idea, ahora dispones de un poco de efectivo —dijo—. ¿En qué parte de Italia?

—En la Toscana —contesté—, en un pueblecito que se llama San Salvatore. No sé exactamente dónde está.

—¿San Salvatore? —preguntó extrañado—. No, no me suena. He ido a los sitios típicos: Siena, Cortona, Florencia, por supuesto. ¿Conoces la zona?

—Nunca he viajado al extranjero, salvo cuando fui dos días a París con el colegio —reconocí.

Me dedicó una enorme sonrisa y lo encontré muy atractivo.

—Te va a encantar. ¡Y la comida!

—¿La comida es buena?

—La comida es increíble. Todas esas salsas deliciosas y especiadas que le ponen a la pasta... Vas a engordar, te lo aseguro, aunque dudo que eso te preocupe, porque estás delgada.

«Delgada» no era la palabra; «esquelética», más bien. Había perdido peso en los últimos meses.

—Me muero de ganas de probarlo todo —dije—. Mi madre cocinaba fenomenal, pero desde que falleció creo que no he vuelto a disfrutar de la comida.

—Y los vinos de la zona... —añadió—. Ojalá tuviera vacaciones ahora. Me iba contigo.

—No estaré más que unos días —dije con recelo, porque se estaba volviendo a emocionar.

—Tómame tu tiempo. Disfrútalo.

Había pasado los últimos días en Londres haciendo un curso intensivo de italiano. No lo dominaba, claro, pero me tranquilizaba pensar que iba a poder defenderme. Llevaba en el bolso un pequeño diccionario de frases hechas, por si acaso, y el cofrecito de mi padre. Lo llevaba siempre encima, a modo de talismán.

Hasta que no me vi sentada en el tren nocturno, nerviosa y desvelada, cruzando Francia y luego los Alpes, no volvió a asaltarme la duda. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué esperaba conseguir? La mujer a la que había escrito mi padre ya no vivía en su última dirección conocida, con lo que se había mudado o había muerto. Si habían tenido un hijo y a ese niño lo habían escondido donde nadie pudiera encontrarlo, seguramente también él habría muerto hacía tiempo. Aunque lograra milagrosamente localizar a Sofía, solo serviría para resucitar un dolor olvidado y hasta causarle problemas si estaba casada y tenía familia. Lo malo era que necesitaba saberlo. Yo era de natural curioso, pero, en ese caso, además, tenía la sensación de que era algo que debía hacer por mi padre. Completaría el rompecabezas de su vida. A lo mejor llegaría a entender por qué un joven artista de talento había dejado de pintar de pronto y había sido un hombre hueco, distante y triste el resto de su vida.

Cuando el tren entró en Florencia, ya había adoptado una actitud más optimista: había emprendido una búsqueda y, pasara lo que pasase, sentía que estaba haciendo lo correcto. No tenía ni idea de cómo encontrar San Salvatore. Lo había buscado en un mapa y no lo había visto. Quizá ya no existiera. Sabía que, durante la guerra, algunos lugares habían desaparecido con los bombardeos. Pero no me iba a rendir. Antes de proseguir mi viaje, localicé una sucursal bancaria y cambié unas libras por liras. Me dieron muchísimas y me pregunté cómo iba a llevar la cuenta de tantos miles. Luego me di un capricho, un capuchino y un pastelito pecaminoso de miel y

almendras, en la terraza de un café antes de volver a la estación para informarme de cómo abordar la siguiente etapa de mi viaje.

Hasta el hombre de la agencia de viajes de la estación tuvo que buscar el pueblecito en el mapa.

—San Salvatore —dijo—. El nombre me suena, pero... —Entonces lo señaló con el dedo—. Ah, por eso no lo encontraba: lo estaba buscando en la región de Chianti, pero, en realidad, está al norte de la Toscana. En los montes que se alzan sobre Lucca. Mire...

Me asomé por encima de su hombro y asentí con la cabeza. Un punto diminuto en medio de montones de verde.

—¿Y cómo llego allí? Supongo que no habrá tren...

—Hay uno para el primer tramo del recorrido —me contestó. Volvió a estudiar el mapa—. Tendrá que coger un tren a Lucca y hacer transbordo a la línea que va por el valle de Serchio hasta una localidad llamada Ponte a Moriano, pero, después, a lo mejor tiene que coger un autobús local que se adentre en los montes y vaya a un pueblo llamado Orzala... —Se interrumpió y se encogió de hombros muy a la italiana, luego reconoció—: Sería más sencillo que alquilara un coche.

No quería reconocer que aún no me había sacado el carné de conducir.

—No sé si me sentiría cómoda conduciendo por el otro lado —dije—, ni por carreteras de montaña.

Le di las gracias, fui a comprar el billete y me dirigí al andén correspondiente. Dejamos atrás la ciudad y pasamos por una mezcla de pueblecitos, complejos industriales y tierras de cultivo antes de llegar a la antigua ciudad de Lucca. Allí me apeé y averigüé qué tren me llevaba a Ponte a Moriano. Cuando lo supe, tuve que esperar una hora en un andén al sol. Salí de la estación y eché un vistazo alrededor, pero no vi más que jardines que conducían a la impresionante muralla de la ciudad, nada de la ciudad propiamente dicha, salvo las torres y los tejados rojos que había más allá de la muralla. Me vi tentada de explorarlos, pero había que caminar mucho y no me apetecía ir arrastrando la maleta por ahí en un día tan caluroso.

Por fin se anunció el tren. Subí a empujones entre un montón de gente. Al interior no le habrían venido mal unos arreglos. Los asientos eran de madera, no tapizados. Las ventanillas estaban sucísimas. Y el vagón iba atestado de lo que sin duda eran campesinos. Algunas mujeres llevaban la cabeza cubierta con un chal. Las mayores iban todas de negro, con la cabeza tapada por pañoletas negras. Una de ellas llevaba una gallina viva en una cesta. Unos niños bulliciosos corrían de un lado a otro del pasillo. Lloraban los bebés. Un cura con un sombrero negro de ala ancha me miró con desaprobación, casi como si pudiera adivinar mis pecados pasados. Le di la espalda, molesta por su escrutinio.

El recorrido nos llevó entre campos cultivados y antiguas granjas. De vez en cuando vislumbraba un río ancho. Mirando al frente pude ver alzarse a ambos lados de un valle los primeros montes poblados de bosques. Luego las vías pasaban más cerca del río y vi que el agua corría rápido y que la cruzaban de cuando en cuando puentes antiguos. Nos detuvimos en varios apeaderos que parecían estar en medio de la nada. Entonces vi viñedos en las laderas y olivares. Mucho antes de lo que esperaba llegamos a Ponte a Moriano.

En la estación solo bajó conmigo una pareja. Habían ido a recogerlos unos parientes muy cariñosos que los llenaron de abrazos y besos en ambas mejillas. La estación era un sencillo edificio cuadrado, amarillo y con contraventanas verdes, con la pintura desconchada y picada. Salí de la estación y me encontré en medio de una calle vacía sin indicaciones de dónde podría estar el centro. Zumbaban las moscas. Hacía calor y yo empezaba a tener hambre y sed. Volví a entrar en el edificio de la estación y, con mi precario italiano, pregunté dónde podía coger un

autobús que me llevara a San Salvatore. El hombre de la taquilla me soltó una parrafada en italiano de la que no entendí casi nada. Al final, por sus gestos, me pareció adivinar dónde encontrar el autobús que me llevaría a los montes. Estaba al otro lado del río. Agarré la maleta y enfilé una calle larga bordeada de árboles. Había casas con jardín a ambos lados. Aun así, seguía sin saber dónde estaba el centro. La calle terminaba en un puente que cruzaba el río. Lo recorrí sin entusiasmo, demasiado cansada y malhumorada para admirar las vistas de los montes que se alzaban a ambos lados del valle. El otro lado era sin duda el casco antiguo de la localidad. Había tiendas, todas cerradas a la hora de la siesta y edificios antiguos medio derruidos. Y en una placita céntrica, menos mal, había aparcados dos autobuses. En uno de ellos había apoyado un hombre, fumando. Con mi mejor italiano, le pregunté dónde podía coger un autobús que me llevara a San Salvatore.

—*Domani* —me dijo—. *Domani è sabato*.

Por un momento, pensé que lo había entendido mal.

—¿Mañana? —pregunté—. ¿Mañana sábado? —Asintió con la cabeza. Así que no me quedaba otra que pasar la noche en un sitio donde no quería estar o buscarme otro modo de llegar al pueblo—. ¿Y si hoy no hay autobús, cómo llego a San Salvatore? —proseguí en mi italiano de libro.

—¿Para qué quiere ir allí? —preguntó—. Lucca, Pisa, Florencia... eso es lo que les gusta a los turistas. No hay nada bonito en San Salvatore. Ni edificios históricos. Ni castillo.

—Ya lo sé —repliqué, procurando no irritarme—. Voy a ver a unos amigos.

—Ah, amigos —dijo, cabeceando, como si eso sí lo aprobara—. Tiene amigos en Italia. Eso está bien. Pues... coja el autobús a Orzala y desde allí son unos cinco kilómetros y a lo mejor la puede acercar alguien que vaya para allí.

—Vale —dije—. ¿Y cuándo sale el autobús de Orzala?

—Cuando yo lo arranque —me dijo con una sonrisa.

Llegaron más pasajeros. Salimos del pueblecito y la carretera comenzó a ascender de inmediato, zigzagueando monte arriba en una serie de curvas empinadas. En esa época del año, todo era de un verde intenso: la hierba de los lados del camino, las hojas de los viñedos y los robles del bosque. Y salpicaban el verde pinceladas de rojo. Había amapolas por todas partes, entre las hileras de viñedos, entre los olivos... En medio de aquella rebelión de color, se veían antiguas granjas, algunas de piedra y otras de estuco rojo, con las contraventanas de un verde fuerte y los tejados de tejas. De vez en cuando veía alguna torre, del campanario de una iglesia o de un castillo. Nos detuvimos en un pueblecito, luego la carretera continuaba subiendo hasta que empezamos a rodar por una cordillera. A ambos lados, la tierra se desplomaba en hondos valles y luego se alzaba de nuevo en picos aún más altos. Las montañas no parecían acabarse nunca hasta desvanecerse en el lejano azul.

Paramos en una localidad que era poco más que una fila de casas y un par de granjas. El conductor se volvió hacia mí y me dijo que allí era donde me tenía que apearse. Me encontré de pronto completamente sola en la calle mientras la campana de una iglesia lejana anunciaba el mediodía. No parecía haber nadie por allí aparte de un gato negro tendido sobre la gravilla amarilla de delante de los portales. El sol calentaba ya bastante y no parecía haber ningún café ni sombra alguna. La campana siguió sonando y me pregunté si habría muerto alguien.

Me quedé allí plantada un rato tratando de decidir qué hacer. Por lo visto, no me quedaba otro remedio de recorrer a pie los cinco kilómetros restantes, pero no tenía ni idea de en qué dirección ir. Oí sonar una radio en el interior de una de las casas, así que inspiré hondo y llamé a la puerta. Otra mujer vestida de negro (sin duda el uniforme de las mujeres de cierta edad) me

abrió la puerta y me miró furiosa.

—*Buongiorno* —dije en mi mejor italiano—. ¿Por dónde se va a San Salvatore?

Reparó en mi aspecto de forastera, en mis vaqueros, en la bolsa de deporte que llevaba colgada del hombro.

—*A destra* —contestó—. A la derecha. Monte arriba. —Y cerró la puerta.

—Que amables, los italianos —mascullé.

Si era eso lo que me iba a encontrar, dudaba que fuera a averiguar muchas cosas de mi padre. Me quedé quieta, mirando alrededor. Parecía estar en la cima del mundo con vistas por todos lados, pero había montes más altos al norte y al oeste, cubiertos de frondosos bosques. Ni rastro de ningún pueblo. Suspiré y enfilé la carretera, entonces divisé una secundaria que subía por la montaña entre viñedos y se perdía en el bosque. La subida era empinada y la perspectiva algo desmoralizadora. Había recorrido más o menos medio kilómetro cuando oí el motor de un vehículo que se aproximaba. Me detuve e hice algo que no había hecho nunca: sacar el pulgar.

Se acercaba una furgoneta a toda velocidad. Al verme, el conductor frenó de golpe. Fui corriendo hasta él.

—¿Va a San Salvatore? —le pregunté.

—Si no fuera así, estaría perdiendo el tiempo en esta carretera —contestó—. No conduce a ningún otro sitio. Suba.

Era un hombre corpulento de mediana edad y parecía de fiar. Subí y me senté con la bolsa en el regazo, porque no tenía ningún otro sitio donde ponerla. El interior de la furgoneta estaba atestado de herramientas de todo tipo. Debía de ser fontanero o una especie de manitas. Llevaba un mono no muy limpio y me sonrió amable.

—¿Alemana? —me preguntó, por el pelo rubio y la estatura.

—Inglesa —contesté.

—Ah, inglesa —dijo con una cabezada de aprobación—. Y habla italiano.

—Solo un poco —le respondí yo—. Espero aprender más.

—¿Y a qué va a San Salvatore? —quiso saber—. No hay gran cosa allí. Ni edificios históricos ni torres como la de San Gimignano.

—Mi padre estuvo allí en la guerra. Quiero ver el sitio con mis propios ojos.

—¿En San Salvatore? —preguntó sorprendido—. Siempre pensé que habían sido los americanos los que habían liberado esta parte del país. Los ingleses estaban en la costa.

—Su avión se estrelló, creo.

—Ah.

Fuimos un rato en silencio. La carretera era ya poco más que una pista de tierra. Al principio, cruzaba el frondoso bosque, luego salía a una montaña bordeada de cipreses. Las vistas eran espectaculares. Al frente pude ver un puñado de edificios apiñados en lo alto de una colina. Por todos lados, los viñedos y los olivares cubrían las laderas hasta pequeños valles que volvían a elevarse hacia los bosques. La cima del monte que teníamos delante estaba forrada de fronda y de ella surgía un peñasco escarpado coronado por una antigua ruina. Era el típico paisaje que uno habría esperado encontrar en la obra de un pintor romántico. Solo faltaban unos cuantos campesinos contentos que volvieran a casa con los rastrillos al hombro.

Entramos en el pueblecito y subimos por una calle estrecha bordeada de edificios de piedra antiguos, la mayoría con las contraventanas cerradas para evitar el sol intenso de mediodía. Abajo, las tiendas estaban abiertas a la calle: una carnicería o mantequería con montones de salami en el escaparate; una zapatería; una bodega con los barriles fuera... Unos callejones estrechísimos nacían de aquella calle principal, algunos con ropa tendida, otros con barriles de

vino a la puerta. Y en todas partes había jardineras repletas de geranios. La calle estaba empedrada y la furgoneta iba dando saltitos. Entonces llegamos a una plaza. A un lado había una iglesia imponente de piedra gris. Enfrente, se hallaba lo que parecían edificios municipales con blasones encima de las puertas y, en un lateral, una pequeña *trattoria* con terraza, donde, a la sombra de un arce blanco, había sentado un grupo de hombres, con vasos de vino tinto y platos de pan y aceitunas en la mesa.

El conductor paró la furgoneta.

—Ahí tiene —dijo—: San Salvatore. Bájese aquí. Yo voy a la granja que hay a las afueras del pueblo.

Le di las gracias y bajé. La furgoneta se alejó y yo me quedé allí plantada, mirando alrededor, consciente de que aquellos hombres me miraban a mí. No vi a nadie más a quien preguntar, así que me armé de valor y me acerqué para que me dijeran dónde había un hotel en el pueblo.

Al parecer, les hizo gracia.

—No hay hotel, *signorina*. Si busca alojamiento, puede que haya alguna pensión en el valle, en Borgo a Mazzano. Si no, hay buenos hoteles en Lucca —dijo el hombre gesticulando.

Procuré disimular el cansancio y la frustración. No había dormido en el tren esa noche y tenía muchísima hambre y calor.

—¿No hay nadie que alquile cuartos a quienes vienen de visita a este pueblo? —pregunté.

Se miraron, mascullaron y deliberaron.

—Paola —dijo entonces uno de ellos—. Arregló aquella cuadra para poder alquilársela a los visitantes, ¿no?

—Ah, Paola. Sí, claro.

Asintieron entre sí. Luego uno se dirigió a mí.

—Vaya a ver a la *signora* Rossini. Puede que ella tenga un cuarto para usted.

—Gracias —dije, aunque la antigua cuadra de aquella señora no sonaba muy tentadora—. ¿Dónde puedo encontrarla?

Uno de los hombres se levantó. Por un momento, pensé que iba a acompañarme, incluso a ofrecerse a llevarme la bolsa, que me pesaba ya un quintal, pero lo único que hizo fue rodearme y señalar.

—¿Ve aquella arcada? Pues pase por el túnel, luego siga recto, ¿entendido? Siempre recto. Y después de las últimas casas del pueblo, es el primer sitio que hay a la izquierda.

Volví a darles las gracias y emprendí el camino algo inquieta. «Me quedo esta noche —me dije— y a lo mejor mañana cojo el autobús al valle y me alojo en una pensión en condiciones.»

Capítulo 12

JOANNA

JUNIO DE 1973

A un lado de la plaza, entre una verdulería con una maravillosa exposición de frutas y verduras a la puerta y lo que parecía una bodega, descendía un callejón estrecho que continuaba entrando en un túnel. Titubeé, preguntándome si sería alguna broma local y a saber qué encontraría al final del túnel o si de verdad llevaba a algún sitio. ¿Conduciría a una mazmorra? ¿A un sótano?

Pero noté que aún me miraban y no quise darles la satisfacción de verme asustada, así que avancé con decisión. El suelo estaba hecho de grandes adoquines y los muros se habían labrado en la piedra de la ladera. Y después de un recodo, vi que el túnel tenía ventanucos para contemplar el paisaje a un lado y lo que parecían bodegas al otro. Lo recorrí sin incidentes y seguí el sendero que descendía empinado hasta el valle. Después de un par de hileras de casas, el pueblo se terminó de pronto y enfilé la pista de tierra que llevaba colina abajo. La formaban dos surcos hechos por las ruedas de sucesivas carretas y tractores. Entre los surcos y por encima de la hierba, asomaban unas amapolas. Cuando se acabaron las casas, caminé entre viñas frondosas a un lado y huertos al otro donde las judías repletas de florecillas rojas trepaban por los emparrados que cubrían tomates y otras verduras que no conocía. Recorrí un trecho colina abajo y allí, a la izquierda, delante de mí, vi una de las granjas antiguas que me habían admirado en el trayecto de ida. Era de piedra rosada descolorida y su tejado de arcilla resplandecía de un rojo cálido e intenso sobre un cielo azulísimo. En el portal, una enredadera vieja y nudosa formaba una especie de porche sombreado junto al que había una tinaja de barro de la que brotaba romero. La puerta estaba abierta. Me acerqué y busqué un timbre. Llamé tímidamente con los nudillos, pero nadie respondió.

—¡Hola! *Buongiorno!* —grité. Nada.

Al fondo de la casa se oían voces de mujer. Avancé despacio por el pasillo embaldosado que se abría a una cocina grande y soleada de la que emanaban olores maravillosos: a pan horneándose y a hierbas que no lograba identificar. De unos ganchos colgaba una fila de ollas de cobre. Al lado había ristras de ajos y hierbas secándose. En el centro, una mesa de madera fregada donde se habían troceado diversas verduras y hierbas y, en la pared de la derecha, un antiguo horno de ladrillo abierto, inmenso, donde podían haberse cocido decenas de hogazas de pan a la vez. Junto a los fogones de gas, más modernos, había una mujer de espaldas a mí. Cuando advertí su presencia, hice un aspaviento y me quedé clavada en el sitio. Me sentí transportada al

pasado. Era mi madre, la misma constitución robusta, el mismo pelo recogido en un moño, removiendo algo mágico al fuego cuando yo volvía de la escuela.

En cualquier momento se volvería a mirarme, me dedicaría una gran sonrisa y me recibiría con un abrazo. En cambio, un perro se levantó de debajo de la mesa de pino y vino hacia mí, gruñendo. La mujer se volvió y, sobresaltada, profirió un grito de alarma.

—Quieto, Bruno —dijo—. Tumbado.

El perro obedeció, pero no dejó de mirarme con recelo.

—*Scusi, signora* —dije enseguida—. He llamado a la puerta, pero no me ha oído. —En realidad, creo que le dije que había golpeado la puerta, porque en mi escaso vocabulario no había una palabra para «llamar con los nudillos».

—No importa —me dijo—. Ya está aquí. ¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito un cuarto para pasar la noche —le expliqué—. Unos hombres me han dicho que usted tiene sitio... —Había ensayado las frases por el camino y me salieron de corrido.

Asintió, de pronto sonriente.

—Sí. Claro. Mi casita del jardín. Antes era para animales. Ahora es para personas. Bien, ¿eh?

Le devolví la sonrisa. No era capaz de calcular cuántos años tendría, cuarenta y tantos, seguramente, pero no tenía ni una arruga y apenas se le veía alguna cana. Llevaba un delantal azul y amarillo sobre una blusa blanca remangada por encima de los codos.

Se limpió las manos en el delantal y vino hacia mí.

—Soy Paola Rossini —dijo—. Bienvenida.

Le estreché la mano.

—Encantada de conocerla, *signora* Rossini. Me llamo Joanna Langley —dije.

—¿De Inglaterra?

—Sí.

Cabeceó en señal de aprobación.

—Pareces inglesa. Siempre tan altas y tan elegantes. ¿Estudias italiano?

—No, he venido de visita. Quiero ver los sitios que conoció mi padre cuando estuvo en Italia.

—¿En serio? ¿Y vino a San Salvatore alguna vez?

—Creo que sí —dije, no me apetecía abordar el asunto todavía.

En ese momento, oí un alarido penetrante y recordé que no estábamos solas en la estancia. Cuando iba por el pasillo, había oído una conversación. Sentada en un rincón había una joven. El pelo oscuro le caía por los hombros y me miraba intrigada. En el regazo tenía un bebé diminuto, recién nacido.

—Mi hija, Angelina —dijo orgullosa la *signora* Rossini—. Y mi nieta, Marcella. Solo tiene tres semanas. Fue prematura y al principio pensamos que íbamos a perderla, pero con buenos cuidados y la buena leche de su madre, ya está bien, ¿verdad, Angelina? —La chica del rincón asintió y me sonrió tímidamente—. El marido de Angelina es sobrecargo de un barco. Está en altamar y aún no conoce a su hija. Así que ella vive con su madre porque sabe que la voy a cuidar bien.

No podía apartar los ojos de aquel ser humano minúsculo y perfecto, ni dejar de pensar en cosas que no quería recordar. «Dentro de tres meses... ¡Para!», me ordené.

—Enhorabuena por tu hija —le dije, porque aquella era una de las frases que habíamos aprendido en el curso de italiano.

Angelina sonrió feliz.

—¿Estás casada? —me preguntó—. ¿Tienes hijos?

Procuré seguir sonriendo.

—Aún no —contesté—. Estoy estudiando para ser abogada.

—Ah, estudiando para ser abogada. —Se miraron las dos y cabecearon, impresionadas.

Paola olisqueó y cayó en la cuenta de que se había dejado en el fuego lo que estaba cocinando.

—Un momento —dijo, volvió corriendo a la cazuela y removiéndola bien.

—¿Qué está haciendo? —pregunté—. Huele de maravilla.

Se volvió hacia mí, encogiéndose de hombros, modesta.

—No es nada especial. Un almuerzo sencillo que nos gusta mucho a los toscanos. Lo llamamos *pappa al pomodoro*. Si te apetece comer con nosotras... Hay de sobra.

—Si a usted le parece bien, a mí me encantaría.

—Por supuesto. —Se volvió hacia su hija—. Acuesta a la pequeña, Angelina, y dale una vuelta a esto mientras voy a enseñarle su cuarto a la joven inglesa. Seguro que quiere asearse antes de comer.

Angelina se levantó y dejó el pequeño bulto en un capazo que había junto a la pared. El bebé protestó.

—Déjala que llore —le aconsejó Paola—. Es bueno para los pulmones. Ven, que te enseñe —me dijo a mí.

Cogí la bolsa que había dejado en el suelo y salí detrás de ella por la puerta trasera. Bruno, el perro, trotó a mi lado: al parecer, había decidido que, si a su ama le caía bien, no debía de ser un peligro. Un sendero de baldosas de piedra descendía por la colina atravesando una huerta que era un revoltillo de flores y verduras. Entre las judías y los tomates crecían rosas, había matas de lavanda y de romero que olían estupendamente al rozarlas y varios árboles frutales centenarios: cerezos y albaricoqueros cuyos frutos parecían casi maduros, y manzanos cuya fruta no era aún más que una pequeña protuberancia verde. El sendero terminaba en un antiguo edificio anexo de piedra con barrotes en las ventanas. No muy atractivo. Paola lo rodeó por un lado, cogió una llave grande y abrió la puerta.

—Pasa, por favor —dijo, apartándose para que entrara yo primero.

La estancia era sencillísima: una cama de hierro, una cómoda blanca, una hilera de ganchos en la pared para la ropa y una mesita debajo de la ventana. El suelo era de las mismas baldosas rojas que la cocina y el pasillo de la casa grande. En la ventana, había cortinas blancas limpias y la cama estaba hecha con sábanas blancas y una colcha artesana.

—*Va bene?* —preguntó—. ¿Te parece bien?

—Sí —dije, asintiendo con entusiasmo—. ¿Y para lavarme?

—Ah —dijo Paola, y abrió una puerta muy antigua que conducía a un baño minúsculo—. Tienes tu propia agua. Es del pozo de fuera, así que no es buena idea que la bebas. La manilla se sube así —añadió con una demostración—. Ten cuidado, a veces sale muy caliente.

Vi el alarmante artificio que había en la pared y decidí tomarme en serio la advertencia. El baño tenía un lavabo, un váter y una ducha pequeña, pero también estaba impoluto. Si alguna vez había habido vacas allí, ya no olía nada. De hecho, la ventana del baño estaba abierta y entraba el aroma a madreselva del muro exterior. Enseguida noté que en aquel sitio podía sentirme como en casa.

—Gracias, está muy bien —dije—. ¿Cuánto cuesta?

Me dijo el precio. Convertí rápidamente los miles de liras en libras y peniques. Me pareció muy razonable.

—Y desayunarás con nosotras en la casa grande —añadió—. Si quieres cenar con nosotras también, será un poquito más caro. Me lo dices por la mañana y preparo algo especial para la cena.

—Gracias. Si le parece bien, me encantaría cenar con ustedes.

De pronto me sentí abrumada, sobrepasada por tanta amabilidad después de varios meses de soledad.

—Pues me marcho para que puedas instalarte tranquilamente y voy a hacer la comida. Sube cuando estés lista.

Dejó la puerta abierta y entró una brisa perfumada. Habiendo pasado la noche en el tren, estuve tentada de probar la aterradora ducha, pero no quise hacer esperar demasiado a Paola. Saqué algunas cosas de la maleta, me lavé la cara y las manos, me puse una blusa limpia y me cepillé el pelo. Luego cerré la puerta y subí el sendero. La mesa estaba puesta con platos y cuencos de loza de vistosos colores. En el centro había una bandeja con tomates, un trozo de queso blanco, un par de trozos de salami, un cuenco de aceitunas y una hogaza grande de pan crujiente. Paola me hizo una seña para que me sentara, luego me sirvió un cuenco de sopa que era casi demasiado espesa para llamarse sopa y olía a ajo y a hierbas que no reconocí. La probé un poquito y sentí en la boca una explosión de sabor. ¿Cómo podía alguien hacer que unos simples tomates y cebollas supieran así?

—Está deliciosa —dije, confiando en que *delizioso* fuera la palabra—. Muy buena.

Paola deambuló a mi espalda, luego se acercó una silla a la cabecera de la mesa. Angelina se sentó con nosotras. Había vuelto a coger en brazos al bebé y, para sorpresa mía, antes de agarrar la cuchara, se abrió la blusa y puso a la niña a mamar de un pecho grande y redondo.

—Así comemos todas —dijo Paola satisfecha.

—¿Cómo prepara esta sopa? —le pregunté.

Rio.

—Es muy fácil. Es parte de lo que llamamos *cucina povera*, comida sencilla para campesinos. Y una buena forma de aprovechar el pan del día anterior. No hay más que dejar que el pan duro se empape en el caldo, añadirle después ajo, tomate, zanahoria y perejil cocinados aparte y servirlo todo con un chorrito de aceite de oliva. Ya está.

Comí hasta rebañar el cuenco con el pan aún caliente del día. Paola agarró una jarra y me preguntó si me servía. Yo asentí con la cabeza y me sorprendió descubrir que era vino tinto, no agua como yo esperaba.

—No me sirva mucho —dije—. No estoy acostumbrada a beber a mediodía.

—Pero este es un vino corriente. No sube. Se lo damos a los niños. Los hace fuertes. Además, si quieres, lo puedes mezclar con agua. —Me pasó una jarra de agua y me serví un poco.

Entonces me dijo que tomase lo que quisiera de lo que había en la tabla. Probé el salami y el queso, y los tomates eran más dulces que ninguno que yo hubiera comido en mi vida.

—¿Cómo se llama este queso? —pregunté—. No se parece a ninguno que yo conozca.

—Ah, eso es porque es queso de oveja, no de vaca como los de tu país. Es el queso que mi marido y yo hacíamos antes. Lo llamamos *pecorino*. Está bueno, ¿verdad? Fuerte y lleno de sabor.

—Sí —contesté, afirmando con la cabeza.

—Come más. Y prueba el *prosciutto*.

Me puso más comida en el plato y, mientras comía, me interrogó. Me preguntó dónde vivía, por mis padres...

Le dije que vivía en Londres y que mis padres habían muerto.

—Es una tragedia perder a un ser querido —comentó con tristeza—. Una herida que nunca

cicatriz del todo, me temo. Mi querido Gianfranco falleció el año pasado.

—Lo siento mucho —dije—. ¿Estaba enfermo?

Negó furiosa con la cabeza.

—No. Cuando iba al mercado, su camión se salió de la carretera y dio varias vueltas de campana. Hacía mal tiempo. Mucha lluvia y viento. Pero Gianfranco era un buen conductor. A veces me pregunto...

—*Mamma*, no digas esas cosas —la interrumpió Angelina. La miré intrigada—. Mi madre piensa que a lo mejor mi padre tenía enemigos. Era demasiado honrado. No quería pagar por su protección y se negaba a vender sus tierras.

—Es cierto. Me lo pregunto a menudo. Yo solo sé que me arrebataron a mi marido. Demasiado joven. Demasiado joven.

—Entonces, ¿ahora tiene que llevar la granja sola? —pregunté.

—Era mucho para una mujer sola —dijo—. Antes teníamos ovejas y cabras para hacer queso, pero ya no. Tuve que venderlas y tú te alojas en su casita. Mi viñedo lo tengo alquilado a otros. Conservo unos cuantos olivos para el aceite y cultivo verduras en mi huerta, como ves. Las llevo al mercado una vez a la semana y hago conservas con la fruta. Suficiente para salir adelante.

Comimos en silencio un rato. Noté que el vino se me subía a la cabeza y el calor de la tarde me daba sueño.

—Si no les importa, voy a dormir un rato —dije—. En el tren no he pegado ojo en toda la noche.

—Claro. —Paola se levantó también.

—A lo mejor luego podría enseñarme algunas de sus recetas... —propuse.

—Lo haré encantada. ¿Te gusta cocinar?

—Me gustaría aprender —contesté—. Mi madre era buena cocinera, pero no sé hacer más que un huevo frito.

—¿No te enseñó? —quiso saber Paola.

—No. Murió cuando yo tenía once años.

Paola se acercó a mí y me abrazó. Olía a ajo y a sudor y un poquito a algún perfume de agua de rosas, pero la mezcla no resultaba desagradable.

—Ninguna niña debería crecer sin su madre —me dijo.

Contuve las lágrimas.

Entre el vino y el cansancio, dormí más de una hora. Me desperté grogui y tuve que lavarme la cara para sentirme medio normal. Cuando volví a la cocina, vi que Paola estaba trabajando en la mesa grande. Me recibió con una sonrisa.

—Ah, la *piccolina* que quiere cocinar. Has llegado en el momento perfecto. Mira, estoy haciendo *pici*. Es una pasta de esta región, hecha solo con harina y agua. Sin huevo. ¿Quieres ayudarme?

—Ay, sí, gracias. Me encantaría —dije. Me lavé las manos en el fregadero y ella me enseñó cómo se hacía—. ¿Ves?, empezamos con un montículo de harina de dos tipos. A mí me gusta usar semolina y la harina que nosotros llamamos de tipo 00. Muy fina, ¿vale? Entonces hacemos un pequeño hueco en el centro y empezamos a echar agua dentro, poco a poco, despacio, y mezclamos. Y comenzamos a amasar.

Intenté seguirla con mi montón de harina. No era tan fácil como parecía cuando lo hacía ella. La harina se me adhería a los dedos. Se formaba un engrudo pegajoso.

—Más harina, diría yo —me sugirió amablemente, y me echó una mano hasta que tuve delante una masa suave—. Ahora viene el verdadero trabajo. Amasar y amasar. Al menos diez minutos.

De nuevo hice lo que me decía. Costaba, pero me agradaba hacer algo con las manos, crear. Noté que me relajaba, que sonreía. Mientras amasaba, eché un vistazo a la cocina. Había ramilletes de hierbas secándose en un rincón, atadas a un estante, y a lo largo de una pared vi unas tinajas de arcilla llenas de aceite de oliva y otras cosas que no podía identificar desde donde estaba.

—Ahora hay que dejarla reposar —me dijo Paola—. Ven, vamos a tomarnos un café con *biscotti* mientras tanto.

Sirvió dos tazas de un café solo muy cargado y me puso un plato de galletas delante. Me senté con ella y comí.

—Rico, ¿eh? —me dijo—. Y el *biscotti* está aún mejor cuando lo mojas en el Vin Santo. Luego te enseño.

—Está buenísimo así —dije, aunque no estaba acostumbrada a tomar el café tan cargado y me alteraba muchísimo.

—Y ahora terminamos los *pici*. —Paola se puso de pie y levantó los paños con los que habíamos tapado la masa—. Te voy a enseñar cómo le damos forma.

Arrancó un trozo de masa y la puso encima de la mesa enharinada, luego la hizo rodar con las manos como cuando yo hacía serpientes de plastilina de pequeña. La deslizó adelante y atrás hasta convertirla en una tira larga y fina. Entonces me la dio. Mi tira no era ni tan larga ni tan fina, pero disfruté mucho dándole forma.

—Los comeremos esta noche con un ragú de conejo —dijo mientras trabajábamos—. Esos conejos se han convertido en una plaga para mis verduras, así que invito a los chicos del pueblo a que vengan a cazarlos por mí. Les gusta disparar y a mí me gusta comer conejo. Les doy uno para que se lo lleven a su madre y todos contentos.

Tuve que concentrarme mucho para entender aquello porque no conocía la palabra «conejo», pero cuando dijo que se comían las verduras de su jardín, me supuse a qué se refería.

—¿Cómo hace el ragú?

—Tampoco es difícil. Primero haces un sofrito de panceta y cebolla con salvia y romero, y tomate y ajo, por supuesto, y lo dejas que se haga despacio un buen rato. Lo he preparado esta mañana temprano.

Decidí que era el momento oportuno para hablar de mi padre.

—*Signora* Rossini, le dije que había venido aquí porque mi padre estuvo en este pueblo durante la guerra. —Hice una pausa—. Era piloto británico. Los alemanes derribaron su avión. ¿Le suena de algo? ¿Un piloto británico o que se estrellara un avión por esta zona?

—Yo no estaba aquí cuando la guerra —me contestó con una sonrisa triste—. Mi madre me mandó con mi tía al monte para protegerme de los alemanes. Yo era una chiquilla y los alemanes... pensaban que tenía derecho a tomar a cualquier chica que les gustara. Igual que pensaban que tenían derecho a matar siempre que les apeteciera. Eran unos salvajes. No te imaginas lo mal que lo pasamos.

Asentí para indicar que lo comprendía.

—¿Recuerda a una mujer de este pueblo que se llamaba Sofia Bartoli? —le pregunté entonces.

—¿Sofia Bartoli? Uy, sí, claro que la recuerdo. Recuerdo cuando su marido Guido la trajo a casa justo antes de la guerra. Ella no era de aquí, ¿sabes?, y los del pueblo no le tenían mucho

aprecio. No les gustan los forasteros. Y era huérfana, me acuerdo, no tenía familia. Yo no era más que una cría, pero me parecía muy guapa y muy amable. Oí decir que había perdido a su marido en la campaña del Norte de África.

—¿Y sabe qué fue de ella?

—Cuando regresé al pueblo después de la guerra, ella ya no estaba. Nadie hablaba mucho de ello, pero algo pasó. Se marchó y dejó abandonado a su pequeño.

Capítulo 13

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Hugo pasó frío y estuvo incómodo toda la noche. Le dolía muchísimo la pierna y le daban fuertes punzadas cada vez que intentaba moverse. Además, la manta no lo protegía mucho del frío húmedo que desprendía el suelo de piedra. Bebió un sorbito de grapa, que se propagó por sus venas como fuego un rato. Palpándose el bolsillo de la pechera, sacó los cigarrillos y el encendedor y, consciente de que el minúsculo círculo del cigarrillo encendido no era suficiente para disipar la oscuridad que lo rodeaba, se fumó uno tumbado. Al menos inhalar el humo le calmaba los nervios. Se alegró de ver los primeros rayos de sol y de oír al gallo lejano recibir el alba. Comió un poco de polenta y de queso y se dejó la cebolla para después, luego se obligó a salir a buscar un lugar donde atender la llamada de la naturaleza. Hacía un día despejado y limpio, con alguna nube blanca que cruzaba el cielo de cuando en cuando procedente del oeste. Consiguió acercarse al barril de lluvia, gimiendo de dolor con cada paso, bebió algo de agua y se lavó la cara y las manos. Se llevó un poco más de agua adentro en la jarra de hojalata. También le sacó más relleno a la almohada y encontró una cuchara tirada entre los escombros. Esa pequeña victoria lo animó. Cuando estuviera más fuerte, seguiría buscando. A lo mejor encontraba un colchón debajo de aquellas tejas caídas.

Logró llevarse la jarra de agua a la capilla sin derramar demasiada, luego se bajó los pantalones e hizo jirones parte de la sábana de Sofia para volver a limpiarse la herida. Aún tenía un aspecto bastante repugnante y supuraba sangre oscura, pero vertió yodo en la gasa improvisada y limpió toda la sangre que pudo. Le escocía muchísimo y maldijo por lo bajo, consciente de que la Virgen y algunos santos lo observaban desde arriba. Después se vendó la herida y con la madera de Sofia se entablilló la pierna. No tenía claro si le iba a servir de mucho. No le sujetaba lo suficiente como para apoyar bien esa pierna. No iba a poder escapar al sur. «Tendré que tener paciencia», se dijo, y lo avergonzó sentir un poquitín de felicidad al pensar en que volvería a ver a Sofia al menos unos días más.

Ella regresó esa tarde.

—Estoy de suerte —le dijo, quitándose el chal de la cabeza nada más entrar en la capilla—. La *signora* Gucci les ha dicho a todos que ayer le llevé *funghi di bosco*, que he prometido llevarle más y que soy una joven muy amable y cariñosa. Así que ahora, cuando me ven subir al bosque, dicen: «Ay, Sofia ya sube a por setas. ¡Qué buena mujer!».

—Espero que encuentre alguna; si no, sospechará.

—Yo también lo espero. Con la humedad salen más y últimamente el clima es muy húmedo. Además, me ha parecido ver más castañas. Eso también es bueno. En esta zona hacemos el pan con harina de castaña, sobre todo cuando ya no queda harina de verdad. —Ese día llevaba una cesta grande colgada del brazo—. Pero mire lo que le he traído: *fagioli al fiasco sotto la cenere* —dijo, y le pasó un cuenco de algo que parecía una pasta blanca.

Hugo no entendió aquellas palabras en su dialecto toscano, salvo *fagioli*, que eran alubias, y aquello no parecían alubias, sino más bien gachas de avena. No recordaba haber visto avena cuando vivía en Florencia y desde luego nadie desayunaba gachas.

—¿Qué es? —preguntó.

—Se hace con judías blancas hervidas en agua y luego cocinadas con aceite de oliva, romero, salvia y ajo al carbón toda la noche. Las metemos en una botella de Chianti y se hacen lentamente en las brasas. Después las trituramos. Está muy rico y alimenta mucho. Lo comemos mucho ahora que no hay carne ni huevos. —Volvió a meter la mano en la cesta—. Y esta vez le he traído pan. La *signora* Gucci ya nos ha hecho una hogaza.

Cogió el tarugo que ella le ofrecía y lo usó para comerse el puré de alubias. Estaba rico, tan suave que parecía que le hubiesen añadido leche o nata. Sofia lo miró mientras comía, con la cara de una madre que sabe que está alimentando bien a su hijo. Cuando terminó, asintió satisfecha.

—Con eso aguantará un rato. Y le he traído otras cosas. Mire, esta es una de las camisas que Guido solía ponerse para trabajar en el campo en invierno. Es de franela y abriga mucho.

—No podría ponerme una camisa de Guido —dijo él, negándose a aceptar la prenda que ella le ofrecía.

—Cójala, por favor. Él no está aquí para llevarla y, quién sabe, a lo mejor se la comen las polillas y entonces no servirá para nada. Además, si vuelve, le haré encantada una nueva con el mejor tejido del mercado.

—Gracias —dijo él, aceptando la prenda con veneración.

—Además, he pensado que debía de ser muy duro estar aquí a oscuras por la noche y le he traído una vela. Procure que le dure. No tengo muchas y ahora nos quedamos sin luz a menudo. ¿Necesita cerillas?

—Tengo un encendedor —contestó él, palpándose el bolsillo.

—¿Tiene cigarrillos?

—Sí, ¿le apetece uno? —le preguntó él, llevándose la mano a la pechera.

Sofia negó con la cabeza.

—No, no fumo, gracias. Pero es una pena que no pueda hablarle a nadie de usted, porque los cigarrillos son muy valiosos para hacer trueques. Los hombres del pueblo me conseguirían un faisán o un conejo por una cajetilla de tabaco. —Hizo una pausa—. Claro que no sería buena idea enseñarle a nadie cigarrillos ingleses.

—Debería ir a por esas setas —le dijo Hugo.

Sofia se levantó.

—Tiene razón. No puedo faltar mucho rato. Mi hijo se ha echado a llorar esta mañana porque quería venir conmigo, pero he tenido que decirle que había que andar mucho y se iba a cansar. Se asusta cada vez que me voy, pobrecillo. Ha visto que se llevaban a los hombres del pueblo y piensa en el padre al que no ha llegado a conocer.

—Ve con cuidado, Sofia —le dijo él, sin darse cuenta de que la había tuteado.

Se miraron.

—Tranquilo, siempre voy con cuidado.

—¿Hay alemanes en el pueblo ahora?

Negó con la cabeza. Se hizo un silencio largo y luego ella dijo:

—Esta mañana a primera hora ha venido un coche de mando alemán porque alguien les había informado de que se había estrellado un aeroplano por la zona. Les hemos dicho que habíamos oído el estruendo, pero que, como era de noche, no habíamos visto nada. Y se han ido.

Hugo soltó un suspiro de alivio.

—¿Van mucho por el pueblo?

Negó con la cabeza.

—Ya no vienen mucho porque se han llevado casi todo lo que teníamos y no hay buenas carreteras cerca. Pero nunca se sabe. Le rezo a la *Madonna* todas las noches para que vengan los americanos y les obliguen a huir al norte. *Arrivederci*, Ugo. Que Dios te acompañe.

Al llegar al umbral de la puerta, Sofia se detuvo, se recolocó el chal por la cabeza y por los hombros, miró a Hugo y sonrió. Él se quedó sentado como una estatua, viéndola marcharse. «Todavía es una niña», se dijo. Si se había casado con dieciocho, tendría veintipocos, y aun así llevaba la preocupación y la privación con tanta elegancia y fortaleza... No culpaba a Dios ni lloraba la pérdida de su marido. Lo sobrellevaba del mismo modo en que habían educado a Hugo para que lo hiciera. «Solo es una niña», se repitió. Demasiado joven para tocarle el corazón a un hombre de treinta y cinco.

Lo sobresaltaron las palomas, aleteando y aterrizando después en una de las vigas caídas. «Una trampa —pensó—. Debería montar una trampa.» Y recordó su infancia. En aquella época, había cazadores furtivos en los bosques de Langley. El guardabosques andaba siempre persiguiéndolos. Una pérdida de tiempo, a juicio de Hugo, porque sobre todo cazaban conejos. Pero había que proteger los faisanes del terrateniente para las cacerías. Hugo recordaba haber recorrido las tierras de su padre en compañía de Ellison, el avinagrado guardabosques, mientras el anciano despotricaba sin parar sobre los gamberros y los holgazanes y sobre lo que le gustaría hacerles, parando solo para destruir las trampas que iba encontrando. Algunas eran artilugios atroces con dientes de acero lo bastante afilados como para clavarse bien en las patas de un animal. Otras, probablemente hechas por los chavales de la zona, no eran más que aros de alambre que se apretaban cuando el animal los pisaba. Trató de recordar cómo eran y cómo funcionaban. En realidad, daba igual porque no tenía alambre, pero así estaba distraído. Pensó en lo contenta que se pondría Sofia si le regalaba un montón de palomas.

Se levantó, con mayor dificultad ahora que llevaba la pierna entablillada, agarró la muleta improvisada y se dirigió cojeando a la puerta. Unos nubarrones negros habían reemplazado a las nubes blancas de esa mañana y aún se acercaban más por el oeste. Además, había empezado a soplar el viento, que lo azotaba mientras intentaba caminar. No tardaría en llover, eso estaba claro. Bebió de nuevo del barril de lluvia y trató de rebuscar entre los escombros, pero no podía pasar por encima de las piedras y los ladrillos sueltos, ni podía agacharse a levantar ninguno de los cascotes para ver qué había debajo. No encontró ni alambre ni cuerda, pero consiguió sacar un viejo cajón de cocina. «Esto me podría valer», pensó, y cuando se disponía a volver dentro, las primeras gotas de lluvia empezaron a golpetear las piedras.

Estaba solo a medio camino del refugio cuando la tormenta estalló con fuerza. Fue como si se abrieran los cielos. La lluvia le rebotaba en la cazadora. Intentó avanzar más rápido y notó que resbalaba. Se aferró a una de las vigas y consiguió no caerse, con la cara chorreando sudor y lluvia a partes iguales. Cuando logró meterse en el refugio y taparse con el paracaídas, ya estaba empapado. Se quedó allí temblando mientras el viento hacía que se colaran gotas de lluvia por las

ranuras de entre las planchas de madera. La seda del paracaídas no era tan impermeable como él pensaba. Se le pegaba al cuerpo, empapada. Entonces vio un fuerte relámpago, seguido casi al instante de un trueno. Lo primero que pensó fue en Sofia. ¿Habría llegado a salvo al pueblo? Acurrucado bajo el paracaídas, empezó a preocuparle que pudiera alcanzarla un rayo o que pillara una pulmonía. Y maldijo su impotencia. El hombre era él. Tendría que estar salvándola, llevándoselos a ella y a su hijo a un lugar seguro, lejos del conflicto.

—¡Maldita sea esta condenada pierna! —exclamó en voz alta.

La tormenta duró casi todo el día. A última hora de la tarde empezó a haber periodos de calma entre chaparrones. No quería malgastar la vela. A la última luz del día, extendió el paracaídas para que se secara, colgándolo por fuera del refugio. Al hacerlo, reparó de pronto en las cuerdas del paracaídas. «Imbécil —se dijo—. Tienes toda la cuerda que quieras para fabricar una trampa.» Por la mañana, prepararía una y cazaría una paloma.

Se comió el pan que le quedaba y la cebolla, que estaba asombrosamente buena, luego se preparó para la noche larga que le esperaba. La manta no estaba demasiado mojada y se envolvió en ella. «Mañana me pondré manos a la obra», se dijo.

No tenía ni idea de lo mucho que habrían cambiado las cosas por la mañana.

Capítulo 14

JOANNA

JUNIO DE 1973

Se me aceleró el corazón. Sofia había abandonado a su pequeño. Al niño bonito. Quizá aún estuviera por allí.

Inspiré hondo y pensé bien la pregunta antes de formularla.

—Entonces, ¿ese hijo de Sofia sigue en el pueblo?

Paola asintió, sonriente.

—Sí, claro. Cosimo lo adoptó y lo crio como si fuera suyo.

—¿Cosimo?

Se desvaneció la sonrisa de su rostro.

—Cosimo di Georgio, el hombre más rico del pueblo. Tiene muchas tierras por aquí. Quiere comprarme mi olivar. Se propone controlar todos los olivos, pero yo no quiero vendérselo. Aquí se le respeta tanto como se le teme. Fue un héroe de guerra, un guerrillero partisano, el único que sobrevivió a la masacre de los alemanes. Tuvo que quedarse tirado entre los cadáveres, haciéndose el muerto, mientras los soldados recorrían el pueblo con sus armas. ¿Te lo imaginas?

—¿Y él adoptó al pequeño de Sofia?

Asintió con la cabeza.

—Sí, por suerte para el chico. Guido y Sofia eran pobres como todos nosotros, pero ahora Renzo es el heredero de Cosimo y un día será rico, rico y poderoso.

Volví a meditar mucho lo que quería decir.

—Si quisiera conocer a ese hombre, Renzo, ¿cómo podría hacerlo?

—Si subes al pueblo hacia las seis o las siete, verás a todos los hombres sentados en la plaza. Se reúnen allí por las tardes mientras sus mujeres hacen la cena. Seguro que ellos saben dónde encontrar a Cosimo y a Renzo. Lamentablemente, Cosimo tuvo un ictus hace unos años.

—¿Un ictus? —No conocía aquella palabra en italiano.

—Cuando se obstruyen las venas, no corre la sangre y deja de funcionar el lado izquierdo —me explicó—. Ahora lleva bastón y Renzo siempre va con él.

Cogió un trapo y tapó el cuenco, luego se limpió las manos en el delantal.

—¿Hemos terminado con los *pici*? —pregunté—. ¿Necesita más ayuda?

—Hasta que los cocinemos, no. Ve a divertirte, jovencita.

Sonreí y asentí.

—Igual debería ir a dar un paseo y explorar el pueblo. Me gustaría ver la casa de Sofia Bartoli.

—La vas a ver enseguida. Al subir la calle, gira en el último callejón de la derecha. La casa de Sofia es la del fondo.

—¿Aún vive allí su familia?

—Uy, no. Su marido no volvió del frente, ¿sabes? Solo quedaba una abuela y murió al poco de que yo volviera a San Salvatore.

—También quiero hablar con los hombres de la plaza —dije—. No sé si podrán contarme algo, pero a lo mejor conocieron a mi padre.

—Puede —dijo con escasa convicción.

—Y luego, si le parece bien, vendré a cenar con ustedes. Estoy deseando probar el conejo y los *pici*.

—Estupendo —dijo con una cabezada de aprobación—. Claro que me parece bien. A Angelina le vendrá de maravilla tener una persona joven con la que hablar. Se cansa de estar solo con su madre. Seguro que le apetece saber cosas de la moda inglesa. Y de música. ¡En el fondo sigue siendo una adolescente! —Rio.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Casi veinte ya —contestó Paola—. Edad de sobra para sentar la cabeza y ser una madre y una esposa seria, no de escuchar música moderna y querer bailar.

«Casi veinte —pensé—. Y yo con veinticinco creyendo que aún soy joven y que tengo tiempo de sobra para decidir qué hacer con mi vida.»

Fui a mi habitación y cogí la cámara y el bolso. Me puse también un sombrero porque el sol de última hora de la tarde pegaba mucho. Luego enfilé el caminito de subida al pueblecito. El túnel y el callejón me resultaron agradablemente frescos después de la caminata cuesta arriba con el sol en la espalda. Paré en el túnel y contemplé el paisaje desde la boca. Mirara donde mirarse, había olivos. Si todos eran propiedad de ese tal Cosimo, debía de ser un hombre verdaderamente rico. Y esa vieja ruina que se veía más allá de los árboles... ¿Era un castillo? Pensé que podía merecer la pena explorarlo si me veía capaz de hacer aquella caminata entre olivares. Eso me hizo detenerme a pensar cuánto tiempo pensaba quedarme allí. Si nadie del pueblo sabía nada de mi padre, ¿de qué iba a servir que me quedara? Pero entonces recordé a Paola y su cocina cálida y luminosa y se me ocurrió que quizá era allí donde podía empezar a recomponerme.

La plaza estaba desierta a esa hora de la tarde, el sol pegaba con fuerza en los adoquines y se reflejaba en el estuco amarillo descolorido de los edificios municipales. Con aquel calor, los arcos blancos parecían polvorientos y abatidos. Subí los escalones y entré en la iglesia. El olor a incienso impregnaba el aire y las motas de polvo danzaban en los haces de luz que atravesaban las ventanas altas y estrechas. Por las paredes había antiguas pinturas y tallas de santos. Retrocedí al toparme con un altar y, debajo, una urna con el frontal de cristal que contenía un esqueleto vestido con los hábitos de un obispo y una corona en el cráneo. ¿Algún santo local? Habiendo sido educada sin apenas roce con el anglicanismo, las iglesias católicas siempre me habían parecido lugares aterradores, a un paso de la magia negra. Al ver que aparecía un cura detrás del altar mayor, salí enseguida de allí.

Enfilé la única calle que partía de la plaza. Vi algunas tiendas más y un batiburrillo de casas pegadas unas a otras en la ladera del monte. De cuando en cuando, un callejón surgía entre ellas, algunos tan estrechos que, con los brazos en cruz, podían tocarse ambos lados. Las contraventanas estaban cerradas para evitar el calor vespertino. Algunas de las casas tenían

balcones de madera decorados con más geranios. En otras había grandes tiestos y tinajas de barro como la que Paola tenía a la entrada de su casa, todas con flores y hierbas rebosando por los lados. Salvo por algún que otro gato tumbado al sol, la calle estaba desierta. En el interior de las viviendas, se oía preparar la cena con gran estruendo de ollas y sartenes, el llanto de bebés, una canción lastimera a todo volumen en la radio...

Cuando se acabaron las casas, vi delante de mí el cielo y la espesura. Entré por el último callejón a la derecha y me encontré de frente con la casa de Sofia. Era mayor que las que la rodeaban y su pintura amarilla estaba desvaída y desconchada. Con sus dos plantas y su balcón en la fachada, por el otro lado debía de haber tenido unas vistas excelentes del paisaje de alrededor. Me pregunté quién viviría allí ahora, aunque parecía abandonada. No había geranios ni jardineras. Me pareció una casa triste y di media vuelta.

Al llegar al punto más alto de San Salvatore, la carretera terminaba de pronto en un pequeño parque con un par de enormes árboles viejos con bancos a sus pies. En uno de ellos, a la sombra, estaba sentada una pareja de ancianos. Ella vestía toda de negro, como las otras ancianas que había visto en el tren. Él iba bastante elegante, con una camisa blanca almidonada, y tenía un gran bigote manchado de nicotina. Me conmovió ver que estaban cogidos de las manos. Me miraron intrigados.

—*Buongiorno* —dije, acompañando el saludo con un movimiento de cabeza.

—*Buonasera* —me replicaron, haciéndome ver educadamente que el día ya había dado paso oficialmente a la tarde.

Continué hasta un muro que bordeaba el parapeto y, junto al muro, se había erigido una cruz. Leí la inscripción: A NUESTROS HIJOS VALIENTES PERDIDOS EN LA GUERRA DE 1939-1945. Más allá había una vista espectacular: una cadena tras otra de montes boscosos, algunos coronados por pueblecitos como San Salvatore. Justo a los pies del muro, la tierra se zambullía en un valle hondo donde pude ver la carretera, pero no había forma de llegar a él desde el pueblo. Sin duda, aquel lugar se había construido con fines defensivos en otros tiempos.

Me quedé allí haciendo fotos del paisaje. Cuando volví la vista, los ancianos ya no estaban, lo que me hizo pensar si lo habría imaginado. Lo cierto era que todo el pueblo tenía un no sé qué surrealista para mí, como si formara parte de un sueño hermoso pero inquietante. ¿No estaba hacía apenas un día en el lluvioso Londres? ¿No hacía apenas un año me había ido a vivir con Adrian y mi padre me había dejado bien claro que no lo aprobaba? Y luego... Cerré los ojos como para impedir que aquellos recuerdos dolorosos volvieran a mí. «¡Cuántas cosas pueden pasar en tan poco tiempo!», me dije. ¡Qué rápido puede cambiarte la vida! Bueno, a lo mejor era hora de que volviera a cambiar. Estaba en un lugar precioso, alojada en casa de una mujer bondadosa y, pasara lo que pasase, me iba a divertir.

Tomada esa decisión, emprendí el camino de vuelta por el pueblo. En media hora o así, las cosas habían cambiado. El mundo había cobrado vida. Había niños pequeños jugando al fútbol en la calle y una niña sentada en un escalón mirándolos. El verdulero, que se disponía a cerrar ya su tienda, guardaba dentro las cajas de verduras. Un grupito de mujeres hablaba de pie, gesticulando muchísimo, como solo lo hacen los italianos. De las puertas abiertas de las casas salían aromas tentadores y el sonido de radios y televisores encendidos. Y cuando llegué de nuevo a la plaza, estaba ya bañada en sombra y agradablemente fresca. Vi que los hombres habían vuelto a su mesa de la terraza de la *trattoria* y discutían tan alto y tan acaloradamente que temí que fuera a haber una pelea en cualquier momento.

Me escondí entre las sombras de la calle perpendicular, porque no quería que supieran que estaba allí en un momento tan crucial. Entonces, uno de ellos levantó las manos como rindiéndose,

otro río y el momento se evaporó. Se sirvió vino de una frasca que había en la mesa y, al parecer, todos contentos de nuevo. Había ido todo el camino ensayando mi discurso inminente. De hecho, había anotado algunas cosas en el tren para memorizarlas, por si con los nervios me fallaba mi precario italiano.

Tuve que respirar hondo unos segundos para reunir el coraje y cruzar la plaza en dirección a ellos. Levantaron la vista al oírme llegar.

—¡Ah, la *signorina*! —dijo uno—. ¿Encontró a Paola? ¿Se aloja en su cuadra?

—Sí, gracias —contesté—. El cuarto está muy bien y ella es muy amable.

—Paola es una buena mujer —coincidió uno de los hombres—. La alimentará bien, que falta le hace. Está en los huesos.

No entendí bien esa parte, pero vi que me escudriñaban. No era tan regordeta como las italianas.

—He venido a informarme sobre mi padre —dije—. Era piloto inglés. Su avión se estrelló cerca de este pueblo durante la guerra, pero él sobrevivió. Quería saber si alguno de ustedes estaba al tanto de eso o llegó a conocerlo.

Eran todos de mediana edad, o incluso mayores, con lo que algunos debían de andar por el pueblo en aquella época, pero me miraron como si no supieran de qué hablaba.

Entonces intervino un hombre mayor y arrugado.

—Se estrelló un avión allí abajo, en las tierras de Paolo, ¿os acordáis? Los alemanes vinieron a preguntarnos, pero nosotros no sabíamos nada.

—Recuerdo que Marco se puso furioso porque el avión le quemó dos buenos olivos —añadió otro—. Pero no hubo supervivientes, seguro, porque quedó carbonizado.

Me dio la impresión de que no hablaban del caza de mi padre. A lo mejor su avión no se había estrellado exactamente allí y, huyendo hacia el sur para escapar del territorio ocupado por los alemanes, llegó a San Salvatore. Estaba claro que ninguno de aquellos hombres sabía nada de que hubiera llegado un piloto británico a su pueblo. Decidí cambiar de estrategia.

—¿Alguno de ustedes recuerda a una mujer llamada Sofia Bartoli?

Eso produjo una reacción inmediata: un aluvión de miradas hostiles. Uno de los hombres se volvió y escupió en el suelo.

—¿Hizo algo malo esa mujer? —pregunté.

—Se fugó con un alemán —espetó por fin uno de ellos—. Justo antes de que los aliados mandaran a esos asquerosos hacia el norte. La vieron largarse con él en plena noche, escapar en un vehículo militar.

—¿Lo hizo voluntariamente? —inquirí—. ¿Están seguros?

—Por supuesto. Era el mismo al que había tenido alojado en su casa. Un hombre apuesto. Un oficial. La abuela de Guido, el marido de Sofia, le contó a mi mujer que lo trataba con mucho cariño. Bueno, eso se sabe, ¿no?, cuando una mujer siente algo por un hombre...

—Está claro que pensó que viviría mejor en Alemania que aquí, trabajando un día tras otro en el campo —masculló el que estaba sentado al final de la mesa—. Sobre todo teniendo en cuenta que su marido ya había muerto. —Se multiplicaron los murmullos de asentimiento.

—¿Se dejó aquí a su hijo? —pregunté—. ¿Un bebé?

Asintieron todos con la cabeza.

—Sí, Renzo. Su hijo. Lo abandonó.

—¿Y Renzo aún vive en el pueblo?

Uno de ellos levantó la vista.

—Por ahí viene con su padre.

Capítulo 15

JOANNA

JUNIO DE 1973

Dos hombres entraban juntos en la plaza. Uno de ellos era un toro de hombre de mediana edad, de gran envergadura, pelo gris ensortijado y el perfil de los césares romanos. Sin embargo, a pesar de su poderosa apariencia, caminaba con bastón. El otro era alto, musculoso y guapísimo. Tenía la misma barbilla fuerte, los mismos ojos oscuros y la misma mata de rizos morenos. Vestía una camisa blanca con varios botones desabrochados, luciendo un pecho bronceado, y unos pantalones oscuros de talle ajustado. En conjunto, tenía la apariencia de un poeta romántico, aunque de aspecto más saludable. Se me pasó por la cabeza que sería de lo más injusto que el hombre más guapo que había conocido jamás resultara ser mi hermano, hasta que me recordé que había jurado prescindir de los hombres.

Me lo quedé mirando, tratando de encontrar en él algún rasgo de mi padre, pero no se parecía en nada a mi progenitor, rubio y delgado.

Aún andaba pensando qué decirles cuando uno de los hombres de la terraza habló por mí.

—Esta jovencita inglesa pregunta por el hijo de Sofia Bartoli.

El más joven de los dos, el que supuse que era Renzo, me miró con frialdad.

—Tengo la desgracia de ser el hijo de esa mujer —dijo con un excelente inglés—. Pero no recuerdo nada de ella. ¿Qué quiere saber?

—¡Habla inglés! —exclamé, sorprendida e impresionada.

Él asintió.

—Pasé un año en Londres, trabajando en un restaurante.

—¿De camarero? —pregunté con la esperanza de deshacer la hostilidad que se palpaba claramente.

—Estudiaba para chef —contestó—. Pero entonces a mi padre le dio un ictus y tuve que volver a casa para ayudarlo a llevar sus tierras y sus negocios —añadió, y se volvió para señalar respetuosamente con la cabeza al hombre mayor.

Uno de los tipos de la terraza se había levantado a acercarle una silla.

—Tome, Cosimo, siéntese.

—No hace falta, vamos dentro a comer. Nos espera nuestra mesa.

Así que aquel era Cosimo, el hombre más rico del pueblo, el dueño de todos los olivares menos el de Paola.

Tocándole el brazo a Renzo, soltó una parrafada en italiano.

Renzo se volvió hacia mí.

—Mi padre quiere saber por qué le interesa Sofia Bartoli.

Titubeé.

—Creo que mi padre la conoció.

El hombre dijo algo más en un italiano muy rápido y los demás rieron.

—Mi padre piensa que debieron de conocerla muchos hombres —tradujo Renzo, bastante incómodo.

Cosimo no paraba de mirarme.

—Es usted alemana, imagino —me dijo en inglés con mucho acento.

—No, soy inglesa.

—Yo diría que alemana —insistió—. Me parece que es usted la hija que Sofia Bartoli tuvo con aquella escoria alemana y que ahora viene a reclamar las tierras y los olivares de su madre.

—Se equivoca completamente —repliqué furiosa—. Mi padre era un piloto británico. Su avión fue derribado y él resultó herido de gravedad.

Aún miraba a Renzo, preguntándome si él podría ser el niño bonito que mi padre y Sofia habían escondido donde solo ellos pudieran encontrarlo, pero mi padre hablaba de «nuestro niño bonito», no de «tu niño bonito», con lo que el niño era de los dos, no de ella, aunque quizá se había encariñado mucho con la criatura.

—Dígame una cosa: ¿a usted lo tuvieron escondido durante la guerra?

—¿Escondido? ¿A qué se refiere?

—¿Escondido donde nadie pudiera encontrarlo, para mantenerlo a salvo?

—¿De los alemanes? —Negó con la cabeza, extrañado—. Yo diría que no. De hecho, no puede ser. Hubo un oficial alemán alojado en nuestra casa. Era bueno conmigo, no tengo un mal recuerdo de él. Me daba caramelos.

—¿Cuántos años tiene usted? —pregunté, sin darme cuenta de que podía parecer grosera.

—Hace muchas preguntas para ser mujer y forastera —me dijo Renzo—. No es de su incumbencia, pero tengo treinta y dos. Y, por si le interesa, no estoy casado. ¿Y usted?

Noté que me ruborizaba.

—Tampoco.

Era demasiado mayor para ser el hijo de mi padre. Sabía que había resultado herido cuando habían abatido su caza al final de la guerra y aquel hombre había nacido en 1940 o 1941.

—¿Tuvo algún hermano pequeño? —pregunté.

—Eso no habría sido posible —contestó con una mirada feroz—. A mi padre biológico lo destinaron a África antes de que yo naciera y no volvió. De no haber sido por Cosimo, yo habría sido un huérfano indigente. Se lo debo todo a él —añadió, agarrando del brazo a su progenitor adoptivo—. Ahora, si me disculpa, a mi padre le gustaría beber algo en su mesa favorita.

Y entraron juntos en la *trattoria*. En cuanto se fueron, el hombre que estaba sentado cerca de mí se volvió a hablarme en voz baja.

—Ese es Cosimo. No conviene enfadarlo. Es poderoso, dueño de casi todas las tierras de la zona y del lagar.

Un hombre más joven se levantó y me instó a que me sentara a la mesa.

—Venga, tómese algo con nosotros —dijo—. Siéntese. Tráele un vaso, Massimo. Y pruebe las aceitunas de la zona, son las mejores.

Titubeé, preguntándome cómo podía negarme y si iba a poder averiguar algo más de ellos. El hombre insistió y me senté. Me pusieron un vaso delante y me lo llenaron de un vino tinto muy

oscuro. Me acercaron un cuenco de aceitunas y una hogaza de pan de pueblo con una jarrita de aceite de oliva. El hombre que me había invitado, un tipo esquelético con el pelo repeinado hacia atrás y una mirada algo pícaro, me cortó con las manos un trozo de pan y me sirvió un poco de aceite en el plato.

—Este aceite es de nuestros olivos —dijo—. Buen aceite toscano. Virgen extra, ¿eh? Es bueno que sea virgen extra.

Me incomodó su forma de decir «virgen» y mirarme, pero luego rio y decidí que solo bromeaba.

—¿Ve el color que tiene nuestro aceite de oliva? —me preguntó un hombre de espaldas anchas al que tenía sentado enfrente—. Verde intenso. El verde de la primavera. Ese es el color del aceite toscano. El mejor. Ha salido de mis olivos, claro.

—¿De tus olivos? —repitió uno que estaba al fondo de la mesa—. Si se los has vendido casi todos a Cosimo y ahora vienes diciendo que es de tus olivos...

—No es cierto. Me quedé los mejores para mí.

—Oí decir que te había hecho una oferta que no pudiste rechazar... o que te podía chantajear con algo.

—No es cierto. ¡Mientes!

Empezaron a subir la voz otra vez y pensé que terminarían a puñetazos, pero entonces habló un hombre mayor.

—La *signorina* va a pensar que está entre salvajes. Comportaos. Coma, *signorina*. Coma. Beba. Disfrute.

Me observaron todos mientras mojaba el pan en el aceite y me lo comía con cara de satisfacción.

—Es bueno, ¿eh? —preguntaron—. Las mejores aceitunas de la región.

—Y podrían ser aún mejores —dijo el joven de la mirada pícaro con una cara que no supe interpretar.

Uno de los otros se llevó un dedo a los labios.

—No conviene decir esas cosas, Gianni. Sobre todo cuando podrían oírnos. Cuida esa boca si no quieres lamentarlo. —El distinguido anciano con una buena mata de pelo blanco monopolizó la conversación—. Díganos, *signorina*, su padre, el piloto británico, ¿sigue vivo? ¿La ha mandado aquí a buscar a Sofia Bartoli?

—No, *signor* —dije—. Murió hace un mes. He venido porque vi el nombre de esa mujer entre los efectos personales de mi padre. Nunca nos habló de ella ni a mi madre ni a mí y sentía curiosidad. Ahora veo que ha sido un error hurgar en su pasado. A mi padre no le habría gustado, pero al menos he conocido esta bellísima región y me alegro de haber venido.

—¿Se vuelve ya para Inglaterra? —preguntó el anciano.

—Puede que me quede unos días más. Estoy a gusto en la casita de la *signora* Rossini. Daré paseos y disfrutaré del paisaje.

Aquel comentario recibió la aprobación general.

—Tiene que venir a ver mis ovejas —terció el amoroso—. Las tengo arriba, en lo alto de la montaña donde el pasto es mejor, y allí mismo hago queso *pecorino*. Le puedo enseñar cómo lo hago.

—Vaya con cuidado con este, *signorina* —me dijo el distinguido—. Tiene fama de mujeriego. No es de fiar.

—¿Quién, yo? —dijo el otro, que de pronto recordé que se llamaba Gianni, llevándose la mano al pecho—. Solo trato de ser hospitalario con nuestra joven forastera. Soy un hombre casado

y de fiar.

—Casado, sí; de fiar, no —comentó uno al fondo de la mesa, y rieron todos a carcajadas. Gianni puso cara de circunstancias.

—Habría que dar de comer a la jovencita. Con pan y aceitunas no hacemos nada. Vamos a pedir una *bruschetta*.

—Ah, no, no es necesario —dijo, levantando la mano—. Voy a cenar en casa de la *signora* Rossini.

—Aún faltan horas para la cena —espetó Gianni—. Aquí no cenamos hasta que es de noche. Morirá de hambre antes. —Se levantó y entró en la oscuridad de la *trattoria*. Volvió al poco, satisfecho de sí mismo—. Ahora nos traen una bandeja. La hacen muy rica, ya verá.

No tenía ni idea de lo que era una *bruschetta*. Mi conocimiento de la comida italiana se limitaba a los espagueti boloñesa o los ravioli en lata. No tardó en venir a nuestra mesa un joven delgaducho con delantal cargado con una bandeja atestada de gruesas rebanadas de pan tostado con diversas cosas encima. Gianni me miró muy interesado y le dijo algo en voz baja a otro. Este le contestó. Se sonrieron. Nadie me lo tradujo.

—Pruebe la *bruschetta* —dijo el hombre distinguido—. Cada una va coronada de distintos sabores que nos gustan por aquí. Esta es de hígado de pollo con anchoas, esta otra es de *tapenade* y esta de hinojo con queso de cabra. Todas están buenas.

Era perfectamente consciente de que, cuando volviera a casa de Paola, me esperaba una cena sin duda copiosa, pero no pude negarme. Se empeñaron en que las probara todas, mirándome con expectación, con lo que me vi obligada a sonreír mucho y asentir satisfecha con cada bocado. No me costó sacrificio porque todas estaban exquisitas. Me había criado con la sencilla cocina inglesa —pastel de carne y riñones, pastel de pastor, pescadito con patatas fritas, chuletas de cordero— y en mi época de estudiante, mis osadías culinarias, limitadas por mi presupuesto, se habían reducido a comida china e hindú (o las versiones inglesas de estas), por lo que no estaba familiarizada con el ajo, la albahaca, ni ningún otro de los sabores que estaba probando. Por fin, repleta de comida y de vino, pude argüir que debía marcharme porque Paola me esperaba y no quería hacerle el feo de llegar tarde a cenar.

Gianni, que se había ofrecido a enseñarme su granja de ovejas y había insistido en que probara la *bruschetta*, se levantó de inmediato.

—Será un honor para mí acompañar a la jovencita a casa —dijo.

—Ah, no, gracias. No está tan lejos y conozco el camino; además, aún no es de noche —repuse, hablando el italiano con dificultad por el exceso de vino.

—No es problema —dijo Gianni—. Yo también vuelvo a casa por el túnel. Vamos.

Me agarró del codo y me ayudó a levantarme. A mí no me hacía mucha gracia cruzar el túnel largo y oscuro con él, pese a que dudaba que fuera a intentar algo estando a escasa distancia de los hombres de la terraza. Por suerte, mientras pensaba en un modo de librarme de él, alguien me sacó del aprieto.

—No te molestes, Gianni —se oyó una voz al fondo de la mesa—. A mí la casa de Paola me pilla de camino y debería marcharme ya si no quiero que me caiga un rapapolvo de mi mujer. Venga, *signorina*, conmigo está a salvo: tengo diez hijos y una mujer aterradora que me mantiene a raya.

Sonaron carcajadas por toda la mesa, pero el hombre del pelo blanco dijo:

—Sí, *signorina*, con Alberto está a salvo.

Les agradecí muchísimo su hospitalidad y me acordé de volver a elogiar la calidad de su aceite de oliva, a lo que sonrieron todos muy satisfechos. Por lo menos hice algo bien.

—Entonces, mañana, *signorina* —me dijo Gianni, que aún me rondaba—, venga a buscarme cuando quiera ir a ver mis ovejas y cómo hago el queso, a cualquier hora, ¿de acuerdo? Le puedo contar muchas cosas interesantes, de la guerra también.

—¡Qué sabrás tú de la guerra! —bramó uno de ellos—. No eras más que un crío. Nosotros estuvimos en el frente y sí que podemos contarle cómo fue.

—Era un crío, sí, pero hacía recados. Llevaba mensajes a los partisanos. Vi muchas cosas —se defendió Gianni—. Creo que le podría interesar, *signorina*.

—Tú y tus cuentos chinos —dijo Alberto y, apartándolo, me agarró del brazo para alejarme del grupo—. Ese Gianni miente más que habla —me dijo a mí—. No se crea todo lo que dice, *signorina*. Durante la guerra, hacía recados, pero más para el mercado negro que para los partisanos. Ningún partisano le habría confiado un mensaje importante. Se lo habría contado a quien no debía y habría cantado si los alemanes lo hubieran interrogado.

Cruzamos la plaza en silencio y luego el túnel. Sospeché que se había quedado mudo y quizá que se estaba preguntando qué iba a decir la malcarada de su mujer de que se dejara ver con una jovencita. Al salir del túnel, el atardecer rosado daba los últimos coletazos y los murciélagos se cruzaban en nuestro camino, silenciosos, revoloteando y descendiendo en picado para atacar a los mosquitos que zumbaban ya a nuestro alrededor. Llegamos al caminito que conducía a la casa de Paola.

—Ya hemos llegado, *signorina* —dijo Alberto—. Que disfrute de la cena y duerma bien —añadió, me hizo una anticuada y pintoresca reverencia y enfiló la senda que descendía hasta el valle.

Capítulo 16

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Hugo despertó en plena noche, castañeteando los dientes. Le temblaba el cuerpo entero. Se incorporó y buscó a tientas la camisa de franela de Guido que había metido en la bolsa del paracaídas que tenía debajo de la cabeza. Le costó un poco sacarla, luego se quitó la cazadora y se puso la camisa. Olía a oveja húmeda, pero estaba seca y era agradable. Cuando volvió a ponerse la cazadora, ya no podía controlar los temblores. Intentó hacerse un ovillo, pero, con la pierna entablillada, era imposible.

Por fin cesaron los temblores, pero lo dejaron agotado y empapado en sudor. Estuvo a punto de arrancarse la cazadora a tiras. Al quedarse traspuesto, empezó a tener pesadillas. Volaba y estaba rodeado de mosquitos que querían picarle. Entonces los mosquitos se convertían en cazas alemanes, aviones minúsculos y terribles que le zumbaban alrededor de la cabeza mientras él intentaba, en vano, espantarlos a manotazos.

—¡Marchaos! —gritó a la oscuridad—. Dejadme en paz.

Luego los aviones se convirtieron en criaturas que volaban suavemente y se fueron, alzándose de pronto hacia el cielo encarnado donde Sofia caminaba por los olivares. Después descendieron sobre ella, picoteándole el chal y el vestido, intentando llevársela por los aires.

—¡No! ¡A Sofia no! —gritó entonces, esforzándose por levantarse y correr hacia ella, pero las piernas, como flanes, no lo sostenían y se derrumbó. Vio impotente cómo la levantaban y se la llevaban a la oscuridad—. ¡Sofia! —gritó desesperado—. ¡No te vayas! ¡No me dejes!

—*Sono qui*. Estoy aquí —susurró alguien a su lado, acariciándole el pelo.

Hugo abrió los ojos con dificultad. Era de día y un sol pálido asomaba por encima del borde dentado del muro de la capilla. Aún le estallaba la cabeza y le costaba enfocar, pero poco a poco pudo distinguir el rostro menudo, dulce y mágico de Sofia, que lo miraba preocupada desde arriba.

—Estabas gritando —le dijo.

—¿Sí? Soñaba, creo.

Ella se arrodilló a su lado.

—Y te arde la frente. Tienes mucha fiebre. Me parece que se te ha infectado la herida. Déjame verla. —Hugo estaba demasiado débil para impedirle que le desabrochara el cinturón y le bajara los pantalones—. Llevas la ropa empapada de sudor —le dijo ella, meneando la cabeza.

Con cuidado, le retiró el vendaje improvisado y meneó aún más la cabeza—. Necesitas un médico. Esto tiene muy mala pinta. —Le miró fijamente la pierna, mordiéndose el labio como una chiquilla nerviosa, intentando decidirse—. Creo que el doctor Martini es buen hombre... Se portó muy bien con Renzo cuando cogió el sarampión.

—No, un médico, no —protestó Hugo—. Es un riesgo que no deberíamos correr. Como poco, lo verían subir aquí.

—Es cierto —coincidió ella—, pero si no te ve un médico, podrías morir.

—Pues que sea lo que tenga que ser —dijo él—. Prefiero morir a poner en mayor peligro tu vida.

—Eres un hombre valiente, Ugo —le dijo ella, cogiéndole la mano—. Espero que tu esposa sepa apreciar lo bueno y lo generoso que eres. —Aun estando febril, aquello le hizo sonreír. Dudaba que Brenda fuera a describirlo jamás como valiente, bueno y generoso. Claro que en casa él era una persona distinta: un tipo arrogante, egoísta, que hacía el papel de señor de la mansión—. Voy a hacer todo lo que pueda por ti —añadió Sofia—. Vamos a ver si puedo desinfectarte la herida. —Agarró la botellita de grapa—. Bien. No te la has bebido toda.

Arrancó una tira de la sábana vieja y la empapó en aguardiente. A Hugo se le escapó un grito de dolor cuando empezó a limpiarle la herida, pero le dio vergüenza y se mordió el labio para no repetirlo.

—He hecho lo que he podido y parece que ahora está limpia. Claro que no sé cómo estará por dentro ni si la bala habrá dañado algún vaso sanguíneo. Esperemos que no. —La vio preparar un apósito con un trozo de sábana limpia y atárselo a la pierna—. ¿Ya no te queda morfina? —le preguntó.

—Por desgracia, no. Solo tenía una jeringuilla y ya la usé.

—¿Ni otros medicamentos?

Hugo examinó el botiquín. Había un par de tiritas que solo valían para un corte en un dedo y un blíster de aspirinas.

—Tengo esto.

—Aspirina. Te vendrá bien para bajar la fiebre, pero no conviene que te enfríes demasiado. —Le metió la mano por la cazadora—. Tienes la camisa bastante mojada también, aunque creo que es preferible que no te la quites. Vamos a subirte los pantalones enseguida y luego te envolveré con la manta y el paracaídas. —Le subió los pantalones con mucho cuidado y profesionalidad. Luego fue a por agua y, mientras le sostenía la cabeza, él bebió y se tragó cuatro aspirinas—. Además, te he traído un poco más de puré de alubias —le dijo—. Necesitas alimentarte. ¿Puedes comer?

Destapó el cuenco y, haciendo que Hugo se apoyara en su cuerpo, le dio de comer. Él procuró tragar unas cuantas cucharadas, luego se derrumbó sobre ella, agotado.

—Tienes que comer. Tienes que estar fuerte —le dijo Sofia.

—No puedo. Lo siento.

Entonces Sofia se levantó y lo recostó en la almohada.

—Voy a volver al pueblo a ver qué medicinas tienen en la farmacia que pueda pedir sin levantar sospechas. Alcohol para la herida, eso no será problema. Ya no me queda grapa. Dudo que me den antibióticos sin receta, pero puedo intentarlo. Les diré que Renzo tiene la garganta irritada. Es cierto, pero es solo un resfriado, nada serio. Procuraré volver esta noche.

—Eres muy buena conmigo —dijo él—. Si esta condenada guerra termina algún día y consigo volver a casa, buscaré el modo de compensarte. Mandaré a tu hijo a un buen colegio. Te compraré más cabras. Lo que quieras.

—No hablemos del futuro —dijo ella con una sonrisa triste—. ¿Quién sabe lo que nos deparará? Estamos en manos de Dios y de todos los santos. —Entonces lo arrojó como si fuera un niño y lo envolvió con el paracaídas—. Ahora descansa. —Se levantó—. Mira, te dejo agua para que bebas y el resto de la sopa por si puedes comer. Creo que deberías intentarlo —insistió, agitando un dedo como si le regañara, y haciéndole sonreír.

—Muy bien. Lo intentaré.

Cuando se marchó, Hugo se preguntó si sería la última vez que la vería.

Capítulo 17

JOANNA

JUNIO DE 1973

Paola me había estado esperando, estaba claro. La noté aliviada al abrirme la puerta.

—Ay, *signorina* Langley, *mia cara*, ya estás aquí. Me preocupaba que te hubiera pasado algo. Le he dicho a Angelina que me extrañaba que anduvieras por ahí sola de noche, que qué estarías haciendo.

—Lo siento mucho, *signora* —le dije—. Me he acercado a hablar con los hombres que se sientan en la plaza y se han empeñado en que me tomara un vaso de vino con ellos. Luego han pedido *bruschetta* y habría sido una grosería por mi parte rechazarla. Les he dicho que iba a cenar con ustedes, pero me han respondido que no cenarían hasta bien tarde.

Paola rio.

—No pasa nada, *piccolina*. Yo solo estaba preocupada por tu seguridad. No es que piense que corras peligro en este pueblo, pero hay callejones oscuros en los que podrías tropezar y hacerte daño. Ven, siéntate. La cena está lista.

La seguí por el pasillo y me llevó al comedor; esta vez la mesa estaba puesta con elegancia y había velas. Angelina ya estaba allí. La pequeña dormía en su capazo, a sus pies.

—¿Ves, *mamma*? Te he dicho que seguro que no le había pasado nada —dijo Angelina—. Es de Londres, de una gran ciudad. Sabe cuidarse y evitar el peligro.

Reí.

—Pues he tenido que negarme cuando ese tal Gianni se ha ofrecido a llevarme a casa — dije—. Se estaba tomando demasiadas confianzas.

Paola se encogió de hombros.

—A ese se le va la fuerza por la boca. En el fondo no es peligroso, al menos para las mujeres. Si te hubieras puesto cariñosa, habría salido corriendo.

Angelina rio también.

—Pero en sus negocios, bueno, a veces le gusta jugar con fuego —dijo.

—Eso no lo sabemos —terció Paola—. Son solo rumores.

—Es lo que dicen en el pueblo —replicó Angelina—. Dicen que se lleva muy bien con unos que podrían ser *mafiosi*. Que por lo visto trafica con objetos robados. Y luego está lo del lagar...

—¿Lo del lagar? —repetí.

Angelina asintió con la cabeza.

—El lagar del pueblo es propiedad de Cosimo. ¿Has conocido a Cosimo?

—Sí. Me ha resultado... —No sabía la palabra italiana para «impactante».

—Es poderoso —dijo Paola—. Rico y poderoso. Un hombre al que no conviene contrariar. Es el dueño del lagar y concede a los que le caen bien o a aquellos con los que está en deuda las mejores horas para prensar la aceituna. Si no le caes bien, si te niegas a venderle tus olivos como yo, te encuentras con que te toca prensar la aceituna a las dos de la madrugada.

—¿El lagar está en funcionamiento día y noche?

—Así es. En la temporada de recogida, cuanto antes se prensen las aceitunas, mejor. Por eso todo el mundo necesita usar el lagar de Cosimo.

—¿Y qué es lo que hace Gianni que pueda contrariar a Cosimo? —pregunté.

—Aún tiene olivos, detrás del antiguo monasterio. A Cosimo nunca le ha caído bien y siempre le da las peores horas. A veces le hace esperar días. Así que Gianni estaba intentando reunir a varios granjeros de la zona y montar una cooperativa para construir su propio lagar. No sé hasta dónde habrá llevado la idea, pero, claro, a Cosimo lo enfurece que cualquiera vaya en su contra.

—Gianni es idiota —dijo Angelina—. Le gusta fanfarronear, pero si tuviera que vérselas con Cosimo, saldría corriendo con el rabo entre las piernas.

Mientras hablábamos, Paola fue llevando a la mesa platos y poniéndonoslos delante.

—Espárragos de la huerta —dijo—. Es temporada de espárragos, pero es tan corta que la aprovechamos al máximo y los tomamos en casi todas las comidas.

Me puso delante un plato de tallos blancos, los regó de aceite de oliva y ralló parmesano de un taco grande. Yo ya había comido espárragos —desde luego, no a menudo, porque en Inglaterra eran una exquisitez—, pero no sabían en absoluto como aquellos. Cada bocado era una maravilla, la intensidad del queso en contraste con el dulzor de la verdura me sabía a gloria.

Cuando terminamos, Angelina recogió los platos y volvió cargada con una sopera grande. Paola levantó la tapa y el aroma a hierbas inundó la estancia. Me sirvió una ración generosa, mucho mayor de lo que yo habría querido, pero no habría estado bien rechazarla.

—Aquí tienes, los *pici* que hemos preparado esta tarde con el ragú de conejo. Que lo disfrutes.

Y lo disfruté. No sé cómo, hice hueco para vaciar el plato. La salsa contenía el conejo justo para darle sabor, pero eran las hierbas y los tomates los que la hacían tan deliciosa. Me propuse informarme sobre las hierbas de Paola antes de irme y cultivarlas si alguna vez tenía una huerta.

Cuando terminamos el plato fuerte, trajeron a la mesa *biscotti* junto con unos vasitos de un líquido ambarino e intenso.

—Este es el Vin Santo del que te hablé —dijo Paola—. El vino santo.

La miré sorprendida.

—¿De verdad es vino santo, de consagrar, de la iglesia?

Río.

—Lo llamamos así. No, ya no es de la iglesia. Hay muchas historias sobre su nombre. Hay quien dice que es el tipo de vino de uvas pasas que solía usarse en misa, pero también hay quien dice que hubo un fraile que usó el vino sobrante de la consagración para ir por ahí curando a los enfermos. Ahora lo usamos simplemente como vino de postre. Así es como se come el *biscotti*: lo mojas y te lo comes.

Angelina se levantó.

—Me voy a la cama, *mamma*. Estoy cansada. La niña no me ha dejado pegar ojo esta

noche. Dios quiera que aguante un rato. —Paola le dio un abrazo fuerte y besos en ambas mejillas. Angelina me estrechó la mano y me dedicó una sonrisa tímida—. Mañana me tienes que hablar de la vida en Londres —dijo—, de la moda, la música y las estrellas de cine. Quiero saberlo todo.

—De acuerdo —contesté, devolviéndole la sonrisa.

Cogió el capazo y se lo llevó de la habitación. Cuando se hubo marchado, Paola se acercó más a mí.

—Da gusto volver a verla animada —me dijo—. Después de que naciera la niña, tuvo unos días en que no le interesaba nada. Estuvo muy malita, ¿sabes? Tuvieron que sacarle al bebé antes de tiempo porque, si no, habría muerto. Pensé que la iba a perder, a mi única hija, pero ahora, gracias a Dios y a la Virgen, se está recuperando. Tú perdiste a tu pobre mamá —me dijo, poniéndome una mano en el hombro—, así que sabes lo que es perder a un ser querido. Después de lo de mi hombre, no habría podido soportarlo. Perder a un hijo es lo peor que puede pasarle a una madre.

Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas y procuré contener un sollozo. El vino me había minado las defensas. Quería contárselo. Quería contárselo a alguien y que me abrazaran, que me dijeran con cariño que lo entendían, pero, en el último momento, me arrepentí. Ni siquiera a aquella mujer buena y cariñosa era capaz de contarle lo que había sido perder a mi bebé.

—No te pongas tan triste —me dijo, acariciándome la mejilla—. No pasa nada. Nos han puesto a prueba y hemos sobrevivido y la vida vuelve a ser buena con nosotras.

Tras aquellas palabras de consuelo, le di las buenas noches y me fui a la cama.

Hasta que no estuve en la cama, sintiendo la fría caricia de aquellas sábanas suaves en la mejilla, no me decidí a llorar. Había logrado contenerme, pero ya no podía más. Reviví cada instante. Recordé la sorpresa que me dio el médico cuando me dijo que estaba embarazada. La tranquilidad reemplazó a mi temor inicial. El embarazo no era deseado y había llegado antes de lo que esperaba, pero Adrian haría lo correcto y se casaría conmigo. Pospondría mi pasantía en el bufete, nada más. Pero no fue eso lo que ocurrió. Adrian se asustó, luego se enfadó.

—¿Estás segura? No podía haber llegado en peor momento, ¿no? Los dos tenemos que hacer en breve el examen del Colegio de Abogados y no estamos preparados para sentar la cabeza y formar una familia, ni mucho menos. —Hizo una pausa y el gesto ceñudo le estropeó aquella cara preciosa que tenía. Luego volvió a relajarse y me sonrió un poco—. No te preocupes —dijo—. Lo arreglaremos. Conozco a alguien que se puede encargar.

Tardé un momento en entender que quería que abortara. Sorpresa, horror, repugnancia.

—¿Un aborto? ¿Eso es lo que me propones?

Adrian estaba tranquilísimo.

—Es buen tío. Sabe lo que hace.

—Adrian, hablamos de tu hijo. ¿Cómo se te ocurre?

—Venga ya, Joanna. Estamos en los setenta. Las mujeres abortan a todas horas. Ya no es tan horrible.

—Lo es para el bebé —dije—. Y lo sería para mí. Mi padre jamás me lo perdonaría si se enterara.

—Tu padre no ha sido precisamente el ser más comprensivo del universo, ¿no? —espetó—. Y está superanticuado. Por Dios, si ni siquiera le parece bien que vivamos juntos.

—Muy bien —repliqué, inspirando hondo—. Yo nunca me lo perdonaría. Ya está. Ya lo he dicho. Y si te importo tan poco...

—Claro que me importas —me dijo—. Lo que pasa es que no estoy preparado para echar a perder dos vidas por un bebé que ninguno de los dos quiere. —Me puso una mano en el hombro—. Aún estás conmocionada. Piénsalo bien y verás que lo que te propongo es lo mejor.

Lo pensé. Me dije que, en realidad, no había otra solución. Adrian seguiría presionándome si seguía con él. No iba a querer compartir piso con un bebé no deseado que pudiera arruinar su reputación. ¿Y si me mudaba? No había garantía de que mi padre fuera a acogerme y, aparte de él, no tenía a nadie más. Creo que lo peor fue descubrir que Adrian, mi Adrian, a quien creía mi alma gemela, mi amante, mi mejor amigo, no era ninguna de esas cosas, sino alguien en quien ya no podía confiar. Me dije que él tenía razón. No estábamos en condiciones de formar una familia. En aquellos momentos, nuestra criatura no era más que un poco de tejido, no un bebé. Aun así, no podía hacerlo.

Paradójicamente, fue Scarlet, tan libre y liberal, la que se puso de mi parte.

—No lo hagas si no te parece bien —me dijo—. Y no sigas con ese canalla de Adrian si te va a tratar así. Me tienes a mí. Yo te ayudaré a salir adelante. Y seguro que tu padre también, en cuanto se haga a la idea. Ve a verlo y cuéntaselo. Se pondrá furioso y despotricará un poco, pero luego lo aceptará.

—No sé —dije—. Ya viste cómo se puso cuando me fui a vivir con Adrian.

—Pero no eres más que una hija en apuros. Te apuesto lo que quieras a que no te dejará en la estacada. Querrá cuidar de ti.

Me angustiaba muchísimo. Aunque mi padre me perdonara, no podría ir a vivir con él. Imaginaba las miradas horrorizadas de la señorita Honeywell y las risitas de las niñas del colegio. No parecía tener escapatoria. Estuve a punto de ablandarme e ir a decirle a Adrian que él tenía razón. Solo que no pude.

Vagué sin rumbo por Londres, debatiéndome entre bajar a Surrey a ver a mi padre o no hacerlo y buscar alguna solución... Y cuando iba a cruzar King's Road, en Chelsea, no vi el taxi que volvía la esquina a toda velocidad. Recuerdo la sensación de volar, luego la de estar tendida en la calzada, con un montón de rostros mirándome desde arriba y un hombre amable tapándome con su chaqueta y una ambulancia. Después apenas recuerdo nada de los dos días siguientes. Scarlet vino a verme al hospital. Me preguntó si llamaba a mi padre, pero yo no quise que lo hiciera. Me sentía demasiado débil para plantarle cara. Hasta unos días más tarde no supe que, además de haberme roto varias costillas, de haberme roto la clavícula y de sufrir una conmoción severa, había tenido un aborto y había perdido al bebé. Tendría que haberme sentido aliviada, pero lloré desconsoladamente.

Adrian vino a verme también y se sentó al borde de la cama, agarrándome la mano, incómodo y mascullando palabras huecas, diciéndome que era mejor así y que en nada estaría como nueva. En realidad, tardé bastante en recuperarme. Tenía mareos, dolores de cabeza horribles. Me dolía al respirar. Al principio, Adrian venía a verme todos los días, luego menos a menudo. El día en que iban a darme el alta, vino, se sentó a mi lado y me dijo que iba a ser preferible que fuera a recuperarme a casa de mi padre. Había algo que hacía tiempo que quería contarme, pero había esperado a que estuviera fuerte. Se había enamorado de otra. Se iba a casar con la hija del socio principal de su bufete.

Y así terminó todo. Recogí mis cosas y hui al único refugio que se me ocurrió: el piso de Scarlet. Ella, bendita sea, me recibió con los brazos abiertos. Me dejó instalarme en su sofá y recuperarme. Pero aún estaba demasiado frágil para volver al trabajo. De primeras, los abogados de mi bufete se mostraron comprensivos. Sabían que había tenido un accidente grave y me deseaban lo mejor, pero ya me habían dejado claro que no iban a esperarme eternamente.

Las heridas físicas habían sanado, pero aún había un vacío inmenso en mi interior. Tenía la sensación de andar por ahí como una sombra de mi yo anterior, como una persona hueca sin propósito claro y, sinceramente, escasa esperanza. Lo que necesitaba era a mi madre. Supongo que mi padre nunca me había permitido llorarla como debía después de su muerte. Debíamos salir adelante como fuera y no flaquear, ese era el comportamiento propio de nuestra familia. Eso era lo que me habían dicho y solo ahora podía lamentar su pérdida. Necesitaba el amor de alguien como Paola.

Al final, lloré hasta quedarme dormida. A la mañana siguiente, me despertaron los sonidos del campo: el canto del gallo, un coro matinal de pájaros... La luz del sol entraba a raudales por las persianas venecianas. Me levanté sintiéndome extrañamente fresca y recuperada, me miré en el espejo del baño y me horrorizó la cara hinchada y deforme que vi en su reflejo. Necesitaba una ducha antes de presentarme ante Paola.

Accioné el tirador de la ducha. Salió un chorrito de agua y luego paró por completo. Pensé que a lo mejor no había entendido el mecanismo e intenté abrirlo en la otra dirección. Hiciera lo que hiciese, de allí no salía nada.

Frustrada, me puse la ropa del día anterior, me cepillé el pelo, procuré disimular la hinchazón de la cara con maquillaje y salí a echar un vistazo al pozo. ¿Habría dejado de funcionar la bomba? El pozo se encontraba alojado en una estructura de madera y la tapa se sujetaba con una piedra grande. Retiré la piedra e intenté levantar la tapa. Pesaba demasiado para una sola persona o al menos para mí. Lo probé varias veces y, al final, me di por vencida, reconocí mi derrota y subí a la granja. No sabía si Paola estaría levantada tan temprano, pero, a medida que me acercaba a la cocina, la oí cantar. Por la ventana abierta la vi amasando en la mesa. ¡Qué escena tan agradable! Llamé con los nudillos a la puerta de atrás para no sobresaltarla y entré. Se volvió hacia mí con una enorme y calurosa sonrisa en los labios.

—Ah, *piccolina* mía, te has despertado con el sol. ¿Has dormido bien?

Si advirtió mi mal aspecto, lo supo disimular.

—Perdone que la moleste —dije—, pero la ducha... No sale agua. He movido la manilla a ambos lados y nada. Luego he ido a ver si era cosa del pozo, pero no consigo levantar la tapa yo sola.

—Qué raro —me dijo extrañada—. A lo mejor le pasa algo a la bomba, pero iba perfectamente cuando la probé hace unos días. Ven, vamos a ver.

Crucé detrás de ella la huerta hasta un pequeño cobertizo detrás de mi casita.

—Ven, vamos a levantar la tapa juntas —me dijo. Yo agarré de un lado, ella del otro y la levantamos—. A ver qué pasa...

Nos asomamos dentro. No sé cuál de las dos gritó. A mí el sonido me perforó la cabeza y sé que abrí la boca. En la parte superior del pozo, estaba atascado el cadáver de un hombre.

Capítulo 18

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Milagrosamente, las aspirinas le bajaron un poco la fiebre a Hugo. Estaba hecho una piltrafa, pero, recordando la firme recomendación de Sofia, se obligó a tomar un poco de sopa. Luego se tumbó, jadeando, con la frente perlada de sudor. «¿Y qué va a pasar ahora?», se preguntó. ¿Y si la pierna se le había gangrenado y tenían que amputársela? Estaba claro que jamás iba a conseguir escapar de los alemanes y llegar hasta los aliados. Además, Sofia tenía razón: si se topaba con los alemanes en semejante estado, lo considerarían un estorbo y una responsabilidad y se desharían de él de inmediato. Cayó en la cuenta de que tenía poca esperanza de sobrevivir. Pensó si no sería preferible que hiciera lo correcto e intentara bajar a la carretera a esperar su destino en lugar de seguir poniendo en peligro a Sofia con más visitas.

Al intentar levantarse, las náuseas y los mareos lo desbordaron, entendió que no podía ir a ninguna parte como estaba. Fue entonces cuando sacó el revólver de servicio y lo examinó, dándole vueltas en la mano. Sintió el peso del arma, se imaginó apuntándose a la sien, sosteniéndolo con firmeza y haciendo clic. Se acabó. Pero vaciló. No por miedo a quitarse la vida, sino porque no quería que llegara Sofia y se encontrara con que se había volado la tapa de los sesos. No quería marcharse sin despedirse. «Si la pierna empeora —se dijo—, si se gangrena, lo haré. Pero le diré a ella que lo voy a hacer y le explicaré por qué es la única solución.»

Luego se tumbó y se sumió en un sueño inquieto y febril.

No sabía bien cuántos días había pasado así. Recordaba vagamente que ella había vuelto, que le había limpiado la herida con algo que escocía tantísimo que él había gritado. Recordaba que le había sujetado la cabeza, le había hecho tragar una medicina, le había enjugado el sudor de la frente y había intentado que comiera un poco de sopa caliente. Pero recordaba todas aquellas cosas como parte de sueños intranquilos, no estaba seguro de si habían ocurrido de verdad.

Así que lo sorprendió abrir los ojos una mañana luminosa y descubrir que estaba calentito y bien abrigado, pero la fiebre se había ido. Cuando recuperó la consciencia, vio que tenía una almohada de verdad debajo de la cabeza, que estaba tapado con una piel de oveja y que llevaba algo atado a la muñeca. Levantó el brazo y vio que era una medalla. Una medalla de alguna santa. «Sea quien sea, desde luego ha funcionado», se dijo.

Intentó salir de la vaina en la que estaba metido, pero hasta aquella tarea pequeña lo superaba y se derrumbó. Volvió a intentarlo. A la segunda lo logró. Se liberó, salió poco a poco de su refugio y notó el frío del suelo de piedra en contacto con su cuerpo. Quiso levantarse, pero se rindió cuando la habitación empezó a darle vueltas y sintió unas náuseas horribles. Bebió un sorbo de agua y le dio unos bocados al pan que le habían dejado en el banco de al lado. Cuando consiguió reunir el valor necesario para mirarse la herida, fue a bajarse los pantalones y se quedó pasmado al ver que no eran los suyos. Estaban hechos de una tosca lana negra. Y también llevaba unos calzoncillos distintos. Ella le había cambiado de ropa mientras dormía, como a un bebé. Se volvió hacia la pared, con las mejillas encendidas, muerto de vergüenza, aunque no fuera culpa suya.

Con cuidado, se subió la pernera del pantalón hasta llegar al vendaje. Ya no estaba empapado en sangre, eso era buena señal. Y la herida no olía mal, eso era aún mejor. Se quitó la venda y retiró el apósito de la herida. No era agradable de ver, con parte de la carne reventada por la bala, pero tampoco era tan horrible. Era evidente que estaba cicatrizando. Se la lavó con lo que quedaba de agua, se puso un apósito limpio y se la vendó de nuevo.

Después se instaló de nuevo en su escondite y esperó a que llegara Sofia. Se miró el reloj, pero se le había parado. Claro, hacía días que no le daba cuerda. Por la forma de las sombras de la pared, dedujo que aún sería por la mañana temprano. A lo lejos oyó sonar una campana, seguida de inmediato por otra más próxima. Esa vez no daban solo las horas. Siguieron sonando hasta que el aire se hizo eco de su tañido. «Domingo, debe de ser domingo», se dijo, y lo consoló pensar que a su alrededor todos fueran a la iglesia a rezar. Él nunca había sido muy religioso. Los miembros de la aristocracia británica iban a la iglesia por solidaridad con las clases inferiores que los rodeaban, pero, en realidad, no creían. Al menos su padre no. Una vez le había dicho a Hugo: «Cuando has estado en las trincheras y has visto a hombres saltar en pedazos o ahogarse en el barro, te cuesta creer que ningún dios pueda permitir que eso ocurra sin intervenir».

Y aun así Sofia le había atado a la muñeca la medalla de una santa y parecía que había funcionado. Intentó rezar algo: «Dios mío, si estás ahí y me oyes, mantenla a salvo. Permíteme llegar a casa de algún modo. Protege Langley Hall y a todos los que viven allí. Y Dios mío, protege también a Sofia y a su familia». Iba a añadir «Haz que su marido vuelva sano y salvo con ella», pero no fue capaz de pronunciar esas palabras.

Cesó el tañido de las campanas y se hizo el silencio. Se buscó la cajetilla de tabaco en el bolsillo. Le quedaban doce de los veinte cigarrillos. Encendió uno, se recostó y se lo fumó, observando cómo el humo se quedaba suspendido en el aire gélido. El día estaba muy tranquilo. No cantaban los pájaros, no ululaba el viento, no ladraban los perros. Quietud absoluta. Se sintió como si fuera el único habitante del planeta.

Se preguntó cuándo subiría ella a verlo. Sospechaba que no saldría a por setas un domingo. Recordaba, del tiempo que había vivido en Italia, que los domingos eran días de misa y de grandes comilonas familiares. No es que ella tuviera mucha comida ni mucha familia, pero se vería obligada a quedarse con ellos. Sintió hambre y se terminó el pan, que ya se estaba poniendo duro. Una paloma aleteó y revoloteó por la parte superior de la pared y Hugo deseó tener fuerzas para levantarse y poner la trampa. Pero no las tenía.

Un sol pálido que presagiaba lluvia se alzó en el cielo. Pasó el día. El sol volvió a descender y ella seguía sin aparecer. Procuró sobreponerse a la decepción. Pues claro que no podía ir a verlo en domingo. Eso ya lo sabía. Quizá se escapara por la noche, aunque no le agradaba imaginarla cruzando los olivares a oscuras cuando podía haber alemanes, partisanos o estraperlistas merodeando por allí. Encendió la vela, pero, al final, la apagó por miedo a que se

gastara. Se quedó tumbado, despierto, escuchando los sonidos nocturnos: el ululato de un búho, el murmullo del viento... «Ya no va a venir», se dijo. Y entonces empezó a preocuparse. ¿Le habría pasado algo? A lo mejor la había visto alguien cruzando los olivares y la había traicionado... Intentó alejar de su mente los pensamientos negros, pero no remitían.

Debió de quedarse traspuesto, porque despertó sobresaltado al oír un estruendo cercano y alargó la mano para coger el arma.

—Soy yo, Ugo —dijo una voz suave—. No te asustes. —Y entonces vio mecerse el farolillo de Sofia, que cruzaba la estancia hasta él.

Dejó la luminaria en el banco y se arrodilló a su lado, con el rostro resplandeciente de gozo a la luz de la vela.

—Estás despierto e incorporado. ¡Qué bien! Me tenías muy preocupada. Cada vez que venía a verte temía encontrarte muerto, pero te he confiado al cuidado de santa Rita.

—¿Santa Rita? ¿Quién es?

—Es la patrona de los heridos.

—¿Esa es la medalla que me has atado a la muñeca?

—Claro —contestó ella—. Y te ha ido bien, ¿no?

—Me encuentro mucho mejor —dijo él—. Ya no tengo fiebre y la herida está empezando a cicatrizar. Te estoy muy agradecido, Sofia. Me has cuidado muy bien. Me has cambiado de ropa como a un bebé.

La joven sonrió.

—No podía dejarte en ese estado. Me llevé tu ropa y te la he lavado. Te la traeré la próxima vez.

—¿Y lo que llevo es de Guido?

—Claro. Él no está aquí para ponérselo. Prefiero que lo uses tú a que se lo coman las polillas.

Hugo le cogió la mano.

—Te compensaré todo esto, te lo prometo. Cuando vuelva a casa, te enviaré dinero para que compres ropa nueva, ropa buena, de lana suave.

—No hablemos de eso —dijo ella—. ¿Quién sabe lo que pasará? Nada bueno, me temo. Pero come, que tendrás hambre. Te he traído sopa —le dijo, destapando el cuenco y él comió con voracidad. No era nada del otro mundo, la verdad: un poco de col, unas hojas de zanahoria y unas alubias—. Sé que no es gran cosa —añadió ella como si le leyera el pensamiento—. Hace días que no tenemos carne. Pero al menos está caliente.

—Te agradezco muchísimo que compartas conmigo lo poco que tienes.

Sofia miró a otro lado.

—No sé cuánto más podré seguir viniendo. Los alemanes han estado en el pueblo hoy. ¿Has oído las campanas de la iglesia?

—Pensaba que era domingo.

—No, en todos los pueblos tocan las campanas cuando se acercan los alemanes. De ese modo, los hombres jóvenes saben que tienen que esconderse en el bosque y las mujeres jóvenes que tienen que ocultarse donde puedan. Me he pasado el día escondida en el desván, en un viejo ropero. —Hizo una pausa, sosteniéndole la mirada, como suplicándole que la entendiera—. Esos hombres son bestias, Ugo. La guerra los ha vuelto salvajes. Las mujeres tememos por nuestra virtud cada vez que se acercan. Una vez se llevaron a la hija del panadero, una chica de quince años, y la violaron, uno detrás de otro. No ha vuelto a ser la misma. Enloquecí con aquel horror.

—¡Qué espanto! Lo siento muchísimo. Te aseguro que los soldados británicos no se

comportarían de ese modo.

Se encogió de hombros, muy a la italiana.

—¿Quién sabe? Algunos de esos hombres seguramente eran buenos chicos en sus casas, ayudaban a sus familias en el campo o trabajaban en bancos y llevaban a sus novias a bailar, pero la guerra los ha cambiado, los ha estropeado.

—¿Siguen en el pueblo?

Sofía negó con la cabeza.

—No, gracias a Dios, no. Han venido a ver si nuestro pueblo era un buen sitio para pasar el invierno. Su ejército ha montado un frente justo al norte de San Salvatore y buscan sitios desde los que defender las carreteras del sur, por donde vendrán los aliados. Pero me alegra decir que las vistas no han sido de su agrado y, como ya no nos queda nada que puedan llevarse, se han ido. Bueno, eso no es del todo cierto: se han llevado las gallinas que le quedaban al alcalde... ¡Así se pudran en el infierno!

Se coló en la capilla una ráfaga de viento que hizo que la luz del farolillo titilara y danzaran las sombras.

—Entonces, ¿de momento estáis a salvo?

—Puede. Confiamos en que les llegue la noticia del avance de los aliados, vuelvan corriendo a Alemania y nos dejen en paz, pero hay quien dice que los aliados no avanzarán ya hasta la primavera. Llegarán las nieves y las carreteras de montaña quedarán intransitables.

—Eso significa que también yo me quedaré atrapado hasta la primavera...

—Aquí no nieva a menudo porque nuestros montes no son muy altos, pero hay cumbres muy elevadas de aquí a la costa. Igual, cuando tengas mejor la pierna, podemos buscar una forma de llevarte al sur. No tenemos automóviles ni gasolina, pero sí carretas, y quienes cultivan frutas o verduras las llevan en ellas al mercado.

—¿Qué cultivan en invierno? —preguntó él.

—Sobre todo tubérculos: nabos, patatas... Pero también coliflor, repollo... Aunque los alemanes se han llevado todas nuestras coles. No sé por qué, les gusta mucho la col. En mi pequeña parcela de tierra, tengo nabos y chirivías casi listos para recoger.

—¿Qué bien! ¿Y cómo va la recogida de setas?

Suspiró.

—Me parece que ya no voy a poder seguir usando esa excusa porque ya no habrá setas y creo que he cogido las pocas que quedaban. Tendré que escaparme por las noches como acabo de hacer.

—Ya me encuentro mejor, Sofía. De verdad, no hace falta que vengas tan a menudo. Con que vengas alguna vez y me traigas algo de comer, ya me las apaño.

—No seas bobo. ¿Cómo te vas a poner fuerte y bien si no comes? Hoy hay luna llena. Pronto será fácil caminar sin farolillo y llevo ropa oscura. No me verá nadie, no te preocupes.

—¿Qué hora es?

—Más de la una. No he podido venir hasta que he estado segura de que se habían ido todos los alemanes. Han encontrado unas botellas de vino en la bodega del alcalde y se han quedado hasta tarde, cantando canciones estúpidas.

—Pero no vas a dormir nada. Enfermarás.

—Tranquilo —le dijo, dándole una palmadita en la mano—. Casi siempre, hacia las nueve ya duerme todo el pueblo. Solo hay mujeres y niños. Los hombres que quedan se van con los partisanos para hacer todo el daño que puedan a los alemanes de noche.

—¿Todos los hombres están en la resistencia?

—¿Quién sabe? Nosotras no preguntamos y ellos tampoco nos lo cuentan. Mejor así, por si nos interrogan los alemanes. Solo sé que los partisanos están activos en la zona y que es posible que los hombres del pueblo colaboren con ellos. Tampoco es que queden ya muchos hombres aquí. Los pocos que hay estaban con el ejército del sur, luchando al lado de los alemanes, hasta que cambiaron de bando. Luego se escaparon antes de que los alemanes pudieran reclutarlos o mandarlos a campos de concentración. Son chicos valientes, seguro, me alegro de que anden por ahí cumpliendo con su labor destructiva. Uno de ellos, Cosimo, parece interesado en mí.

—¿Cosimo? —preguntó Hugo con voz áspera.

Sofia asintió con la cabeza.

—Dicen que es uno de los cabecillas de los partisanos. Sin duda un tipo valiente. Bien parecido. Un hombre poderoso. Pero yo le he dicho que, hasta que declaren muerto a mi marido, sigo casada con él. Aun con todo, me anda rondando últimamente. De cuando en cuando nos trae algún huevo o una petaca de vino y no le preguntamos de dónde lo ha sacado, pero yo creo que es una excusa para venir a verme. Así que me alegra que a veces se ausente varios días.

—No intentará... —dijo Hugo con dificultad.

—Ah, no. Nada de eso. Es un hombre honrado, estoy segura. Se porta bien con mi hijo, pero no quiero que me corteje.

—Cuando escape, tienes que venir conmigo —espetó él.

Sofia sonrió con tristeza.

—Pero ¿y si Guido vuelve a casa y descubre que no estoy? Además, no puedo abandonar a su abuela. Cuando se fue, le prometí que cuidaría de ella.

Hugo quiso decir algo más, pero todos sus pensamientos eran tan desesperanzados que, al final, preguntó:

—¿Hay un santo para todo?

—Uy, sí —contestó ella sin más—. Santa Ana para los que quieren tener hijos, san Blas para el dolor de garganta... Hay un santo para el reuma, para los sabañones...

Hugo rio.

—¿Y hay alguno que proteja a las mujeres y a los niños? —preguntó.

—Eso se lo pedimos a la *Madonna*, que perdió a su propio hijo —dijo ella—. Lo vio morir. Sabe cómo nos sentimos.

—¿Llevas una medalla de la *Madonna*?

—La mía se la di a Guido cuando se fue —contestó—. Solo rezo para que lo haya mantenido a salvo y siga vivo, pero me temo que no es así. El corazón me dice que está muerto.

Hugo le cogió la mano, ella le agarró la suya con fuerza y se sentaron los dos muy juntos en el pequeño círculo de luz titilante, compartiendo su preocupación.

Capítulo 19

JOANNA

JUNIO DE 1973

Despertaron a Angelina y la mandaron a por los *carabinieri*. Llegaron dos hombres con impresionantes uniformes de estilo militar, colorados de correr monte abajo. Tardaron un rato en sacar el cadáver, completamente atascado en el pozo. Cuando lo depositaron en el caminito de gravilla, hice un aspaviento, horrorizada. Era Gianni, el hombre que se había ofrecido a acompañarme la noche anterior y al que había rechazado a cambio de Alberto, más fiable.

Los dos agentes lo reconocieron de inmediato.

—¡Pero si es Gianni! —dijo uno, y se miraron de un modo que no supe descifrar.

Llamaron a un médico, que anunció que le habían golpeado en la nuca con un objeto contundente, lo habían sumergido en el pozo cabeza abajo y había muerto ahogado.

Yo no podía dejar de temblar. Ni mirarlo, era horrible. Paola me vio afectada y me pasó un brazo por el hombro.

—Esta joven está conmocionada, pobre. Y ni siquiera ha desayunado aún. Ven, cariño, que te pongo un café y verás como te encuentras mejor.

—¿Y quién es la joven? —preguntó uno de los policías.

—Ha venido de Inglaterra, de visita —dijo Paola—. Acaba de llegar y se aloja en mi casa.

—¿Esa es la casa de visitas? —dijo el agente, señalando mi puerta abierta.

—Así es —confirmó Paola.

—Muy cerca del pozo —repuso el hombre, un tipo regordete de aspecto desagradable que me miraba fijamente con sus ojitos pequeños como de cerdo—. ¿Duerme ahí, *signorina*, pero no ha oído que asesinaban a este hombre?

—No he oído nada —confirmé.

Me hizo otra pregunta. Esa vez el italiano me superó.

—Lo siento, no sé mucho italiano. Hable despacio para que lo entienda.

—Le he preguntado quién encontró el cadáver —repitió.

Mi cerebro se negaba a funcionar correctamente. No podía pensar con claridad en inglés, menos aún formar frases en italiano.

—Lo hemos encontrado la *signora* y yo —tartamudeé, gesticulando mucho, como suele hacerse cuando se habla un idioma extranjero sin mucho vocabulario—. Quería darme una ducha, pero no salía agua. He ido al pozo y no...

Ya me había costado un montón decir aquellas palabras, pero de pronto mi italiano falló.

—No tenía suficiente fuerza para retirar la tapa ella sola, ha venido a buscarme y la hemos levantado juntas —me rescató Paola—. Las dos hemos visto el cadáver a la vez y creo que las dos hemos gritado. Y, claro, las dos nos hemos alarmado.

—¿Conocen a este hombre? —preguntó el otro agente.

—Lo conozco tan bien como usted —dijo Paola—. Ha vivido en San Salvatore toda la vida. Pero esta jovencita no. Ya le he dicho que acaba de llegar.

—¿Y tiene alguna idea de por qué Gianni decidió merodear por su casa de noche? —preguntó el desagradable policía con cierto retintín.

—A cortearme a mí, no, eso se lo aseguro —contestó Paola, acalorada—. No se nos ocurre ninguna razón, claro que no. La *signorina* Langley, mi hija Angelina y yo cenamos juntas y luego nos fuimos a la cama. Y así transcurrió nuestra noche. En cuanto a cómo ha terminado este hombre en mi pozo, diría que es muy probable que lo asaltaran cuando salía del pueblo y que a sus atacantes les pareciera que mi pozo era un buen sitio para esconder el cadáver porque está cerca del camino.

—No podemos hacer conjeturas aún —dijo uno de los agentes—. Tendrán que venir al cuartelillo a prestar declaración. Más adelante se harán los interrogatorios. Puede que venga el inspector del municipio desde Lucca, pues se trata sin duda de una investigación de asesinato. No se vayan de aquí sin permiso, ¿queda claro?

No había conseguido entenderlo todo, pero lo comprendí cuando Paola dijo:

—No tengo intención de ir a ninguna parte, pero a lo mejor esta jovencita tiene que regresar a su tierra pronto. No pueden retenerla por la investigación de un asesinato con el que no tiene nada que ver.

—Eso lo sabremos cuando hayamos hecho más pesquisas —dijo el gordo—. De momento, deber permanecer aquí. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza. Empezaba a digerir las repercusiones de todo aquello. Interrogarían a los hombres con los que había estado en la plaza del pueblo, eso seguro. Dirían que Gianni había querido acompañarme a casa, pero yo no se lo había permitido. Quizá dijeran incluso que había coqueteado conmigo. Una imaginación calenturienta podría imaginar varios escenarios con esos datos. A lo mejor les interesaba cargarle el asesinato a una forastera. Sentí náuseas.

Paola no parecía en absoluto perturbada.

—Los dejo solos para que hagan su trabajo y se lleven este cadáver de mi finca —dijo—. En cuanto a mi pozo, supongo que ahora mi agua está contaminada. La pobre *signorina* Langley no va a poder ducharse hasta que la purifiquemos. Ven, cariño, usa el aseo de la granja y date un buen baño en mi bañera. Nuestra agua viene de la red de suministro público. —Dicho esto, me pasó un brazo firme por el hombro y me apartó del escenario del crimen—. No dejes que te disgusten —me dijo, mientras cerraba la puerta de la cocina—. Esos tipos son unos matones. No son de por aquí. Los *carabinieri* solo son policías de pueblo, elegidos siempre entre los más catetos y maleducados. Muchos vienen de Sicilia y ya sabemos qué clase de gente vive allí arriba, ¿verdad? Gánsteres. *Mafiosi*. Aun así, la ley no les permite investigar delitos mayores. Con suerte, enviarán a un inspector jefe de Lucca y todo irá bien. Déjame que te ponga un café y un buen desayuno antes de que te des tu baño.

Angelina, plantada a la puerta de la cocina con el bebé en brazos, lo había estado viendo todo de lejos. Mientras nos aproximábamos, la pequeña empezó a llorar. Su madre la meció.

—¿Se han ido ya esos hombres horribles, *mamma*? —preguntó—. ¿Es cierto que han asesinado a alguien? No he querido acercarme más por si se me cortaba la leche de la impresión y

no podía darle el pecho a la pequeña.

—Es cierto, *mia cara* —dijo Paola—. El pobre hombre que ha perdido la vida era Gianni.

—Ah, Gianni. —Angelina asintió pensativa al tiempo que se apoyaba el bebé en el hombro y le daba palmaditas en la espalda—. Bueno, tampoco es una gran sorpresa, ¿no?

—Siempre es una gran sorpresa que alguien muera antes de tiempo —replicó Paola—. Ve a acostar a la niña y desayunamos. Esta pobre chica está temblando como si anduviera por la nieve. —Me sentó a la mesa igual que a una niña desvalida, me puso un tazón de café con leche delante y pan, mermelada y queso en la mesa—. Come. Te encontrarás mejor.

Tenía un nudo en el estómago y dudaba que pudiera comer nada, pero, como Paola me rondaba y me vigilaba, tuve que dar al menos unos sorbos al café caliente y untar un poco de mantequilla y mermelada en una rebanada de pan. El pan debía de ser de esa misma mañana porque aún estaba caliente. La mantequilla y la mermelada fresca de albaricoque se fundían de tal forma que la combinación de texturas y sabores me hizo suspirar de gusto. ¿Quién iba a pensar que un poco de pan con mantequilla y mermelada pudiera tener un efecto así? Cogí otra rebanada y un trozo de queso curado y para entonces ya me sentía casi humana otra vez y con fuerzas de sobra para encararme al más tosco de los *carabinieri*.

Angelina se sumó a nosotras, se cortó un trozo grande de pan y empezó a ponerle lascas de mantequilla.

—¿Por qué no te extraña que hayan matado a Gianni? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Dicen que a veces Gianni hacía tratos no del todo legales, ya sabes. Como cigarrillos de la barca que viene a la playa... Cosas de esas.

—Eso no lo sabemos —dijo Paola—. Son habladerías. Es cierto que en el pueblo no caía muy bien. Nadie se fiaba de él. Y luego lo del lagar.

—¿Es verdad que quería reunir hombres para construir un lagar propio?

Asintió con la cabeza.

—Y, como es lógico, a Cosimo eso no le habría hecho ninguna gracia. Pero dudo que hubiera llegado a ocurrir. Los otros hombres no habrían querido arriesgarse a desafiar a Cosimo. Me parece que Gianni se jugó el cuello para nada.

Intenté comprender lo que decían, no solo las palabras en italiano, sino las implicaciones. Gianni estaba metido en asuntos algo turbios y ahogar a un hombre tirándolo a un pozo era una de esas cosas que un gánster haría para darle una lección a alguien. Pero también se había atrevido a contrariar a Cosimo. Recordé la cara del hombre, tan fornido, y la frialdad de su mirada cuando me dijo: «Es usted alemana, me imagino». No, no me habría gustado irritarlo.

Pero había tenido un ictus que lo había dejado parcialmente paralítico, desde luego incapaz de levantar la pesadísima tapa del pozo y empujar un cuerpo por él. Claro que un hombre tan poderoso como Cosimo seguramente tenía secuaces a sus órdenes. Y un hijo adoptivo grande y musculoso. ¡Que no se me olvidara eso!

—Mañana es sábado —dijo Paola—, día de mercado en San Salvatore. Me vais a ayudar las dos a elegir frutas y verduras para llevar al mercado.

—¿No hay que ir a prestar declaración al cuartelillo? —pregunté.

—Bah, que esperen —me contestó Paola con un gesto de indiferencia—. Nosotras no sabemos nada de las actividades de Gianni que puedan haber provocado su muerte prematura. Nos vendrá bien estar entretenidas y, además, trabajar al aire libre, en la obra natural de Dios, es bueno para el alma. —Me puso una mano en el hombro—. ¿Por qué no lo hacemos ahora mismo, antes de que pique demasiado el sol, y luego te das ese baño tranquilamente?

Habría preferido bañarme primero, teniendo en cuenta que me había puesto de prisa y corriendo la ropa del día anterior, pero no iba a discutir con Paola después de lo bien que se estaba portando conmigo. La seguí a la huerta.

—A ver —dijo—. Estos tomates... Sí, habrá suficientes maduros, pero no los cogeremos hasta mañana en el último momento. Y estas habas gruesas hay que comerlas jóvenes, como están. A las judías verdes aún les faltan un par de semanas. —Hizo una pausa y se agachó a examinar una planta ligera como una pluma—. ¿El espárrago? Tenemos que quedarnos algo para nosotras, pero la planta ha sido generosa este año. Bien. —Siguió avanzando, moviéndose con rapidez y elegancia para su envergadura—. Ay, mira, Angelina, las flores de calabacín. Perfecto.

La vi examinar una flor amarilla.

—¿Qué hacen con esas? —le pregunté—. ¿Las flores se comen?

—¡Anda, claro! Flores de calabacín. Las rellenamos. Riquísimas. Si quieres, preparo unas pocas para la cena. Y luego esta planta nos seguirá obsequiando con calabacines toda la temporada.

Acababa de ver algo que no esperaba encontrar en una huerta. Parecía un cardo gigante.

—Pero esto no se comerá, ¿no? —pregunté, señalándolo.

Paola me miró pasmada.

—¿No hay alcachofas en tu tierra?

—En mi vida he visto nada igual.

—Pues esta noche te frío unas pocas como *antipasto*. Ay, si están buenísimas. Te van a encantar. —Seguimos avanzando. Vimos que había cerezas maduras e incluso albaricoques, pero que a los melocotones aún les faltaba un poco—. La fruta la recogeremos esta noche, cuando se ponga el sol, y los espárragos ya se pueden cortar también, pero los tomates, las flores... eso hay que cogerlo en el último momento. —Nos sonrió satisfecha—. Bien, mañana tendremos un buen producto que ofrecer en el mercado. —Y la seguimos al interior de la casa.

Volví a mi cuarto a por el neceser y la toalla, deseando darme un largo baño relajante. Mientras hurgaba en mi bolsa en busca de ropa interior limpia, vi un papelito que sobresalía entre las lamas de la contraventana. No estaba allí el día anterior. Me acerqué y lo solté con cierta dificultad. Era un sobre. Me senté en la cama y lo abrí. Al sacar la carta, cayeron tres objetos en la colcha. Los examiné. Uno era un pequeño alfiler de solapa en forma de estrella de múltiples puntas. Otro era un retal de tela marrón, tieso de algo que parecía pintura. Y el tercero era un pequeño billete en el que ponía REICHMARK. Un billete alemán de la época de la guerra.

Volví a dejarlos en la colcha e intenté leer la carta. La caligrafía no era fácil de descifrar y mi conocimiento del italiano escrito tampoco era excelente. Fui a por mi diccionario para traducirlo, despacio y laboriosamente.

Quiero contarle la verdad sobre Sofia. Sé lo que pasó. He guardado silencio hasta ahora, temiendo por mi vida, pero usted es forastera. La llevaré a ver mis ovejas y allí, donde nadie pueda oírnos, se lo contaré.

No iba firmado, pero tenía que ser de Gianni. Me había invitado a ver sus ovejas la noche anterior. Vi que me temblaba la mano con la que sostenía la carta. Miré los objetos de la cama. No tenía ni idea de lo que significaba ninguno de ellos, pero estaba aterrada. ¿Habrían matado a Gianni porque iba a contarme lo que había sucedido durante la guerra?

Capítulo 20

JOANNA

JUNIO DE 1973

Cogí los tres objetos de la cama y, examinándolos en la mano, me pregunté qué podrían significar. El billete alemán era bastante fácil de entender. Dinero alemán. A alguien le habían pagado con dinero alemán. Pero ¿los otros dos? Miré fijamente el trozo tieso de tela. Era marrón oscuro. Lo levanté y me lo acerqué a la nariz para oler la pintura, pero lo aparté enseguida. No era pintura. Tenía un leve olor metálico. Seguramente era sangre. Guardé enseguida las tres cosas dentro de uno de los zapatos que había traído. Allí estarían a salvo. Luego doblé la carta, volví a meterla en el sobre y lo puse con cuidado entre las páginas del diccionario, por si acaso.

No podía contárselo a nadie, eso estaba claro. Ni siquiera a Paola. No debía ponerla en peligro. Comprendí que Gianni no había querido verme a solas la noche anterior para coquetear conmigo, sino porque quería contarme algo. Sabía la verdad sobre Sofia. Debía de saber lo de mi padre. Y eso había bastado para que lo mataran. Me asomé entre los barrotes de mi ventana a la luz cegadora del sol. ¿Lo habrían seguido? ¿Lo habrían visto meter el sobre por la contraventana de mi cuarto y le habrían dado un golpe en la cabeza? Si era así, yo corría peligro. Se me ocurrió entonces que tendría que haber dejado el sobre donde estaba para que, si se acercaban a registrar la casita, pensarán que yo desconocía su contenido. Ya era tarde para eso.

Lo más sensato que podía hacer era volver a Florencia y coger el siguiente tren de regreso a casa. En cuanto hubiera salido del país, estaría a salvo. Pero los dos policías habían dicho que no podía marcharme de allí hasta que me dieran permiso. No podía coger un autobús y cualquiera que me acercase a la estación podía meterse en un lío por ser cómplice de mi fuga. Estaba atrapada allí. Debía procurar no apartarme de Paola. Ella no permitiría que me pasara nada.

Cogí el neceser y la toalla y poco menos que volví corriendo a la casa.

—Pues sí que tienes ganas de bañarte... —comentó Paola al verme llegar sin resuello—. Relájate, *piccolina*. Olvida lo que has visto. Olvida a esos hombres. Gianni y sus errores no tienen nada que ver con nosotras. Que Dios se apiade de su alma y de su pobre mujer, que se ha quedado sola. Ahora le pasará como a mí, no podrá cuidar de las ovejas ni hacer queso. Tengo que ir a consolarla, pero hoy no. Puede que aún no sepa siquiera la verdad, pobrecilla.

Me llevó por un largo pasillo embaldosado y me condujo a un baño enorme con una bañera grande con patas pegada a una pared. Abrió el agua y la dejó correr hasta que alcanzó la temperatura adecuada. Asintió satisfecha.

—Bien —dijo—. Tómate tu tiempo. Disfrútalo. Deshazte de las preocupaciones.

Mientras se llenaba la bañera, aproveché para cepillarme los dientes. No iba a usar el agua de ese pozo más que para tirar de la cadena. Me metí en el agua tibia, me recosté y contemplé el techo alto, pero no conseguía relajarme. Me alegró ver que también había barrotes en aquella ventana. Estaba a salvo, al menos por un rato. Después de bañarme, me alivió ver que Paola y Angelina estaban trabajando en la huerta, cogiendo habas. Las tenía a un paso si las necesitaba. También verían a cualquiera que viniese del pueblo por el camino. Me vestí, guardé el diccionario en el bolso y salí a ver si podía ayudar con la recogida.

—El resto lo dejamos para cuando haga fresco esta noche —dijo Paola—. Ahora supongo que deberíamos subir al pueblo; si no, esos brutos vendrán a buscarnos. Acabemos con ello cuanto antes.

Las seguí a la casa. Paola se quitó el delantal, se puso el sombrero y salimos monte arriba. Al llegar a la plaza, la encontramos atestada de gente. Nos asediaron en cuanto nos vieron. Casi todos hablaban muy rápido y en dialecto toscano, pero me enteré de lo básico: que si era cierto que habían asesinado a Gianni y Paola lo había encontrado en su pozo; que si no había oído ella nada, ningún grito de socorro; que quién podía haber hecho algo así...

Con esa última pregunta, se miraron unos a otros.

—Bueno, ese Gianni... —dijo una mujer, acercándose mucho como si no quisiera que nadie más oyera sus palabras—. Igual se lo estaba buscando. Mi marido se lo advirtió cuando vino aquel tipo buscándolo, ¿recordáis que os lo dije? —Todos asintieron con la cabeza—. ¿Y aquella vez que vendía grapa? ¡A saber de dónde la sacaba! De por aquí no, seguro.

Vi alivio en todos aquellos rostros. De por allí, no. Su muerte no tenía nada que ver con nadie de San Salvatore.

—Tenemos que ir al cuartelillo a prestar declaración —dijo Paola.

—Pues buena suerte —espetó uno de los hombres que andaban deambulando cerca de nuestro círculo—. Cuando entras ahí, tienes suerte si vuelves a salir.

Rieron todos, pero vi que también miraban de reojo el edificio amarillo.

—No digas eso delante de la *signorina* inglesa —replicó otro de ellos—. Se va a pensar que es en serio.

—Decidle que le irá bien siempre que tenga con qué sobornarlos —añadió el primero.

—¡No hables así! —Una mujer vestida de negro se volvió a darle un fuerte empujón—. ¿No tendrías que estar en la tienda, en vez de meterte donde no te llaman?

El hombre se alejó arrastrando los pies. Paola me agarró del brazo y me llevó hacia la puerta abierta del edificio de los *carabinieri*.

—No hagas caso. Ese hombre es un alborotador —me dijo—. Es tan malo como lo era Gianni. Me vendió parte de esa grapa ilegal en su tienda y ahora dice que no sabía que fuera de contrabando.

Subimos tres escalones y entramos en la estancia oscura y fresca. Allí dentro olía a humo rancio. La sala en la que entramos estaba iluminada únicamente por un pequeño ventanuco alto con barrotes. Me sentí como si hubiera entrado en una celda. Miré nerviosa a Paola. Ella no parecía preocupada en absoluto.

—Hemos venido a prestar declaración, así que hagámoslo cuanto antes, que mañana es día de mercado y tengo mucho que hacer —dijo.

Uno de los agentes a los que habíamos visto esa mañana estaba sentado a un escritorio.

—Ah, han venido. Bien. Cuenten la verdad y todo irá bien —dijo.

—Pues claro que vamos a contar la verdad, no hay nada más que contar —espetó Paola—.

Yo no tengo la culpa de que un hombre haya decidido venir a morirse a mi finca. Así que deme papel y bolígrafo, que no tengo tiempo que perder.

El agente sacó papel y señaló una silla para que se sentara Paola. Cuando quiso darme un papel a mí también, negué con la cabeza.

—No sé escribir en italiano —dije—. Tampoco lo hablo bien.

Pensé que, en ese momento, era preferible que me creyeran una forastera que entendía poco y, por tanto, no podía tener relación con las cosas que pasaban en San Salvatore.

—De acuerdo —dijo el agente, luego agarró un bolígrafo y me miró—. ¿Cuánto tiempo lleva en San Salvatore?

—Llegué ayer —contesté—. No, nunca había estado aquí. Nunca había estado en Italia. No conozco a nadie del pueblo. Me dijeron que la *signora* Rossini alquilaba un cuarto, por eso me alojo allí.

—¿Y a qué ha venido a San Salvatore? —inquirió, mirándome extrañado—. Aquí no hay antigüedades. Ni iglesias famosas. Esto no es Siena ni Florencia.

Traté de justificar mi visita sin mencionar a mi padre ni la guerra, buscar una razón inocente. ¿Estudiaba agricultura y estaba haciendo un trabajo sobre el olivo? Pero entonces pensé que seguramente alguien les habría dicho ya que iba por el pueblo haciendo preguntas sobre Sofia Bartoli y mi padre. Era preferible decir la verdad. No tenía nada que ocultar, salvo la carta que llevaba escondida en el diccionario.

—Mi padre era piloto británico —respondí, y lo dije con naturalidad porque era una frase que ya había repetido otras veces—. Su avión fue derribado cerca de aquí. Ha muerto hace poco y yo quería ver este sitio con mis propios ojos.

—Ah. —Al parecer, lo satisfizo—. Lo entiendo. ¿Y a ese hombre que han asesinado no lo conocía?

—Llegué ayer —repetí—. Creo que estaba entre los hombres que fueron tan amables conmigo cuando les pregunté por mi padre. Me invitaron a un vaso de vino aquí en la plaza. Luego fui a casa a cenar con la *signora* Rossini y, después de la cena, como estaba muy cansada, me acosté temprano. Esta mañana quería asearme, pero no salía el agua. Ha sido entonces cuando le he pedido a la *signora* que me ayudara a levantar la tapa del pozo y hemos visto el cadáver. No sé más.

—Muy bien, *signorina* —me dijo, y lo vi relajado. Ya no era sospechosa.

—¿Puedo irme si quiero? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Hemos tenido que informar de esto a la policía de Lucca. Van a mandar a un inspector y querrá confirmar lo que me acaba de contar. Una mera formalidad, ya sabe, pero, hasta que venga, tiene que quedarse aquí.

—¿Y cuándo vendrá? Tengo que volver a Inglaterra.

Se encogió de hombros.

—Mañana es sábado, ¿no? A lo mejor viene, pero quizá espere hasta el lunes. Habrá que ver.

Procuré convencerme de que no pasaba nada por que me quedara un par de días más. Estaría con Paola. Estaría a salvo. Entonces apreté con la mano el bolso que llevaba. ¿Habría visto alguien a Gianni meter el sobre por los barrotes? Si era así, ¿hasta dónde estarían dispuestos a llegar por recuperarlo? «Tendría que haberlo soltado y haberlo dejado en mi cuarto», me dije. Pero entonces decidí que nadie podía entrar en mi cuarto a menos que consiguieran echar abajo la puerta maciza.

Seguí a Paola al sol deslumbrante de afuera.

—Esto ya está, gracias a la *Madonna* —dijo—. Ahora, pensemos en cosas más importantes. Deberíamos ir al carnicero a comprar ternera para la cena. ¿Te gusta?

—Creo que no he comido nunca —contesté, porque ni siquiera sabía lo que significaba la palabra.

—¿Y qué coméis en Inglaterra? —preguntó—. ¿Solo rosbif?

—No, comemos cordero, salchichas, pescado... Y patatas. Siempre patatas, nunca pasta.

Me miró con cara de muchísima pena.

—Por eso estáis todos tan esqueléticos —dijo—. Tienes que quedarte conmigo al menos hasta que engordes. ¿Quién va a querer casarse con una chica que está en los huesos?

—No siempre he sido esquelética —me defendí—. He estado mala este año.

—Ah. Eso explica por qué pareces un alma en pena. Quédate aquí, querida, y verás lo bien que te sientan el sol y la buena comida.

Era una oferta muy tentadora. En ese momento, no se me ocurría nada mejor que quedarme con Paola, aprender a cocinar, que me hiciera de madre, pero habían asesinado a un hombre y podría ser que se debiera a mi presencia en San Salvatore. Me había escrito que sabía la verdad sobre Sofia. ¿Significaba eso que alguien más del pueblo la conocía y quería seguir ocultándola? Eché un vistazo a la plaza. A esa hora de la mañana, las mesas de la terraza de la *trattoria* estaban vacías. Por allí no había más que amas de casa haciendo la compra, con las cestas colgadas del brazo, y niños pequeños persiguiendo a las palomas, que revoloteaban y volvían a posarse.

Arriba, en la torre, empezó a sonar la campana. Pensé que daba la hora, pero siguió sonando. Paola se persignó.

—El ángelus. Es mediodía. Ven, hay que darse prisa, que cierran las tiendas y ese carnicero perezoso no volverá a abrir hasta las cuatro por lo menos.

Emprendió la marcha a toda velocidad. Casi tuve que correr para alcanzarla. Compramos unos filetitos de color claro de lo que ya sabía que era ternera. Luego, en la mantequería de al lado, cogió varios salamis del centenar que había expuestos en el mostrador y un poco de queso fresco.

—Ahora nos vamos a casa a comer —dijo, asintiendo satisfecha—. Me vas a ayudar a rellenar las flores de calabacín.

Llegamos de nuevo a la casa.

—Primero las cogemos y luego las rellenamos —dijo.

—Voy a dejar el bolso en mi cuarto —le dije yo—. Luego la ayudo.

Agarré la llave y me abrí paso por la huerta hasta la casita. La puerta seguía cerrada con llave e intacta. Solté un suspiro de alivio. Entré y comprobé que los tres objetos aún estaban en el zapato. Dejé el bolso, salí y volví a cerrar con llave. Al mirar hacia la ventana, advertí la huella de una bota grande en la tierra blanda. ¿Estaba ahí esa mañana? Lo dudaba, pero tampoco sabía si la habría visto al salir. ¿Sería la huella que Gianni había dejado la noche anterior? Recordé que iba muy bien vestido, con una camisa de color azul claro y pantalones negros de talle ajustado. No llevaba botas de obrero ni de bracero, eso seguro. Eso significaba que alguien había estado curioseando por esa ventana en nuestra ausencia.

Capítulo 21

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

La pierna de Hugo estaba sin duda en vías de recuperación. Aún no podía cargar con ella, pero por lo menos no le dolía tantísimo todo el tiempo ni había vuelto a tener fiebre. Por las mañanas, se obligaba a levantarse y caminar con el bastón. El sol se había estado colando por las paredes rotas, pero, cuando salió afuera, se detuvo en seco e hizo un aspaviento. A sus pies, el mundo se sumía en un mar de espesa niebla. Solo la punta misma de la torre del campanario asomaba por encima de ella y, a lo lejos, se veían las cumbres de los otros montes. Aquel parecía el momento perfecto para intentar explorar, sabiendo que no podían verlo desde abajo. El suelo estaba helado y avanzó con cautela, cojeando entre los edificios en ruinas en busca de algo que pudiera resultarle útil. Encontró una olla, otra cuchara y, para delicia suya, una lata de algo. No sabía de qué porque ya no llevaba etiqueta, pero eso lo animó a seguir buscando. Se fue metiendo sus hallazgos por dentro de la cazadora y se aventuró a alejarse un poco más. Vio una bota que asomaba entre unos cascotes. La otra del mismo par no andaría muy lejos. Sería un artículo muy útil para que Sofia lo cambiara por comida. Tiró con todas sus fuerzas de los escombros y reculó espantado al ver que la bota iba anexa a una pierna. Había olvidado que los aliados habían bombardeado un nido de ametralladoras alemán, con lo que posiblemente habría otros cadáveres por allí. Aquello le arrebató de golpe la ilusión infantil que le habían producido sus descubrimientos.

Llevó sus nuevos tesoros a su guarida y se dispuso a montar una trampa para atrapar alguna paloma. Su plan era sencillo: un palo para sostener en alto el cajón que había rescatado de entre los escombros con un trozo de cordón del paracaídas atado para poder tirar de él cuando la paloma entrara a picotear las migas que le dejaría. Cortó el cordón del paracaídas y, con el cuchillo aún a mano, recordó que Sofia había manifestado su deseo de hacerse ropa interior con un trozo de aquella seda. Ahora que ella le había llevado ropa de cama, ya no necesitaba el paracaídas, así que lo cortó en retales utilizables, sonriendo al pensar en la cara que pondría ella cuando lo viera.

Preparó la trampa y salpicó el suelo de migas de pan, luego se retiró a su escondite. Lo único que tenía que hacer era esperar. Pasó la mañana. Procuró no moverse ni hacer ruido. Una paloma revoloteó por allí dos veces y se posó una vez en una viga, pero salió volando de nuevo. Al final, aterrizó cerca de la trampa y avanzó, zureando. Hugo admiró un instante la iridiscencia

de sus plumas y le fastidió tener que matarla, pero se obligó a no pensar en ello. Sofia necesitaba carne y él se la podía proporcionar. La paloma entró anadeando bajo el cajón y picoteó las migas. Hugo tiró del cordón, el palo salió disparado y el cajón volcó con gran estrépito, atrapando a la paloma en su interior. Había funcionado como esperaba.

Se acercó medio gateando, medio reptando, levantó el cajón lo justo para meter la mano y agarró a la paloma, que aleteó y forcejeó mientras la sacaba, pero Hugo le retorció el cuello y el animal quedó inmóvil. La miró fijamente, pensando de pronto que aquella era la primera vez que mataba algo con sus propias manos. Sabía que, cuando era niño, en las granjas de los alrededores mataban cerdos y gallinas. Como piloto de caza sin duda había causado muertes al bombardear convoyes y vías de tren, pero lo hacía de lejos y de forma impersonal. Era distinto. Lo dejó pasmado lo fácil que era arrebatarse una vida, aunque ese pensamiento se vio desplazado enseguida por la imagen del rostro de Sofia cuando viera lo que tenía para ella. Por fin podía darle algo a cambio de sus desvelos.

Eso le hizo recordar lo mucho que se había emocionado al ver la seda del paracaídas. Regalo doble. Lo hacía absurdamente feliz. Se tumbó, agotado, e intentó recordar qué regalos le había hecho a Brenda. ¿La habían emocionado? Al principio, cuando estaban enamorados, le había pintado un retrato. A ella le había gustado. Pero ¿después? Cayó en la cuenta, muy avergonzado, de que sus obsequios habían sido rutinarios, no demasiado meditados: un perfume caro, unas medias de seda... Si se habían distanciado, era tan culpa suya como de ella.

«Después de la guerra, la compensaré. Y al pequeño Teddy», se dijo. «¿Y Sofia?» Las palabras sonaron como un susurro en su cabeza. «¿No volveré a verla más? Bobadas —pensó—. No puedes estar enamorado de Sofia. Ha sido amabilísima cuando necesitabas ayuda, pero hace solo un par de semanas que la conoces, como mucho. Y estás débil y enfermo. Es normal que los hombres se enamoren de sus enfermeras...»

Dejó de pensarlo hasta que ella fue a verlo esa noche. Cuando le dio los dos regalos, se puso tan contenta que Hugo sintió que se le derretía el corazón, como si lo hubiera tenido congelado demasiado tiempo y hubiera vuelto a ser de pronto el del joven Hugo, lanzándose al mundo admirado por la belleza, esperanzado con el futuro.

—Una paloma —dijo ella—. ¿Cómo has conseguido cazarla?

—Ha sido fácil, la verdad. Le he puesto una trampa. Ha entrado a comerse el cebo. — Sonrió—. Confíemos en que tenga hermanos y hermanas.

—Con esto puedo hacer un buen estofado. Un buen caldo —dijo—. Mi hijo Renzo parece tan frágil últimamente. No se le curan ni la irritación de garganta ni la tos. Esto le vendrá bien. Y a ti también.

—No —insistió él—. Guárdalo para Renzo, para la abuela y para ti. Es un regalo.

—Bobadas —dijo ella—. Compartiremos todos el botín. —Luego acarició los retales del paracaídas—. Qué suave. Qué fino —dijo—. Me voy a hacer unas enaguas y unas braguitas estupendas con esto. —Se lo acercó a la cara y le sonrió—. Lástima que no sea decoroso que te enseñe las prendas cuando estén terminadas —añadió, coqueteando descaradamente.

—Por no hablar del frío que pasarías —señaló él, y ella rio.

—Eso también. —Entonces se quedó pensativa—. A lo mejor puedo cambiar parte de esta seda por cosas que necesitamos, como aceite de oliva. Sé que los Bernardini tienen garrafas escondidas en el sótano. A Gina Bernardini le encantan las cosas bonitas... —Hizo una pausa y lo miró—. ¿Qué te parece?

—Sabrían que es la seda de un paracaídas y descubrirían que estoy aquí.

—¿Y si les digo que me he encontrado el paracaídas en el bosque?

—Sabrían que un hombre ha escapado y anda por la zona y se lo contarían a los alemanes, que vendrían a buscarme.

Suspiró.

—Tienes razón. No puedo correr ese riesgo. —Se animó de pronto—. Pero cuando se vayan los alemanes y lleguen por fin los aliados, aún seguiremos haciendo trueques y yo habré guardado un poco de seda por si acaso.

Hugo se terminó la pasta de polenta y aceituna para untar que ella le había llevado y le devolvió el paño en el que la llevaba envuelta. Sofia lo dobló, levantó la mirada y dijo:

—¿Piensas en tu mujer a todas horas, como me pasa a mí con Guido?

—No —contestó él—. Me temo que no. No muy a menudo. No lo bastante.

—¿No eres feliz en tu matrimonio?

—No mucho. Supongo que somos muy distintos. Nos conocimos cuando estudiábamos los dos en Florencia. En Inglaterra, seguramente nunca habríamos coincidido. Vengo de una familia noble y ella, bueno, podría decirse que era de una clase media baja. Su padre trabajaba en un banco. Como empleado. No tiene nada de malo, pero no nos habríamos conocido. Aunque a los dos nos apasionaba el arte. Y era guapa, tenía unas piernas bonitas y le gustaba divertirse, salir a bailar y beber vino. Imagino que nos juntamos porque los dos éramos forasteros y estábamos en una tierra desconocida. —Guardó silencio un instante, mirándola, deseando que lo comprendiera—. Pensaba que, al terminar nuestro año en Florencia, nos separaríamos y cada uno seguiría por su camino, pero éramos jóvenes e inexpertos. Cuando Brenda me comunicó que estaba esperando un bebé, hice lo correcto: me casé con ella. Vivimos en Londres un tiempo. Yo pintaba. Trabajaba en una galería de arte. Nació el bebé. Todo iba bien.

—¿Y entonces? —preguntó Sofia—. ¿Pasó algo?

—Y entonces la salud de mi padre empeoró. Lo habían gaseado en la Gran Guerra, ya sabes. Me llamó para que fuera a verlo y me dijo que me necesitaba en Langley Hall porque ya no podía llevar la finca él solo. Así que Brenda, el niño y yo nos trasladamos al campo para vivir en la mansión. A ella nunca le gustó. Demasiado lejos de las luces y de la vida y la diversión de la ciudad. Y nunca llegó a llevarse bien con mi padre.

—Entonces, ¿qué pasará cuando vuelvas a casa?

—No lo sé —contestó él—. Habrá que ver.

—Al menos le gusta el arte. Eso es bueno —dijo Sofia—. Háblame de tu obra y de tus estudios. Me encantaría saber más.

—Ahora no. Tienes que dormir. Vete a casa —le replicó él.

—Ay, pero me encantaría que me contases cosas de tus obras —protestó ella—. Vivimos en una zona de grandes artistas, ya sabes: Miguel Ángel, Leonardo, Fra Angelico, Botticelli...

Lo dejó impresionado. Se preguntó qué campesina inglesa podría nombrar a los principales pintores de su país.

—¿Sabes de arte?

Se encogió de hombros.

—Sus obras están en nuestras iglesias. Fui a Florencia una vez con el colegio, antes de la guerra. Me costaba creer que alguien pudiera pintar cosas tan bellas. ¿Y las esculturas? ¿Has visto el *David* de Miguel Ángel? Las monjas nos dijeron que no miráramos porque estaba desnudo, pero es precioso, ¿verdad?

—¿Así que miraste? —rio él.

Sofia sonrió abochornada.

—Solo estudiaba una obra de arte magnífica. Eso no es pecado. ¿Tú pintas cuerpos

desnudos?

Hugo volvió a reír.

—Me temo que no. Las personas que aparecen en mis paisajes van vestidas.

—Ojalá pudiera ver tus cuadros —dijo ella—. Si te encuentro lápices de colores y papel, podrías pintar los paisajes de aquí. Son muy bonitos, ¿no?

—Lo son —coincidió él—. Pero los lápices de colores y el papel son la menor de nuestras preocupaciones. —Le cogió la mano y ella se lo permitió—. Deberías irte, en serio —le dijo—. Enfermarás si no duermes lo suficiente.

—*Nonna* me ha dicho que me estoy volviendo una holgazana porque no me levanto antes de las siete —dijo Sofia—. Ella está en pie a las cinco. Así se hacía antes. Tiene ochenta y un años y aún quiere ayudar en el campo. Lleva unos días dándome la lata para que recoja los nabos porque dice que se siente inútil encerrada en casa sin hacer nada.

—¿Ya están listos los nabos para la cosecha?

—Pronto. Antes de Navidad. Entonces será el momento. A lo mejor los puedo cambiar por cosas que necesitamos para las fiestas. ¡Qué raro es! Otros años por estas fechas ya estaríamos cocinando. Este año solo habrá pastel de castañas, con suerte. Nada de frutos secos, ni crema, ni mantequilla. Y probablemente nada de carne. Un triste festín.

—Confiemos en que sea el último triste festín antes de que derrotemos definitivamente a los alemanes.

—Que Dios te oiga —dijo ella, persignándose.

Capítulo 22

JOANNA

JUNIO DE 1973

«Esa huella de bota tiene fácil explicación —me dije—. Los *carabinieri* debieron de inspeccionar el escenario del crimen en busca de pistas. Puede que buscaran huellas dactilares en mi ventana. Claro que, si no fue una búsqueda oficial, alguien vigilaba la casa y me vio salir.» Miré alrededor y me alivió oír a Paola pedirle a Angelina que le llevase un cuenco. Corrí a ayudarla y en nada me estaba enseñando cómo elegir las flores de calabacín y cómo cogerlas, procurando que el tallo quedara intacto. Después cortó unas cuantas alcachofas, desenterró unos rabanitos y seleccionó un par de tomates maduros. Luego se detuvo junto al jardín de hierbas y arrancó varias hojas que no supe identificar, pero, cuando me las dio para que las sostuviera, pude apreciar su intenso aroma. Por fin volvimos a la casa. Me sorprendí mirando a todas partes para ver si nos espiaban. Paola parloteaba mientras caminábamos, contándole a Angelina nuestro encuentro con los *carabinieri* y las cosas que decían los del pueblo.

—¿Ves? Yo tenía razón —dijo Angelina—. Te dije que era porque Gianni se juntaba con malas compañías. Le gustaba coquetear con el peligro. Por eso lo han asesinado.

—Pero ¿por qué en mi pozo? Eso es lo que me gustaría saber —dijo Paola—. ¿Por qué no lo han matado en su propia finca? Está más apartada, era menos probable que alguien pudiera ver algo entre esos árboles. ¿Por qué no lo siguieron allí?

—A lo mejor vio que lo seguían. A lo mejor se defendió y tuvieron que matarlo de prisa y corriendo —arguyó Angelina, encogiéndose de hombros—. Vamos a hacer la comida, *mamma*. Tengo hambre y seguro que la *signorina* Joanna también.

—Pues pon la mesa y corta el pan —le contestó Paola, adelantándonos y entrando en la fresca cocina—. Y pon el salami y el queso y lava los rabanitos. —Se volvió hacia mí—. Presta atención, Joanna, si quieres aprender a rellenar las flores de calabacín.

Puso parte del queso crema en un cuenco, picó y añadió parte de las hojas aromáticas, que, en ese momento, me parecieron hierbabuena, y ralló un poco de cáscara de limón por encima. Luego cogió una cuchara y utilizó la mezcla para rellenar con cuidado las flores. Con un cacillo, cogió aceite de oliva de una de las tinajas y puso una sartén al fuego.

—Ahora el rebozado —dijo.

Cascó un huevo sobre harina, batió la mezcla y añadió agua. Luego cogió una flor de calabacín y la sumergió en el rebozo. Cuando el aceite estaba muy caliente, echó la flor a la sartén

y repitió el proceso con las otras, una por una, dándoles la vuelta y retirándolas cuando estaban crujientes.

—Esta noche vamos a hacer lo mismo con las alcachofas —me explicó—. Hay que comerse esto mientras esté bueno y calentito.

Nos sentamos a la mesa. Me pasaron el pan con tomate rebanado regado de delicioso vinagre dulce y le di el primer bocado a la flor de calabacín.

—Riquísima —dije, y lamenté que mi vocabulario de elogios en italiano no fuera más amplio.

Comimos un rato en silencio hasta que el llanto de la pequeña hizo que Angelina se levantara como un resorte a por ella.

—Esta vez ha aguantado tres horas entre tomas. Eso está muy bien, ¿verdad, *mamma*?

—Sí, se está poniendo fuerte —contestó Paola—. Creo que ahora ya podemos decir con tranquilidad que no se nos marchará.

Terminamos la comida con albaricoques.

—Ahora una siestecita y luego recogemos las verduras y cargamos la carreta para mañana —dijo Paola—. Supongo que estarás cansada también, *mia cara*.

No me gustaba la idea de que Paola y Angelina se fueran a dormir y me dejaran sola.

—No mucho —dije—. Creo que me voy a sentar en el porche a leer un rato.

—Como prefieras. Yo necesito dormir.

Salí al porche y me senté en un banco a la sombra. Se estaba fresco y tranquilo. Las abejas zumbaban alrededor de los jazmines. Los gorriones gorjeaban dando saltitos por la tierra. A lo lejos, oí rebuznar a un burro. Pero no conseguía leer ni relajarme. No paraba de levantar la vista del libro, con los ojos clavados en el camino que llevaba al pueblo. Intenté racionalizar lo ocurrido. Por lo visto, nadie de San Salvatore había conocido a mi padre, ni había oído hablar de él siquiera y, sin embargo, Gianni había querido hablar conmigo a solas para contarme algo importante, algo que había mantenido en secreto hasta entonces temiendo por su vida.

Y luego estaba ese niño bonito, el que mi padre había escondido donde solo Sofia y él pudieran encontrarlo. Pero el único niño era Renzo y él no recordaba que lo hubieran escondido, ni recordaba a mi padre. Además, era demasiado mayor para ser hijo suyo. Me pregunté si Sofia habría ocultado su embarazo. ¿Era eso posible en un pueblo tan pequeño con vecinos tan chismosos? Renzo, que por entonces tendría tres años, seguramente no habría reparado en que su madre engordaba, pero otras mujeres sí. Y luego estaba el mayor interrogante de todos: si mi padre había estado en la zona lo suficiente para enamorarse y quizá ser padre de un niño, ¿dónde se había escondido? ¿En casa de Sofia? Pero Renzo le había dicho que habían tenido que dar alojamiento a un soldado alemán. Y lo habría visto alguien más. No tenía sentido. De hecho, lo más sensato sería salir de allí lo antes posible. Si Sofia Bartoli se había fugado con un alemán y le había partido el corazón a mi padre, yo ya no quería saber más de ella.

La tarde transcurrió sin novedades. Paola despertó de la siesta y salimos a la huerta a recoger las verduras. Cuando se puso el sol, ya teníamos la carreta cargada de palés listos para llevar al mercado por la mañana. Mirándola, confié en que no tuviéramos que empujarla monte arriba. Iba a costar subirla. Paola la dejó a un lado de la casa, a la sombra.

—Carlo vendrá a por ella por la mañana —dijo—. Vamos a cenar.

La cena de esa noche empezó con unas bolitas de un queso blanco y brillante al que llamaban *mozzarella*, con rodajas de tomate y albahaca fresca. Luego, las alcachofas rebozadas.

Las encontré algo difíciles de masticar y no tan ricas como las flores de calabacín. Pero el plato principal de filetitos de ternera en una salsa deliciosa de vino dulce... bueno, ¡eso me pareció divino!

Después estuvimos hablando hasta que conseguí reunir el valor necesario para volver a la casita. No quería pedirle a Paola que me acompañara, pero le dije:

—No cree que corramos peligro, ¿verdad? Lo digo porque han asesinado a un hombre al lado de mi cuarto...

Paola meneó la cabeza, sonriente.

—No corres ningún peligro, *piccolina* mía. Ni tú ni yo hemos tenido nada que ver con ese hombre. Ha tenido un triste final, pero seguramente se lo ha buscado. No te preocupes.

Entonces me pasó un brazo por el hombro y me acompañó. Entré y cerré con llave por dentro. Aun así, me costó conciliar el sueño. Me imaginaba a alguien encontrando el modo de arrancar los barrotes de la ventana o incluso apuntándome con una pistola a través de ellos y pegándome un tiro mientras dormía. Cerré la contraventana y la ventana pese al bochorno que hacía y terminé quedándome dormida en una estancia donde faltaba el aire.

Me despertaron unos gritos y me levanté de un brinco, con el corazón a mil. Aún no era de día y me dolía la cabeza como si hubiera bebido demasiado vino. Al abrir la puerta vi que la causa de la conmoción era que había llegado un hombre con un tractor y lo estaba enganchando a la carreta de verduras de Paola mientras ella le daba instrucciones a voces, agitando mucho los brazos. Me vestí rápidamente y salí a reunirme con ellos.

—¿Te hemos despertado, *piccolina*? —dijo ella—. Lo siento. Quería que durmieras más rato y vinieras conmigo luego. Tengo que subir al pueblo ahora a montar mi puesto, pero te he dejado café y pan en la mesa. Si quieres ayudarme, ven cuando te apetezca. El baño está a tu disposición y, si necesitas algo, Angelina no tardará en levantarse.

Caí en la cuenta de que, al salir corriendo, había olvidado cerrar la puerta con llave, y volví a toda velocidad. Nadie había tocado nada. Cogí el neceser, la toalla, ropa limpia y esta vez eché la llave antes de ir a la granja a darme un baño y desayunar. Cuando aún no había terminado, apareció Angelina, frotándose los ojos, soñolienta.

—No es fácil ser madre —dijo—. La niña llora y quiere comer cada tres horas, toda la noche. Haces bien en centrarte en tu carrera y no casarte. Ojalá yo hubiera estudiado más en vez de dejar que Mario me enamorara perdidamente. —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa de añoranza—. Pero es muy guapo.

—Lo echarás mucho de menos cuando está fuera...

Asintió.

—Claro, pero lo hace por nosotros, para que podamos ahorrar y montar un pequeño negocio propio. Estoy deseando que llegue ese día.

—Tienes suerte de poder contar con la ayuda de tu madre.

—Sí, aunque a veces es un poco mandona y me dice cómo tengo que cuidar de mi hija. Es muy anticuada, ya sabes, y no quiere saber nada de otras formas más modernas de hacer las cosas que yo he leído en libros.

—Al menos está aquí —dije yo—. Yo aún echo de menos a la mía. Era muy buena, como Paola. Nos cuidaba mucho a mi padre y a mí.

—¿No tienes hermanos?

Negué con la cabeza.

—Mi madre ya tenía más de cuarenta años cuando yo nací. Tanto mi padre como ella se casaron mayores. Nunca pensó que fuera a tener hijos y, cuando llegué yo, fue una sorpresa. Decía

que yo era su pequeño milagro.

—Yo tuve un hermano —dijo Angelina—, pero murió cuando era un bebé. Contrajo esa enfermedad que llaman polio, ¿sabes? Muy triste. La vida está llena de tristeza, ¿verdad? Mi madre aún llora por mi padre.

—Sí —coincidió—, la vida está llena de tristeza, pero tú tienes una recién nacida que te hace feliz.

—Menos cuando se pasa la noche pidiendo el pecho —replicó Angelina, y las dos reímos.

—Le he prometido a tu madre que subiría a la plaza a ayudarla —dije.

Al rato, subía el monte. Hacía una mañana fresca con algunas nubes blancas desplazándose rápido por el cielo desde el oeste. Quizá despejara. No me encontré a nadie por el camino y debo confesar que casi pasé el túnel corriendo, pero, cuando llegué a la plaza del pueblo, era un hervidero de actividad pese a la hora tan temprana. Paola ya estaba haciendo negocios y me pareció que la alegraba verme.

—Ay, has venido —dijo—. Te voy a dar trabajo. Hay que volver a llenar la cesta de albaricoques. Y la de tomates. Y procura que la albahaca no se quede al sol, que se marchitará. —Hice lo que me pedía—. Y he prometido que llevaría perejil a la *trattoria* —añadió.

—Ya lo llevo yo —me ofrecí.

Negó con la cabeza.

—No, más vale que vaya yo. Tengo que saber que necesitan para los festejos de mañana.

—¿Festejos?

Sonrió.

—Mañana es festivo: el Corpus Christi. Hay una gran procesión y luego un banquete aquí, en la plaza. Todos traemos algo de comida para compartir. Te gustará, ya verás.

Y se fue. Me dio un poco de miedo no entender a sus clientes, pero pasaron varios minutos sin que viniera nadie. Estaba apartando el palé de tomates para que no les diera el sol de pleno cuando vi una sombra que se acercaba. Levanté la vista y era Renzo.

—Ah, es usted —me dijo en mi idioma—. ¿Qué hace aún aquí?

—No me dejan marcharme —contesté.

—¿No es este el puesto de Paola? —me preguntó, mirando alrededor—. ¿Dónde está ella?

—Ha ido a llevar perejil a la *trattoria* —contesté yo—. ¿Puedo ayudarle?

—Sí, supongo que sí. Necesito todos los tomates que tengan, toda la albahaca y todas las cebollas, ¿y tienen ajo? Necesito mucho ajo.

—Debe de tener muy buen apetito —tercié, queriendo hacerme la graciosa.

—Mañana es el día del banquete —dijo, sin sonreír—. Mi padre da de comer a todos sus jornaleros. Servirá cordero asado y a mí me toca organizar las ensaladas y la pasta de acompañamiento.

—¿Tiene muchos jornaleros? —pregunté.

—Tiene muchas tierras —contestó Renzo—. Olivares, viñedos, el lagar... Es un hombre rico.

—¿Y usted lo heredará todo algún día? —dije yo—. ¿No tiene hermanos?

—Mi padre no se ha casado —contestó—. Me contó que la chica a la que amaba no le correspondía y no quiso a ninguna otra. Un amor tan puro es digno de admiración, ¿no le parece?

—Sí, supongo que sí —respondí, titubeando—. Pero creo que yo no decidiría quedarme sola toda la vida si no pudiera tener a la persona que quiero. —Me sorprendió oírme decir eso. ¿Significaba que estaba preparada para olvidarme de Adrian y que veía por fin la luz al final del túnel? Miré a Renzo—. Entonces, cuando quiera casarse, tendrá que hacerlo con una chica que

esté dispuesta a vivir aquí para que Cosimo no se quede solo.

Detecté en su rostro un gesto que no supe interpretar.

—Sí —contestó—, mi futura esposa tendrá que estar dispuesta a formar parte de mi vida aquí y eso a lo mejor no es fácil. ¿Quién va a querer encerrarse en un pueblo perdido del monte?

—Este sitio es muy bonito —dije yo.

—Puede.

—Pero usted sueña con ser chef —añadí—. Renunció a su sueño por cuidar de su padre adoptivo. Eso es muy loable. Yo me arrepiento de haber dejado al mío solo tanto tiempo.

—¿Su padre ha muerto ya?

—Sí. Murió hace un mes. Por eso he venido, porque quería saber que le ocurrió durante la guerra.

—Entonces, lamento que no podamos ayudarla —dijo en un tono más civilizado.

Dejamos de hablar cuando se acercó un hombre al puesto.

—Perdone —le dije a Renzo—, tengo que atender a este cliente por Paola. Espero entenderlo. El dialecto de la zona se me resiste.

El hombre llevaba un traje clarito y lucía un impresionante bigote negro.

—¿Es usted la *signorina* Langley?

—Sí, *signor*.

—¿Sería tan amable de acompañarme? Soy el inspector Dotelli del departamento de Investigación Criminal de Lucca. Tengo que hacerle unas preguntas en relación con la muerte de Gianni Martinelli.

Capítulo 23

JOANNA

JUNIO DE 1973

Procuré que no se me notara el susto en la cara.

—Pero ya he prestado declaración —dije. En realidad, como mi italiano aún era bastante básico, dije: «Ya le dije al hombre lo que vi».

—Es una mera formalidad —repuso el hombre con un gesto de impotencia—. Venga conmigo al cuartelillo.

—Estoy al cargo del puesto de la *signora* Rossini —protesté—. No puedo marcharme hasta que vuelva.

—Que se ocupe este hombre por usted —replicó, señalando de mala gana a Renzo.

—Este hombre es un cliente importante. Estaba comprando verduras para los festejos de mañana —dije, notando que me ponía muy colorada—. No puedo pedirle que pierda el tiempo —solté, hablando ya a trompicones, abochornada—. Además, no sé cómo contestar a sus preguntas —añadí—. Hablo muy poco italiano. Soy inglesa y solo estoy de visita.

—Pero estaba hablando con este hombre, la he visto —replicó el inspector señalándolo con un dedo acusador. Gesticulaba muchísimo.

—Porque hablábamos en inglés —repuse—. Este hombre ha trabajado en Londres.

—Entonces, nos acompañará y le hará de intérprete —espetó el inspector.

—Tengo asuntos de los que ocuparme —dijo Renzo con frialdad—. No dispongo de tiempo.

—No se lo estoy pidiendo —dijo el inspector—. Se lo ordena la policía. No tardaremos mucho. —Levantó la vista—. Ah, ya vuelve la señora a su puesto de verduras. Bien. Vengan conmigo.

Paola venía corriendo hacia nosotros y, a juzgar por su cara, lista para poner el grito en el cielo

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —preguntó enseguida.

—El inspector de Lucca quiere hacerme unas preguntas —dije yo, señalándolo con la cabeza.

—Ya les contamos a los *carabinieri* todo lo que sabíamos —terció Paola—. Esta jovencita no es de aquí. Ella no puede ayudarles y yo no quiero que la disgusten.

—No se va a disgustar si contesta a mis preguntas y me dice la verdad. Vamos, síganme.

Hoy es sábado y quiero resolver este asunto cuanto antes.

Dicho esto, agarrándome del codo, me obligó a cruzar la plaza hacia el edificio municipal. Yo me volví a mirar a Renzo. Hablaba con Paola, seguramente reservaba los productos que quería. Aún le estaba dando instrucciones cuando vino hacia el portal oscuro donde estábamos. Al joven *carabinieri* lo echaron de su mesa con un simple manotazo al aire. El inspector ocupó su lugar.

—Quédese y tome notas —le dijo al agente que estaba a punto de escabullirse por la puerta—. Traígale una silla a la joven y siéntese usted a mi lado.

El joven volvió con una silla y luego se sentó al lado del inspector, incomodísimo. Renzo se quedó sin silla y se plantó detrás de mí. De pronto, no solo estaba abochornada, sino también asustada. Había visto el desprecio con que me miraba Renzo. ¿Y si traducía mal mis respuestas para hacerme parecer culpable del asesinato de Gianni? El corazón me golpeaba con fuerza el pecho.

—Veamos... —dijo el inspector—. Nombre, domicilio y motivo de su visita.

Levanté la vista a Renzo para que pareciese que ni siquiera entendía aquellas instrucciones tan sencillas. Despacio, le indiqué mi nombre y mi dirección.

—He venido a San Salvatore porque mi padre, que era piloto británico, se estrelló cerca de aquí durante la guerra, cuando derribaron su avión, y quería ver el lugar con mis propios ojos.

Renzo me tradujo. El inspector asintió con la cabeza.

—¿Cuándo llegó al pueblo?

—Hace solo dos días. —Me parecía mucho más.

—¿Y fue usted quien encontró el cadáver de Gianni Martinelli?

—El cadáver lo encontramos la *signora* Rossini y yo juntas —lo corregí—. Duermo en la casita que hay al fondo de su huerta. El agua viene del pozo de detrás de mi cuarto. Quise darme una ducha, pero no salía agua. Fui a buscar a la signora y se lo dije. Entre las dos levantamos la pesada tapa del pozo y encontramos el cadáver. Gritamos las dos y nos dimos un buen susto.

El inspector escuchó la traducción, luego observó al joven policía mientras tomaba notas. Me miró.

—¿Qué hicieron entonces?

—Mandamos a la hija de la *signora* a buscar a los *carabinieri*. Vinieron y sacaron el cadáver del pozo. No fue fácil. Lo habían metido bocabajo, a presión, de forma que tenía la cabeza sumergida en el agua. Fue horrible.

—¿Reconoció al hombre cuando lo sacaron?

—Sí —contesté—. Lo había visto la noche anterior.

—Ah, entonces, ¿lo conocía?

—No lo conocía. Era uno de los hombres que estaban sentados en la terraza del la *trattoria*, en la plaza. Me acerqué a preguntarles si alguno de ellos recordaba a mi padre, pero ninguno lo conocía.

—¿Y ya está?

—Sí —contesté—. Esa fue la única vez que vi a ese hombre.

El inspector esbozó una sonrisita que no me agradó.

—No es eso lo que me han dicho. Por lo visto, Gianni estaba interesadísimo en usted. Coqueteó con usted. Se ofreció a enseñarle su granja.

Mientras traducía, también Renzo se abochornó.

—Solo estaba siendo amable —dije—. Les dije a los hombres que me apetecía conocer la zona y ese tipo, Gianni, se ofreció a enseñarme cómo hacía el queso.

—¿«Cómo hacía el queso»? ¿Ahora lo llaman así? —El inspector miró al joven agente y rio.

Mi inquietud se transformó entonces en rabia.

—Inspector, yo estaba sentada a una mesa con más hombres. Rieron y me advirtieron que tuviera cuidado con Gianni, así que era perfectamente consciente de que quizá no fuera de fiar. Por eso, cuando se ofreció a acompañarme a casa, le dije que no y, por suerte, otro de los hombres, un tal Alberto, me propuso acompañarme él porque pasaba por la casa de Paola para ir a la suya.

—¿Y esa fue la última vez que vio a Gianni?

—La única.

Se hizo un silencio largo durante el que el inspector me miró fijamente.

—Y dígame, *signorina* Langley: ¿en su país es normal que una niña se acerque sola a una mesa llena de hombres y deje que la inviten a un vaso de vino? ¿Esa es una conducta aceptable?

—En primer lugar, no soy una niña. Soy una mujer de veinticinco años y estoy a punto de examinarme para ejercer la abogacía —dije, y me pareció detectar una pequeña reacción al oír la palabra «abogacía»—. Y en segundo lugar —proseguí—, quería saber más sobre mi padre y me pareció completamente seguro acercarme a un grupo de personas en la plaza del pueblo. Acepté el vaso de vino porque habría sido una grosería rechazarlo.

—¿Y después?

—Después me fui caminando a casa. Ya le he dicho que un hombre llamado Alberto se ofreció a acompañarme porque iba a pasar por la granja en la que me alojo. Acepté su ofrecimiento porque se estaba haciendo de noche. Me acompañó hasta la puerta. Le di las gracias y entré a cenar con la *signora* Rossini y su hija. Luego me fui a la cama. Es todo lo que le puedo contar.

—Después de eso, ¿no oyó nada? Mataron a un hombre y lo tiraron a un pozo ¿y usted no oyó nada? Me parece extraño. Casi increíble.

—Había bebido vino —dije—. No estoy acostumbrada y debí de dormir más profundamente de lo normal.

Hizo un ruidito entre tos y risa.

—¿Sabe lo que pienso? —dijo el inspector—. Pienso que Gianni se sintió atraído por usted. Una joven de una ciudad lejana, quizá con valores distintos a los de las chicas del pueblo. Había oído decir que las londinenses eran un poco ligeras de cascos y quiso hacer una conquista. Fue a verla a la casita esa noche, más tarde. Puede que incluso intentase forzarla. Usted se resistió. Le pegó con una piedra y lo dejó inconsciente y luego, asustada por lo que había hecho, escondió su cadáver en el pozo.

—Eso es absurdo —repuse yo, mirando a Renzo para que me tradujera—. Para empezar, yo no habría tenido fuerza suficiente para pegarle en la cabeza a un hombre como Gianni si él ya me hubiera estado atacando.

—Vale, supongamos que le dio un empujón, algo encomiable en una joven decente. Él tropezó, cayó de espaldas y se dio con una piedra en la cabeza. No fue asesinato, sino defensa propia. Comprensible. Cualquier jurado vería que protegía usted su honor. —Enmudeció otra vez.

—Pero no es cierto —dije—. Además, ¿cómo iba yo a tirar su cuerpo al pozo? Ya le he dicho que ni siquiera pude levantar la tapa yo sola.

—Pues le pidió a la *signora* que la ayudara —dijo, señalándome de nuevo con un dedo amenazador—. Las dos juntas tiraron a ese pobre hombre al pozo, donde se ahogó.

Inspiré hondo, procurando mantener la calma y los nervios mientras Renzo me traducía.

—Si hubiera hecho lo que usted dice y tirado el cuerpo al pozo, ¿habría alertado a la

signora a la mañana siguiente de que no salía agua por mi ducha? ¿Habríamos levantado la tapa del pozo entre las dos, encontrado el cadáver y avisado a los *carabinieri*? No, no habría dicho nada del cadáver. Me habría ido del pueblo, habría cogido el primer tren de vuelta a Inglaterra y, para cuando hubieran encontrado el cuerpo, yo ya me habría ido.

El inspector escuchó lo que yo decía a medida que se lo iban traduciendo al italiano. Me di cuenta de que estaba gesticulando mucho mientras hablaba, como los italianos. Observé que Renzo ponía una cara rara.

—No puedo perder más tiempo con esto, inspector —dijo entonces—. Le ruego que me disculpe. Es evidente que esta joven no ha asesinado a Gianni.

—Entonces, ¿por qué estaban sus huellas en una piedra grande que había junto al pozo —dijo el inspector—. Contésteme a eso.

—Le contesto yo —tercié, sin esperar a que Renzo me tradujera—. Esa piedra estaba encima de la tapa. La quité e intenté levantar la tapa yo sola.

—Ah, así que habla italiano... —dijo el inspector.

—No lo bastante bien para decir lo que quiero —contesté—. Y no lo entiendo cuando la gente habla deprisa.

—Vamos a posponer este asunto hasta la semana que viene —sentenció el inspector—. No estoy convencido de su inocencia. Tendré que interrogar a esa *signora* Rossini también. Podrían ser cómplices. Si es culpable, le sacaré una confesión. Hay que hacer más pruebas, interrogar a más testigos. Pero seré bueno con usted, *signorina*. No me la voy a llevar a la prisión de Lucca. La dejo que se quede en el pueblo hasta que lleguemos al fondo de este asunto. No puede marcharse, ¿entendido?

Asentí con la cabeza.

—Muy bien. Váyanse —nos dijo, despachándonos con un manotazo al aire.

Cuando salía de la oscuridad a la intensa luz del día, me agarraron de la muñeca. Hice un aspaviento, forcejeé y miré a mi asaltante. Era Renzo. Me miraba furioso, con cara de rabia.

—¿De dónde ha sacado ese anillo? —me preguntó—. ¿Lo ha robado de mi casa?

Me miré la mano.

—Es mi sello —dije—. Con el blasón de mi familia. Me lo regaló mi padre cuando cumplí veintiún años.

—No, se equivoca —replicó Renzo—. Es el blasón de mi familia. De la mía. Su padre lo robaría mientras estuvo aquí.

—¡Bobadas! —le grité con una mezcla de miedo y rabia—. ¿No ve el blasón? Es un buitre leonado. Ese mismo blasón está labrado sobre la entrada principal de Langley Hall. Ha formado parte de nuestra familia desde 1600.

Lo vi dudar.

—Pero yo tengo un anillo idéntico en casa —me dijo—. Es un anillo de hombre y se encontraba entre las pertenencias de mi madre. Cosimo me dijo que era de la familia de mi padre biológico. De los Bartoli. Me dijo que debía enorgullecerme de que en otro tiempo hubiéramos sido nobles.

—Pues Cosimo se equivocaba —le repliqué, advirtiéndole mientras lo decía que Cosimo no sabía la verdad. No sabía nada de mi padre. Pero me entusiasmé de repente. Aquella era una prueba irrefutable de que mi padre había estado allí, de que había conocido a Sofia. Miré a Renzo, de pronto confundido—. Me parece que mi padre debió de regalárselo a su madre como

prueba de su amor. Ahora sabemos con certeza que estuvo aquí y que conoció a su madre. ¿Seguro que no lo recuerda? ¿Un inglés de pelo castaño claro y ojos azules, delgado como yo?

Negó con la cabeza.

—Nunca lo vi —dijo—. ¿Qué le hace pensar que conoció a mi madre? ¿Qué la ha traído aquí?

—Bueno, el anillo lo demuestra, ¿no? Además, tengo una carta que él le escribió a Sofia —confesé—. Una carta de amor. En ella le decía que, en cuanto terminara la guerra, volvería a buscarla. Se iba a casar con ella. —Hice una pausa, emocionada por lo que le estaba contando—. Pero le devolvieron la carta sin abrir. El sello que llevaba decía que el destinatario era desconocido. La tuvo guardada en un cofrecito, bajo llave, todos estos años.

—Se fue con el alemán —dijo—. Decidió no esperar a su padre. —Asentí con la cabeza, a punto de echarme a llorar. Nos quedamos los dos allí plantados, a la intensa luz del sol, mirándonos fijamente—. Nos abandonó a los dos, a su padre y a mí —añadió.

Capítulo 24

JOANNA

JUNIO DE 1973

Levantamos la vista al oír a Paola.

—¡Sus tomates, *signor* Bartoli! ¿Tiene una carretilla para llevárselos?

—Luego le mando a uno de los hombres —dijo Renzo—. Pero le pago ahora. No me los deje al sol, por favor.

Sacó una cartera y le entregó varios billetes. Paola sonrió de oreja a oreja.

—Es usted muy generoso.

Me volví hacia Renzo.

—Gracias por traducirme. No habría podido someterme a ese interrogatorio sin su ayuda.

—No se preocupe —dijo—. Seguro que el inspector sabe que es usted completamente inocente de ese delito. A esos hombres a veces les gusta abusar de su poder. O es un zángano sin más. Se lanza a por el sospechoso más fácil. Pero hablaré con Cosimo y me aseguraré de que la dejan en libertad. Mi padre tiene mucha influencia en esta zona.

—¿Por qué cree que han matado a ese hombre? —le pregunté sin poder resistirme.

Renzo se encogió de hombros.

—Se me ocurren varias razones. Se juntó con la gente equivocada. Metió las narices donde no debía. Puede que oyera algo que no debía haber oído. Puede incluso que recurriera al chantaje. Lo creo capaz hasta de eso.

Me dije que más me valía callarme, pero no lo hice.

—Tengo entendido que también quería montar su propio lagar. ¿No querría alguien impedirselo?

Negó con la cabeza.

—No era más que una de las ideas disparatadas de Gianni. No lo habría conseguido. Todo el mundo sabe que el lagar de Cosimo es el más moderno y eficaz de la zona. ¿Por qué iba a construir nadie otro? Y menos aún un tipo como Gianni, que, si hubiera conseguido que alguien le prestara el capital, habría ahorrado todo lo posible y hecho una chapuza que se habría estado estropeando a todas horas. Tengo que seguir con mis asuntos —me dijo con una pequeña reverencia—. Ya llego tarde. ¿Nos veremos mañana en los festejos? Venga, le gustará. ¡Es algo muy poco británico! —añadió y sonrió mientras daba media vuelta.

Lo vi marcharse. «¡Qué hombre tan atractivo!», pensé. Luego me recordé que era el hijo

adoptivo de Cosimo y que muy posiblemente sabía quién había asesinado a Gianni. Si el terrateniente quería impedir que se montara otro lagar, tenía hombres de sobra a sus órdenes... incluido su hijo. «No debo olvidar que Renzo podría haber tenido algo que ver con el asesinato», me dije.

Me dirigí al puesto de Paola mientras Renzo se detenía a hablar con unos hombres al fondo de la plaza. «Probablemente la muerte de Gianni no tuvo nada que ver con el lagar», razoné para mí. Había intentado hablar conmigo a solas. Había querido contarme la verdad sobre lo ocurrido en la guerra, sobre Sofia. Me había metido un sobre por la ventana. Y alguien lo había seguido y lo había matado. Aquí había pasado algo durante el conflicto, algo que implicaba sangre y dinero alemán.

Estuve al frente del puesto con Paola todo el día, luego la ayudé a recoger los palés y las pocas verduras que quedaban. Parecía complacida.

—Lo he vendido casi todo, gracias a Cosimo y a Renzo. ¡Ya no tendremos que comer sopa de verduras una semana!

Fuimos a casa juntas. Aunque se me hizo raro, de verdad tuve la sensación de que volvía «a casa» andando.

—Ese imbécil del inspector... —dijo—. Pero así es la policía por aquí a veces. No quieren ahondar en nada que pudiera ser demasiado oscuro y complicado e intentan cargarle el delito a los más inocentes. Seguramente sabe de sobra que Gianni estaba metido en actividades delictivas y no quiere tener que tratar con mafias. Pero tú no te preocupes —añadió—. Esto se quedará en nada. Pronto te dejarán marcharte, te lo prometo. Y mientras tanto te voy a enseñar a cocinar buena comida italiana para que, cuando tengas marido, lo tengas contento.

A pesar de todo, aquel comentario me hizo reír.

—Hábleme de la guerra —dije con tiento—. ¿Hubo algún escándalo por aquí? ¿Alguien que colaborara con los alemanes?

—Ya te conté que yo no estaba aquí —respondió—. Volví cuando se fueron los alemanes. Se oían muchas historias terribles, claro. De chiquillas violadas. De pueblos enteros masacrados porque los alemanes creían que ayudaban a los partisanos.

—¿Quiénes eran los partisanos exactamente? —pregunté.

—Grupos de hombres valientes que luchaban contra las fuerzas de ocupación —me dijo—. No era una organización propiamente dicha, solo pequeños grupos independientes que actuaban en las zonas donde vivían. Había fascistas, comunistas, antiguos soldados y hombres buenos sin más que querían ayudar a ganar la guerra. Destruían vehículos militares y reventaban las vías del tren. Hicieron cosas muy valerosas y algunos pagaron con su vida.

—Entonces, ¿había algún grupo en esta zona?

—Sí. Hasta que alguien los traicionó. Los alemanes los masacraron. Cosimo no era más que un chaval por aquel entonces. Uno de tantos. Tuvo suerte. La bala alemana solo le rozó, pero se quedó entre los cadáveres, haciéndose el muerto, mientras los remataban con las bayonetas. Estaba medio loco de pena y cubierto de sangre cuando consiguió llegar a casa tambaleándose al día siguiente. San Salvatore tuvo suerte de que no los fusilaran a todos en represalia, como pasó en otros pueblos.

—¿Sabían los vecinos quiénes eran los partisanos? —pregunté—. ¿No mantenían oculta su identidad?

—Por supuesto. Pero eso siempre se sabe. Se escondían en las granjas cuando los perseguían. Otros les daban de comer cuando estaban lejos de sus casas. Además, a veces llevaban una estrellita para que la gente supiera que eran quienes decían ser. Así que sí, los del

pueblo lo sabían.

«Los del pueblo lo sabían», pensé. Y una de esas personas los había entregado a los alemanes. ¿Por qué? ¿Quién se había beneficiado con eso? O a lo mejor se trataba de quién había sido liberado por los alemanes a cambio de esa información. Pensé en todos aquellos hombres que había conocido en la terraza de la *trattoria* y me pregunté cómo podría averiguar lo que sabían.

Llegamos a la granja y apilamos los palés, luego Paola fue a echarse la siesta. A mí también me habría gustado dormir, pero estaba demasiado tensa y preferí sentarme a hablar con Angelina mientras cuidaba del bebé.

—¿Quieres cogerla? —me preguntó—. Toma, cógela.

Y de pronto tenía a la niña en brazos. Noté su cuerpecito caliente asombrosamente pesado para su tamaño. «Es tan perfecta...», pensé. Una personita perfecta. Sus ojitos oscuros me miraban con interés.

—Hola —le dije—. No me conoces, ¿verdad? —Y me pareció detectar un amago de sonrisa—. Es preciosa —comenté.

—Sí, ¿verdad? Es el bebé más perfecto que he visto nunca —dijo Angelina—. Como nació prematura, me dijeron que quizá no sobreviviría. Pero recé. Le recé a santa Ana y a la Santísima Madre y escucharon mis plegarias. Y ahora mírala, engordando cada día gracias a mi buena leche. Cuando Mario vuelva a casa, se pondrá contentísimo de verla.

Contemplé la criatura minúscula que tenía en brazos, que ya empezaba a cerrar los ojitos. «No podría haberlo hecho yo sola», me dije. Para criar a un hijo hace falta un Mario que vuelva a casa y se ponga contentísimo. Y una abuela que cuide de la madre y del bebé.

Esa noche Paola dijo que estaba cansada y que cenaríamos algo sencillo. Batió unos huevos e hizo una *frittata* con las pocas verduras que nos habíamos llevado a casa: cebollas, calabacín y judías. Estaba riquísima.

—Hoy nos acostamos pronto, me parece —dijo después de que termináramos la cena con queso y fruta—. Mañana es un gran día. Primero la misa de las ocho, luego la procesión y después la comilona. ¿Vendrás?

—Uy, sí. Por supuesto. No quiero perdermelo.

—No profesas nuestra fe, me parece —dijo.

No me gustaba decir que no profesaba ninguna fe en realidad.

—Me educaron como anglicana —contesté—. Es similar, creo.

—He oído decir que los ingleses no son muy devotos. No honráis a los santos, ¿no es así? No les rezáis.

—Es cierto —contesté.

Hizo un ruidito de desdén.

—Entonces, ¿cómo va a atender el Altísimo vuestras plegarias si no pedís ayuda a los santos? Está claro que Él está demasiado ocupado para hacerlo todo solo.

Pensé en lo tierno y lo sencillo que era aquello, pero entonces recordé la medalla con un cordel que había visto en el cofrecito de mi padre. Alguien se la había dado, probablemente Sofía. Me pregunté qué santo sería aquel. Se me hacía tan raro imaginar a mi padre, tan frío y tan inglés, llevando una medalla... «Debió de quererla muchísimo», me dije. Recordé las obras que pintó antes de la guerra, tan luminosas y llenas de vida y de pronto caí en la cuenta de que su vida básicamente había terminado cuando le habían devuelto aquella carta sin abrir. ¿Cuántas veces habría intentado en vano localizarla antes de rendirse y casarse con mi madre, tan formal y cumplidora?

Capítulo 25

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Llovía, hacía muchísimo frío y un tiempo horrible. Hugo pasó varios días acurrucado en su refugio mientras la lluvia y el aguanieve salpicaban a su alrededor. Sofia fue a verlo por la noche, con el pelo pegado a la frente y la ropa empapada.

—No vengas cuando llueva así. Me las puedo apañar, de verdad, y tú vas a coger una pulmonía si te mojas y te enfrías —le suplicó él.

—Soy fuerte, Ugo. Estoy acostumbrada a llevar una vida dura. No te preocupes por mí —contestó ella.

—Pero ¿cómo vas a explicar la ropa empapada? La abuela sospechará.

—*Nonna* ya no puede subir las escaleras. Seco la ropa en el armario de la ropa blanca. — Lo miró con picardía—. No te preocupes.

Pero Hugo no podía evitar preocuparse. Una noche la tormenta fue tan terrible que Sofia no pasó a verlo. Los truenos estallaban sobre su cabeza y los relámpagos iluminaban el cielo. Se incorporó, relativamente seco bajo el trozo de paracaídas que había conservado, preocupado por ella. ¿Y si había intentado ir a verlo y le había caído un rayo? ¿Y si le había caído encima alguna rama rota? Además, le rugía el estómago. Ahora que estaba más fuerte, también su necesidad de comer era mayor. Se enfrentaba a la cruda realidad de que si algo le ocurría a Sofia, moriría de hambre, salvo que pudiera atrapar más pájaros. Pero la idea de comérselos crudos le repugnaba tanto que la desechó.

«Tengo que obligarme a caminar —se dijo—. Debo entrenar esta pierna. Lo intentaré por la mañana.»

Pero por la mañana siguió cayendo una manta de agua hasta que el suelo que lo rodeaba se convirtió en un pequeño lago. Se refugió como pudo en su rincón mientras la lluvia repiqueteaba en el altar que tenía encima, y se fue desanimando más y más. «Seamos realistas —pensó—, mis posibilidades de escapar son prácticamente nulas. Los alemanes aún andan por todas partes. Los aliados no intentarán llegar al norte, adentrándose en las montañas, hasta la primavera. Y aunque consiguiera bajar a la carretera, jamás podría echar a correr y esconderme si los alemanes me vieran.»

Pero tampoco podía rendirse sin más. Era su deber como oficial británico hacer todo lo posible por reunirse con su regimiento. Y mientras hubiera una esperanza de volver a ver a Sofia,

la chispa lo mantendría activo. A media tarde dejó de llover. Salió el sol y el charco del suelo fue evaporándose. Hugo asomó de su escondite y puso a secar el paracaídas. Milagrosamente, la piel de oveja y la manta no estaban demasiado mojadas. Luego, bordeando con cuidado el charco, salió afuera y disfrutó de la agradable sensación de sentir el sol en la cara. Aún había nubes sobre las cimas de los montes y observó que la nieve cubría aún más los picos.

Una vez en el patio mojado, intentó obligarse a caminar descargando el peso sobre la pierna herida. Gritó de dolor y le habría fallado de no haberla llevado entablillada. Mejor ni lo pensaba. Se puso la rama-muleta bajo el brazo y fue cojeando el resto del camino hasta el barril de lluvia, donde bebió un buen trago y se lavó la cara. «Un baño —pensó—. Un largo baño caliente.» Y se imaginó el baño de Langley Hall, con su bañera con patas y el agua hirviendo. «Nunca más volveré a ser desagradecido», decidió.

Interrumpió sus pensamientos el sonido de un motor procedente de la carretera. Varios vehículos militares que desde allí parecían de juguete se dirigían hacia el norte. Instintivamente se escondió detrás de un trozo de muro. Luego sus oídos detectaron otro sonido: el bramido ronco del motor de un avión. No de un avión alemán, ni británico. Entonces lo vio aparecer por el sur: un bombardero ligero estadounidense, supuso. Descendió hasta que por fin vio el reflejo del sol en la estrella americana. Sobrevolaba el convoy alemán y entonces cayó una bomba, luego otra. Notó la onda expansiva incluso allí arriba, en lo alto del monte. Después se oyeron varias explosiones secundarias con el estallido de los depósitos de gasolina. El humo de aquella bola de fuego llegó hasta él. El avión siguió volando y lo único que quedó del convoy fueron las llamas titilantes. Lo inquietó pensar que ni siquiera allí estaba a salvo de la guerra, pero a la vez lo animó saber que los aliados perseguían a los alemanes y los destruían en su huida hacia el norte. Quizá fuera cierto que la guerra no tardaría en acabar.

De vuelta a su escondite, reparó en una pluma que había en el suelo, de la paloma que había matado. Se agachó a cogerla. Era de un gris azulado precioso, con los bordes iridiscentes. De nuevo sintió una punzada de arrepentimiento por haber matado algo tan bello e inofensivo. Se metió la pluma en el bolsillo de la pechera y cruzó la capilla cojeando.

Esa noche se arregló la cama y se preguntó si Sofía iría a verlo. Tenía ya tantísima hambre que apenas pensaba en otra cosa. Fantaseaba con rosbif y pudín de Yorkshire, chuletas de cordero, pastel de carne y riñones. Sacó la lata que había encontrado entre los escombros y se preguntó si podría abrirla con el cuchillo. Había pensado dársela a Sofía, pero, como ella se había emocionado tanto con la paloma y el paracaídas, se la había guardado para sorprenderla más adelante. Le dio vueltas en la mano, luego la dejó en el suelo. No iba a conseguir más que estropear la hoja del cuchillo. ¿Y si era algo que no se podía comer crudo, como concentrado de tomate? Seguramente ella iría a verlo esa noche y quizá le llevara algo de esa paloma guisada.

Pero Sofía no fue a verlo. Hugo pasó la noche en vela, aguzando el oído, pero no oyó nada, salvo el suave murmullo del viento agitando los árboles y la hierba. Dos noches sin ella. Debía de haber pasado algo. Imaginó diversos escenarios: los alemanes habían vuelto y se la habían llevado o había enfermado y estaba en cama, malísima. Se sorprendió rezando como nunca lo había hecho antes: «Dios, me da igual lo que me pase a mí, pero mantenla a salvo». Y luego se lo pidió también a la Virgen, por si acaso.

Debió de quedarse traspuesto porque oyó que lo llamaban de lejos. Al abrir los ojos, la vio plantada en el umbral, recortada sobre la intensa luz del sol.

—*Gesù Maria!* —exclamó—. ¡La que ha caído! Suerte que no te has ahogado. —Y se acercó a él—. Mi pobrecito Ugo —dijo—. Siento mucho haberte dejado solo tanto tiempo. La noche de la tormenta... Cuando quise escaparme fue imposible.

—Lo comprendo —dijo él—. No quería que te arriesgaras a venir con semejante diluvio.

—Habría venido, pero mi hijo está enfermo. Tenía mucha fiebre. Quería dormir con su mamá y le daba miedo la tormenta. Estuvo despierto y aferrado a mí toda la noche. Y ayer tenía aún más fiebre. Tuvimos que llamar al médico. El médico dice que tiene amigdalitis y que tendrían que extirparle las amígdalas.

Hugo no entendió aquellas palabras hasta que ella se señaló la garganta.

—Ah, sí, las amígdalas —dijo él.

—Pero, claro, no podemos ir al hospital más cercano. No hay transporte. Así que le dio unos antibióticos confiando en que mejorara.

—¿Y ha mejorado?

Asintió con la cabeza.

—Ha pasado toda la noche pegado a mí, empapado en sudor, pobre. Esta mañana está débil, pero le ha bajado la fiebre, benditos sean todos los santos.

—Habrás tenido que hablar con san Blas, ¿no? —dijo Hugo, queriendo sacarle una sonrisa, pero ella lo miró ceñuda.

—Nunca te burlas del poder de los santos, Ugo. Son ellos quienes interceden por nosotros ante Dios. Y sí, le recé a san Blas.

—Perdona. No me burlaba. Solo quería hacerte sonreír —se excusó—. Pero no tendrías que haber venido de día. Ayer vi alemanes en la carretera.

—Nosotros también los vimos. Los americanos los bombardearon. Bien, ¿no? Y nuestros partisanos asaltaron un vehículo lleno de alemanes y les cortaron el cuello.

—¿No tenéis miedo de que tomen represalias? —preguntó él.

—¿Cómo iban a saber de qué pueblo son los partisanos? Podrían haber sido soldados ingleses o americanos acechando en la oscuridad.

—Aun así, no deberías arriesgarte a venir de día. ¿Y si te ven?

—Me han visto —dijo—. Benito me ha dicho que había visto más setas después de la lluvia. *Funghi di bosco*, nuestras favoritas. Le he dicho que salía enseguida a buscarlas yo misma, así que he cogido mi cesta y he salido. *Nonna* está cuidando de Renzo, que ahora duerme como un bendito. Si encuentro setas otra vez, ¡qué alegría! Significaría que podría volver a salir de día con motivo. Es otro pequeño milagro. No suele haber setas a estas alturas de diciembre, pero las lluvias no han sido muy frías. Si consigo encontrar unas cuantas, me convertiré en una heroína. Y prepararé una crema de setas para la próxima vez que venga. Pero primero... —Metió la mano en la cesta y puso el cuenco, tapado con un paño grueso, en el banco que yo tenía delante—. ¡Mira lo que te he hecho hoy! He preparado una sopa riquísima con nuestra parte de la paloma.

—¿Con «nuestra parte»? ¿Has repartido la paloma? —preguntó incrédulo, recordando lo poco que pesaba el animal en sus manos.

—Me he quedado con suficiente para hacer el caldo y le he dado un trozo a la *signora* Gucci a cambio de un poco de aceite y de harina. Ahora podré hacer pasta. No una pasta buena con huevo, pero sí *pici* con harina, agua y aceite. Menos es nada, ¿no? Los italianos no podemos vivir sin nuestra pasta.

Rio. Hugo se acordó de la lata.

—Y tengo otra pequeña sorpresa para ti —dijo, sacando la lata—. He encontrado esto entre los escombros. No sé lo que es, pero imagino que algo de comer.

Sofía la cogió con mucho respeto, como si le estuviera concediendo un gran honor.

—Gracias, Ugo. ¡A ver qué encontramos cuando la abramos!

—Saldré a mirar, a lo mejor hay más —dijo él—. Solo que no me muevo muy bien por ahí

fuera.

—Claro que no. Tienes que tener cuidado, no te vayas a caer y te hagas daño otra vez. Cuando empiece el año, a lo mejor ya estás lo bastante bien como para escapar y reunirte con los aliados cuando vayan hacia el norte.

—Eso espero.

Ella lo miraba con ojos melancólicos y Hugo tuvo el presentimiento de que Sofia tenía tan pocas ganas de que se marchara como él de separarse de ella.

—Me gustaría pintarte un retrato —le dijo de pronto.

Sofia le sonrió arrebolada.

—¿A mí?

—Sí, lo que pasa es no tengo pinturas ni lienzo. Pero haré un boceto para recordar los detalles cuando llegue a casa.

—¿Tienes papel? —preguntó ella.

—Tengo la cajetilla de tabaco vacía. Puedo desmontarla y dibujar en la parte de dentro.

—Vaya, ya se te han acabado los cigarrillos. Lo siento mucho.

—Tendría que aprender a prescindir de ellos. No me hacen ningún bien. Siéntate ahí, en el banco.

Sofia hizo lo que le pedía, mirándolo tímidamente. Hugo sacó la pluma y la dibujó. La joven estaba visiblemente turbada, pero a la vez coqueteaba con la mirada, satisfecha con la atención que él le dedicaba y el extraño honor de ser retratada.

—Háblame de los grandes pintores. Háblame de tus obras —le dijo—. Me gustaría saber más.

—Háblame tú de las que viste cuando fuiste a Florencia aquella vez.

Ella frunció el ceño, pensativa.

—Pues vi la obra de Miguel Ángel, claro. El maestro, tanto por sus esculturas como por sus pinturas, ¿no? Su *David*... Era como una persona de verdad. Parecía que se iba a mover en cualquier momento. Y la de Leonardo. Su *Madonna*... esa luz y esa belleza...

—Tienes suerte de vivir aquí —le dijo Hugo—. En la Toscana y en la Umbría se pueden encontrar obras de los grandes maestros en iglesias corrientes. En Arezzo, en Cortona, en Siena e incluso en pueblecitos. Obras de El Perugino y Giotto. Todas ellas obras maestras.

Lo sorprendió el gesto de desesperación de ella.

—Si siguen aquí —dijo—. Hemos oído que los alemanes han saqueado todo lo que han podido. Se llevarían hasta los frescos si encontraran un modo de arrancarlos de las paredes.

—Ganaremos la guerra y los obligaremos a devolverlo todo —dijo Hugo con más convicción de la que sentía. Terminó el boceto y se dispuso a guardárselo en el bolsillo de la pechera.

—Déjame verlo —le pidió ella.

—No, no es más que un boceto.

—Pero quiero verlo. —Hizo ademán de quitárselo, pero él la agarró por la muñeca. Rieron los dos—. ¡Qué malo eres! —le dijo—. ¿No me vas a conceder ese pequeño placer?

El tonto lo excitó. «Ese pequeño placer», se repitió, y le cruzó el pensamiento una imagen de Sofia en sus brazos. Se deshizo de ella enseguida.

—Ay, bueno, si te empeñas...

Ella le arrebató la cajetilla de tabaco y examinó atentamente el dibujo.

—¿Así soy? —preguntó.

—Sí.

—Pero me has hecho muy guapa...

—No —repuso él, y la vio entristecerse—. Te he hecho hermosa, porque así es como te veo.

Capítulo 26

JOANNA

JUNIO DE 1973

Al día siguiente me despertó el tañido fuerte e incesante de las campanas de la iglesia cercana, que repicaban también en otros pueblos lejanos. Era el día del banquete, una de las festividades religiosas más importantes del año, según Paola. El Corpus Christi. El cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. El día en que los niños hacen la primera comunión. Me levanté y me dispuse a ir a bañarme y lavarme los dientes. Eché un vistazo a la puerta y la ventana, pero no había más huellas. Era posible que los asaltantes de Gianni no hubieran visto que metía un sobre por los barrotes de mi ventana. Ya debía de estar al tanto el pueblo entero de que yo me había presentado como una forastera que no sabía nada. Regresaría a casa en cuanto me lo permitieran y todo volvería a la normalidad.

Al menos eso esperaba. Aun así, no me apartaría de Paola en toda la fiesta. Me bañé, me puse mi vestido más presentable (al que no le habría venido mal un planchado), saqué la medallita y me la até a la muñeca. Luego fui a la cocina a desayunar, pero no había nadie. Ni rastro de Paola. Me alarmé. Al ser el gran día, se habría levantado temprano. ¿Le habría pasado algo? No tenía ni idea de dónde estaba su dormitorio. Nunca había subido a la planta de arriba de la casa. Dudé de si ir a ver si se encontraba bien.

Ya estaba a medio camino de la escalera cuando apareció, sin duda vestida con su mejor ropa de domingo. Llevaba una falda roja, una blusa blanca de encaje y un chal negro con flecos por encima de los hombros. Se sobresaltó al verme en la escalera.

—¿Necesitas algo, *piccolina* mía?

—Es que no sabía si se encontraba bien o se había dormido —le dije.

—No, claro que no. Menos aún en un día como hoy. Lo que pasa es que tardo más en arreglarme. Este es nuestro traje regional, ¿sabes? Es costumbre llevarlo esta fiesta. Estas prendas eran de mi madre.

Le dije que estaba guapísima.

Sonrió.

—¿Lista para ir a la iglesia?

¿Cómo podía preguntar qué pasaba con el desayuno? Me rugía el estómago.

—¿No tomamos un café primero? —dije.

—¿Antes de misa? ¡No! Hay que ayunar para poder recibir el sagrado sacramento. Desde

la medianoche. ¿No lo hacéis vosotros?

—Creo que no —contesté, y se me cayó el alma a los pies de pensar en que no comería nada en un buen rato.

Paola meneó la cabeza asqueada.

—¡Angelina, date prisa, que nos vamos a tener que sentar en los últimos bancos y allí no se ve nada! —gritó escaleras arriba.

Apareció Angelina, también muy guapa con un sencillo vestido de flores y un chal por los hombros. Llevaba al bebé con un solo brazo; en el otro, un bolso grande. La niña iba vestida con una túnica blanca rematada de encaje y un gorrito de encaje en la cabeza. Dormía y parecía una muñequita de porcelana.

—Espera, déjame que te lleve eso —le dije, agarrándole el bolso.

—Gracias. —Me sonrió—. Parece mentira que una personita tan pequeña necesite tantas cosas. Un chal por si refresca. Otro vestidito por si se mancha este de vómito. Y pañales. Muchísimos pañales.

Salimos y, una al lado de la otra, enfilamos la pista de tierra que subía al pueblo. Hacía una mañana ventosa y fresca. Paola tuvo que agarrarse bien el chal que llevaba por los hombros.

—No me gusta la pinta que tiene el cielo —dijo—. Espero que no traiga lluvia. En la radio han dicho que llovería a última hora, pero ¿qué sabrán ellos, que están en un cuartito de Florencia? Le rezaremos a santa Clara para que haga buen tiempo todo el día. Con eso siempre nos ayuda.

—Dígame, *signora* Rossini —le dije, levantando la muñeca—. ¿Qué santo es el de esta medalla?

Me agarró la muñeca para verla mejor.

—Me parece que es santa Rita —dijo—. Es buena para las curaciones, sobre todo de heridas. ¿De dónde la has sacado?

—Estaba entre las cosas de mi padre —contesté.

—Entonces, ¿tu padre estuvo herido?

—De gravedad —respondí—. Su avión fue abatido. Consiguió saltar en paracaídas, pero lo hirieron en la pierna. Siempre cojeó un poco. —Tuve que imitar la cojera porque no conocía la palabra en italiano.

—Eso significa que esta santa lo curó —sentenció, al parecer complacida—. Y que tu padre creía en la verdadera fe.

—Lo dudo. Me parece que alguien le regaló la medalla.

Me miró fijamente un buen rato.

—¿Crees que se la regaló Sofia Bartoli?

—Sí —contesté—, eso es lo que creo.

—Era una mujer buena y generosa, así la recuerdo yo —dijo—. Lástima que terminara tan mal, traicionando a los suyos por un alemán.

«¿Y si no se fue voluntariamente?», pensé. Pero uno de los hombres de la plaza dijo que la habían visto subirse a un vehículo militar con un alemán en plena noche. Los dos solos. Sin escolta armada que impidiera la huida de ella.

Cuando llegábamos a la plaza, vi que habían dispuesto en ella unas mesas largas de caballete. Los edificios estaban engalanados de banderas y en la iglesia ondeaban filas de otras más pequeñas. Aún sonaban las campanas lo bastante fuerte como para que fuese imposible hablar. De todas partes llegaban personas en dirección a las puertas abiertas de la iglesia. Los hombres parecían incómodos con sus trajes negros y los cuellos blancos almidonados. Las

mujeres iban preciosas, algunas con trajes parecidos al de Paola, todas con sus mejores galas, y sus melenas morenas y brillantes recogidas en moños. Los niños, también vestidos de domingo, andaban junto a los adultos, que los retenían agarrándolos de la mano.

Justo cuando llegábamos a la puerta de la iglesia, se levantó un murmullo colectivo entre la multitud.

—¡Padre Filippo! ¡Padre Filippo!

Nos detuvimos y miramos atrás. Un anciano frágil vestido con sotana negra subía los escalones asistido por dos hombres fornidos.

«Me alegro de verlo, padre», «Que Dios lo bendiga, padre», lo saludaba la multitud que se apartaba para dejarlo pasar.

Paola sonreía y asentía con la cabeza.

—Nuestro antiguo párroco —dijo—. Fue nuestra fortaleza y nuestro guía espiritual durante la guerra. Dicen que les plantó cara a los alemanes y mantuvo el pueblo a salvo. Un gigante espiritual en el cuerpo de un hombre tan menudo.

—¿Ya se ha jubilado? —pregunté.

—Uy, sí. Tuvo problemas graves de salud hace años y ahora vive en una residencia para curas jubilados, no muy lejos de aquí. Es maravilloso que pueda seguir viniendo al pueblo en una festividad como la de hoy. No sería lo mismo sin él.

La multitud nos empujó al interior oscuro de la iglesia. Cuando nos acercábamos a la puerta, Paola sacó una mantilla y se la puso. Ví que las demás mujeres también se habían cubierto la cabeza y me sentí espantosamente visible. Me alegró que nos sentáramos a un lado y me tapara un pilar. Cuando nos hubimos sentado todos, entró una procesión de niños vestidos de traje oscuro y niñas con vestiditos blancos y velo que parecían novias en miniatura.

—Los que hacen la primera comunión —me susurró Paola—. ¿Verdad que parecen ángeles? Estoy deseando que Marcella tenga edad para hacerla.

Al final de la procesión iban los monaguillos, luego varios curas, todos con exquisitas vestiduras de brocado. Empezó la misa. La congregación en pleno cantó los himnos y recitó las respuestas. Una gran ola de voces inundó el templo. Pensé en lo distinto que era aquello de los servicios anémicos de mi país, a los que apenas asistía nadie. Hubo oraciones, hubo un sermón. Luego vino la parte solemne de la misa. Se encendió incienso cuyo humo llegó a todos los feligreses. El cura cantó en voz baja. Sonaron las campanas. Después los niños fueron subiendo al altar uno a uno para recibir su primera comunión. Cuando terminaron, los siguió el resto: uno por uno fueron subiendo los escalones del altar. Aquello parecía no terminar nunca. Yo estaba muerta de hambre. «Al menos estas personas se están comiendo un trozo de pan ácimo», me dije.

Justo cuando pensaba que ya terminaba, invitaron a los niños de nuevo al altar para presentárselos a la congregación. Entonces ayudaron al padre Filippo a subir los escalones para que diera su bendición a los pequeños y al resto de los feligreses. Cantaron otro himno animadamente. Los curas, los monaguillos y los nuevos comulgantes salieron del templo en procesión y por fin nos dejaron seguirlos. Me encantó descubrir que habían puesto café y panecillos dulces en las mesas que había junto a la iglesia. Esperé mi turno pacientemente mientras Paola charlaba con otra mujer y me presentaba.

—¿El padre Filippo se queda o vuelve a la residencia? —pregunté.

—Se queda, al menos para la procesión —me dijo—. Mira, le traen una silla.

Se me había ocurrido una idea durante el largo sermón pronunciado en un idioma que no conocía. El padre Filippo había sido el párroco del pueblo durante la guerra y los curas oían confesiones. A lo mejor Sofia le había hablado del piloto británico. Debía idear un modo de

charlar un rato con él.

Pero en cuanto nos bebimos el café y nos comimos un bollito, llegó la banda del pueblo. Iban vestidos con trajes medievales y entraron solemnes y orgullosos en la plaza, precedidos de portaestandartes que agitaban enormes banderas. Se produjo un aspaviento colectivo. Todos terminaron de comer rápidamente y se atusaron, impacientes por incorporarse a la procesión. La banda acabó de tocar la marcha que interpretaba y quedaron inmóviles. Solo la fila de tambores mantenía el ritmo. Tan titi tan titi tan. Los tambores resonaban en los edificios altos. Los niños de la primera comunión dejaron a sus familias y formaron dos filas, los chicos en un lado y las chicas en otro, algo que no agradó a algunos de los chiquillos. Esperaron pacientemente detrás de la banda.

La expectación era palpable. Los trompetas se acercaron sus instrumentos a los labios. Se oyó un gran estallido y de la iglesia salieron los monaguillos con su sotana roja y blanca, dos de ellos balanceando mediante unas cadenillas largas unas bolas de latón donde se quemaba el incienso. Detrás de ellos llevaban al padre Filippo en una especie de silla de manos, seguido de cuatro hombres que sujetaban un toldo grande de brocado por encima del cura, que a su vez sostenía un objeto de oro muy historiado. No supe qué era, pero Paola se persignó, así que debía de ser algún tipo de reliquia religiosa.

Ocuparon su lugar detrás de los monaguillos. Entonces volvieron a sonar las trompetas, tocó la banda y la procesión comenzó a avanzar. Observé una cosa extraña: había pocos hombres entre la multitud que esperaba. Entonces vi por qué: llegó de pronto un grupo de varones que marchaban con hachas de guerra y cruces antiguas. Iban vestidos con túnicas blancas y capuchones puntiagudos con los que se tapaban la cara. El efecto resultaba alarmante. La única indumentaria similar que había visto alguna vez era la del Ku Klux Klan. Miré de reojo a Paola.

—La Cofradía de San Jorge —me dijo—. Una hermandad que reúne a los hombres devotos del pueblo. Es un honor que te inviten a formar parte de ella.

Observé entonces que llevaban una estrella en la pechera de sus túnicas blancas. Una estrella de múltiples puntas. Cuando la procesión comenzó a alejarse solemnemente al ritmo lento de los tambores, los habitantes del pueblo se sumaron a ella. Ocupamos nuestro sitio con el resto de las mujeres. El recorrido nos llevó a paso de tortuga por todo el pueblo. Mientras caminábamos, tuve tiempo para pensar. La estrella de múltiples puntas era como la réplica diminuta que Gianni me había dado. ¿Insinuaba que uno de los hombres importantes del pueblo se había visto implicado de algún modo en un derramamiento de sangre? Volví a mirar a los encapuchados. ¿Cuál de ellos tendría algo que ocultar?

Fuimos en procesión por todo el pueblo hasta que llegamos a la carretera bordeada de cipreses y luego a la pista de tierra entre los campos, pasando por varias granjas para luego regresar al pueblo. El día, que había empezado fresco y luminoso, se estaba nublando. Se había levantado aire, con lo que sostener el toldo se hacía complicado y al párroco le costaban sujetarse las vestiduras.

—Recemos para que no llueva —dijo Paola—. Después de dos semanas de sol espléndido, no creo que Dios quiera traernos lluvia precisamente hoy.

Cruzamos unos viñedos y volvimos a la carretera y luego a la plaza. El cura dijo unas oraciones e impartió la bendición. La banda tocó algo que obviamente era un himno religioso, porque todos empezaron a cantar. Me descubrí observando los rostros embelesados de la gente mientras cantaban. Aquellas eran personas sencillas que verdaderamente creían. Me dio un poco de envidia porque yo nunca me había sentido tan integrada.

El himno llegó a su fin. La gente se dispersó. Observé que el padre Filippo se había

quedado sentado en su silla y aproveché la ocasión para acercarme a él.

—Padre, soy inglesa —dije—. He venido a averiguar qué le ocurrió aquí a mi padre, un piloto británico cuyo avión fue derribado durante la guerra. Le escribí una carta a Sofia Bartoli, pero nadie del pueblo recuerda nada de él. Me preguntaba si usted sabría algo que pudiera contarme.

Me miró sonriente.

—La guerra... ¡Qué época tan trágica! ¡Cuánto sufrimiento! ¡Cuántas vidas perdidas inútilmente!

—¿Recuerda a Sofia Bartoli?

Seguía sonriendo.

—¿Sofia? Una joven muy tierna. Lo triste que se puso al ver que su hombre, ¿cómo se llamaba...? Déjeme pensar... ¿Giovanni? No, Guido. Eso es. Al ver que Guido no volvía y entender que había muerto.

—Pero mi padre... —dije—. El piloto británico. ¿Alguna vez le habló de él? ¿Sabía usted de su existencia?

Me miró ceñudo, como concentrándose.

—No es de aquí, ¿verdad? —me preguntó.

—No, padre. De Inglaterra.

—Inglaterra. Eso está muy lejos. Una tierra bárbara donde no profesan la fe verdadera.

Supé entonces que había perdido la cabeza. Recordaba a Sofia, pero si ella le había hablado de mi padre, ese recuerdo se había esfumado hacía tiempo.

Procuré pensar en qué podía preguntarle para refrescarle la memoria, pero entonces se acercó a él uno de los hombres.

—Venga, padre, que lo llevamos a su sitio. Seguro que tiene hambre.

El padre Filippo sonrió.

—La comida es el único placer que le queda a un anciano —dijo mientras lo ayudaban a levantarse—. Fue hace mucho tiempo —añadió, volviéndose hacia mí—. Los viejos recuerdos solo reabren viejas heridas. A veces agradezco que los míos se hayan evaporado.

Capítulo 27

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Ya casi era Navidad. Sofia me comentó que Cosimo le había pegado un tiro a un jabalí en el bosque.

—Hay que guardar el secreto —me dijo— porque no nos dejan tener armas propias y, si los alemanes encuentran el jabalí, nos lo quitarán. Les encanta la carne de jabalí. Pero nuestros hombres lo trocearán en el bosque y repartirán un pedazo a cada familia de San Salvatore para que todos tengamos algo de carne en las fiestas. ¿Y a que no sabes qué voy a hacer yo? ¡Ragú de jabalí! ¡La lata que me diste tenía tomates! Estoy emocionada. También haré un pastel de castañas. Todo un festín navideño.

Cuando se marchó, Hugo recordó su cara, su alegría. «Se emociona con cosas tan insignificantes...», se dijo. Se sorprendió comparándola con Brenda, a la que no parecía ilusionar nada últimamente. Sabía que Langley Hall la aburría. La vida en el campo le resultaba tediosa. Pero no estaban precisamente en medio del Sahara. De Godalming salía un tren rápido a Londres y ella iba a menudo a la ciudad, de compras e incluso a clubes. Bebía mucho, todo tipo de cócteles, y Hugo estaba convencido de que había consumido cocaína. La veía como un animal atrapado en una jaula de oro.

Se la quitó de la cabeza y, en su lugar, pensó en Sofia. Quería hacerle un regalo de Navidad. No había podido cazar otra paloma. De hecho, ya casi no veía aves desde que habían bajado tanto las temperaturas y helaba por las noches. A pesar de llevar su ropa y la de Guido a la vez y tumbarse en la piel de oveja, le costaba mantenerse caliente. Procuraba moverse más durante el día y pasaba horas deambulando por ahí, cojeando y hurgando entre los escombros. El bombardeo había sido exhaustivo. No había sobrevivido casi nada, aparte de las paredes de la capilla. Encontró páginas sueltas de libros, tan estropeadas por la lluvia que apenas podían leerse. Halló un misal casi completo con sus maltrechas tapas de piel. Iba a soltarlo, pero cambió de opinión. No le parecía bien dejar algo tan antiguo y sagrado a la intemperie para que las inclemencias meteorológicas lo destruyeran. Lo cogió y se lo metió por dentro de la cazadora. Se preguntó qué otros objetos valiosos y raros habrían abandonado allí los monjes cuando los habían echado. Sofia le había contado que los alemanes se habían llevado las obras de la capilla. Confiaba en que los monjes hubieran podido coger sus cálices y otros objetos de valor, porque, desde luego, entre los escombros no había nada valioso. «Solo más cadáveres, probablemente»,

se dijo.

Volvió ya adentro cuando lo vio: el sol se reflejaba en algo que parecía una moneda. Se agachó con dificultad y la cogió. Era una medalla en la que una mujer tendía las manos con una inscripción minúscula alrededor. «La *Madonna*», se dijo, y supo que tenía su regalo de Navidad para Sofia. Regresó a su santuario y se sentó a sacarle brillo con la camisa hasta dejarla como nueva. Luego hojeó el misal. Las últimas páginas eran de papel marmolado. Arrancó una con cuidado y dibujó un pequeño nacimiento para Sofia: la Virgen, San José, el Niño, los pastores con sus ovejas, la mula y el buey. Luego añadió un monte con San Salvatore al fondo. Quedó bastante satisfecho con el resultado. Dobló el dibujo y metió la medalla dentro. Después lo guardó bajo la cubierta de piel del misal.

—Siento no poder venir el día de Navidad —le dijo Sofia la siguiente vez que fue a verlo—. Me será imposible. Vamos a la misa del gallo en Nochebuena y luego lo celebramos con los vecinos casi toda la noche. Al día siguiente, más de medio pueblo anda por ahí, celebrándolo por todo lo alto, aunque Dios sabe lo poco que tenemos que celebrar en estos momentos. Tendré que esperar a que se vayan todos a la cama el día de Navidad por la noche, repletos de vino, de comida y de felicidad. Lamento dejarte solo en un día tan señalado. Vendré en cuanto pueda. Te traeré un poco de ragú de jabalí, aunque dudo que la pasta esté igual de rica fría, pero he traído cosas para que no pases hambre. —Sofia levantó el paño y Hugo vio que le había llevado una buena ración de polenta, algo de tapenade, un trozo pequeño de queso de oveja y una manzana deshidratada—. Guárdalo —le dijo— y ahora tómate esta sopa.

Comió, conmovido por la cara de preocupación de ella cada vez que tragaba.

—¿Alguna vez has intentado pintar o dibujar, Sofia? —le preguntó de pronto.

—¿Yo? De pequeña. A una de las monjas le gustó mi dibujo de un burro y lo colgó en la pared, pero hasta ahí llegó mi carrera artística. —Rio.

Hugo sintió un súbito deseo de llevársela a Inglaterra, de instalarla en su estudio de Langley y enseñarle a pintar, pero no expresó en voz alta aquel disparate. ¿Por qué ofrecerle algo que nunca podría tener? ¿Por qué darle falsas esperanzas? «Para que pueda superar esta época oscura», se respondió.

—Cuando termine la guerra, volveré a San Salvatore —le dijo—, traeré mi caballete y mis pinturas y te dejaré pintar lo que quieras. Luego lo colgaré en una de las paredes de mi casa.

Sofia rio.

—Será otro burro. Es lo único que sé dibujar.

—Pero podría ser un burro azul. Un burro a lunares. Un burro volador. Muchos, muchísimos burros voladores.

—No digas tonterías, Ugo —le dijo ella, riendo, y jugando le dio una bofetada. Entonces un espasmo de remordimiento le cruzó el rostro—. Lo siento. No tendría que haber hecho eso.

—No te disculpes. Me gusta verte reír. Me hace sentir que aún estoy vivo, que todavía hay esperanza.

—A mí también me pasa —dijo ella—. Cuando pienso en que te veré pronto, siento que aún estoy viva.

Hugo le cogió la mano instintivamente.

—Tú eres la única razón por la que sigo con vida, Sofia, la única razón por la que quiero seguir viviendo.

—No, no digas eso. Tu mujer, tu hijo, tu familia, ellos son tus razones.

Él negó con la cabeza.

—No. Si no vuelvo, llorarán un poco, dirán que fui muy valiente al dar la vida por mi país

y luego seguirán adelante como si no hubiera pasado nada. Dudo que haya alguien en casa que fuera a llorar por mí de verdad.

—Yo lo haría —dijo ella—. Si murieras, lloraría de verdad por ti.

Observó que Sofia no había retirado la mano. De hecho, le apretaba la suya con tanto fervor como él a ella.

Lo despertó el tañido de las campanas. Aún era de noche y no tenía ni idea de la hora, pero las campanas continuaron resonando por todo el campo helado. «Los alemanes —se dijo—. Los alemanes han vuelto al pueblo.» Pero luego pensó: «No, suenan las campanas para llamar a la misa del gallo. Es Nochebuena.» Y volvió a tumbarse, sonriendo para sí, repasando recuerdos de un pasado lejano: Hugo a los cinco o los seis años despertando al frío y gris amanecer para encontrar el calcetín que colgaba a los pies de su cama repleto de regalos. Y Nanny asomando la cabeza por la puerta.

—Parece que ha venido Papá Noel, ¿eh?

—Sí. —Casi le costaba responder, de lo emocionado que estaba—. ¡Mira todo lo que me ha traído!

—¡Vaya, eres un chico con suerte! Y me parece que también hay algo abajo. Más vale que te laves y te vistas.

Y había algo: un poni gordo de color crema. «Tiempos felices —se dijo—. Cuando mamá aún vivía y papá todavía no se había ido a la guerra y me habían prometido un hermanito o una hermanita.» Algo había ido mal y tanto la madre como el bebé habían muerto en el parto. De repente solo estaban su padre y la niñera. Y al año siguiente lo mandaron a un internado, su padre se fue a la guerra y ya nunca volvió a sentirse a salvo.

Se quedó tumbado escuchando hasta que sonaron los últimos tañidos en la quietud de la noche.

—¡Feliz Navidad! —dijo en voz alta, y se durmió.

Cuando volvió a despertar, oyó voces a lo lejos, el sonido de tambores y luego trompetas. De inmediato le recordó a un ejército invasor, romano o medieval. Pero Sofia le había dicho que todo el mundo andaría por ahí, celebrándolo por todo lo alto. A lo mejor la banda del pueblo y una procesión eran parte de ese «celebrándolo por todo lo alto».

Se lavó en el barril de lluvia y lamentó no llevar un peine en el bolsillo para arreglarse el pelo. Se lo humedeció y se pasó los dedos para alisarse un poco los rizos. Hacía un día extraordinariamente despejado y luminoso. Y silencioso, tanto que su respiración parecía el único sonido del mundo. Los tambores y las trompetas habían cesado y se imaginó a todo el pueblo sentado alrededor de largas mesas corridas, pasándose enormes cuencos de comida, hablando y riendo, como si no tuvieran una sola preocupación en la vida.

«Estarán comiendo hasta bien entrada la noche —se dijo—. A lo mejor Sofia no viene a verme.» Debía resignarse y confiar en que ella no se arriesgara a escapar mientras sus vecinos volvían a sus casas después de la celebración.

Cayó la noche. Se instaló en su cama y se tumbó bocarriba, anhelando un cigarrillo, un vaso de *whisky*, un pastel de cerdo, un rollito de salchicha, una chocolatina..., esas cosas que no había sabido valorar toda su vida.

Le pareció oír a unos ángeles cantando y abrió los ojos, incrédulo.

—Y había pastores morando en los campos, vigilando sus rebaños por la noche —masculló, recordando las palabras del Evangelio.

Al levantar la vista, vio un ángel que se le acercaba, cantando con voz aguda, clara, dulce. El ángel sostuvo en alto un farolillo que le iluminaba el rostro.

—*Mille cherubini in coro ti sorridono dal ciel* —cantaba ella. Un coro de mil querubines te sonrío desde el cielo. Luego se tiró al suelo a su lado—. Ah, estás despierto. Me alegro mucho. Mira, te traigo cosas buenas por Navidad. Sal a disfrutar de tu banquete. —Se obligó a salir de la cama y se sentó en el banco a su lado. Ella estaba destapando los platos que llevaba envueltos con el paño grueso—. Ragú de jabalí con pasta —dijo—. Y leche de oveja con miel y pimienta. Y pastel de castañas. Y una petaca de grapa. Come, come.

Su insistencia le hizo reír. «A pesar de lo joven que es, parece la típica madre italiana», se dijo. No le hizo falta que le insistiera. La comida aún estaba caliente. Comió, limpiando bien los platos con la polenta que le quedaba. La grapa era fuerte y le ardió la garganta al tragarla, pero le calentó el cuerpo entero.

—¿Te gusta? —le preguntó ella tímidamente.

—Magnífico. Un auténtico banquete —contestó, y ella rio encantada.

—Lo hemos pasado fenomenal hoy en el pueblo. Primero, una misa del gallo preciosa. Todo el mundo cantaba y el padre Filippo nos ha dedicado unas palabras de aliento. Luego nos hemos reunido con otras familias para celebrarlo. Había comida de sobra y todos estábamos contentos. Como en los viejos tiempos. —Entonces, volvió a ponerse seria—. Cosimo me ha hecho un regalo: una botella de *limoncello* que había estado guardando en su bodega. Yo no quería aceptarla, pero no estábamos solos y me ha parecido mal hacerle el feo delante de los demás. Así que le he hecho abrirla enseguida para brindar por los que no están, por los seres queridos que aún no han vuelto a casa. —Se puso tristonza, luego sonrió de nuevo—. Y te he traído un regalito, porque en Navidad hay que hacer regalos. —Le dio un ángel diminuto tallado en madera—. Es de nuestro nacimiento —le explicó.

—Tendrías que haberlo dejado donde estaba, Sofia —le dijo él cuando ella se lo puso en la mano.

—Pero hay otros ángeles y yo quería que uno cuidara de ti. El nacimiento es muy antiguo, de hace muchas generaciones, y cada una ha ido añadiéndole cosas, hasta ahora. —Envolvió la figura con los dedos—. Quédatelo y piensa que voy a estar rezando todo el tiempo para que tu ángel de la guarda cuide de ti.

Hugo notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y pestañeó para deshacerse de ellas.

—Yo también tengo un regalo para ti —le dijo.

—¿Un regalo? ¿Para mí?

—Claro. Es Navidad. Hay que hacer regalos. Lo has dicho tú.

—¿Otra paloma? ¿Otra lata?

—No es nada tan útil, me temo. Toma. —Le entregó el misal.

—Es un libro antiguo —dijo ella, mirándolo maravillada.

—Lo he encontrado entre los escombros —le dijo él—. Parece casi intacto. Ábrelo. —Sofia lo abrió y encontró dentro la hoja doblada—. Con cuidado —le aconsejó él.

Ella desdobló la hoja y soltó un pequeño aspaviento de emoción.

—Es una medalla milagrosa, como la que le metí en el bolsillo a Guido cuando se fue a la guerra. ¿Cómo lo has sabido?

—La he encontrado ahí fuera —contestó Hugo—. La he limpiado un poco. Me he acordado de que me dijiste que no tenías ninguna medalla de la *Madonna*. También te he hecho un dibujo. —Al decirlo se dio cuenta de que sonaba como un niño esperanzado.

Sofia extendió la hoja y la sostuvo a la luz del farolillo.

—¡Es la Natividad! —exclamó—. La Virgen, San José y el Niño Jesús. Y los pastores con sus ovejas. Ay, y esta es mi casa. Mira el campanario. Es increíble. Eres un verdadero artista, Ugo. Lo conservaré siempre.

Hugo se sintió tremendamente feliz. Ella se acercó un poco más a él y le acarició la mano.

—Eres un hombre bueno y generoso. Espero que tu mujer aprenda a valorarte.

Levantaron los dos la vista al oír el murmullo sordo de un avión que se acercaba.

—¡Los aliados! ¡Vienen a bombardear otra vez el frente de invierno de los alemanes! —exclamó Sofía entusiasmada. El ruido se hizo cada vez más intenso hasta que vibraron las piedras sueltas. Luego se oyó una especie de silbido seguido de un fuerte bombazo—. ¡Están tirando bombas! —dijo—. Debe de haber un convoy en la carretera. —Se sobresaltó al oír un segundo estruendo que hizo temblar toda la ladera—. Demasiado cerca. Abrázame, Ugo. Tengo mucho miedo.

Se acurrucó junto a él y él la estrechó entre sus brazos, notando la suavidad de su pelo en la mejilla.

—Tranquila, estás a salvo conmigo —le dijo.

«Podría quedarme así eternamente», pensó él. Cuando estaba formándose ese pensamiento en su cabeza, se oyó otro silbido más cerca aún. El estrépito sordo de la explosión hizo temblar el suelo. Sofía gritó y se aferró a Hugo, enterrando la cara en el cuello de su cazadora mientras los dos sentían la explosión. Llovieron piedras de las paredes dañadas, que rebotaban y reventaban a su alrededor. Hugo se tiró encima de ella para protegerla. Entonces el suelo se ladeó. Cayó el farolillo con gran estrépito y se quedaron completamente a oscuras. Oyó y notó que resbalaban los cascotes por encima de ellos. Fue como si la capilla entera implosionara. Resbalaban, arrastrados por una cascada de piedras. Sofía gritó. Hugo se agarró con todas sus fuerzas al lateral del altar mientras el mundo de desmoronaba a su alrededor.

Capítulo 28

JOANNA

JUNIO DE 1973

Mientras se disolvía la procesión en la plaza, nos quedamos observando a la gente que salía corriendo en todas las direcciones. Miré a Paola porque no sabía si también nosotras nos íbamos a casa.

—Van a por la comida —me dijo—. Este año comemos con los Donatelli. Maria Donatelli nos ha invitado amablemente porque mi casa está demasiado lejos para venir a la plaza cargada con comida. Los esperaremos sentadas a su mesa.

Crucé la plaza detrás de ella hasta una mesa con un mantel blanco y una tarjeta impresa con el texto FAMIGLIA DONATELLI. Descubrí entonces que todas las familias tenían su mesa reservada. Miré alrededor para ver dónde iban a sentarse Cosimo y Renzo. Pasaban los hombres cargados con bandejas de cordero trinchado. Los vi dejarlas en las mesas que había delante del consistorio. Ni rastro de Cosimo ni de Renzo aún. Debían de estar entre los encapuchados. Empezó a llegar gente a nuestra mesa con montones de pasta, *risottos*, bandejas de ensalada, panes, un jamón grande... Me presentaron y me encontré de pronto sentada en medio de una bulliciosa multitud de personas de varias generaciones. La más joven era la hija de Angelina y el mayor un anciano encogido y desdentado al que le troceaban la comida. Todos reían y gritaban, y eso se repetía en las demás mesas. El alboroto de la plaza era ensordecedor. Miré alrededor, preguntándome si alguna celebración en Inglaterra podía generar un gozo tan patente y una celebración familiar tan multitudinaria. Me sentía incómoda entre ellos, pese a lo amables que habían sido de incluirme, ofreciéndome comida sin parar y teniéndome siempre lleno el vaso de vino.

De pronto sentí la necesidad de alejarme. Me levanté de la mesa con la excusa de que iba al baño. Cuando entraba en la zona sombreada del fondo de la plaza, vi que alguien me seguía. Me hice a un lado para dejarlo pasar, pero se detuvo y me plantó cara. Era Renzo. Volvió a agarrarme de la muñeca y sosteniéndome en alto la mano la comparó con la suya, en la que esta vez llevaba el anillo.

—Sí, son idénticos —dijo—. Increíble. —Miramos los anillos los dos, comparándolos, él ceñudo todavía, como si no pudiera creer lo que veía—. Y hay una inscripción por dentro —prosiguió—. La vi ayer por primera vez. «HRL». ¿Sabe lo que significa?

—Sí, por supuesto. Hugo Roderick Langley. Son las iniciales de mi padre —le contesté. Meneó la cabeza.

—Entonces tengo que reconocer que este anillo era de su padre. Me cuesta creer que estuviera aquí y que conociera a mi madre, pero ahora tenemos una prueba de que lo que dice debe de ser verdad. Tengo que disculparme por lo grosero que he sido.

—No hace falta que se disculpe. Me alegro de que alguien me crea por fin.

Renzo me miró y asintió con la cabeza. Luego rio un poco.

—Y pensar que no teníamos ni idea. Cuando se entere mi padre, se sorprenderá mucho.

—No se lo cuente —le dije enseguida.

Me miró intrigado.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiere que lo sepa?

—Porque... —Vacilé—. Porque no sabemos lo que pasó en realidad y, hasta que lo sepamos, prefiero mantenerlo en secreto.

Aún no tenía claro qué hacer ni si podía confiar en Renzo. Había aprendido por las malas que no todos los hombres son de fiar. Entonces caí en la cuenta de que no iba a poder averiguar nada más sobre mi padre y Sofia si no compartía parte de lo que sabía.

—Me gustaría enseñarle algo —dije, levantando la muñeca—. Esta medalla con un cordel estaba entre las cosas de mi padre. Estoy segura de que se la dio Sofia, su madre. Él no era religioso y jamás habría llevado algo así por iniciativa propia.

Renzo me agarró de nuevo la muñeca y, sosteniéndola en alto, la escudriñó. El tacto de sus manos me alteró muchísimo, pero a él no parecía afectarle en absoluto estar tan cerca de mí.

—Interesante —dijo—. No estoy seguro de qué santa es.

—Paola me ha dicho que es santa Rita —le contesté yo.

Se encogió de hombros.

—No soy experto en santos. Las generaciones anteriores creen que hay un santo para cada problema, pero yo, sinceramente, no los he encontrado muy útiles para resolver los míos.

—¿Ha tenido problemas? —le pregunté.

Renzo se encogió de hombros.

—He tenido unos cuantos. Solo pequeños contratiempos comparados con las miserias del mundo, supongo. Sobre todo males de amores. —Guardó silencio, de nuevo ceñudo—. No debería aburrirla con estas cosas, *signorina* Langley.

—No, por favor, sigue. Y vamos a tutearnos.

—Muy bien —dijo, encogiéndose de hombros una vez más—. Cuando tenía dieciocho años, hubo una chica. Me mandaron a estudiar a Florencia, ya sabes y, cuando volví a casa, le dije a mi padre que quería ser chef. A él le pareció una estupidez. Yo iba a heredar todas sus tierras, los prósperos viñedos. Quería que estudiara Agricultura, así que tuve que ceder, e hice un curso de Vinicultura en la universidad. Entonces volví a casa y me enamoré. Pensé que Cosimo se alegraría, pero ella no le gustó. Quería ser diseñadora de moda y, milagrosamente, consiguió plaza en el Instituto de la Moda de Milán. Se fue y, por supuesto, nunca volvió. Tengo entendido que ahora es bastante famosa. —Se interrumpió y me miró—. No sé por qué te estoy contando esto...

—A lo mejor porque tienes la sensación de que yo he pasado por cosas parecidas...

—Ah, ¿sí?

—Sí. El hombre con el que pensaba que iba a casarme me dejó por otra con la que podía prosperar profesionalmente.

—Siempre me han dicho que los hombres ingleses eran fríos y comedidos. Pero no sois todos así, debo reconocer. Cuando trabajaba allí, conocí a una chica inglesa muy simpática, divertida y cariñosa, y en absoluto tan estirada como se supone que sois todos. Hasta pensé en quedarme en Londres y casarme con ella. Pero entonces a Cosimo le dio el ictus y tuve que dejarla

y volver corriendo a casa. Tengo la sensación de que cada vez que me enamoro la relación está condenada al fracaso.

—Hay tiempo para todo —le dije yo.

—Para ti, a lo mejor. Yo ya tengo treinta años. En nuestro entorno, soy un caso perdido. Un viejo solterón, como mi padre.

Habíamos estado caminando a la sombra, por la callejuela, y vi que teníamos el parque delante.

—Hay algo más que quiero que veas —le dije—. ¿Nos sentamos y te lo enseño? A lo mejor me puedes ayudar a descifrarlo.

Dejamos atrás las casas. Renzo me siguió por el sendero arenoso hasta el banco a la sombra del arce blanco donde había visto sentada a la pareja de ancianos. Se puso a mi lado y abrí el bolsito. Saqué la cajetilla de tabaco en la que mi padre había hecho el boceto de aquella mujer.

Hizo un aspaviento al verlo.

—Sí, es ella. Mi madre. Tal como era. Esa sonrisa. ¿Lo hizo tu padre?

—Debió de hacerlo.

—La captó perfectamente.

No se oía otra cosa que el zureo de una paloma en el árbol que nos daba sombra y el gorjeo de los gorriones que picoteaban la tierra. Me sentí como si estuviéramos solos al borde del universo.

—No lo entiendo —dijo—. Tu padre le regaló a mi madre su anillo, que debía de tener mucho valor para él. Se tomó la molestia de hacerle un retrato. Está claro que sentía algo por ella. Y ella le regaló la medalla, con lo que también debía de sentir algo por él. ¿Qué pasó entonces? ¿Qué salió mal? ¿La abandonó y volvió a Inglaterra y ella prefirió la seguridad del alemán?

—Quiero enseñarte otra cosa... la carta de la que te hablé —dije, y saqué la carta que había escrito mi padre.

Renzo examinó el sobre.

—Sí, la dirección era correcta —confirmó—. Esa era la casa en la que yo nací. Y se envió... después de que ella se fuera. Ya no vivía allí. —Suspiró.

—Lee lo que le escribió mi padre.

Abrió la carta, empezó a leer y levantó la vista.

—Tenía un buen italiano escrito.

—Estudió Arte en Florencia antes de la guerra —dije yo.

—¿Era artista?

—En mi época, no. Daba clases de Arte en un colegio, pero yo no supe que pintaba hasta después de su muerte, cuando encontré algunos cuadros preciosos.

Siguió leyendo. Lo oí hacer un pequeño aspaviento al llegar al final.

—¿«Nuestro niño bonito»? —preguntó, mirándome.

—Yo pensaba que a lo mejor ese eras tú, que tuvieron que esconderte en algún momento de peligro.

Negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. Yo nunca estuve escondido. Viví con mi madre y mi bisabuela hasta que mi madre nos dejó. Luego seguí viviendo con *nonna* hasta que murió, poco después de que terminara la guerra. Fue entonces cuando Cosimo me adoptó. Se hizo con las tierras de mi madre y consiguió comprar las de los hombres que habían muerto en la guerra, así logró ser lo bastante próspero como para darme una buena educación.

—¿Podría ser que tu madre hubiera tenido otro hijo? ¿Con mi padre?

—¿Cómo? —Negó con la cabeza—. Nos habríamos enterado.

—¿Cuántos años tenías tú, tres, cuatro...? Los niños de esa edad no notan cuando engordan los adultos.

—Pero *nonna* lo habría advertido. Y todas las mujeres del pueblo. A las vecinas de San Salvatore no se les escapa ni una, te lo aseguro. Lo saben todo. Además, si dio a luz, ¿dónde lo hizo?

—Eso nos devuelve a la pregunta de cómo es posible que mi padre estuviera aquí y no lo supiera nadie. ¿No lo tendría escondido en tu casa?

Renzo lo pensó, ceñudo.

—Supongo que sí. Teníamos un desván muy grande y había que trepar por una escalerilla para llegar a él. Mi madre subía allí de cuando en cuando para bajar cosas que nos podían resultar útiles. También teníamos una bodega. A mí no me gustaba bajar porque había ratas y estaba oscuro, pero allí guardábamos el vino y el aceite de oliva.

Lo miré esperanzada.

—Entonces, ¿podía haber habido alguien escondido en vuestra bodega?

—¿Y cómo pudo mi madre meter allí a tu padre? No hay más que una puerta de entrada a la casa y da a la calle.

—¿Y qué hay por la parte de atrás?

—Ventanas y la muralla del pueblo, más abajo. Además, *nonna* tendría que haber estado al tanto y yo la recuerdo estricta, seria y exigente. Dudo que hubiera permitido que un forastero se escondiera en el hogar de su familia. Habría ido directa al párroco a confesárselo.

—¿No habría hecho lo mismo tu madre? —pregunté—. Debía de ser religiosa o no le habría regalado a mi padre esta medalla.

—Supongo.

—Además, un cura no puede faltar nunca al secreto de confesión.

—He hablado con el padre Filippo —le dije—, por si tu madre le había contado algo importante. La recuerda con cariño, pero ha olvidado los detalles.

—Sí, he oído decir que anda algo despistado. Una pena. ¡Qué anciano tan extraordinario!

—Tu madre se habría arriesgado muchísimo escondiendo en su casa a un piloto enemigo, poniendo en peligro la vida de su hijo y de la abuela de su marido.

—No solo eso: no olvides que estaba el alemán. ¿El tipo con el que se fugó? Aunque igual llegó a la casa después de que tu padre se hubiera ido. ¿Cómo lo rescataron? A lo mejor llegaron los aliados, lo encontraron y se lo llevaron, dejando allí a mi madre.

—Sí, es posible.

Nos miramos, esforzándonos los dos por resolver el enigma.

—Siento no poder ayudarte —dijo por fin—. No recuerdo casi nada de aquella época. Sé que estuve enfermo un tiempo y que mi madre me cuidó. Me acuerdo del alemán que había en casa, el tipo con el que se fue. También recuerdo haber comido conejo y castañas y cualquier cosa que ella nos encontraba. Salía con la cesta y peinaba el bosque en busca de algo que comer, porque los alemanes se habían llevado todo lo que teníamos. Y ahora tengo que creer que tu padre y ella en efecto se conocieron y que, desde luego, él creía que se habían enamorado. Pero lo del niño bonito... No tengo ni idea de lo que quiso decir con esto. Y me temo que ya nunca lo sabremos. —Me miró, como procesándolo—. Si hubo un niño y estuvo escondido, seguramente murió. No vamos a sacar nada buscándolo. Deberías volver a tu casa. Tengo la impresión de que aquí no estás a salvo.

Se levantó un aire frío que estuvo a punto de arrebatarme la carta de las manos. Por encima de los montes, se estaba cubriendo el cielo. De pronto, me inquietó estar allí sentada con él, dos personas juntas en el mismo banco sin nadie más alrededor. Me dieron ganas de preguntarle qué quería decir con que «no estaba a salvo». ¿Sabía algo o insinuaba que la policía podía terminar cargándome el asesinato?

Me levanté.

—Debería volver. Paola se preocupará si tardo mucho.

—Sí. —Se levantó también—. Y yo debería ayudar a Cosimo. No le hará gracia que hable contigo. Piensa que has venido a traernos problemas.

—Yo no quiero causar problemas —dije—. Solo quiero saber la verdad. Pero parece que nunca la voy a saber. —Empezamos a caminar juntos—. ¿Crees que la policía me dejará marchar pronto? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Yo creo que es bastante obvio para cualquiera que no sea idiota que no tenías motivos para matar a Gianni y que no eres lo bastante fuerte como para haberlo tirado al pozo, aunque, por desgracia, algunos de nuestros policías son idiotas. Pero no te preocupes. Haremos lo que podamos por ti, te lo prometo. No se trata de ese modo a los forasteros.

Nuestros pasos resonaron en los muros de ambos lados de la callejuela. A lo lejos, oíamos risas y alguien empezó a tocar el acordeón. Se alzaron las voces en una canción.

—Parece que lo están pasando bien —dije.

Asintió con la cabeza.

—En un sitio como este, la gente no espera demasiado y disfruta de las cosas pequeñas. No como en Londres, donde hay que gastar dinero para pasarlo bien y nadie sonríe nunca. El restaurante donde yo trabajaba estaba siempre silencioso como una tumba. La gente susurraba. Nadie reía.

Pensé en lo que me decía.

—Eso es cierto —dije—. Si alguien hablara o riera muy alto, todo el mundo lo miraría.

—Y aun así vives allí.

—Aún tengo que hacer el examen del Colegio —me excusé.

—¿El Colegio? ¿Vas a dar clases?

Reí.

—No, el Colegio de Abogados. Para poder ser abogado, tienes que aprobar un examen especial. Lo hacemos así.

—Los ingleses hacéis cosas muy raras. Cuando viví allí, no paraba de asombrarme. Entonces, ¿te tienes que examinar para ser abogado?

Asentí.

—Y cuando apruebe, si apruebo, podré ejercer donde quiera, pero aún no he encontrado un sitio donde me sienta a gusto.

—¿No estás a gusto donde te criaste?

Meneé la cabeza.

—Nunca me ha parecido que encajara allí —dije—. Mi padre era aristócrata, sir Hugo Langley. Antes de que yo naciera, teníamos una mansión preciosa que se llama Langley Hall y muchas tierras, pero mi padre tuvo que venderlo todo para poder pagar el impuesto de sucesiones a la muerte de mi abuelo. Así que estuvimos viviendo en la casa del guarda y él trabajó como profesor de Arte de la escuela que se quedó con nuestra casa.

—Eso debió de ser muy duro para él, trabajar en un sitio que le recordara todos los días lo

que había perdido —dijo Renzo.

—Sí, seguro que sí. Mi madre era de un estrato social más humilde y cuidaba de nosotros encantada, pero murió cuando yo tenía once años y, después de eso, la vida se volvió muy gris. Yo iba a aquella escuela, pero las demás niñas eran ricas y no les interesaban sus estudios. Se burlaban de mí o me despreciaban. Así que no, creo que no me gustaría volver allí.

—Entonces, los dos crecimos sin madre. No es nada fácil. Siempre te falta algo —dijo—. Yo a veces despertaba soñando que mi madre me había dado un beso en la mejilla, como solía hacer cuando dormía.

—Está claro que te quería —dije yo—. ¿En serio crees que te habría abandonado si no hubiera tenido que hacerlo?

Se detuvo y miró al infinito, hacia las risas y los cánticos de la plaza.

—Es lo que me han contado, lo que creen todos. Ahora ya no estoy tan seguro.

Capítulo 29

JOANNA

JUNIO DE 1973

Habíamos llegado al callejón donde estaba la antigua casa de Renzo. Notó que yo la miraba.

—¿Echamos un vistazo a mi casa para ver si pudo haberse escondido alguien en algún lado?

—Pero ¿no estarán los inquilinos en el banquete de la plaza?

Me dedicó una sonrisa cómplice.

—Por eso. ¿Qué mejor momento para curiosear?

—Pero no vamos a entrar sin permiso. Además, estará echada la llave...

—Lo dudo —dijo—. En San Salvatore nadie cierra con llave la puerta de casa. Si entrara en el pueblo cualquier forastero, tendría que pasar por esta calle y lo veríamos. Y aquí nadie robaría a un vecino. Va en contra de nuestras normas. Venga, vamos a probar. Si nos pillan, diré que le estaba enseñando a la joven inglesa la casa donde vivía de niño. Eso no es malo, ¿no?

Enfilamos aprisa el callejón y Renzo probó el pomo de la puerta de la casa. Era de madera tallada y parecía muy antiguo. La puerta se abrió enseguida.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —gritó. Su voz resonó por el hueco de una escalera. No contestó nadie—. Vamos —me dijo con una cabezada de confirmación.

Primero recorrimos la planta baja. El solemne salón de la entrada daba al callejón y estaba tan repleto de muebles robustos de madera maciza que me produjo angustia. Al fondo había un comedor con una vista extraordinaria de los viñedos que descendían hasta un pequeño valle y de los olivares que trepaban por la colina de más allá. Me acerqué a la ventana para curiosear. Sí, Renzo tenía razón: la ventana se abría al foso de la muralla del pueblo, no era un sitio por el que se pudiera trepar al interior de la vivienda. Al lado había una cocina muy antigua con fogón de leña de hierro colado y cazuelas de cobre colgando en fila. Y al otro lado de la cocina había una estancia con butacas y un televisor. ¡Conque San Salvatore había entrado en la era moderna!

—Este era el dormitorio de mi madre —dijo—. Al menos en la época que yo recuerdo. Dormíamos aquí abajo porque se estaba más calentito y no teníamos leña suficiente para calentar la planta de arriba. Mi cuartito estaba detrás —añadió, y me enseñó un habitáculo minúsculo que daba al callejón.

Aunque avanzábamos rápido, supuestamente porque empezaba a incomodarlo andar

husmeando en una casa ajena, me dio tiempo a echar un vistazo por la ventana de la estancia donde él solía dormir. También aquella ventana se abría a la muralla, pero la parte superior del muro tenía allí un añadido al que se podía trepar. Claro que tampoco servía de mucho, porque seguía habiendo foso.

Subimos y nos asomamos a los tres dormitorios. Renzo señaló un cuadrado del techo por el que se llegaba al desván. ¿Podría haberse escondido alguien allí? Pero Sofia habría tenido que inventar excusas que justificaran sus constantes subidas y bajadas. Y si le llevaba comida a mi padre, ¿no se habría dado cuenta la abuela?

Bajamos y Renzo abrió una puertecita que conducía a un tramo de escaleras oscuras que descendían a la negrura. Titubeé.

—Prefiero no bajar ahí —le dije—. Tiene un aspecto espantoso. ¿No hay luz?

—No estoy seguro. Creo que nunca llegué a bajar.

Notamos de pronto una corriente de aire frío que olía a moho y a humedad. Renzo me miró y asintió con la cabeza.

—Tengo que coincidir contigo en que es de lo más desagradable. Además, con esto habría pasado lo mismo que con el desván: la *nonna* habría visto a mi madre bajarle comida. Más vale que nos vayamos antes de que nos pillen.

Acababa de decir aquello cuando se oyó como si un camión se estampara contra el lateral de la casa, seguido de un estruendo. Tembló todo. Oí que caían y se rompían cosas. Por un instante, tuve la impresión de que las paredes se nos iban a derrumbar encima. Me agarré a Renzo.

—¿Qué está pasando?

—Solo es un terremoto —contestó.

Cesó el temblor y vi que me tenía abrazada.

—¿«Solo es un terremoto»? —repetí—. ¿Solo?

Rio y me soltó.

—Son bastante corrientes en esta parte de Italia —dijo—. Ya está, ya ha pasado. Estamos bien. Volvamos con los demás.

Al llegar a la plaza nos encontramos con el caos. El vino de las frascas se había derramado en los manteles blancos. Lloraban los bebés. Las ancianas rezaban y gemían. Otros recogían rápidamente el estropicio.

—Ya está —decía a la multitud el hombre de pelo blanco que me había entretenido la otra noche—. Olvidado. Sigamos divirtiéndonos.

—El alcalde —me dijo Renzo—. El hombre más importante del pueblo. Aquí todo el mundo le tiene mucho respeto. Nos ayudó a superar la guerra y fue lo bastante sensato como para fingir que se llevaba bien con los alemanes. Creo que nos evitó males mayores.

Miré al anciano intrigada. ¿Uno que se llevaba bien con los alemanes? ¿Habría traicionado a los suyos por salvar el pellejo? O aún peor: ¿habría sido capaz de traicionar a Sofia, sabiendo que escondía a un piloto británico?

No me dio tiempo a pensar más porque Paola vino hacia mí.

—¿Dónde estabas? Me tenías preocupada. Y luego el terremoto...

—Lo siento —dije—. Renzo me ha estado enseñando la casa donde vivió con su madre durante la guerra.

Paola se volvió hacia Renzo.

—Ah, bueno —dijo—. No pasa nada, entonces.

En ese instante, se oyó que alguien llamaba a Renzo, o más bien bramaba su nombre, desde el otro lado de la plaza. Cosimo le hacía señas.

—¿Dónde te has metido, chico? —le gritaba—. ¿Te vas por ahí y dejas solo a tu padre?

—Padre, tienes un centenar de personas alrededor. Cualquiera de ellas podría haberte ayudado —replicó Renzo.

—¿Y durante el terremoto? Si hubiera tenido que escapar rápido, ¿qué?

—Me parece que la plaza debe de ser el sitio más seguro del pueblo —le dijo.

—Vaya, ahora te vuelves impertinente e irrespetuoso con tu padre, ¿no? ¿Es por influencia de la chica alemana? —dijo, acercándose a mí sin dejar de mirar furioso a Renzo—. Supe que causaría problemas en cuanto puso un pie en nuestro pueblo.

—No es alemana, padre, es inglesa. Y no pretendía ser irrespetuoso. Solo he constatado una realidad. Además, el terremoto ya ha pasado y tú estás ileso, así que todo en orden. Podemos seguir con la celebración, ¿vale?

Renzo agarró al anciano por el brazo y se volvió a mirarme con un amago de sonrisa. Mientras se alejaban, oí a Cosimo decir:

—Cuanto antes se vaya de aquí, mejor.

Volví con el grupo de Paola. Las mujeres aún hablaban del terremoto, recordando otros anteriores, pueblos que habían quedado destruidos, personas a las que habían sepultado vivas. Hablaban rápido y con su marcado acento, así que no me enteré ni de la mitad, pero asentía como si lo hubiera entendido. Me pregunté cuánto duraba normalmente la fiesta, pero el bebé de Angelina empezó a llorar y me ahorró la preocupación.

—*Mamma*, creo que me voy a ir para casa —dijo Angelina—. Empieza a hacer frío y me parece que va a llover.

—Muy bien. —Paola se levantó—. Vamos contigo. Os acompaño a casa y luego iré a hacerle una visita a Francesca. Creo que no ha venido. Claro que entiendo que se recluya en estos momentos de dolor, pero le voy a llevar unas verduras de las nuestras y a lo mejor algo de *biscotti* para animarla, pobrecilla.

—¿Quién es Francesca? —pregunté.

—La viuda de Gianni. La pobre lo ha pasado muy mal en su matrimonio. Seguro que se alegra de haberse librado de él, pero ¿cómo va a vivir ahora? ¿Quién va a cuidar de las ovejas y va a hacer el queso, eh? Es demasiado para una mujer y, aunque encontrase alguno que no trabaje para Cosimo, dudo que pueda permitirse contratar a un hombre.

Nos despedimos de las personas de nuestra mesa. Nunca me había abrazado y besado un desconocido. Fue una sensación rara, aunque no desagradable, sentirme parte de un grupo grande y afectuoso.

Enfilamos juntas el camino y dejamos a Angelina en la granja, dando de mamar a la pequeña.

—Voy a ver a Francesca —me dijo Paola—. Tú deberías dormir un rato. Ha sido un día muy largo.

—Ah, no —contesté—. No estoy cansada. ¿Quiere que la acompañe?

Una gran sonrisa le iluminó el rostro.

—Ay, sí. Me encantaría. Siempre es agradable ir acompañada y a Francesca la animará ver una cara joven y fresca como la tuya en estos momentos de pesar.

En realidad, mi ofrecimiento no era del todo desinteresado. Quería hablar con la viuda de Gianni. A lo mejor le había contado a ella parte de lo que quería compartir conmigo. Paola preparó una cesta grande de comida: frutas y verduras de la huerta, panes y repostería y unos restos de ragú.

—No le apetecerá cocinar, a la pobre —dijo.

Emprendimos el camino por la pista de tierra que se alejaba del pueblo, luego empezamos a subir el monte a la derecha. La subida era empinada. Me ofrecí a llevarle la cesta y no tardé en arrepentirme. Me di cuenta de lo poco en forma que estaba. Si me quedaba en el pueblo mucho tiempo, me aseguraría de darme buenos paseos, decidí. Entonces supe que no quería irme, pese al desagradable asunto de la policía. Aunque no avanzaba nada en mis pesquisas, me gustaba estar allí. Me encantaba estar con Paola y sentirme parte de una familia.

La casa de Gianni estaba al borde del bosque que coronaba el monte. Era una vivienda humilde, hecha de piedra antigua, con tejado de pizarra, que parecía a punto de derrumbarse. Las gallinas deambulaban alrededor de la casa. Había un perro encadenado en el patio, que se levantó y gruñó al ver que nos acercábamos.

—¡Francesca! —gritó Paola con su voz potente—. Soy yo, Paola Rossini, que vengo a hacerte una visita.

Se abrió la puerta de la casa y salió una mujer delgada vestida de negro. Daba la impresión de que hubiera estado llorando sin parar un tiempo, pero consiguió esbozar una especie de sonrisa.

—¡Paola! ¡Qué bien que hayas venido!

—Me he preocupado cuando he visto que no venías a la fiesta...

—¿Cómo iba a divertirme sabiendo que una de las personas con las que iba a compartir comida y bebida ha matado a mi marido? —preguntó.

—Eso no lo sabes, Francesca. Bien podría haber sido algún forastero.

—¿Qué clase de forastero? ¿Qué forastero iba a saber de la existencia de tu pozo? Dicen que lo metieron a presión, cabeza abajo, y dejaron que se ahogara. ¿Qué monstruo hace algo así?

—A lo mejor Gianni se había creado enemigos —sugirió Paola—. No siempre elegía bien sus compañías.

—Gianni siempre estaba haciendo negocios, eso es cierto —coincidió Francesca—, pero no tenía tratos con delincuentes, ni mafias ni bandas. Los rumores que corren sobre él no son ciertos. Le gustaba fanfarronear, ya lo sabes, que la gente pensara que llevaba una vida de peligros e intrigas, pero no era cierto. Era un hombre muy tímido. Claro que de nada sirve hablar de eso ya, ¿no? Supongo que jamás llegarán al fondo del asunto. ¿Y de qué me vale a mí, sin un hombre que cuide de las ovejas, que levante las pesadas ollas en las que se hace el queso...? Tendré que venderlo todo, si es que alguien me lo quiere comprar, apañármelas con las gallinas y los pocos olivos que nos quedan. —Mientras terminaba de despotricar, reparó en mí por primera vez, apartada, a la sombra de un cerezo—. ¿Y esta quién es? —preguntó.

—La joven inglesa que se aloja en mi casa —contestó Paola—. Me ha hecho el favor de llevarme la cesta monte arriba.

Noté cómo me escudriñaban aquellos ojos oscuros.

—¿La que...? —empezó.

—Eso es —dijo Paola—: con la que encontré el cadáver de tu marido.

—Se llevaría un buen susto...

—Nos lo llevamos las dos —repuso Paola—. Pensé que se me paraba el corazón. ¡El pobre, qué final!

—Eso digo yo: ¡qué final! Eso tiene que haberlo hecho un bruto desalmado. ¿Y por qué? ¿Porque Gianni a veces hacía comentarios imprudentes? —Calló, manoseando nerviosa el delantal que llevaba encima del vestido—. Anda, pasad y tomaos un vino conmigo.

—Claro —dijo Paola, haciéndome una seña para que la siguiera, y entramos en la oscuridad de la casa.

La vivienda era modesta y estaba repleta de cosas, pero lo tenía todo immaculado. Nos sentamos en un banco de madera que había en un rincón. Francesca cogió una frasca de barro de una estantería y sirvió unos vasos de vino tinto. Luego puso un plato de aceitunas y algo de pan de pueblo en la mesa.

—Muy sano, *signorina* —me dijo, sin dejar de examinarme como si fuera marciana.

«A lo mejor soy la única forastera a la que ha conocido», me dije, pero luego recordé que había visto a montones de alemanes durante la guerra. Quizá por eso recelaba de todos los forasteros.

Hablaron las dos. Lo hacían tan rápido y con su acento toscano que se me escapaba casi todo. Me sorprendí divagando. Miré por la ventana, más allá de donde estaban. Desde allí, había muy buenas vistas de San Salvatore. Divisé la antigua casa de Sofia, con la pintura amarilla desconchada. Entonces puse un poco más de atención. Las ventanas de detrás se abrían al foso, sí, pero desde donde estaba parecía que bajaba una escalera por la parte exterior de la muralla, justo a la derecha de la casa, de modo que era posible meter a alguien en casa para esconderlo. Estaba deseando contárselo a Renzo.

Por fin, para alivio mío, Paola se levantó.

—Tengo que volver con mi hija y mi nieta —dijo.

—¿Vais a ir al baile de esta noche en la plaza? —preguntó Francesca, mirándonos a las dos.

Paola rio.

—Yo ya no estoy en edad de bailar, pero, si la joven quiere ir, no tengo problema.

—Uy, no sé si me conviene irme yo sola a bailar con desconocidos —dije—. El inspector de policía ya cree que soy una fresca por haberme tomado un vaso de vino con los hombres del pueblo sin carabina.

—¿Y por qué has tenido que hablar con un inspector de policía? —quiso saber Francesca—. ¿Qué más le da a él lo que tú hagas?

Noté enseguida que había sacado un tema incómodo. No podía decirle que quería cargarme a mí el asesinato de su marido porque creía que Gianni había intentado forzarme y yo lo había matado en defensa propia. Procuré pensar en algo razonable que decir.

—Fue muy desagradable con todos —dije—. Intentó obligarme a confesar el asesinato de su marido solo porque yo había encontrado el cadáver.

—¿Qué absurdo! —dijo ella—. Eso policías son imbéciles. ¿Por qué ibas a querer matar a un hombre al que no conocías?

—Supongo que porque estaba entre los hombres sentados en la plaza y, cuando dije que me apetecía ver el campo, se ofreció a enseñarme sus ovejas y cómo hacía el queso.

—Ya... —dijo, aún ceñuda—. ¿Y por qué has venido a San Salvatore?

—Mi padre era un piloto británico cuyo avión fue derribado cerca de aquí. Me preguntaba si alguien sabría algo de él.

—¿Durante la guerra?

—Sí. Desconozco los detalles. Por eso he venido a investigar.

—Cuando la guerra solo éramos críos —dijo con un gesto de desdén—. Aprendimos a sobrevivir y a escondernos.

—Sí, por lo visto nadie se enteró de que había por la zona un piloto británico que había sobrevivido a un accidente aéreo.

—¿Y se lo llevaron los alemanes?

—¿Por qué dice eso? —Se me aceleró el pulso—. ¿Está segura de que fue así?

—Creo que Gianni lo mencionó una vez. Vinieron a buscarlo, eso lo sé bien.

—¿Estaba solo?

—No tengo ni idea. Por aquel entonces, yo estaba en la granja de mi tío, en la montaña, pero lo que has dicho me ha recordado algo que me contó Gianni. También él era un crío por aquel entonces, pero hacía recados y veía muchas cosas que no veían los otros. Siempre le gustó espiar a los demás y ver de qué se enteraba.

Se tapó la boca con la mano y sollozó. Paola se acercó a consolarla.

—Tranquila, Francesca. Tienes amigos en el pueblo. Nosotros cuidaremos de ti —le dijo—. Ahora tenemos que irnos, pero puedes venir a mi casa cuando quieras.

—Eres una buena mujer, Paola. Que los santos te acompañen.

La dejamos plantada en el umbral de la puerta viendo cómo nos alejábamos colina abajo.

Capítulo 30

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Estuvieron un buen rato acurrucados en absoluta oscuridad hasta que cesó el movimiento a su alrededor.

—¿Estás bien? —le susurró él.

—Creo que sí. Pero muy asustada. Nos has salvado. ¿Qué pasaba? Ha sido como si el edificio entero se derrumbara.

—La bomba ha debido de afectar a los cimientos.

Sus voces resonaban en la oscuridad.

—¿Crees que ya estamos a salvo? —susurró Sofía—. ¿Se habrán ido?

—Sí, ya se han ido. —Le acarició el pelo y ella se refugió en su cuerpo.

—¿Cómo voy a volver a casa sin el farolillo?

—Tranquila, lo encontraremos.

Hugo se irguió y la levantó consigo, luego sacó el encendedor, lo encendió y sostuvo en alto la llamita, mirando alrededor. El farolillo se había volcado y había rodado a unos metros de donde estaban. Lo rescató.

—¿Por qué nos han bombardeado? —preguntó ella mientras él enderezaba la vela y la encendía con el mechero—. ¿Cómo han podido hacer algo así?

—Supongo que el piloto habrá visto la luz de tu farolillo y habrá pensado que esto seguía siendo un puesto enemigo —dijo Hugo.

—¿Mi farolillo le ha parecido un peligro a un piloto? —Sonrió.

—Te sorprendería saber lo pequeña que puede llegar a verse una luz desde un avión —le dijo él—. A veces el piloto está deseando dar media vuelta y regresar a casa, así que suelta la última bomba donde cree que va a hacer menos daño, en el bosque o en el campo.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—Soy piloto. Mi trabajo es pilotar el avión, no soltar bombas —contestó—. Además, yo solo pilotaba bombarderos ligeros con muy pocas bombas, así que procurábamos usarlas bien.

Metió de nuevo la vela encendida en el farolillo, luego lo sostuvo en alto para valorar los daños. La lucecita proyectó sombras alargadas sobre los escombros recién caídos. Las paredes seguían en pie, solo que de pronto había boquetes en ellas. Los cascotes se habían desplazado y el suelo entero parecía ladeado.

Sofía se levantó.

—Confío en que aún sea lo bastante firme como para caminar por él. —Dio unos pasos, luego se detuvo—. *Gesù Maria!* —exclamó.

—¿Qué pasa?

—Mira...

Se acercó adonde ella señalaba. En el suelo, pegado a la pared lateral de la capilla, se había abierto un boquete por el que se veían unas escaleras que descendían a la oscuridad.

—Debe de ser una especie de cripta —dijo Hugo—. ¿La conocías?

—No. Solo vine una vez para una celebración especial —contestó—. No teníamos mucha relación con los monjes. Aquí arriba estaban aislados del mundo real.

—Hasta que llegaron los alemanes y descubrieron por la fuerza lo que es el mundo real —añadió él.

—¿Bajamos a explorar? —preguntó Sofía—. A lo mejor hay un sitio seco y calentito para ti ahí dentro.

A Hugo no le apetecía nada bajar a aquel rectángulo oscuro que emanaba un aire denso y frío y olía a humedad y a moho.

—Deberíamos esperar a que se haga de día. No sabemos lo estable que es la estructura ahí abajo. Puede que esté a punto de derrumbarse el techo.

—Volveré por la mañana si consigo escaparme —dijo ella—. Les diré que tengo que echar un vistazo a mis campos de nabos. La cosecha podría ser esta semana. Además, después de la celebración de Navidad, todos se levantarán tarde.

—Muy bien. —Se sorprendió sonriendo, ilusionado ante la perspectiva de volver a verla pronto, aunque no compartiera sus ganas de explorar el antiguo sótano—. Vete a casa entonces y duerme algo. Ten mucho cuidado cuando salgas por la puerta. Puede que el suelo ya no aguante.

—Tendré mucho cuidado —le dijo ella—. Estoy deseando volver y averiguar qué tenemos debajo. ¿Habrá algún tesoro escondido?

—Lo dudo. Los monjes serían hombres sencillos. Yo no he visto ningún recipiente de oro ni anillos de rubíes entre los escombros de fuera. Además, los cuencos y los platos eran de loza tosca.

—Aun con todo, es emocionante, ¿no te parece? —dijo Sofía.

—Sí, es emocionante —coincidió él, deseando que por fin la ilusionara algo.

A Hugo le costó conciliar el sueño el resto de la noche. Era consciente de que yacía en un lugar inestable que podía derrumbarse en cualquier momento y se le pasó por la cabeza mudarse afuera, pero el viento gélido que soplaba alrededor de las ruinas no lo animó a hacerlo. Se incorporó y anheló poder fumarse un cigarrillo. En su lugar, vio la petaca de grapa y bebió unos tragos. Lo ayudó a entrar en calor, pero no a aplacar la angustia. Combatió el sueño y se alegró al ver aparecer los primeros rayos de sol por la pared oriental.

Esperó a que se hiciera de día, luego rodeó el edificio por fuera y llegó sin problemas a la entrada principal. Entonces vio que la bomba no había caído directamente sobre el edificio dañado, sino en la ladera, arrancando un pedazo de tierra y de roca, de forma que ahora el monasterio se hallaba encaramado al borde de un precipicio. «Al menos ya no puede subir hasta aquí ningún vehículo alemán por la carretera», se dijo. El tramo de escaleras estaba intacto.

Se lavó, bebió un buen trago de agua y volvió a la capilla. Estuvo plantado a la entrada de la cripta un buen rato. Sofía tenía razón: era emocionante, pero a la vez alarmante. Salía de allí

una corriente de aire frío, pero a Hugo no se le ocurría de dónde podía venir, estando bajo tierra.

Aún estaba allí de pie y muerto de hambre cuando llegó Sofia, sin aliento y con las mejillas encendidas.

—Hoy hace un viento polar —dijo—. Me ha costado subir el monte. Y mira, he arrancado uno de mis nabos. Si lo lavamos, te lo puedes comer.

—¿Nabo crudo? —repuso él con cara de asco.

—Pues sí. Estará rico. Crujiente y refrescante. —Lo dejó encima de la viga caída—. ¿Has bajado ya a la cripta?

—No, te estaba esperando. Prefiero que la descubramos juntos.

—He traído otra vela —dijo ella—. Eso estará muy oscuro. —Le sonrió emocionada—. ¿Listo? Siento mucha curiosidad por ver qué hay ahí abajo.

—Seguramente un sótano donde los monjes guardaban los devocionarios, los hábitos viejos y los muebles que no querían —dijo él.

—¡Qué va! Está debajo de una capilla. Podría haber una tumba de un santo. O reliquias sagradas. Yo he visto la cabeza de santa Catalina en la catedral de Siena.

—¿Solo la cabeza? ¿Y el resto del cuerpo? ¿La decapitaron?

—No, le cortaron la cabeza después de muerta y la metieron en una urna de oro y cristal. Se sigue conservando milagrosamente para que puedan verla todos. Concede milagros.

—Pobre santa Catalina —dijo Hugo—. Menos mal que nunca voy a ser santo. No me gustaría que me cortaran la cabeza después de muerto.

Eso la hizo reír. Iba a darle un tortazo cariñoso, pero, olvidados ya los momentos íntimos de la noche anterior, se lo pensó mejor.

—Déjame el mechero, por favor. —Encendió la vela—. Voy yo delante para comprobar si los escalones son seguros.

—Ten cuidado —le gritó él, pero ya estaba descendiendo a la oscuridad.

—Está bien —dijo ella—. Los escalones no son demasiado empinados y están bastante despejados. Te puedes ir agarrando a la pared al bajar. Ve despacio.

La siguió, peldaño a peldaño, notando la piedra fría en la palma de la mano. La oyó hacer un aspaviento, pero estaba tan centrado en no tropezar y conseguir que la pierna entablillada le aguantara el peso del cuerpo que no levantó la vista hasta que llegó abajo. Soltó un suspiro de alivio y alzó la mirada. Entonces vio lo que la había admirado tanto.

Era una capillita perfecta con el techo abovedado. Forraban las paredes lo que parecían tumbas, de monjes fallecidos hacía tiempo. Al pie de las escaleras, había varios cascotes grandes. Sofia sostenía en alto la vela, procurando que la luz llegara a los rincones. En el extremo más alejado había un altar con un crucifijo alto y muy realista encima. Había santos en las hornacinas y de las paredes colgaban varios cuadros grandes.

—Por eso los alemanes no han saqueado esta capilla —dijo Sofia, iluminando con la vela los cascotes grandes que rodeaban los escalones—. Mira, esto debía de estar tapando la escalera desde arriba y ahora ha caído. A lo mejor hace siglos que esta capilla no se usa. O a lo mejor los monjes tenían una entrada secreta desde otros edificios. —Se situó delante de él y contempló las paredes—. ¡Mira esto! —exclamó, iluminando con la vela una de las pinturas—. ¿No es preciosa? Son los tres Reyes Magos adorando al Niño. —Avanzó—. Y aquí está san Sebastián, pobre. —Hugo se apartó de aquel último. Sabía que era obra de algún maestro, pero la imagen del cuerpo atado a una estaca y lleno de flechas clavadas era demasiado explícita—. Deben de ser muy antiguos.

—Sí, del Renacimiento —contestó Hugo—. Me pregunto si estarán firmados. El de los

Magos de Oriente parece obra de El Perugino.

—¿No sería increíble encontrar obras de los maestros aquí mismo y que solo lo supiéramos nosotros?

—Sí —coincidió él—, increíble.

Instintivamente, le puso la mano en el brazo, lo miró y sonrió.

—Me alegra mucho que estemos compartiendo este momento.

Hugo sintió unas ganas irrefrenables de estrecharla en sus brazos y besarla, pero se limitó a devolverle la sonrisa. Siguieron rodeando la capilla, ella examinando todas las tumbas y leyendo las inscripciones en latín para que él se las tradujera: ALBERTUS MAXIMUS, PRIOR, 1681 A 1696.

—Eres un hombre muy culto —dijo Sofia—. Sabes latín.

—En el colegio nos obligaban a estudiarlo siete años —le explicó él—. Pero vosotros oís la misa en latín y habláis italiano, que se le parece mucho.

Sofia se encogió de hombros.

—No presto atención a lo que dice el cura —repuso—. Cuando el padre Filippo me da la absolución después de la confesión, no tengo ni idea de si me dice que estoy perdonada o condenada al infierno.

—¿Le has contado que vienes a verme?

Titubeó.

—No exactamente. Solo que te encontré y te ayudé una vez. No que vengo todos los días a darte de comer. Porque eso no es pecado, ¿no? Jesús decía que había que dar de comer al hambriento y dar posada al peregrino, y yo estoy haciendo las dos cosas.

—Tienes toda la razón. —Se dispuso a avanzar.

—Mira esto —le gritó a Sofia, deteniéndose delante de la puertecita abierta en la pared—. Tenías razón: hay otra entrada a la cripta. Probablemente esas escaleras lleven años bloqueadas.

—Prueba a abrirla. —Agarró el pomo antes de que pudiera hacerlo él. Lo sacudió, pero no cedió—. Está cerrada con llave —dijo, decepcionada—. ¡A saber adónde lleva!

—Lleve adonde lleve, ahora no es más que un puñado de escombros —dijo él, y se alejó.

Sofia se quedó mirando fijamente la puerta, como si quisiera que se abriera, luego suspiró y volvió con Hugo. Al fondo de la capilla había una celosía de piedra labrada de forma intrincada y, tras ella, una capillita lateral con un altar, con la sabanilla aún puesta y un reclinatorio delante. Sobre el altar había otro cuadro. Sofia sostuvo en alto la vela y esa vez los dos ahogaron un grito. Era un óleo pequeño con marco de oro. El sujeto era el esperado: el Niño Jesús en brazos de su madre, pero no se parecía nada a ninguna otra obra pictórica renacentista que Hugo hubiera visto. En lugar del típico niño estilizado, a veces proporcionado como un adulto y con un rostro más bien maduro y sin expresión, aquel era un bebé de verdad. Tenía una cara redonda, coronada por una buena mata de rizos rubios. Su pequeño rostro se iluminaba de alegría mientras tendía las manos rechonchas a dos adorables querubines cuyas alas minúsculas aleteaban y los sostenían en el aire, fuera del alcance del niño, casi como si quisieran provocarlo.

Fue Sofia la que habló primero.

—¡Ay, qué niño más bonito! —dijo ella—. ¿No es el niño más bonito que has visto nunca?

—Sí. —Casi no le salía la palabra, de lo emocionado que estaba—. Es la representación más asombrosa de la Virgen y el Niño que he visto en mi vida. En algunos aspectos es muy moderna, por el uso de la luz y el realismo... Pero ¿sabes qué? Estoy pensando si no será un Leonardo. El rostro de la Virgen tiene esa maravillosa serenidad de La Virgen de las Rocas.

—¿Leonardo da Vinci? —Sofia susurraba también.

—Podría ser.

—Entonces hay que cuidarlo muy bien. Debemos asegurarnos de que los alemanes no lo encuentran nunca.

—Sí —coincidió él—. ¿Por qué no te lo llevas a tu casa y lo escondes en el desván?

Lo miró horrorizada.

—No es mío, no me lo puedo llevar. Además, ¿y si los alemanes deciden registrar el pueblo y lo encuentran? Entonces se perderá para siempre. No, es mejor que lo dejemos escondido donde está. ¿Quién iba a querer venir aquí ahora que está todo en ruinas?

—Aun así —dijo él, pensando mientras miraba fijamente el cuadro—. A lo mejor deberíamos volver a tapar los escalones de bajada a la cripta y ocultarlos.

—Pero tú deberías quedarte aquí. Está seco y mejor caldeado que arriba y el niño bonito te guardará mientras duermes. Si fueran a venir los alemanes, ya lo sabríamos, y mientras puedes pensar en un sitio donde esconder el cuadro. Ese de san Sebastián... ¡que se lo lleven si quieren!

Aquello le hizo reír.

—Sí, es espantoso.

—Entonces, te quedas aquí esta noche, ¿no? —preguntó ella—. Estarás calentito y protegido por todos estos santos y por el Niño Jesús.

—Intentaré dormir aquí —contestó él—. Últimamente el aire es muy frío.

—Te bajo tus cosas.

—No hace falta. Puedo subir a buscarlas e ir bajándolas una a una. Tiraré la manta desde arriba.

—No quiero que te caigas. Lo puedo hacer yo. Tú quédate abajo y te lo tiro.

Dejó la vela encima de una de las tumbas de los monjes, se recogió las faldas largas y subió ligera los escalones.

Capítulo 31

JOANNA

JUNIO DE 1973

Mientras caminábamos, estudié el pueblo, encaramado en el monte. Ciertamente parecía que hubiera una forma de bajar por la muralla cerca de la casa de Sofia. Una persona ágil podía haber salido por una ventana, recorrido la parte superior de la muralla y después haber bajado a los viñedos sin arriesgarse mucho a que lo vieran. Recordé que Renzo me había dicho que su madre salía de casa con la cesta para buscar comida en el bosque. Recorrí con la mirada los viñedos y ascendí por los olivares hasta el bosque que coronaba la cima. Más allá, se elevaba sobre los árboles un promontorio rocoso rematado por un antiguo edificio en ruinas. Me detuve a mirarlo con detenimiento. Era poco más que un montón de escombros y costaba distinguir lo que en su día había formado parte de un edificio de lo que era parte de la propia roca.

Pensé en Sofia con su cesta. ¿Habría podido esconder a alguien allí arriba?

—Aquel viejo edificio en ruinas... —dije—, ¿era un castillo?

—Un monasterio —contestó Paola—. Recuerdo haber visitado a los monjes de niña. Tenían una capilla preciosa.

—¿De niña? —espeté—. ¿Aún existía el monasterio cuando era niña?

—Uy, sí. Hasta que lo bombardearon en la guerra.

—¿Los alemanes bombardearon el monasterio? —pregunté horrorizada.

—No, los alemanes no. Los aliados. Los americanos, creo.

—¿Bombardearon el monasterio? ¡Qué espanto! ¿Fue por error?

—Ah, no. Los alemanes habían echado a los monjes y usaban aquel lugar para sus armas grandes. Desde allí tenían buenas vistas de la carretera del valle y también de los aviones que sobrevolaban la zona. Así que, claro, los aliados tuvieron que liquidarlo. Una pena, que se vieran obligados a destruir un lugar santo como aquel, pero no les quedaba otra, ¿no? En aquella época, matabas o te mataban.

Yo aún miraba fijamente los restos de aquellos muros y trataba de imaginarlos dando forma a ese monasterio hermoso en su día. Habría sido muy sencillo esconder a alguien allí arriba, pero no habría estado protegido de las inclemencias meteorológicas entre aquellas rocas. Aun con todo, quería comprobarlo por mí misma. Otro día, eso sí.

Paola se detuvo un instante y olisqueó el aire.

—Deberíamos darnos prisa. Está a punto de empezar a tronar —dijo, y apretó el paso.

Aún estábamos a cierta distancia de la casa cuando oímos a lo lejos el primer trueno. El aire, de pronto frío e intenso, formaba remolinos a nuestro alrededor. Se abrieron los cielos y llegó la lluvia. Nos empapamos en un minuto y llegamos a la casa chorreando agua.

—¡Ay, *mamma*, cómo te has puesto! —exclamó Angelina cuando nos la encontramos en el pasillo—. Me he preocupado al oír los truenos.

—Solo nos hemos mojado un poco, cariño, pero no es nada que no se arregle con ropa seca y un buen vaso de grapa. Ve a cambiarte, Joanna, y colgamos tu ropa en el baño, que se secará enseguida —dijo, poniéndome una mano de ánimo en el hombro.

—De acuerdo —contesté.

El panorama era desalentador. Llovía tan fuerte que las gotas repiqueteaban en el tejado y rebotaban al suelo. Crucé la huerta a toda velocidad por el caminito, de pronto convertido en una sucesión de charcos. Llegué a mi casita, levanté el cerrojo y entré con un suspiro de alivio. Al cerrar la puerta, me quedé de piedra: estaba convencida de haber echado la llave cuando nos habíamos ido esa mañana, segura de que no había cometido ese descuido... Además, aún llevaba la llave en el bolsito. Entonces recordé que Renzo me había dicho que en San Salvatore nadie cerraba las puertas con llave. Paola debía de tener una copia en su casa, a la vista.

«A lo mejor me estoy preocupando por nada», me dije. Quizá Angelina había necesitado algo de la casita... Había ropa de cama en el armario grande... Claro que también podía ser que alguien, sabiendo que estábamos en la fiesta, hubiera aprovechado para ver si podía registrar mi cuarto. Podrían haber sido los *carabinieri*. O no. Abrí un cajón con cuidado. Sí, me habían revuelto la ropa. Saqué los otros zapatos y vi que las cosas que Gianni me había dejado seguían escondidas en la puntera, así que quien hubiera registrado mi cuarto no lo había hecho muy bien, ¿no? O había visto las cosas y había preferido no tocarlas para que yo pensara que aún estaba a salvo. La idea me aterró. Eché un vistazo a mis otras pertenencias, pero no faltaba nada. Además, la carta incriminatoria, el pasaporte y la cartera los tenía a buen recaudo en el bolso. Entonces, alguien debía de saber que Gianni había querido hablar conmigo, pero también que no lo había conseguido y que yo no sabría cómo interpretar aquellos objetos.

Cogí ropa limpia, la envolví en una toalla y volví corriendo a la granja.

Seca y calentita, después de un vaso de grapa, me sentí mucho mejor. Después de la comilona, no teníamos hambre y tomamos una cena ligera de restos de sopa y pan. Cuando me fui a la cama, me aseguré de echar la llave a la puerta. Me quedé tumbada escuchando cómo avanzaba la tormenta hasta que los bramidos de los truenos se perdieron a lo lejos.

A la mañana siguiente, desperté con un cielo de un azul intenso, más normal. El aire olía a fresco y, tras la lluvia, los colores eran tan brillantes que tuve que hacerme sombra en los ojos para poder contemplar el campo. A la hora del desayuno, Paola nos comunicó que tenía que trabajar en la huerta. Había observado que los insectos se estaban dando un banquete. Si las berenjenas estaban maduras, las haría a la parmesana para la cena.

—Yo debería ir a ver si el inspector de Lucca me deja marcharme —dije.

—Ah, ¿tan pronto? —dijo Paola desilusionada—. ¿Te quieres ir tan pronto? ¿Ahora que he encontrado otra hija?

—La verdad es que estoy muy a gusto aquí —le contesté—, pero necesito asegurarme de que la policía no me considera sospechosa de la muerte de Gianni. Y debería volver a casa en breve. Tengo que examinarme.

—Pero te quedarás por lo menos una semana —me dijo ella.

El dato me dejó pasmada: ¿llevaba en San Salvatore menos de una semana? Tenía la sensación de haber vivido allí mucho más tiempo.

—Sí, claro, una semana por lo menos —respondí.

—¿Cómo te voy a enseñar la cocina toscana si te vas tan pronto? —Me pasó un brazo por los hombros y me dio un achuchón—. Además, te tengo que engordar. Como no rellenes un poco ese esqueleto, no vas a encontrar marido.

—A lo mejor ya tiene algún hombre en mente, *mamma* —terció Angelina, levantando la vista de la pequeña, a la que estaba dando el pecho.

—¿Es eso cierto? ¿Ya hay un joven esperando? —preguntó Paola.

Negué con la cabeza.

—No hay ningún joven esperando.

—Claro, primero tienes que aprobar ese examen. Cuando seas una abogada rica, los hombres harán cola para casarse contigo —dijo Paola.

—No quiere que ningún hombre se case con ella por dinero, *mamma* —dijo Angelina—. Quiere casarse por amor. Se le ve que es una mujer romántica, no práctica.

—El dinero nunca viene mal —dijo Paola—, pero a lo mejor vienes de una familia con dinero y eso no es problema.

Negué de nuevo.

—No vengo de una familia con dinero, me temo. Mi padre estaba casi sin blanca cuando murió. Voy a tener que buscar mi sitio en el mundo yo sola o casarme con un millonario.

—Debería hacerle ojitos a Cosimo —dijo Angelina, riendo—. ¡Cincuenta y cinco años, soltero y dueño de todo esto!

—¿A Cosimo? A quien debería echarle el ojo es a Renzo, el heredero, mucho más agradable a la vista, ¿eh, Joanna?

Noté que me ruborizaba. Ella rio.

—Yo me fijo. He visto como lo miras cuando te habla. Y os habéis ido juntos en la fiesta...

—Solo hablábamos de su madre y de si él se acordaba de mi padre.

—¿Y se acordaba?

—No —contesté, meneando la cabeza—. Pero ahora los dos tenemos claro que se conocían. Y la viuda de Gianni me ha dicho que a mi padre se lo llevaron. A lo mejor fue eso lo que ocurrió. Se lo llevó el enemigo y ella, desesperada, se rindió y prefirió la protección de un alemán. O... o alguien la delató y se la llevaron también. Supongo que nunca lo sabremos.

—¿No le preguntaste a tu padre? ¿Nunca te habló de esto?

—Nunca —respondí—. Mi madre me dijo que derribaron su avión en la guerra, que resultó gravemente herido y estuvo a punto de morir, pero nunca se me ocurrió preguntarle los detalles. Además, estoy segura de que él jamás le habría hablado a mi madre de Sofia. «Por eso escondía sus recuerdos en un cofrecito en el desván», me dije.

Terminamos de desayunar. Paola se puso el sombrero y el delantal y salió a trabajar en la huerta. Me ofrecí a ayudarla, pero rechazó mi ayuda.

—Estás aquí de vacaciones. Diviértete, anda.

La dejé atando las judías y enfilé el sendero colina arriba. Iba a ser un día caluroso. Ya notaba cómo el sol me quemaba la nuca. «Voy a ir a buscar a Renzo y le voy a proponer que me acompañe al monasterio», pensé. La idea me produjo una punzada de gozo. Meneé la cabeza. ¿Es que nunca iba a aprender? Renzo era hijo de un hombre considerado peligroso, un hombre que podía haber ordenado la muerte de otro que lo había contrariado. Además, vivía en un pueblo de Italia. No era precisamente un buen candidato a novio, aunque ya supiera que no éramos hermanos. Además, ni había reparado siquiera en que me había agarrado a él durante el terremoto.

Llegué a la plaza del pueblo. Los restos de la celebración del día anterior aún eran bastante

visibles. Había pancartas y banderas, estropeados por la lluvia, colgando de los tejados o tirados por las mesas que aún no había recogido nadie. Entré en el cuartelillo de los *carabinieri* y me enteré de que el inspector aún no había llegado y nadie sabía cuándo aparecería. Al salir del edificio, observé que el bloque amarillo del fondo de la plaza era la oficina de correos. Se me ocurrió llamar a Scarlet para contarle que aún corría peligro de que me arrestasen. Por si acaso...

Entré, pagué y me indicaron cómo usar el teléfono. El empleado de correos se emocionó mucho de pensar que iba a hacer una llamada telefónica a un número de Inglaterra, nada menos. Se empeñó en hacerlo todo personalmente y tardó un buen rato en pasarme el teléfono. Lo oí sonar al otro lado.

—¿A quién demonios se le ocurre llamar a estas horas?

Caí en la cuenta de la diferencia horaria. En Italia eran las diez de la mañana, pero en Inglaterra solo eran las nueve, que para Scarlet venía a ser como de madrugada.

—Soy yo, Joanna. Perdona, seguro que te he despertado —dije—. No me acordaba de que ahí es una hora menos.

—¿Jo? ¿Pasa algo? —preguntó—. Tú no eres de las que gastan dinero en llamadas telefónicas. ¿Sigues en Italia?

—Sí.

—¿Has encontrado a tu hermano perdido y al antiguo amor de tu padre?

—No, pero me estoy acercando —contesté—. Y por si algo va mal, quería ponerte al día por si terminan metiéndome en la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Has atracado un banco?

—No, soy sospechosa de asesinato.

—¡Madre mía! —exclamó—. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado el cadáver de un hombre en el pozo que hay junto a la casita donde me alojo —le expliqué—. Creo que la policía me lo quiere cargar a mí porque es mucho más cómodo que averiguar la verdad.

—La mafia, supongo. ¿No es eso lo que pasa siempre por allí?

—Podría ser. El tipo tenía negocios turbios, por lo que me han dicho. —No dije nada de la carta—. Tengo que volver a ver al inspector hoy y él me dirá si puedo marcharme o no.

—Pobrecilla. ¿No puedes subirte al primer tren que vaya para Suiza antes de que se den cuenta de que te has ido?

—No es tan fácil —le dije—. En este pueblo solo salen dos autobuses a la semana. Y tampoco hay una carretera en condiciones, así que estoy atrapada. Pero si te mando un mensaje críptico pidiéndote que le des de comer al hámster o algo así, ve a buscar a Nigel Barton y dile que estoy metida en un lío.

—¡Qué gracia! —dijo Scarlet.

—¿Que estén a punto de acusarme de asesinato? —protesté.

—No, lo de Nigel Barton. Me parece que le molas bastante. La semana pasada se plantó aquí diciendo que tenía noticias para ti sobre esos cuadros que le diste, no sé qué de que había que limpiarlos bien... Le conté dónde estabas y le dije que no sabía cuándo volverías. —Hizo una pausa—. Creo que lo de los cuadros fue una excusa.

—¡Ay, Dios, lo que me faltaba... un abogado pesado!

—Podría ser peor. Su padre y su abuelo son los dueños del negocio.

—¿Por qué se empeña todo el mundo en casarme con alguien que vaya a heredar algún día? —espeté.

—Bueno, bueno, no te pongas así... Solo era una broma, colega. En fin, aparte de estar

acusada de asesinato, ¿lo estás pasando bien?

—Por raro que parezca, sí —contesté—. Lo estoy pasando bien. Estoy aprendiendo a cocinar comida italiana. Y ayer hubo una gran fiesta. Me gusta esto.

—La dejas unos días en la Toscana y se convierte en un ama de casa italiana —bromeó Scarlet—. Pero, oye, cuídate, ¿vale? Si han matado a alguien es que anda suelto un asesino. Será un ajuste de cuentas que no tiene nada que ver contigo, pero igual alguien piensa que sabes más de lo que sabes en realidad.

—Sí, tendré cuidado —dije, pensando en lo cerca que estaba de la verdad.

Quería contárselo, pero eché un vistazo al otro lado de la cabina y vi al empleado de correos rondando la puerta y a una anciana plantada allí mismo con los brazos cruzados, impaciente. Debía guardar silencio de momento.

—Vuelve a llamarme cuando sepas algo más —me dijo—. Pero no tan temprano. Estuvimos de farra hasta las dos de la madrugada.

—Lo siento. Te volveré a llamar, aunque, por lo visto, el único teléfono del pueblo es esta cabina muy pública.

—Más vale que mande a Nigel Barton a rescatarte —rio Scarlet—. Me lo imagino cabalgando en su corcel blanco.

—Ja, ja. Qué graciosa. Nos vemos pronto.

—Sí. Nos vemos pronto.

Después de colgar, me quedé mirando el aparato. Scarlet era mi única conexión con mi hogar y de pronto volvía a verme sola en un mundo del que no sabía nada. Había oído hablar de los sobornos, la corrupción y la intimidación en Italia, de lugares donde mandaba la mafia... ¿Y si el inspector estaba a sueldo del verdadero asesino y le habían pedido que me endosara el crimen a mí? Parecía muy posible. Paola era mi aliada, pero ¿cuánta influencia tenía en el pueblo? Y la única otra persona a la que podía pedir ayuda era el hijo adoptivo de un hombre que bien podía haber ordenado el asesinato él mismo.

Al salir de la oficina de correos, vi que uno de los *carabinieri* me hacía señas.

—¡Ya ha llegado el inspector! —me gritó—. Pregunta por usted.

Inspiré hondo y lo seguí. El inspector estaba sentado al escritorio una vez más.

—*Signorina* Langley —me saludó en italiano—. ¿Ha pasado un buen fin de semana? —preguntó sonriente, dejando ver un par de dientes de oro.

—Sí, gracias —contesté—. He asistido a los festejos del pueblo. Ha sido precioso —le solté, hablando a trompicones y con muchísimo acento inglés. Quería que pensara que, si tenía que hacerme más preguntas, iba a necesitar de nuevo a Renzo—. ¿Soy libre de volver a casa cuando quiera? —pregunté.

—Aún no veo del todo claro que no haya tenido usted nada que ver con el asesinato —me dijo con un gesto de derrota—. No entiendo a qué ha venido a San Salvatore. No es un pueblo bonito ni turístico. ¿No vendría a llevar al pobre *signor* Martinelli a la muerte? ¿No le habrán pagado para que lo haga?

Fingí que me costaba entenderle.

—Ya se lo he dicho, no conozco a los vecinos de este pueblo. Vine a informarme sobre lo que le pasó a mi padre durante la guerra, pero aquí nadie sabe nada de él. Ya está. Ahora quiero marcharme y volver a mi país.

—Tengo que interrogar a más personas hoy. Parece ser que ese hombre tenía muchos negocios con forasteros, no todos legales. Pero no se preocupe, llegaré al fondo de este asunto. Puede que haya otras huellas en ese pozo. Puede que no. Si es inocente, como dice, estará de

vuelta a casa en unos días.

Me iba a despachar cuando empezó a oírse bullicio en el pasillo. El joven agente asomó la cabeza por la puerta, avergonzadísimo.

—Inspector, hay aquí un caballero que dice que...

—Dice que tiene que hablar con el inspector de inmediato —se oyó una voz grave y potente, y entró en la sala el mismísimo Cosimo. Aun con bastón, se movía bastante rápido.

—*Signor* di Georgio, ¿no es así? —El inspector se puso pálido—. Por supuesto —dijo Cosimo—. Sus superiores de Lucca me conocen bien. Vengo por esta desafortunada jovencita. Me dice mi hijo que ha hablado con ella y que está convencido de que no tiene relación alguna con ese delito. No queremos que se lleve una mala impresión de la Toscana, ¿verdad? No queremos que vuelva a su país y vaya diciendo que en la policía de la Toscana no hay más que imbéciles que no saben resolver un crimen como lo hace Sherlock. Así que he venido a decirle que la deje marcharse cuando ella quiera. Quizá algún día logremos averiguar la verdad sobre la muerte de Gianni Martinelli, quizá no. Los hombres que suelen cometer ese tipo de crímenes no siempre son fáciles de localizar, como bien sabe.

Se hizo un silencio largo. El inspector parecía incómodo. No quería renunciar a su autoridad, pero tampoco quería enfrentarse a Cosimo.

—Deme unos cuantos días más, se lo ruego —le dijo—. La joven estará a salvo aquí. Puede disfrutar del sol italiano mientras tanto.

—Mi hijo tiene que ir a Florencia mañana —dijo Cosimo— y está decidido a llevarla en coche a la estación.

—Lo tendré en cuenta —respondió el inspector—. Es lo máximo que le puedo prometer.

Cosimo me puso una mano en la espalda y me sacó fuera.

—No se preocupe, jovencita —dijo—, le prometo que podrá marcharse con mi hijo por la mañana. Disfrute de su último día en San Salvatore.

Aquella frase me resultó algo siniestra, aunque seguro que le estaba dando más importancia de la que tenía. Salí del edificio al sol y me pregunté adónde ir a continuación. Entonces tomé una decisión: tenía que hablar con la viuda de Gianni. Ella era la única persona que había oído hablar de mi padre. A lo mejor sabía más. A lo mejor hasta sabía qué era lo que Gianni había ido a decirme la noche en que encontró su fin.

Capítulo 32

JOANNA

JUNIO DE 1973

Cuando estaba llegando a la casa de Francesca, el perro se levantó y empezó a ladrar. Daba tanto miedo que no me atrevía a acercarme más. No estaba segura de la longitud de la cadena. Confié en que oyera aquel barullo y saliera a ver qué pasaba. Por fin, vi que alguien corría la cortina para asomarse, luego se abrió la puerta principal.

—Si es la *signorina* inglesa —dijo—. Habrás venido a por la cesta de Paola. La necesita, claro, como el cuenco. El ragú estaba delicioso. Por favor, dale las gracias por su amabilidad. —Tenía un acento tan marcado que me costaba entenderla—. Pasa, pasa —añadió, señalándome la puerta. El perro no me quitó los ojos de encima ni un segundo mientras entraba en la casa—. ¿Te tomas un café conmigo?

No me entusiasmaba aquel café solo tan denso que bebían por allí. Por lo visto, nada más le ponían leche al del desayuno. En cualquier otro momento del día, era un signo de debilidad aguarlo.

—Gracias —contesté, porque al menos así tendría una excusa para quedarme y charlar. Me señaló el banco que había junto a la mesa. Me senté y la observé mientras servía el líquido en una tacita minúscula—. *Signora*... —empecé tímidamente—. Quería hablar con usted de mi padre y de la guerra. Creo que sabe más de lo que quiso reconocer ayer delante de la *signora* Rossini.

La noté incómoda.

—Yo solo sé lo que me contó mi marido: que había visto a los alemanes llevarse a un prisionero en uno de sus vehículos. A él le pareció un piloto aliado. Llevaba cazadora de cuero como las que llevan los que pilotan aeroplanos.

—¿Le dijo su marido algo de Sofia Bartoli? —le pregunté.

Entonces sí que se sorprendió.

—¿Sofia Bartoli? ¿La que se fugó con el oficial alemán? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Sospecho que ayudó a mi padre a esconderse —dije con cautela.

—De eso no sé nada —contestó, meneando la cabeza.

Cuando iba colina arriba, había sopesado si la pondría en peligro enseñándole el contenido del sobre. Decidí arriesgarme.

—Su marido dejó una carta entre los barrotes de mi ventana la noche en que murió —le dije—. Quiero pensar que era para mí.

Le enseñé la nota. La leyó y, medio riendo, meneó la cabeza.

—¡El muy idiota! ¡Mira que le dije que lo dejara estar!

—Usted sabe a qué se refiere, ¿verdad?

—Sé muy poco —contestó—. Sé que solía llevar recados a los partisanos de la zona. Se sentía orgulloso de ello. No era más que un crío y ya estaba poniendo su granito de arena en la guerra. Una vez, estando borracho, que era bastante a menudo, Dios lo tenga en su gloria, me dijo que, si los habitantes de San Salvatore supieran la verdad, las cosas serían muy distintas. «¿Qué verdad?», le pregunté yo. «Sobre la guerra», me contestó él. Me dijo que algún día encontraría un modo de que saliera a la luz y que ese día todo cambiaría.

Mientras hablaba, toqueteaba los objetos de la mesa, movía el azucarero y la cucharilla, sin mirarme. Estaba visiblemente incómoda contándome aquello, pero tenía que insistirle.

—¿Sabe a qué se refería?

—No exactamente. Cuando estaba bebido, desvariaba y al día siguiente, estando ya sobrio, le preguntaba qué había querido decir la noche anterior, me daba una bofetada y me decía que no metiera las narices en asuntos que no me concernían. —Calló un instante y levantó la vista—. Me pegaba a menudo. Era un hombre violento, además de estúpido.

—Lo siento mucho. En cierto modo, será un alivio para usted que ya no esté.

—¿Un alivio? —Me miró furiosa—. ¿Un alivio? ¿Qué me haya dejado sola en la pobreza? ¿Cómo voy a seguir llevando la granja? Por lo menos me era útil para algunas cosas. Hacía buen queso.

Lo absurdo de la situación casi me hizo sonreír. Me contuve.

—Entonces, Gianni llevaba recados durante la guerra y había visto algo importante, algo que los demás no sabían...

—Eso creo yo —contestó.

Abrí el bolsito y saqué los tres objetos. Los puse en la mesa.

—¿Alguna vez le enseñó esto? ¿Sabe lo que significa?

Los miró fijamente.

—Bueno, esa es la estrella de la Cofradía de San Jorge. Es la hermandad a la que pertenecen los hombres respetables del pueblo.

—¿Y seña secreta de los partisanos durante la guerra? —pregunté.

—Puede. Yo no era más que una cría, no sabía de esas cosas. Pero esto —dijo cogiendo el billete—, esto es dinero alemán, seguro. ¿Y la tela? ¿Un trozo de tela viejo? ¿Qué se supone que significa eso?

—Yo creo que está manchado de sangre seca —dije, y la vi soltarlo enseguida—. A lo mejor Gianni intentaba decirme que alguien informó de algo que resultó en la muerte de alguien y se pagó con dinero alemán.

—Ah. —Me miró, digiriendo lo que le decía—. Entonces eso era lo que insinuaba: que alguien no era el héroe que aseguraba ser y que un día él le haría pagar caro su silencio.

—¿Cosimo? —pregunté—. ¿Cree que se refería a Cosimo?

—Es posible. —Miró alrededor, nerviosa, por si alguien escuchaba junto a la ventana—. Todos hemos oído hablar de su valentía durante la guerra. Y no cabe duda de que se ha beneficiado de ella después. Pero si mi marido fue tan tonto como para chantajearlo, desde luego lo pagó con su vida. —Suspiró—. Le dije que lo dejara estar. No me hizo ni caso.

Empezaba a entender todo aquello. Había oído decir que Cosimo había sobrevivido a la masacre de los partisanos. ¿Y si no había sobrevivido a ella, sino que la había orquestado y lo habían compensado con creces? Gianni debió de pensar que era un buen momento para

contármelo, para que lo supiera alguien que no fuera del pueblo. Y cuando yo me hubiera marchado, chantajearía a Cosimo. Francesca tenía razón: ¡qué imbécil!

—¿Quiere quedarse estas cosas? —le pregunté.

—No, no, llévatelas. —Las empujó hacia mí—. Destruyelas, mejor. Solo te traerán disgustos. El pasado ya es historia. Mi marido se ha ido. Y te agradecería que ahora te marcharas tú también. Vuelve a tu tierra y olvídate de este sitio.

No había más que decir. Me levanté, le di las gracias por el café y salí. El perro se levantó conmigo, con el pelo aún erizado, pero no me gruñó cuando pasé por su lado. Empecé a bajar la colina, pero entonces di media vuelta y subí hacia el bosque. No sé qué esperaba encontrar. Si mi padre había levantado un pequeño refugio allí, lo habrían encontrado o se habría desintegrado hacía tiempo. Y en el pueblo se habría hablado de ello. A menos que... Me detuve al borde del bosque. A menos que todos supieran lo que le había pasado a mi padre y hubieran acordado guardar silencio, en cuyo caso me iría a casa sin saberlo.

Me adentré en la fría fronda. Se estaba muy a gusto entre los árboles, robles y castaños anchos aún en flor. Cantaban los pájaros a mi alrededor. Una paloma zureó melancólica desde una rama, sobre mi cabeza. Seguí un caminito apenas marcado entre los árboles, tratando todavía de ordenar mis pensamientos. Cosimo se había convertido en el hombre más rico del pueblo después de la guerra. Gianni posiblemente había cometido la estupidez de aprovechar mi llegada para amenazar con chantajearlo, por eso Cosimo estaba impaciente por que yo me fuera y no hiciera más preguntas. Y Renzo... Renzo era el hijo y heredero de Cosimo. Debía saber lo que había ocurrido durante la guerra y lo que le había pasado a Gianni. Había atendido a todos los deseos de su padre, dejado los estudios en Londres para volver corriendo a su lado, a ayudarlo.

Lo mejor que yo podía hacer era aceptar la propuesta de Cosimo y dejar que Renzo me llevara en coche a la estación lo antes posible. Nadie iba a querer contarme lo que le había pasado a mi padre. De pronto me sentí vigilada en el bosque, como si todas las criaturas vivas estuvieran pendientes de mí. Tuve miedo. ¿Y si me habían seguido todo el tiempo? ¿Y si alguien había oído lo que hablaba con Francesca Martinelli y venía a por mí? En el bosque tardarían días en encontrar mi cadáver...

Me abrí paso a ciegas entre la maleza. Las ramitas me arañaban la mejilla y las zarzas se me enganchaban en la falda, pero continué hasta que salí de los olivares, respirando con dificultad y contenta de ver la granja de Paola en la ladera de enfrente. Creo que debí de correr sin parar hasta llegar a casa.

Capítulo 33

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Hugo pasó la noche en la cripta. No le hacía mucha gracia compartir estancia con un puñado de monjes muertos, un crucifijo y santos varios, pero agradecía poder protegerse del viento. Se hizo la cama al otro lado de celosía de piedra sabiendo que por los pequeños orificios podía ver al Niño Jesús. Se tumbó y durmió mejor de lo que había dormido desde que dejara la base cerca de Roma.

Agradeció el refugio cuando estalló la siguiente tormenta en plena noche. El viento aullaba por la escalera y oyó el estruendo y el estrépito de más cascotes desprendidos de las paredes de la planta superior. Sofia no fue a verlo esa noche. Hugo cenó el nabo, que le supo riquísimo, y los restos de la comilona de Navidad.

Con la luz del día, subió a valorar los daños. La intensa lluvia había barrido casi toda la ladera y de pronto los escalones colgaban de un precipicio impresionante. Debía advertir a Sofia que no intentara subir si soplabo mucho el viento. Con lo menuda y lo delicada que era, volaría. La esperó toda la mañana, pero no apareció. Vigiló la carretera por si llegaban las tropas aliadas rumbo sur, pero las montañas más altas del norte ya estaban completamente cubiertas de nieve y, como Sofia había predicho, los aliados no se arriesgarían a avanzar hasta que llegase la primavera.

Se retiró al refugio de la cripta. Caía la noche cuando oyó unos pasos que cruzaban la planta superior. Se levantó para recibir a Sofia. Ella bajó corriendo los escalones, llevándose un dedo a los labios para pedirle silencio.

—El cuchillo o el revólver —le susurró—. Tenlos a mano. Me parece que me han seguido. —Hugo fue a buscarlos y se aseguró de que el arma estaba cargada—. Mejor el cuchillo —le dijo—, el disparo podría oírse desde lejos.

Él miró el cuchillo que llevaba en la mano. No había apuñalado a nadie en su vida y no se figuraba haciéndolo. Trató de imaginarse agarrando a un soldado alemán por detrás, sujetándole la cabeza y cortándole el cuello sin más. ¿Podría hacerlo?

Sofia debió de adivinar lo que pensaba, porque le dijo:

—Dámelo a mí. He matado cerdos en la granja. No me da miedo matar a un alemán. —Se lo arrebató y volvió a subir las escaleras. Sintióse un cobarde, la siguió escaleras arriba lo más rápido que pudo. El sol acababa de ponerse y el cielo estaba pintado de franjas de color rojo

sangre. Con el cuchillo en ristre y los destellos rosados de las paredes, la imagen de Sofia resultaba de lo más dramático—. Escóndete —le dijo, volviéndose hacia él—. A lo mejor puedo inventarme alguna excusa. A ver quién es —añadió, y se acercó al umbral de la puerta. Hugo oyó pasos de alguien que cruzaba el patio, luego Sofia salió—. ¡Gianni! —la oyó decir muy sorprendida—. ¿Qué haces aquí arriba?

—No es asunto suyo, *signora* Bartoli. ¿Qué hace usted aquí?

Hugo se asomó y vio a un niño delgaducho de unos once o doce años. Aún no le había cambiado la voz y parecía desafiante y asustado a la vez.

—He venido a ver si el último bombardeo ha dejado al descubierto algún otro trozo de la cocina de los monjes. He subido varias veces y he encontrado latas de comida y de fruta en conserva. He pensado que a lo mejor encontraba más cosas.

—La ayudo a buscar —dijo—. A mi madre no le vendría mal un tarro de fruta en conserva.

—Eres muy amable, pero estoy segura de que a tu madre no le gustaría que te jugaras la vida subiendo aquí. ¿No has visto que el último bombardeo ha volado otro trozo de la ladera? Eres tan ligero que podrías salir volando.

—Soy fuerte —repuso él—. Me las puedo apañar.

—¿Y a qué has venido aquí? —le preguntó ella—. ¿Por un reto?

—No —contestó él—. He pensado que a lo mejor los chicos estaban aquí.

—¿Los chicos?

—Sí, ya sabe, los partisanos de la zona. He oído decir que estaban preparando algo grande, una emboscada en la carretera o algo así, y he pensado que igual se estaban reuniendo aquí arriba. Quiero unirme a ellos.

—¿Tú? ¿Unirte a los partisanos? Si no eres más que un crío... No te aceptarían.

—Pero podría serles útil, hacerles recados, espiar por ellos...

—Gianni —le dijo Sofia poniéndole una mano en el hombro—, por lo que sé, son hombres despiadados que corren grandes peligros. A lo mejor hasta te matan para no tener que preocuparse de que los delates.

—Son nuestros hombres, nuestros vecinos, están de nuestro lado.

—Yo no estaría tan convencida. Algunos de los partisanos son comunistas. Quieren que se vayan los alemanes, pero también quieren derrocar a nuestro gobierno e instaurar el comunismo para todos.

—Pero los partisanos de los que yo hablo son hombres de por aquí. Los conozco.

—Creo que deberías mantenerte al margen. Espiar no trae nada bueno —le dijo ella—. Pero ya que estás aquí, me puedes ayudar a buscar cosas que nos puedan valer... —Su voz empezaba a oírse menos a medida que se alejaba con el niño. Hugo esperó impaciente y, justo cuando se desvanecían los últimos destellos de luz, oyó sus pasos de nuevo y a Sofia diciendo—: Vete a casa ya, que es muy de noche. Siento que no hayamos encontrado comida para tu madre. Dile que le llevaré unos nabos de mi huerta cuando los recoja.

—¿No viene conmigo? —preguntó el niño, sonando de pronto muy joven e intranquilo.

—Claro. Baja con cuidado los escalones y me reúno contigo abajo. Me he dejado la cesta en la antigua capilla donde estaba rezando cuando has llegado. Sigue siendo la casa de Dios, ya sabes, aunque las paredes estén medio derruidas. Ve con cuidado. —Sofia volvió corriendo a la capilla con Hugo—. Tengo que irme con él. Hay comida en la cesta. Puede que estés en peligro. Los partisanos...

—Lo he oído —la interrumpió él—. Quizá estén pensando en reunirse aquí.

—Estaré atenta —dijo ella— y procuraré venir a avisarte, pero vigila tú también y estate

preparado para esconderte si fuera necesario. Si consiguieras abrir esa puerta, a lo mejor tendrías una forma de escapar.

—Ya lo he intentado —le dijo él—, pero no cede.

—Entonces igual no deberías seguir ocultándote aquí abajo. Te quedarías atrapado. Al menos en tu rinconcito de debajo del altar estabas a salvo.

—Sí —coincidió él—. Vete ya o ese niño volverá a buscarte.

—Cuidate, Ugo —le dijo Sofia y, aupándose, le dio un beso en la mejilla, luego salió corriendo—. Perdona, Gianni —la oyó gritarle al niño—, no encuentro la cesta en la oscuridad. Ahí dentro no hay más que escombros. Inestables, además. Tendré que volver a buscarla por la mañana.

Se había hecho de noche. Con la ayuda del encendedor, Hugo bajó las escaleras en busca de la vela. Se sentía tremendamente vulnerable, atrapado. Si se quedaba allí abajo, no podría echar a correr si lo encontraban. Encendió la vela, se llevó sus cosas arriba y volvió a su antiguo escondite. Estaba frío, húmedo y era poco acogedor, pero se hizo la cama y arrastró algunos pedazos más de madera astillada para ocultarse. Cuando fuera de día, lo arreglaría un poco más y volvería a tapiar, quizá, la cripta. Pensando que los partisanos pudieran encontrar el cuadro e incluso llevárselo para venderlo o cambiarlo por otra cosa, le dieron ganas de bajar a retirarlo de la pared inmediatamente, pero le quedaba poca vela y a saber cuánto gas tendría su encendedor. No podía arriesgarse a encontrarse de pronto abajo completamente a oscuras, posiblemente atrapado. Cogió la cesta y se comió la sopa que Sofia le había llevado. Le sobrevino otro pensamiento sombrío: si era cierto que los partisanos iban a utilizar aquel sitio como lugar de encuentro, Sofia no podría volver a subir. Tendría que tomar una decisión y hacer algo enseguida. Ya podía apoyar un poco mejor con la pierna herida. Tal vez hubiera llegado el momento de jugársela.

Se instaló en su estrecho escondite y pasó una noche horrible, pendiente del más mínimo ruido. En algún momento durante las interminables horas de oscuridad, le pareció oír disparos, pero quizá fueran truenos. La noche se le hizo eterna y lo alivió ver los primeros rayos de fría luz matinal. Los partisanos no subirían durante el día, eso lo tenía claro. Aquel lugar estaba demasiado al descubierto, demasiado expuesto. Así tenía tiempo para pensar y planificar. Bajó los escalones de la cripta y se plantó delante del cuadro del Niño Jesús. Aun en la penumbra, parecía resplandecer con luz propia. Seguía encontrándolo arrebatador. «Tengo que buscarle un sitio seguro», se dijo. Se paseó por la pequeña cripta. Había un hueco detrás de una de las tumbas, pero a poco que buscaran lo encontrarían. Descubrió otro detrás del altar. «Podría valer», pensó.

Aún estaba allí abajo cuando oyó pasos arriba. Maldijo para sí al recordar que se había dejado el revólver y el cuchillo escondidos entre sus pertenencias. Miró alrededor y no se le ocurrió otro sitio donde meterse que detrás de la celosía, que no era precisamente el escondite perfecto. «Me van a pillar como a una rata con un cepo», masculló.

Oyó que los pasos se acercaban a lo alto de las escaleras y vio una sombra que tapaba la entrada.

—¿Ugo? —lo llamaron en voz baja—. ¿Estás ahí abajo?

—¿Sofia? — Soltó un enorme suspiro de alivio y corrió a su encuentro—. No esperaba que volvieras tan pronto y de día. No te arriesgues tanto, por favor.

—Malas noticias —le dijo ella, jadeando como si hubiera subido deprisa—. Terribles, Ugo. Gianni tenía razón en lo de que los partisanos de la zona tenían prevista una emboscada, pero

alguien ha debido de advertir a los alemanes, porque los estaban esperando y los han matado a todos menos a Cosimo.

—¿Y cómo se ha librado?

Hugo, al que le había desagradado Cosimo desde el primer momento sin conocerlo siquiera, sospechó inmediatamente.

—De milagro. La primera bala solo le ha rozado el hombro. Se ha tirado al suelo y le ha caído encima el cuerpo de uno de sus camaradas. Dice que se ha quedado allí tirado mientras los soldados iban clavándoles las bayonetas a sus compañeros para asegurarse de que estaban muertos de verdad. No se ha atrevido a moverse en horas. Cuando se ha hecho de día, ha salido a gatas de allí y ha vuelto a casa. Jamás había visto a un hombre tan agotado y angustiado.

—Entonces, alguien les ha dado el soplo a los alemanes, lo que significa que hay un espía entre vosotros.

—A lo mejor no es en San Salvatore. Esos hombres vienen de otros pueblos también. Algunos ni siquiera son de la zona, son soldados que huyeron de sus regimientos para que los alemanes no los hicieran prisioneros de guerra. Puede que uno de ellos fuera un espía infiltrado.

—Es muy probable —coincidió—. Pero al menos eso es una buena noticia para mí, para nosotros, ¿no? Ya no van a usar esto como lugar de encuentro.

Ella negó con la cabeza. Lloraba, de pronto.

—Es peor de lo que piensas. Han entrado vehículos alemanes en el pueblo a primera hora de esta mañana. Han interrogado a todo el mundo sobre los partisanos y han dicho que iban a examinar todos los cadáveres y, como uno solo de ellos fuera del pueblo, nos iban a fusilar a todos.

—¿Y a Cosimo, lo han encontrado?

—No. Ha huido al campo cuando alguien ha visto llegar los camiones. Tendrá que mantenerse oculto, supongo.

—Eso es horrible —dijo Hugo.

Sofía asintió.

—Es más que horrible. El comandante nos ha preguntado también por un piloto inglés. Dice que acaban de encontrar tu avión y solo había dos cadáveres dentro, pero nadie en el asiento del piloto. Nos han preguntado si habíamos visto a algún inglés esconderse o habíamos oído algo al respecto. Nadie ha visto nada. Nadie ha dicho nada. Luego ese alemán ha dicho que, como descubrieran que habíamos estado ayudando al enemigo, el pueblo entero lo pagaría. Tendrías que haberle visto la cara. Estaba deseando masacrarnos a todos, estoy convencida.

Sofía lo miró fijamente, sombría y desesperanzada.

—Entonces, tengo que huir ya —dijo Hugo—. Y tú tienes que venir conmigo —añadió, cogiéndola de la mano.

Ella se apartó.

—No puedo abandonar a mi hijo, ni a la abuela de mi marido.

—Tráete a Renzo. Quieres salvar a tu hijo, ¿no? De la abuela ya se encargarán los vecinos, tampoco será por mucho tiempo. Iremos al sur. Encontraremos un modo.

—Pero ¿cómo vas a caminar? Aún no tienes bien la pierna.

Eso era muy cierto.

—¿Dónde está el medio de transporte más próximo? ¿No hay autobuses, trenes...?

—Hay una línea de tren en el valle de Serchio, a unos quince kilómetros. Ese tren va hasta Lucca. No sé si eso está aún en territorio ocupado por los alemanes. Tampoco sé si los trenes siguen funcionando. Además, para viajar hay que tener salvoconducto. Te descubrirían.

—Entonces, tenemos que intentar robar un coche o un camión alemán.

—¿Y eso es menos peligroso que quedarme donde estoy y rezar para que nadie me haya visto? —preguntó nerviosa.

—¿Y si deciden fusilar al pueblo entero? —dijo él, levantando la voz, que retumbó en las paredes—. Quiero salvarte, Sofia. Quiero protegerte. Me entregaré. Les diré que estaba escondido en el campo y que no me ha ayudado nadie.

—¡No! —dijo ella, agarrándolo con fuerza del brazo—. No, no puedo dejarte hacer eso. No te lo voy a permitir.

—Pero me harían prisionero de guerra. Soy oficial. En teoría tienen que tratarme bien y dejarme con otros oficiales en algún campo de prisioneros.

Meneó la cabeza con tal violencia que se le cayó el chal de los hombros.

—Te matarían de inmediato. Lo sé. Se están retirando y están asustados. No querrán cargar con prisioneros. No quiero perderte, Ugo.

—Yo tampoco quiero perderte. —La estrechó en sus brazos y ella enterró la cabeza en su cazadora como lo había hecho cuando había caído la bomba. Estuvieron así un rato, en silencio, él acariciándole el pelo suavemente como si fuera una niña—. Tiene que haber una forma —dijo furioso. Ella lo miró—. ¿No hay nadie por aquí que tenga un automóvil o una camioneta? —preguntó.

Sofia se encogió de hombros.

—Nos los han quitado todos. Además, no hay gasolina. Algunos granjeros aún tienen un caballo o un burro. Conozco a uno que tiene una carreta para llevar sus productos al mercado de Ponte a Moriano. He oído decir que no es la primera vez que transporta mercancías de estraperlo, pero cobra mucho y yo no tengo dinero, ni nada que vender.

Hugo frunció el ceño, pensando, desesperado. Luego se quitó el sello que llevaba en el meñique.

—Toma esto. Es de oro. —Se lo puso en la palma de la mano y le cerró los dedos—. No sé si será suficiente, pero dile que solo queremos que nos preste la carreta, que se la dejaremos donde pueda encontrarla y recuperarla.

Asintió muy seria.

—No tengo claro dónde vive, pero seguro que alguien del pueblo lo sabe. Lástima que Cosimo se tenga que esconder, porque seguro que él lo conoce. Sabe mucho de estraperlo, estoy segura.

—No nos conviene que Cosimo se entere de nada —dijo Hugo con rotundidad—. No nos conviene que se entere nadie. No podemos arriesgarnos a que alerten a los alemanes.

—Puede que tengas razón —coincidió ella—. Muy bien, voy a intentarlo. Haré todo lo posible, pero no va a ser fácil. Dudo que los alemanes nos dejen solos. Y como descubran que alguno de esos hombres era del pueblo, se acabó. Nos matarán como a animales.

—No se atreverán a hacer algo así... —dijo él—. Con mujeres y niños...

—Uy, sí, ya lo han hecho en otros pueblos. Han masacrado a toda la población por haber ayudado al enemigo. Estoy convencida de que lo harían.

—Entonces, por el amor de Dios, ve a buscar a ese hombre ya. Me prepararé para salir. Y estaré alerta. Desde aquí veo la carretera. Si vienen vehículos alemanes, bajaré al bosque a esperarte.

Sofia asintió con la cabeza, procurando claramente digerir toda aquella preocupación repentina.

Hugo la agarró del brazo.

—Y Sofia, si no es seguro, no vuelvas. Ponte a salvo. Pon a salvo a Renzo. Eso es lo único que importa. Te quiero. Sé que no debería porque eres una mujer casada y yo un hombre casado, pero es así. Haría lo que fuera por protegerte.

—Yo también te quiero, Ugo —le dijo ella con un hilo de voz.

Él le cogió la cara entre las manos y la besó con ternura en los labios. Sintió que se despertaba el deseo en su interior, pero se apartó apresuradamente.

—Vete ya, ahora que aún hay tiempo.

—Que Dios te proteja, Hugo —le dijo ella mientras le rodaban las lágrimas por las mejillas.

—Y a ti —gritó él a la vez que ella salía corriendo a la oscuridad de la noche.

Capítulo 34

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

Cuando Sofía se fue, él se quedó clavado en el sitio, intentando pensar con claridad. Era un oficial británico, entrenado para el combate. Debía idear un buen plan. Tenía seis balas en la recámara del revólver. Podía matar al menos a los seis primeros alemanes si los pillaba por sorpresa, pero entonces tomarían represalias contra el pueblo. Sofía tenía que encontrar al tipo de la carreta y convencerlo para que se la prestara. El anillo era bueno. Oro macizo de veintidós quilates. Valía mucho. A un simple granjero lo tentaría, seguro.

Entonces sus ojos se desviaron hacia el cuadro del Niño Jesús. Tenía que protegerlo también. ¡Ningún alemán se lo iba a llevar! Lo descolgó con dificultad, sorprendido de lo mucho que pesaba. Se preguntó si el marco no sería de oro macizo, en vez de pan de oro. Visto de cerca, casi parecía que el Niño le estuviera contando alguna confidencia graciosa. Sintió un deseo irresistible de retirar el lienzo del marco, enrollarlo y metérselo por la cazadora o en la bolsa del paracaídas, pero su formación artística no le permitía hacer algo semejante. La vieja pintura del lienzo se agrietaría y el cuadro se estropearía. Y era demasiado grande y pesado para llevárselo consigo. Tenía que esconderlo hasta que los alemanes se retiraran por fin al norte.

Se acercó de nuevo a la puertecita de la pared. Era de roble macizo con paneles tallados y una cerradura con el ojo lo bastante grande para una llave antiquísima. Fue a por el cuchillo e intentó saltar la cerradura, luego probó a cortar un trozo de la puerta, pero sus intentos fueron en vano. La madera era demasiado gruesa y la puerta estaba completamente encajada en la piedra. Le fastidiaba tener que llevarse el cuadro arriba, donde estaría expuesto a las inclemencias del tiempo. Al final, lo escondió detrás del altar. Al menos nadie lo encontraría, salvo que buscaran expresamente. Después volvió arriba a vigilar.

Hacia un día ventoso, las nubes se movían veloces desde el oeste y amenazaba con llover. Hugo inspeccionó el paisaje en todas las direcciones, pero nada se movía en la carretera y los campos circundantes estaban vacíos y yermos. «Desolado», se dijo. Igual que él. Estudió el reciente desprendimiento que se había producido en la pista de tierra. «¿Podría yo bajar a la carretera si Sofía tiene que traer la carreta por ahí?», se preguntó. Una vocecilla interior le susurró que debía salir corriendo ya y no ponerla a ella en mayor peligro.

Volvió a los escombros que había junto a la capilla para ver si podía rescatar algo de utilidad, algo que pudiera usar como arma, quizá, pero los muros ya se habían derrumbado con el

primer bombardeo. No se había movido nada con el último. De hecho, no quedaba nada por destruir. Doblándose con dificultad, volvió distraído unos cuantos cascotes, sin saber muy bien qué esperaba encontrar. Entonces se sorprendió mirando una anilla grande de hierro que asomaba por debajo de las piedras. Intrigado, apartó unos cuantos cascotes y sacó un llavero con varias llaves grandes. Lo sostuvo en la mano, mirándolo fijamente un buen rato, con el corazón desbocado. ¿Habría tenido la suerte de encontrar la llave de la puertecita?

Volvió dentro lo más rápido que pudo, sin notar siquiera el dolor de la pierna herida. Recobró la cordura cuando estuvo a punto de rodar por las escaleras de la cripta. Tuvo que apoyarse en la pared para guardar el equilibrio y descender los últimos escalones con más cuidado. Probó una a una las llaves en la cerradura y por fin la más grande entró. La giró y oyó el chasquido de la cerradura. Empujó, pero la puerta no cedía. Se habría atascado con el desplazamiento del edificio durante su derrumbe. La empujó fuerte con el hombro y notó que se movía, pero seguía sin abrirse. Apretando los dientes de frustración, lo intentó de nuevo. Por fin se abrió, arañando el suelo de piedra con un fuerte chirrido que resonó alarmante por toda la cripta. Sacó aprisa el encendedor y asomó la cabeza dentro. Entonces apagó el encendedor y suspiró. Había habido un pasaje en su día, pero estaba tapado por los cascotes a poco más de un metro de la puerta. Apenas había espacio para que una persona delgada como él se colara dentro. Una puerta que no llevaba a ninguna parte.

Hugo se tragó su decepción, pero entonces se le ocurrió algo. Una puerta que no llevaba a ninguna parte. Se coló por la ranura y examinó los escombros que había dentro. El pasadizo estaba completamente tapado. Escudriñó el otro lado de la puerta y asintió con la cabeza. Podría funcionar, la mejor solución de momento. Salió de allí y subió de nuevo las escaleras, la pierna empezaba a darle señales de que ya se había excedido y necesitaba descansar. Desde luego había madera de sobra para elegir: bancos y reclinatorios destrozados, altares aplastados y piezas talladas que, en su día, debían de haber sido partes del altar mayor. Escogió cuatro trozos más o menos rectos y robustos y sacó los clavos de la madera rota. Fue una tarea larga y tediosa. Luego se llevó el material abajo junto con una buena pieza redonda de mármol que probablemente había formado parte de la talla de algún santo. Se coló por la puerta de nuevo, consciente de lo bien que le había venido comer tan poco durante un mes y estar tan tremendamente delgado. Entonces se puso a montar en el dorso de la puerta un marco tosco en el que cupiera el cuadro. Nunca se le había dado bien la carpintería, no le había hecho falta con tantos criados que hacían los trabajos manuales, y maldijo profusamente mientras intentaba clavar las puntas oxidadas en la madera barnizada y en la puerta maciza. Pero al final consiguió lo que había ideado. Levantó el cuadro y lo encajó en el marco de madera. «*Va bene*», dijo en voz alta. A continuación, claveteó unos trozos de madera en diagonal, de esquina a esquina, para sujetar el cuadro. Aunque alguien consiguiera abrir la puerta por la fuerza, solo verían un pasadizo tapado. El cuadro estaría a salvo hasta que Sofia pudiera volver y los alemanes se hubieran retirado.

Subió de nuevo las escaleras, agotado pero muy satisfecho consigo mismo. Ojalá pudiera proteger las demás obras de arte de la pequeña cripta. Se imaginaba a los alemanes descolgando encantados los otros cuadros grandes, bajando el crucifijo, incluso volcando los santos y las figuras de mármol de las tumbas. Entonces se le ocurrió otra idea. La antigua puerta de la capilla, que había caído en el último bombardeo, podría encajar en la abertura que conducía a la cripta. Se abrió paso entre los escombros inestables hasta donde estaba e intentó arrastrarla por el suelo. Era grande y pesaba muchísimo. Se notaba punzadas de dolor en la pierna cada vez que se agachaba y tiraba de ella. La frente se le perló de sudor enseguida y comenzó a sentir náuseas. Tuvo que reconocer su fracaso y admitir que tendría que esperar a Sofia, pero no sabía cuánto

tardaría en aparecer ella, ni lo rápido que tendría que irse él cuando llegara.

Se tumbó, con el revólver y el cuchillo cerca de la mano derecha. Pasó el resto del día sin que Sofia diera señales de vida. Lo angustiaba pensar lo que podría significar eso. Podía ser que no hubiera encontrado al granjero de la carreta o que los alemanes aún anduvieran por la zona y la tuvieran vigilada. Podía ser simplemente que su hijo tuviera miedo y no quisiera separarse de ella. Eso lo tranquilizó un poco. Tendría que tener paciencia y rezar para que los alemanes no encontraran a nadie de San Salvatore entre los partisanos muertos.

Cayó la noche. Hugo tenía ya muchísima hambre. Metió lo que quedaba del paracaídas en la bolsa. A juzgar por el entusiasmo que le producía a Sofia, la seda podía ser un buen objeto de trueque. Por la mañana esparciría por las ruinas las cosas que había ido reuniendo para no dejar rastro de su presencia allí. Se quedaba traspuesto y al poco se despertaba sobresaltado con el mínimo ruido, pero debió de terminar durmiéndose porque de pronto se encontró a Sofia a su lado. Notó que su pelo suave le acariciaba la mejilla. Abrió los ojos porque no sabía si era de verdad o soñaba de nuevo con ella.

—Ugo, *mio caro* —le susurró, con la cara a solo unos centímetros de la suya.

Instintivamente, la estrechó entre sus brazos y sintió el cuerpo caliente de ella contra el suyo. Enseguida la estaba besando apasionadamente, el deseo reprimido mezclándose con el miedo, y ella le respondía, apretando su cuerpo esbelto contra el de él. Le hurgó nervioso bajo las faldas, notó la carne de su muslo, tiró de su ropa interior, y vio que ella le desabrochaba los pantalones. Entonces rodó sobre ella, olvidando el dolor de la pierna, olvidando a los alemanes, olvidando la guerra.

Después yacieron juntos en silencio, respirando en armonía.

—Ugo, tengo que moverme —dijo ella por fin—. Se me están clavando las piedras en la espalda.

—La próxima vez que lo hagamos será en una cama grande y bonita con un colchón de plumas —le susurró él al oído mientras la ayudaba a incorporarse—. Mucho más cómodo.

—¿Tú crees que habrá una próxima vez? —le preguntó ella.

—Lo creo. Escaparemos, Sofia. Tú y yo. Además, si es cierto que tu Guido está muerto...

—No sigas —dijo ella, sellándole los labios con un dedo—. ¿Quién puede pensar en el futuro?

—¿Qué ha pasado con la carreta? ¿Has encontrado al granjero?

—Todavía no. No he podido salir del pueblo. Uno de ellos se aloja en mi casa. Se ha instalado en el mejor dormitorio de la planta de arriba.

—¿En tu casa? Pero eso es horrible, Sofia. Por el amor de Dios, coge a Renzo, busca la carreta y nos vamos inmediatamente.

—Yo quería irme ayer, pero ese alemán me preguntó adónde iba. Le dije que mis nabos estaban ya maduros, que iba a echar un vistazo a mis campos y que, si estaban listos, tendría que ir a por una carreta para llevarlos al mercado.

—Muy astuta.

Sofia negó con la cabeza.

—Me dijo que mandaría a uno de sus hombres conmigo para que me ayudara a sacarlos. —Hizo una pausa y suspiró—. Yo le dije que no hacía falta, que yo era fuerte, que estaba acostumbrada a trabajar mucho, pero me contestó que quería compensarme por el alojamiento.

—Entonces, parece un hombre decente.

Sofia miró a otro lado.

—¿Quién sabe? A lo mejor tienen orden de no perdernos de vista. Además, no me gustó

cómo me miraba. Me observó mientras subía las escaleras. Noté sus ojos en mi cuerpo.

—Te has arriesgado mucho viniendo aquí —le dijo él—. ¿Y si va a verte por la noche?

—He cerrado con llave el dormitorio —contestó ella—. Y he dejado a Renzo dentro. Solo espero que no se despierte antes de que yo vuelva.

Hugo sintió que la rabia, fruto de la impotencia, crecía en su interior.

—Pues deberías volver enseguida.

—Solo he podido traerte un poco de polenta y unas judías frías —dijo—. El alemán se ha comido dos raciones del estofado que había hecho. Le he dicho que casi no teníamos comida y me ha contestado que no me preocupara, que me traería más. Me ha dicho que sus hombres se portaban bien con los que cooperaban. Yo le he dicho que no me quedaba otro remedio, que tenía que proteger a mi hijo y a la anciana. Entonces me ha sonreído y me ha dicho: «No tienes por qué temerme». Ojalá pudiera creerlo.

—¿Tú crees que estará en tu casa todo el día?

—Sabe que tengo que ir al campo. Si me manda a uno de sus hombres, le diré que siga sacando nabos mientras yo voy a por la carreta para llevarlos al mercado. Y aunque se empeñe en acompañarme a ver al viejo granjero, no hablará nuestro idioma ni entenderá mi dialecto toscano. Puedo arreglar lo de la carreta delante de sus narices.

Hugo la cogió por la cintura.

—Eres muy valiente, Sofia. Me siento tan impotente y tan inútil, atrapado aquí. Debería estar protegiéndote, en lugar de dejar que te lo juegues todo por mí.

—Ahora también me lo juego por mí, sé que debo poner a salvo a mi hijo y ponerme a salvo yo. —Se levantó, se recolocó las faldas y se envolvió en el chal—. Confiemos en que consiga hacerme con la carreta mañana. Así podré cargarla de nabos y tú podrás esconderte entre ellos y seremos libres.

—Haces que parezca muy fácil.

—Hay que tener fe en Dios. Es lo único que nos queda —dijo ella.

Hugo se levantó también.

—Antes de que te vayas, necesito que me ayudes con una cosa. Esa vieja puerta... Con ella podemos tapar la entrada a la cripta y disimularla.

—¿Y el cuadro?

—Lo he escondido, Sofia. En el sitio perfecto. Detrás de la puerta secreta.

—¿La puerta de la cripta?

—Sí, tengo la llave. Me la llevaré y te la daré cuando puedas volver.

—Tú sí que eres listo, Ugo. Nuestro niño bonito estará a salvo y seco allí abajo.

—Sí —coincidió él. Se acercó a la puerta grande. Ella se agachó a su lado y juntos la arrastraron por encima de los cascotes y taparon con ella la abertura. Encajaba perfectamente. Se miraron e intercambiaron una sonrisa de complicidad—. Vete —le dijo—. Yo la tapo con piedras y madera y nadie sabrá jamás que estaba ahí.

—Sí —contestó ella. Se acercó y lo besó, en la boca y apasionadamente—. Hasta mañana, *amore mio*.

Capítulo 35

JOANNA

JUNIO DE 1973

—Ah, ya estás aquí —dijo Paola, levantando la vista de las judías que había estado atando de nuevo—. Empezaba a preocuparme por ti. Pensaba que habías subido al pueblo, pero ha venido Renzo buscándote y me ha dicho que no estabas arriba.

—¿Ha venido Renzo? —espeté.

—Sí. A buscarte. —Malinterpretó mi alarma—. Creo que lo tienes conquistado, *mia cara* —me dijo con una sonrisita de complicidad.

—¿Ha dicho qué quería?

—No. Puede que solo disfrutar de tu compañía, conocerte mejor...

—Ah, no, no es eso —le dije yo—. Querría quedar en una hora para venir a buscarme y llevarme a la estación mañana.

—¿Mañana? Entonces, ¿sí que te vas a ir tan pronto?

—Creo que sería lo más conveniente —contesté—. Si me quedo más tiempo, temo que el inspector siga intentando culparme de la muerte de Gianni. Y convertirla a usted en cómplice. Es mejor para todos que me vaya ahora que puedo. Cosimo me comentó que su hijo tiene que ir a Florencia mañana y que me acercará en coche a la estación.

—Tan pronto... —Me abrazó—. Te echaré de menos, *piccolina*. Has sido como una segunda hija para mí. Y Angelina también ha disfrutado mucho de tu compañía. Dice que yo soy vieja y aburrida y que da gusto poder hablar con alguien de su edad.

—Ya, yo también he disfrutado de cada minuto con usted, sobre todo cocinando. Y lamento que ya nunca podré aprender a cocinar bien la comida italiana.

—Si esta va a ser tu última noche aquí, haremos una buena cena —dijo—. Un *risotto* de setas, quizá, antes de la berenjena a la parmesana y, para terminar, la *panna cotta*. Puedes ayudarme a prepararlo si quieres. Empezaremos con *crostini*. A lo mejor el *signor* Renzo quiere ayudarnos también...

—¿Renzo? —pregunté.

—Sí, lo he invitado a cenar con nosotras y sé que le encanta cocinar.

Le vi en la cara lo que estaba pensando: nos hacía de celestina a Renzo y a mí. En otras circunstancias, habría agradecido la ayuda, pero sabiendo lo que sabía ahora, no quería tener más que ver con él. Las charlas que habíamos mantenido, el que me llevara a su antigua casa...

Probablemente lo había hecho todo para enterarse de qué sabía yo y qué no. Solo seguía instrucciones de Cosimo. Y, es más, ¿habría visto a Gianni dejarme un sobre en la habitación y ahora quería recuperar su contenido o averiguar qué decía la nota?

No podía impedirle que cenara con nosotras, pero tendría que andarme con sumo cuidado esa noche. Volví a dejar el bolsito en mi cuarto, cerré con llave de nuevo y fui a ayudar a Paola en la huerta. Luego descansé un rato, encerrada en el cuartito, pero dormí de un tirón y me desperté despejada. Cuando me disponía a acercarme a la granja para ver si habían empezado los preparativos de la cena, me topé con Renzo cerca de mi puerta.

—¡Ah! —dije con un aspaviento, retrocediendo un paso sin querer.

—Perdona si te he asustado, Joanna —dijo—. Paola me ha pedido que coja más espárragos y mire si hay algún otro tomate maduro. He venido pronto para ayudar con la cena. Te está preparando un verdadero festín.

—Lo sé. Me lo ha dicho. Es muy amable.

—Se ha encariñado contigo —dijo—. Le da pena que tengas que irte.

—A mí también, pero es mejor así, ¿no? Más me vale alejarme de ese inspector. Parece que piensa que podría estar implicada en el asesinato de Gianni y eso es absurdo. Apenas intercambié una decena de palabras con ese hombre en una mesa en la que había muchísimos más.

—Completamente absurdo —coincidió—, pero también a mí me da pena que te vayas. Me habría gustado averiguar la verdad sobre tu padre y mi madre. Y ese niño bonito. No paro de darle vueltas. Si tu padre estuvo en esta zona lo suficiente como para que mi madre tuviera un bebé, ¿cómo consiguieron mantenerlo todo en secreto? Además, ¿habría escondido él a un niño donde nadie más pudiera encontrarlo y le habría escrito unos meses después para contárselo?

—A lo mejor le dieron el niño a alguna familia de los montes para que lo cuidaran... —sugerí—. Ella iba a reclamarlo después, pero no llegó a hacerlo.

—¿Y por qué nadie sabe nada de eso? La familia se lo habría contado a alguien... Habrían dicho: «Un piloto británico nos dejó un bebé. Ahora tenemos que encontrar a su madre». Se habría hablado del asunto. Alguien recordaría algo.

—Sí —dije yo—. Sin embargo, nadie de San Salvatore parece saber nada de un piloto británico. Y todo el mundo cree que tu madre se fugó con un alemán.

—Es raro —contestó, levantándose de donde había cogido un enorme tomate maduro—, pero estoy empezando a recordar cosas. Recuerdo que estuve malo un tiempo. No sé con certeza qué fue. ¿Sarampión? Algo así. El caso es que yo no podía salir de casa y mi madre iba todos los días a buscar comida para nosotros: setas, castañas... una vez trajo una paloma, eso lo recuerdo. Yo quería ir con ella, pero me decía que tenía que quedarme en casa por los pulmones. La veía subir la colina con su cesta. Estaba preocupada por mí y le fastidiaba tener que dejarme, pero había que comer, ¿no?

—¿Estaba preocupada por ti? —Lo miré fijamente—. Renzo, por todo lo que cuentas, tu madre te quería muchísimo. No te habría abandonado, estoy segura. No se habría fugado y te habría dejado aquí. Estoy convencida de que tuvo que irse en contra de su voluntad.

—Pero todos dicen... —titubeó—. Siempre me han dicho que...

—¿Sabes lo que pienso? Que alguien traicionó a tu madre y a mi padre, quizá por dinero, quizá por celos o quizá por salvar su propio pellejo. Y los alemanes se la llevaron. —Nada más decirlo caí en la cuenta de que podría estar causándole más dolor. ¿Y si la persona que la había traicionado había sido Cosimo? Luego recordé que Gianni había visto cómo se llevaban al piloto británico en un vehículo alemán y que era un oportunista y un chivato. A lo mejor había sido él quien había dado a los alemanes el soplo de que un piloto británico andaba escondiéndose por allí

—. ¿Tú la viste marchar o ya se había ido cuando despertaste por la mañana?

Frunció el ceño, pensativo.

—No, yo estaba allí, seguro. Sí, vino a darme un beso y me dijo que fuera bueno, que volvería pronto. Lloraba. Tenía lágrimas en las mejillas. Y luego me quiso decir algo más y me besó otra vez, pero el soldado le gritó y... —Se interrumpió, con cara de sorpresa—. No era el soldado que se alojaba en nuestra casa, el simpático. Era otro. Un tipo grande. Recuerdo que parecía que llenaba el marco entero de la puerta. Y le gritaba furioso.

—¿Ves? —Le sonreí triunfante—. Tu madre y mi padre eran inocentes. Se querían y alguien los traicionó.

—Sí —dijo en voz baja—. Tengo que creerte.

—¡Los tomates, que son para hoy! —oímos gritar a Paola desde el otro lado de la huerta.

Renzo me sonrió.

—Me llama la negrera. Ven a ayudarnos a preparar la cena.

Lo seguí por el caminito estrecho, más confundida que nunca. ¿Habría traicionado Cosimo a la madre de Renzo y decidido adoptarlo después por remordimiento? A lo mejor Renzo no sabía más que yo.

Se rezagó para esperarme.

—He estado pensando... —me dijo—. Mi madre siempre subía el monte con su cesta. Es posible que tu padre estuviera escondido en algún lugar del bosque o incluso en el antiguo monasterio. Deberíamos ir a echar un vistazo mañana, antes de que nos dejes.

—Yo también había pensado lo del monasterio —le dije—, pero no parece más que un montón de cascotes. ¿Tú crees que podría haber buscado refugio allí?

—Subí un par de veces cuando era niño —contestó Renzo—. Está todo vallado y se supone que no hay que ir allí porque la ladera corre el peligro de derrumbarse, pero, claro, de críos, subir nos parecía un reto. Lo cierto es que no había mucho que ver. Los muros de la antigua capilla seguían en pie, pero ya no había techo y el suelo estaba repleto de escombros. Las estancias del monasterio se habían desplomado por completo. Si tu padre se escondió allí arriba, debió de pasarlo fatal.

—Se educó en un internado británico —repuse—. Seguramente estaba acostumbrado a pasarlo fatal.

Renzo rio a carcajadas.

—Vosotros, los ingleses, y vuestros internados —dijo—. ¿También era así la escuela a la que fuiste tú?

—Yo no estaba interna en la escuela de la que te hablé, pero desde luego no fue una experiencia agradable para mí. Estaba deseando marcharme.

—Entonces, tú también lo has pasado fatal.

—Podría decirse que sí.

Me puso una mano en el hombro.

—A lo mejor ya es hora de que dejes atrás el pasado y mires al futuro. Vas a ser una abogada rica y famosa. Viajarás y te casarás con un hombre igual de rico, tendréis dos niños perfectos y viviréis felices en una de esas inmensas mansiones inglesas con muchas corrientes de aire.

Lo miré, muy alterada por el tacto de su mano, cálida y reconfortante.

—No sé si eso es lo que quiero —le dije.

—¿Y qué quieres?

—No estoy segura. Lo sabré cuando lo encuentre.

Renzo me soltó y se hizo a un lado para dejarme entrar en la casa primero.

—*Allora*. Manos a la obra —dijo Paola—. Con tantos platos que elaborar, necesito mucha ayuda. Primero vamos a preparar los ingredientes de los *crostini*.

—¿Qué son los *crostini*? —pregunté.

—Son como la *bruschetta*, pero en vez de hacer las rodajas de pan en el horno se hacen a la parrilla —respondió Renzo—. Quedan más tiernas, menos crujientes. ¿Qué ingredientes pensaba utilizar? —le preguntó a Paola.

—Los espárragos frescos, claro...

—Envueltos en *prosciutto crudo*, claro... —dijo él—. ¿Con hinojo? He visto matas de hinojo en la huerta. ¿Voy a por un bulbo y lo corto en rebanadas finitas con un poco de *pecorino*?

—Me parece una idea estupenda —dijo ella—. También tengo una buena *tapenade* aquí.

—¿Me dejará hacer el *risotto*? —preguntó Renzo—. Era una de mis especialidades cuando trabajé como ayudante del chef en el restaurante del Soho.

—Por mí, fenomenal —contestó Paola—. Pero le tienes que enseñar a la joven cómo se prepara. Quiere aprender a cocinar nuestros platos, ¿sabes?

Me miró con interés.

—¿Quieres aprender a cocinar? A los abogados no les hace falta. Seguro que se pueden permitir un cocinero.

—Esta abogada no —dije—. De momento, no soy más que una pobre pasante que apenas gana dinero hasta que apruebe el examen oficial. Además, aunque consiga un buen empleo, me parece que llegar a casa y poder prepararme una buena comida sería muy relajante.

—Tienes razón —dijo él—. Cuando cocino, no pienso en nada más. Es como si todos los problemas del mundo quedaran fuera y estuviéramos solo la comida y yo.

Paola lo miró ceñudo y Renzo le tradujo lo que había dicho.

—Deberías hablarle en italiano a la joven —le dijo—. ¿Cómo va a mejorar si no? Además, ya lo entiende bastante bien.

—De acuerdo. A partir de ahora, solo italiano, Joanna, *capisci*? —dijo, y me miró desafiante.

Me dieron las hierbas que había que añadir a la salsa de la berenjena, orégano y perejil italiano, para que las picara, y luego un montón de ajo para aplastar. Estaba concentradísima cuando Renzo se colocó detrás de mí.

—No, el cuchillo no se coge así —me dijo, poniendo los dedos encima de los míos—. Recto. Sube y baja. Movimientos rápidos, así... ¿Ves?

—Renzo, vas a distraer a la joven de su tarea si coqueteas con ella así —lo reprendió Paola.

—¿Qué significa esa palabra? —pregunté. Cuando Renzo me la tradujo, me ruboricé.

—¿Coquetear? ¿Quién coquetea? —inquirió él—. Solo le indicaba la forma correcta de picar el perejil. Si quiere cocinar bien, tiene que aprender la técnica.

—Tú di lo que quieras —replicó Paola, riendo—. Yo digo lo que veo. Mira, se ha puesto colorada.

—Pero no me ha apartado, así que le ha debido de gustar —repuso él—. A ver cómo lo cortas, Jo... —Me fijé en que me estaba llamando por el diminutivo que habían usado muy pocas personas en mi vida. Scarlet era una y Adrian otro. Pero viniendo de Renzo, sonaba bien. Empecé a cortar con movimientos suaves y regulares. Me observó, asintiendo con la cabeza—. Aprendes rápido.

—Qué pena que no vaya a quedarse más. Entre tú y yo podríamos enseñarle mucho —dijo

Paola—. Pero vuelve a Londres y a su dieta de rosbif y salchichas.

—Sí, es una pena —dijo Renzo.

Yo pensaba lo mismo que ellos. Continué picando mis hierbas.

Capítulo 36

JOANNA

JUNIO DE 1973

A las ocho la cena estaba lista.

—Podemos cenar fuera, ¿os parece? —dijo Paola—. Hace una noche preciosa.

Así que pusimos la mesa con un mantel blanco en el jardín, bajo el cerezo. Esa vez no hubo jarras de loza corrientes, sino cubertería de plata y vajilla de cristal. Ocupé mi sitio, de espaldas a la granja. El sol se estaba poniendo sobre las colinas occidentales y los murciélagos revoloteaban a la luz rosada del ocaso. El aire olía a jazmín y a madreSelva. Era casi como un sueño.

Vino Angelina, cargada con aceite de oliva y un plato de aceitunas. Resultó que Renzo había traído vino de los viñedos de su padre. Empezamos con un blanco punzante mientras Paola sacaba la bandeja de *crostini*. Tuve que probar uno de cada tipo, como había hecho con la *bruschetta* de la *trattoria* en mi primera noche en San Salvatore: uno de espárragos envueltos en lascas de jamón york y rociados de aceite de trufa; uno de rodajas de hinojo, que era un sabor nuevo para mí; uno de queso curado de oveja con mermelada de higos... Todos ellos bocados deliciosos que, francamente, habrían bastado como cena por sí solos.

Pero luego vino el *risotto* de Renzo: un arroz cremoso con setas cocinado en un caldo sabroso. Cuando vio que asentía encantada, me dijo:

—En Londres solía hacerlo con marisco. Deberías probarlo. El caldo de pescado y los mejillones y los calamares le van de maravilla. Lástima que no pueda hacer una escapada a la costa para traer los ingredientes necesarios y preparártelo.

—Me imagino que estaría mucho más rico que este —dije yo—. De pequeña, me obligaban a comer arroz con leche y no he vuelto a probar el arroz desde entonces.

Rio.

—Por desgracia, los ingleses no sabéis las cosas tan interesantes que se pueden hacer con ingredientes sencillos. Si les das repollo o coles de Bruselas, los cuecen hasta matarlos.

—A lo mejor puedes volver a Inglaterra algún día, abrir tu propio restaurante y educar a la gente —contesté.

Le vi la cara de gozo.

—A lo mejor —dijo—. Pero, de momento, no lo veo. La salud de mi padre no mejora y lo cierto es que me necesita aquí. La familia es lo primero, ¿no? —Pensé en lo que decía, un

concepto que me era ajeno. Desde luego, yo no había puesto a mi padre por delante en ninguna de mis decisiones. Quizá le había fallado. No me gustaba pensar en ello, pero recordé su cuerpo frío tendido en la hierba. Y ya era demasiado tarde para decirle que lo sentía—. Aunque sí podemos combatir esos pensamientos sombríos con otro buen vino —añadió—. Este es el orgullo de nuestros viñedos. En Inglaterra, el único vino italiano que se conoce es el toscano Chianti que venden en los supermercados, pero este es de nuestras mejores uvas, envejecido con esmero en barricas de roble. Vas a notar la diferencia.

El vino blanco ya se me estaba subiendo y, al beber un sorbo del tinto, titubeé. «Estoy a un paso de casa», me dije. Nada más probarlo me supo suave e intenso, como si bebiera terciopelo rojo.

—Guau —dije, y Renzo sonrió.

—Ahora, cuando regreses a casa, te volverás una exquisita y les dirás a tus amigos: «Este vino no es como ese Chianti barato que venden en los supermercados» —dijo.

—Dudo que pueda permitirme comprar algo así en Inglaterra —dije yo—. El vino es carísimo.

—Tienes razón, no podrías comprarlo en Inglaterra. Solo producimos unas cuantas cajas y van directas a nuestros mejores clientes de Roma y Milán: estrellas de cine, pilotos de carreras y millonarios.

—Entonces, es un verdadero honor. —Nos miramos y sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Procuré quitarle hierro—. Pero no me llenes la copa, no vaya a ser que luego no sepa volver a casa.

—Tranquila, Renzo te acompaña —dijo Paola.

Eso me devolvió a la realidad. Lo imaginé acompañándome a la casita, pasando por delante del pozo al que habían tirado a Gianni de cabeza, y pensé que era muy probable que Renzo supiera algo de aquello. ¿Lo habrían mandado a que me emborrachara, para que entrase en mi cuartito y encontrase el sobre que Gianni había metido por la ventana?

—¿Qué pasa? —me preguntó, como si me leyera el pensamiento.

—Nada, que me da pena tener que dejar toda esta belleza mañana.

—Y a mí me da pena que te vayas —dijo él—. A lo mejor puedes volver en un momento menos complicado.

—Lo dudo —contesté—. El inspector se inventaría nuevos cargos contra mí.

Río, pero me dio la sensación de que tampoco había dicho una tontería.

Me levanté con la idea de ayudar a Paola a recoger los platos, pero ella me disuadió con una seña.

—¿Para qué tengo una hija si no? —dijo—. Tú eres nuestra invitada. Siéntate. Habla con Renzo.

Cuando se metieron en la casa, sonreí.

—Me temo que Paola intenta emparejarnos.

—Tiene muy buen corazón —contestó él—. Y tampoco va desencaminada.

Reí nerviosa porque me incomodaba tenerlo sentado enfrente, con el cuello de la camisa blanca desabrochado, sus rizos morenos alborotados y esos ojos que centelleaban como si estuvieran en llamas. Sería por el vino, pero estaba deseando que me estrechara en sus brazos y me besara.

Esa idea disparatada se desvaneció en cuanto volvió Paola con la enorme bandeja de berenjenas a la parmesana. Pensé que no me cabía ni un bocado más, pero en cuanto la probé, tuve que terminarme el plato. Muy cremosa, deliciosa. Y la berenjena sabía igual que una carne rica.

Terminamos la cena con los platitos de *panna cotta*, suave y blanca, que se deslizaba fácilmente por la garganta, acompañada de un *limoncello*, el licor de la zona. Una oscuridad sedosa y aterciopelada se había cernido sobre el campo. En el aire nocturno resonaban los grillos y las ranas. Renzo se levantó.

—Yo debería irme a casa —dijo—. Mi padre se estará preguntando dónde estoy. —Me miró—. ¿Te acompaño primero a tu cuarto?

—Ah, no —dije, riendo—. Tengo que ayudar a Paola y a Angelina a fregar los platos. Habremos ensuciado un montón.

—De eso nada —terció Paola—. Deja que el joven te acompañe si quiere. Si un hombre guapo se ofreciera a acompañarme a mi cuarto, yo no le diría que no. Por desgracia, ya no me hacen esas propuestas —añadió, y rio.

Renzo no me dejó elección. Me ofreció el brazo. Lo acepté y le sonreí nerviosa.

—En serio, Renzo, puedo ir sola —le dije—. Y seguro que Cosimo estará paseando inquieto de un lado a otro, esperando a que vuelvas.

—Pues que se pasee —replicó—. ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor me apetece pasar un rato contigo a solas? —Entonces lo miré. Me sonreía con aquella sonrisa de medio lado suya—. No sé qué tienes, pero me siento misteriosamente atraído por ti. A lo mejor es que me recuerdas a la chica que conocí en Londres, esa con la que podría haberme casado si las cosas hubieran sido distintas. —Se volvió a mirarme—. Y creo que yo también te atraigo un poco, ¿o me equivoco?

—Puede que un poquito —le dije yo, sin obviar la alarma que me saltaba en la cabeza: «Es el hijo de Cosimo, no lo olvides».

—Entonces, igual tenemos una historia común —dijo Renzo—. Igual lo que hubo entre tu padre y mi madre por fin se completa. Son los hados. El destino. No podemos hacer nada para impedirlo.

—¿Tú crees? —pregunté.

—¡Yo qué sé! —dijo él, sonriente—. Solo tengo claro que ahora mismo quiero besarte. ¿Te parece bien?

No esperó una respuesta. Me estrechó en sus brazos y acercó sus labios a los míos. Noté que se me aceleraba el corazón, que el escalofrío de miedo se mezclaba con el deseo que me inspiraba. Ignoro cómo podría haber terminado porque de pronto se movió la tierra que pisábamos. Duró solo unos segundos, pero Renzo me abrazó fuerte hasta que pasó el balanceo.

—¿Eso ha sido otro terremoto? —pregunté.

—Una réplica —contestó—. No te preocupes.

—¿Cómo decía la canción... *I feel the earth move under my feet...*? —Reí, algo nerviosa.

—Pues ahora ya sabes que puede pasar —dijo él.

—¿Joanna? ¿Renzo? ¿Estáis bien? No ha sido más que un pequeño terremoto —gritó Paola desde la puerta abierta.

—Todo bien —contestó Renzo, soltándome—. Más vale que me vaya, no sea que tiemble la tierra bajo nuestros pies otra vez —me dijo, haciéndome una caricia en la mejilla—. Te veo por la mañana. Que duermas bien.

Y se fue. Me metí en mi cuartito, eché la llave, me desvestí y me tumbé en la cama, mirando al techo. ¿Sería verdad que Renzo sentía algo por mí?

Capítulo 37

HUGO

DICIEMBRE DE 1944

En cuanto se fue Sofia, Hugo se puso a cargar cascotes, tan grandes y pesados como podía, para apilarlos encima de la vieja puerta. Aún estaba trabajando cuando salió el sol. Admiró su hazaña: la zona había quedado ya nivelada con el resto del suelo reducido a escombros. Nadie sospecharía que debajo se abría la puerta a una cripta. El niño bonito estaba a salvo.

Después abordó la siguiente tarea: ocultar cualquier rastro de su presencia en la capilla. Ya llevaba puestas todas las prendas con que contaba para no pasar frío, así que se dispuso a dismantelar el refugio, arrojando los trozos de madera por la capilla. Cogió la manta, la piel de oveja, el cuenco y la cuchara y los esparció entre los escombros, luego, para mayor seguridad, les tiró unas cuantas piedras encima. Cuando terminó, miró alrededor satisfecho. Nadie sabría jamás que había estado allí.

Ya solo le quedaba esperar. No creía que Sofia pudiera llevarle la carreta ese mismo día. Tampoco pensaba que fuera a arriesgarse a salir por la noche. Resultaría demasiado sospechoso. Además, ¿cómo iba a conducirla a oscuras sin farolillos? Pero al día siguiente, con la primera luz... Eso sería lo más lógico si, en teoría, iba a vender su cargamento de nabos. Hugo se comió las últimas migas de pan, bebió un poco de agua y fantaseó con la idea de llegar a una ciudad del sur, a un campamento de los aliados, con comida caliente, una cama de verdad, seguridad para él, para Sofia y para su hijo. Cuando se hizo de noche, fue a recuperar la piel de oveja y se quedó traspuesto, sentado en ella. La noche se le hizo eterna. En cuanto divisó el resplandor del alba por el este, se levantó y se preguntó si convendría que bajara los escalones para esperar a Sofia en el bosque. Decidió que no, por si ella llegaba por el otro lado del promontorio, subiendo por la pista de tierra hasta el precipicio, y él había de descolgarse de algún modo para reunirse con ella. No tenía claro que estuviera preparado para semejante hazaña y optó por explorar la zona y buscar la mejor forma de bajar, por si acaso.

Al salir de la capilla, estando plantado a la intensa luz del día, detectó movimiento entre los árboles. Le dio un vuelco el corazón y saludó con la mano. Cuando quiso darse cuenta, salieron de allí dos soldados alemanes apuntándole con sus armas. Uno de ellos subió con destreza los escalones.

—¿Es usted el inglés? —le preguntó.

Hugo pensó en mentir. Su italiano era ya bastante fluido e incluso se le había pegado el

acento toscano de Sofia, pero le iban a pedir los papeles. Lo registrarían y encontrarían su diario de vuelo y sus placas de identidad.

—Sí —contestó—. Piloto inglés. Oficial.

—Deme su arma y levante las manos.

No le quedó otra alternativa que obedecer. Entregó el revólver. El alemán no le pidió el cuchillo.

—Viene con nosotros ahora mismo. *Schnell*. Rápido.

—Tengo una pierna rota —dijo Hugo, levantándose el pantalón para enseñar la pierna enablillada—. Pierna *kaputt*. No puedo andar rápido.

Los dos hombres hablaron deprisa entre ellos. Aun con su escaso alemán, aprendido en un par de viajes de esquí, Hugo tuvo el presentimiento de que uno de los dos quería pegarle un tiro allí mismo. El otro no estaba de acuerdo y a Hugo le pareció entender que su coronel quería interrogarlo primero.

El alemán que tenía delante le hizo una seña con el arma para que se moviera. Hugo bajó los escalones lo más despacio que se atrevió, agarrándose al pasamanos y encogiéndose con cada paso. Llevaba el cuchillo en el bolsillo, quizá pudiera usarlo. A los pies de los escalones, los dos hombres volvieron a conversar en voz baja y notó que no se ponían de acuerdo en algo, pero prevaleció la opinión del que se había quedado abajo.

—Las manos en la cabeza. Marchando —bramó el soldado de mayor edad.

Lo obligaron a pasar delante de ellos, entre los árboles, uno de ellos clavándole en la espalda el cañón de su arma. A Hugo empezó a dolerle la pierna y tropezó un par de veces.

—No haga tonterías o le pegamos un tiro aquí mismo —dijo uno de ellos.

Al otro lado de los árboles aguardaba un vehículo militar descubierto. Los soldados le ordenaron que subiera a la parte de atrás.

—Las manos en la cabeza. Si intenta escapar, Heinrich le pegará un tiro encantado —le espetó el que hablaba inglés antes de subir acto seguido al asiento del conductor. El otro trepó a la parte de atrás, al lado de Hugo, y le encañonó el costado. Se pusieron en marcha y avanzaron dando brincos entre los surcos de los olivares.

Por primera vez desde que lo habían pillado por sorpresa, el cerebro de Hugo empezó a funcionar. Exploró los campos en busca de algún rastro de la carreta. ¿Habrían capturado a Sofia y la habrían obligado a decirles dónde se escondía él? ¿La habría delatado su hijo sin querer? El corazón le golpeaba el pecho con tanta fuerza que le costaba respirar. Con que ella estuviera a salvo, el resto daba igual. No giraron hacia abajo rumbo a la carretera del valle. En cambio, subieron por los viñedos y se incorporaron a la carretera que Hugo había visto en la cima del monte cuando había llegado a la zona: la pista de tierra estrecha bordeada de cipreses que conducía al pueblo. Rezó para que no lo llevaran allí con el fin de hacerlo desfilar hasta que alguien confesara que lo había ayudado o para obligarlo a presenciar la ejecución del pueblo entero antes de quitarle la vida a él.

Soltó un pequeño suspiro de alivio al ver que se desviaban del pueblo y se dirigían al norte por la cordillera. Exploró el campo a ambos lados. Ni rastro de la carreta tirada por un caballo. Ni rastro de nadie en los campos. Si se topaba con un oficial compasivo, un soldado de la vieja escuela, tenía alguna posibilidad de que lo trataran como a un prisionero de guerra, una mínima posibilidad de seguir con vida. Intentó pensar en Langley Hall, en su padre, su mujer y su hijo, pero lo único que le venía a la cabeza era el rostro de Sofia, tan bonito, tan tierno, y le dolía en el alma pensar que no volvería a verla.

Al cabo de unos kilómetros, se incorporaron a una carretera más ancha, asfaltada y sin

árboles a los lados. El viento que soplaba del norte era brutal. Hugo pudo ver un pueblo recortado sobre la cima del monte que tenían delante. Había varios vehículos alemanes detenidos en el arcén. El vehículo en el que iba Hugo paró y los soldados charlaron un momento. Mientras hablaban, observó que miraban al cielo nerviosos. Aunque no podía moverse, entendió lo que les preocupaba: el zumbido sordo de un avión que se acercaba.

Ese zumbido sordo no tardó en convertirse en bramido. Los soldados que estaban alrededor corrieron a sus vehículos y huyeron a los campos para esconderse entre los viñedos. Les pasó por encima la primera oleada, formando cruces en los campos con sus sombras. Enormes bombarderos estadounidenses. Se oyó un silbido y cayó una bomba, cerca de la cabecera del convoy alemán. Estalló un depósito de gasolina y Hugo notó que la onda expansiva le succionaba el aire de los pulmones. Una segunda bomba aterrizó justo delante de ellos. El conductor del vehículo maldijo y echó marcha atrás bruscamente, haciendo perder el equilibrio a Hugo y al soldado que lo vigilaba. Fue una milésima de segundo, pero Hugo decidió aprovechar para escapar.

Cuando intentaba bajar del vehículo, se oyó en el cielo el bramido ensordecedor de un avión. Uno de los cazas se había escapado de la cola de la formación y planeaba sobre la carretera. La ametralladora escupía balas. El conductor del vehículo en el que iba se irguió de pronto, abatido por los disparos, para derrumbarse después hacia delante. El vehículo se escoró muchísimo y se quedó cruzado en la carretera. Una segunda bala alcanzó al hombre que estaba junto a Hugo. El vehículo se estrelló contra un camión en llamas y volcó. Hugo salió despedido. Aún estaba consciente e intentando salir a rastras, cuando estalló el depósito de gasolina, y ya no supo más.

Capítulo 38

JOANNA

JUNIO DE 1973

En cuanto desperté a la mañana siguiente, lo primero que me vino a la cabeza fue que me iba de San Salvatore ese día. Renzo me llevaría en coche a la estación y no volvería a verlo más. Entonces se me ocurrió que quizá había malinterpretado el empeño de Cosimo en deshacerse de mí a toda costa. A lo mejor no era por miedo a que yo supiera algo peligroso, a lo mejor era que percibía que Renzo empezaba a sentirse atraído por mí. Era demasiada coincidencia que todas las mujeres de las que se enamoraba su hijo desaparecieran de su vida de repente. ¿Sería cosa suya? ¿Se habría encargado de que aquella chica del pueblo consiguiera plaza en una escuela de moda que ella posiblemente no habría podido permitirse? Y hacerle volver de Inglaterra cuando le había dado el ictus era comprensible, pero retenerlo allí, requiriendo su ayuda en todo momento, ¿de verdad era necesario? Cosimo era sin duda una de esas personas que se creen el centro del universo y solo ven a los demás cuando les resultan útiles.

Aquel pensamiento me condujo a otro: Renzo le había comentado que Cosimo había estado enamorado, pero la chica lo había rechazado. ¿Sería Sofía aquella chica y, para vengarse, había informado a los alemanes de lo suyo con mi padre? Eso explicaría, desde luego, por qué Cosimo había mancillado su reputación haciendo creer a todo el pueblo que había huido con el oficial alemán y por qué tenía tanta prisa por que yo me fuera.

Maduré aquellas ideas mientras iba a la granja a darme un baño y me reuní después con Paola y Angelina para desayunar. Durante el desayuno, estuvimos las tres muy serias. Parecía que Paola fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

—Y aún no te he enseñado a hacer nada con setas —dijo—. Esas setas pequeñas del bosque, tan deliciosas. Ni *ravioli*... Tampoco te he enseñado a hacer *ravioli*. —Alargó el brazo desde el otro lado de la mesa y me cogió la mano—. Prométeme que volverás, *cara* Joanna. Lo pasaremos fenomenal, ya verás.

—Eso espero —contesté yo—. Confío en poder volver cuando se haya resuelto todo este desafortunado asunto de Gianni.

—Lástima que no seas abogada aquí en Italia —dijo—. Sabrías cómo hablarle a ese inspector para que entrase en razón y comprendiera la verdad.

—Por desgracia, no sabemos la verdad —repuse.

—Sea lo que sea, no puede tener nada que ver contigo —espetó ella con rotundidad.

«En eso se equivoca», pensé, pero no se lo dije. Terminamos de desayunar.

—Tengo que ir a hacer la maleta.

Volví a mi cuartito y metí la ropa bien doblada en la maleta. Pronto estaría de vuelta al gris y lluvioso Londres, comprándome pasteles de carne y riñones precocinados en Sainsbury's para cenar y preguntándome qué me depararía el futuro.

Aún no había terminado de recoger cuando oí que llamaban a la puerta.

—Adelante —grité, y me sorprendió ver entrar a Renzo, no a Paola.

—¿Estás lista ya? —preguntó—. Tenemos que darnos prisa si queremos subir al monasterio antes de salir para Florencia. Mi padre está empeñado en que vaya a ver a un tipo por sus uvas antes de la hora de la siesta.

—Me quedan unas cosas por guardar —contesté—. ¿Lo dejo para luego?

—Termina ahora si quieres —dijo, y se sentó en la cama.

Me habría incomodado en cualquier momento tener a Renzo sentado en mi cama viéndome meter a presión la ropa interior en la maleta, pero, sabiendo lo que sabía, temiendo lo que temía, se me hizo casi insoportable. Cogí los otros zapatos, en los que había escondido los objetos que me había dejado Gianni y los rellené de ropa interior y medias. Renzo no dijo nada cuando los metí en la maleta. Terminé, eché un vistazo a la habitación por si me dejaba algo y cerré la maleta.

—Ya está —dije—. Estoy lista para salir.

—*Bene* —dijo él—. Estupendo. Emprendamos nuestra aventura.

Cruzamos el viñedo y enfilamos una pista de tierra que ascendía por el monte entre olivares. A lo lejos, oímos un grito y vimos una carreta que subía por otro caminito de la ladera. El hombre exhortaba al caballo a que avanzara más rápido. Renzo lo miró pensativo.

—Una carreta —dijo—. Algo de una carreta.

—¿De qué hablas?

—He recordado algo de pronto. Algo de una carreta. Vino un hombre a casa y dijo que traía la carreta, pero que le pagáramos primero. Mi madre ya se había ido y el tipo se volvió a marchar.

—¿Crees que pensaba escapar con aquella carreta? —pregunté, mirándolo esperanzada—. A lo mejor mi padre y ella pensaban huir juntos o ella había pedido la carreta para llevarlo a él a un sitio seguro.

Se encogió de hombros.

—Vete a saber... No queda nadie vivo que nos lo pueda confirmar. Es muy frustrante constatar que nunca lo sabremos. —Asentí. Caminamos en silencio—. ¿Has dormido bien esta noche? —me preguntó.

—Muy bien —le contesté con una leve sonrisa.

Sonrió también.

—Siento que el terremoto nos interrumpiera. Y ahora no hay tiempo. —Hizo una pausa—. Me preguntaba si podría volver a verte si consigo escaparme a Londres algún día...

—Si Cosimo te permite desaparecer de su vista tanto tiempo... —le dije yo sin pensarlo.

Frunció el ceño.

—No soy prisionero de mi padre, ¿sabes? Lo que pasa es que, como su movilidad es reducida, tengo que hacer yo cosas que normalmente haría él, pero voy a Florencia de vez en cuando. Y a Roma. Así que ¿por qué no a Londres? Seguro que sus vinos no están bien representados en Harrods.

—¿Por qué no? —dije yo riendo—. Y sí, me gustaría que vinieras a verme.

—Tienes que darme tu dirección.

—No sé dónde estaré —contesté—. Duermo en el sofá de una amiga desde... —Estuve a punto de decir «Desde que salí del hospital y mi novio se largó para casarse con otra»—. Desde que tuve que marcharme del piso donde vivía —dije—. Pero acabo de heredar un dinero de mi padre. Confío en que sea suficiente para la entrada de un piso pequeño en alguna parte.

—¿En Londres?

—Sí.

—Pero tú odias la ciudad —me dijo—. Sé que odias la ciudad.

—Tengo que trabajar y vivir en el campo sería muy triste.

—Ya. —Me miró y, por un instante, pensé que iba a decir algo, pero apartó la mirada y subió con brío la colina—. Este camino es largo —dijo—. Me cuesta creer que mi madre subiera al bosque cargada con la cesta todos los días. Eran gente fuerte los de su generación.

Tenía razón. La pendiente me estaba haciendo sudar y cada vez me costaba más hablar sin ahogarme. Me alegré cuando el sendero se adentró en el bosque en la cima del monte. Aquello estaba fresco y silencioso, el suelo era blando y olía muy bien. Sin embargo, la franja de árboles no era muy ancha y enseguida salimos al otro lado, donde vimos el promontorio rocoso que se elevaba por encima de nosotros, bordeado por una valla con letreros que rezaban NO ACERCARSE. PELIGRO DE DESPRENDIMIENTOS cada pocos metros.

Miré a Renzo de reojo.

—¿Vamos a poder entrar? —le pregunté.

—Habrá que ver, ¿no? —me contestó—. Ven, por aquí se puede pasar.

Me llevó a un sitio por donde uno se podía colar. Delante había unos escalones cortados en la tierra. De allí brotaba un montón de amapolas y otras flores silvestres. Con el promontorio alzándose sobre nosotros, el espectáculo era impresionante y se me ocurrió que a mi padre le habría encantado pintarlo.

Los primeros peldaños fueron fáciles, pero el segundo tramo trepaba por la pared de la roca de forma casi vertical. Aquellos escalones se habían desmoronado por algunos sitios y la roca de los lados se había derrumbado, de modo que colgaban sobre un precipicio. Tragué saliva con fuerza, pero no estaba dispuesta a dejar que Renzo viera que tenía miedo.

—Sube tú primero y yo voy detrás por si resbalas —dijo.

Eso disparó una alarma en mi cabeza. ¿Habría sido ese el plan todo el tiempo: llevarse a la chica inglesa a un sitio abandonado y empujarla por un precipicio?

—No, ve tu primero —le dije—. Quiero ver qué escalones son estables y cuáles no.

—Ah, ¿quieres que sea yo el que caiga al vacío? —dijo, y se volvió hacia mí riendo.

—Mejor tú que yo —le contesté.

—Eso no es amor verdadero, ¿no? ¿Qué me dices de Romeo y Julieta?

—Eran demasiado jóvenes y no sabían lo que hacían —repliqué.

—Muy bien. Voy yo primero. Mantente a la derecha —dijo, y empezó a subir.

Soplaba un aire gélido de las montañas lejanas. Muy abajo, a la izquierda, pude ver los restos de una antigua pista de tierra que conducía a una carretera en el valle. Por ella circulaban coches y camiones que parecían de juguete. Cuando Renzo hubo subido tres o cuatro escalones, lo seguí, agarrándome con fuerza al pasamanos de hierro oxidado de la derecha. Llegamos los dos sanos y salvos a la cima y nos encontramos de pronto en el antiguo patio del monasterio, admirando las vistas. Por todas partes había cimas coronadas de bosques. Sobre algunas se encaramaban precariamente pueblecitos como San Salvatore. Entre los bosques se alzaban antiguas fortalezas. Era como si pudiera verse el fin del mundo.

—Hermoso, ¿verdad? —me dijo, pasándome un brazo por el hombro.

Tendría que haber sido un momento mágico, estar allí plantada, cerca de él, disfrutando juntos de aquellas vistas, pero no conseguía relajarme.

—No deberíamos quedarnos aquí mucho rato —dije—. Si nos ven, podríamos meternos en un lío.

—Y nos pondrían una multa de varios cientos de liras por allanamiento. ¿Y qué? —Rio—. Relájate, Joanna, disfruta de esto mientras puedas.

Una vez más, su forma de decirlo me hizo mirarlo, pero cuando lo hice, me lo encontré contemplando el paisaje con cara de deleite absoluto.

—No habrías sido feliz si te hubieras quedado en Londres —le dije—. Esto te encanta.

—Sí. Es verdad. Pero también quiero prosperar. Si hubiera vuelto a casa siendo chef, habría abierto mi propio restaurante. Podría haber convertido nuestro pueblecito en un destino turístico.

—Aún puedes —repuse—. Cocinas muy bien. Tu comida está buenísima.

—Pero no dispongo de un título que diga que me he formado en una escuela de cocina, ¿no? Ese documento es necesario.

Pensé en mi título de abogada. Ese documento es necesario. Por supuesto.

—Vamos a echar un vistazo —propuse.

—Anda con cuidado —me advirtió—. El pavimento no es llano y algunas piedras están sueltas. Ven, dame la mano. —Noté su mano cálida y firme en la mía y empecé a serenarme un poco. Nos dirigimos a los edificios. Entre las piedras agrietadas habían brotado arbolitos y setos y, sobre el montón de escombros de nuestra izquierda, habían crecido ya árboles más grandes. Una enredadera de flores azuladas cubría casi todos los cascotes. Nos detuvimos, miramos alrededor —. Aquí no pudo haberse escondido nadie —dijo—. Tuvo que ser en la capilla.

A la derecha, se alzaban los restos de lo que antiguamente fueran cuatro paredes. Unos escalones de mármol curvados conducían al boquete en el que en su día debía de haber estado la puerta de entrada. Pasamos dentro. Justo allí se estaba fresco y en penumbra, pero la luz del sol pegaba en la pared de enfrente, donde aún podían verse los restos de una pintura mural, desde la que sonreía con ternura una mujer con una corona en la cabeza. Nubes. Ángeles. Miré abajo, dispuesta a seguir adelante, pero el suelo estaba cubierto de escombros. Grandes vigas yacían sobre tejas y piedras.

—Dudo que mi padre pudiera refugiarse aquí, ¿no?

—Al menos habría estado protegido del viento —dijo Renzo—. Pudo haberse construido un pequeño refugio con esas piedras.

—¿Y dónde está? —pregunté yo.

Miró alrededor y se encogió de hombros.

—Ha habido terremotos desde entonces. Se habrá derrumbado todo. Ven, vamos a echar un vistazo.

Volvió a cogerme de la mano y trepamos por montículos de cascotes, pero no vimos nada. Ni latas desechadas, ni cajetillas de cigarrillos que indicaran que un inglés podía haber estado allí.

Suspiré.

—No sé si merece la pena que sigamos buscando. Si se escondió aquí, debieron de encontrarlo los alemanes. Escapó y consiguió volver a Inglaterra. Pero tampoco hay pruebas de que tu madre subiera alguna vez.

—A lo mejor estamos completamente equivocados —dijo Renzo—. Quizá se escondió en el bosque, se hizo un pequeño refugio con las ramas. O puede incluso que ella se arriesgara a

esconderlo en nuestra bodega.

Negué con la cabeza.

—Entonces, la gente de San Salvatore habría visto cómo se lo llevaban los alemanes y seguramente os habrían ejecutado a todos por esconder a un inglés.

—Cierto. Muy bien. Pues ya hemos venido, hemos mirado y ahora hay que salir para Florencia, me temo. Lo mínimo que puedo hacer es invitarte a comer en un buen restaurante antes de que cojas el tren a casa.

—Gracias.

Titubeé, aún reacia a moverme. ¿Percibía la presencia de mi padre allí? A lo mejor, si hubiera estado más unida a él...

Cuando me disponía a avanzar, algo estuvo a punto de tirarme al suelo. Lo primero que pensé fue que una de las enormes vigas se había desplazado entre los escombros, pero al ponerme a cuatro patas, noté que temblaba el suelo entero.

—¡Otro terremoto! —gritó Renzo—. ¿Puedes llegar hasta la puerta? No vaya a ser que salgan disparadas las piedras de las paredes y nos caigan encima...

Pero no podía mantenerme en pie. El suelo bailaba como si tuviera vida propia. A mi alrededor, oí caer con gran estruendo las piedras más altas de las paredes. Me acuclillé y me tapé la cabeza, esperando a que parara. Luego se oyó un retumbo muy fuerte y un ruido seco y, milagrosamente, cesó el temblor. Levanté la vista y vi a Renzo poniéndose en pie con dificultad.

—¡Vaya, ese sí que ha sido fuerte! —dijo—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. Era imposible moverse, ¿verdad?

Asintió.

—Espero que no haya habido daños en el pueblo. Y que los escalones no se hayan derrumbado y nos hayamos quedado atrapados aquí arriba.

—¡Qué optimista! —dije, y reí. Me levanté e intenté acercarme a él. Las piedras rodaban cuando ponía el pie en ellas. Entonces me detuve, pasmada—. ¡Renzo, mira esto!

Vino adonde yo señalaba. En el suelo, junto a la pared de la derecha, había un boquete. Y más aún: escalones que descendían por él.

—Debe de ser la antigua cripta —dijo Renzo.

—¿Tú crees que mi padre pudo esconderse aquí?

—¿Y por qué estaba tapada?

—¿Un terremoto después de que él se fuera?

—Puede ser. ¿Quieres bajar a mirar? El suelo de aquí arriba está muy inestable y podría volver a derrumbarse si hubiera una réplica.

—Vamos a asomarnos un poco, a ver qué hay —contesté yo—. Tú fumas, ¿no? ¿Llevas cerillas?

—Sí, en el bolsillo. Si tú te animas, yo también.

Se acercó a la boca del socavón y empezó a bajar los escalones, cubiertos ahora de cascotes del suelo que habían caído dentro. Apartó algunos con el pie, allanándome el camino. Lo seguí despacio. Cuando estábamos casi completamente a oscuras, encendió una cerilla. Le oí decir algo que debía de ser una palabrota en italiano.

Entendí por qué. Era una capillita perfecta con un altar labrado en un extremo, tallas de santos en hornacinas y varios cuadros grandes en las paredes.

—Mira esto —dijo Renzo, sosteniendo la cerilla cerca de la pintura—. Es magnífico. ¡Qué suerte que los soldados alemanes no lo encontraran! Se llevaron todo el arte que cayó en sus manos.

Se consumió la cerilla. Esperé a mitad de las escaleras hasta que encendió otra, luego bajé a su encuentro. Olía a humedad. Una corriente fría se nos enroscaba en los pies, produciéndome una sensación extraña y espeluznante. Me acerqué a Renzo.

—¿Ves algo de mi padre?

Renzo había recorrido parte de la cripta.

—Aquí hay una puerta. Igual lleva a algún sitio donde tu padre pudo esconderse. — Forcejeó con el pomo y cedió un poco. Solo se abría como medio metro—. El pasadizo que hay detrás debe de estar tapado —dijo.

—A ver si yo me puedo colar. Soy más delgada que tú.

—Ten cuidado.

Me colé por el hueco de la puerta.

—Tenías razón —dije—: el pasadizo está tapado, pero hay algo que impide que la puerta se abra más. Espera un segundo. Enciéndeme otra cerilla. —Lo hizo. Me agaché a coger lo que tenía a los pies—. Parece un cuadro —dije. No podía rescatarlo porque estaba completamente atrapado entre la puerta y la montaña de escombros—. No consigo sacarlo —le grité—. A ver si apartando unos cuantos cascotes... —Cuando intenté retirarlos, cayeron más en cascada encima de ellos. Corría el peligro de iniciar una pequeña avalancha y quedarme atrapada detrás de la puerta—. Nada, que no... —dije, tirando con fuerza del cuadro. Casi me caí de espaldas cuando por fin se soltó—. Lo tengo —grité triunfante.

—Pásamelo —me dijo Renzo.

Iba a hacerlo, pero de pronto me dio miedo. ¿Y si todo aquello era un plan? Si se llevaba el cuadro y me dejaba allí encerrada, nadie me encontraría jamás. «¡Qué disparate!», me dije. Tenía que empezar a confiar en los demás en algún momento. Tenía que creer, dar un salto de fe. Le pasé el cuadro. Mientras salía por el estrecho hueco de la puerta, lo oí hacer un aspaviento.

—Lo hemos encontrado, Joanna. Es el niño bonito de nuestros padres.

Capítulo 39

JOANNA

JUNIO DE 1973

Llevamos el cuadro a la zona más próxima a las escaleras, por donde entraba la luz del sol.

—¡Oh! —No me salió otra cosa. Aquel niño radiante, que reía mientras tendía los bracitos regordetes a los querubines que aleteaban... Jamás había visto nada más exquisito—. Así que estuvieron aquí abajo —dije—. Y apuesto lo que sea a que escondieron el cuadro para que nadie lo robara antes de que terminase la guerra y pudieran venir a recuperarlo.

—Sí, debió de ser eso. Detrás de la puerta de un pasadizo que no iba a ninguna parte y al que solo alguien tan delgado como tú podía colarse. Completamente a salvo donde nadie pudiera encontrarlo jamás.

—Tú lo has dicho, completamente a salvo —se oyó una voz arriba. Cosimo estaba en lo alto de las escaleras y su recia figura tapaba del todo la luz del sol.

—Padre, ¿cómo ha subido hasta aquí? —preguntó Renzo.

—Con dificultad, pero lo he conseguido. He venido en el Land Rover y me he arrastrado como he podido por los escalones. Quería asegurarme de que estabas a salvo después del terremoto. —Hablaba con calma, sereno, pero yo casi no podía respirar—. Dame el cuadro, hijo.

—Es magnífico, padre. Hay otros aquí abajo, pero este... este es el más hermoso que he visto en mi vida. —Renzo empezó a subir los escalones con la pintura—. Mira, ¿no es maravilloso? —dijo, teniéndoselo a Cosimo.

—Lo es, sin duda. Ya decidiremos qué hacer con él. Venga, sube rápido.

Levanté la vista y vi que sostenía un arma.

—La joven tendrá un desafortunado accidente. Ya se le advirtió que subir aquí era peligroso.

—¿Qué estás diciendo, padre? ¡Baja eso! —lo oí exclamar atónito—. ¿Por qué te comportas así?

—Ha estado haciendo demasiadas preguntas —respondió Cosimo—. Quiere saber qué ocurrió en la guerra. ¿Para qué pregunta tanto?

—Ya le dije que quería informarme de qué le había ocurrido a mi padre —le grité desde abajo.

—No, no la creo. No hubo ningún piloto inglés. Sofia se fugó con un alemán.

—¡No, se la llevaron porque usted la traicionó! —chillé. Renzo aún estaba en mitad de la

escalera, entre Cosimo y yo.

—Eso no es cierto. Yo la quería. Ella me rechazó, pero yo adopté a su hijo porque la quería.

—Me parece que lo que quería eran sus tierras y, como se sentía culpable, adoptó a Renzo —le repliqué.

—No dice más que bobadas —repuso Cosimo—. Sube ya, hijo.

—No, padre. Baja el arma. Joanna no sabe nada que te pueda perjudicar.

—¡Pregúntale quién mató a Gianni Martinelli! —le grité, luego caí en la cuenta de que habría sido más prudente callar. Mi voz resonó por toda la cripta—. Gianni era el único que sabía la verdad de lo ocurrido.

—¿Qué verdad? —inquirió Renzo.

Miré de reojo a Renzo e intenté decidir si debía callar, si podía confiar en que me protegería de su padre.

—A Gianni le gustaba llevar y traer recados y espiar a la gente —proseguí, hablando deprisa y en inglés—. Vio la masacre. Vio que Cosimo había delatado a los partisanos, que los había entregado a los alemanes.

—No, no puede ser —dijo Renzo.

—¡Sube aquí ahora mismo, hijo! —bramó Cosimo, agitando el arma.

—No te voy a dejar que le pegues un tiro a nadie, padre. ¿Te has vuelto loco?

—Y yo tampoco voy a perder todo lo que tanto me ha costado conseguir en estos años.

Lo oí amartillar el arma.

—No —terció Renzo—. Hace tiempo que sospecho de ti y he callado por lealtad. Pero esto no. No le vas a hacer daño a ella.

Soltó el cuadro y subió de un salto los escalones restantes. Cogí al vuelo el cuadro cuando botaba hacia mí. El niño bonito me sonrió. Lo abracé contra mi cuerpo y enfilé los escalones. Por encima de mi cabeza oí gruñidos y un alarido casi animal. Renzo y Cosimo estaban peleando. Renzo era más alto, pero Cosimo era un toro de hombre y conservaba su fuerza a pesar del ictus. Renzo lo agarraba por la muñeca e intentaba obligarlo a soltar el arma, que se disparó. El tiro resonó en los muros. Las palomas alzaron el vuelo, alarmadas. Renzo y Cosimo se tambaleaban en el suelo irregular, resbalando en las piedras y las vigas. Cosimo intentó estampar a Renzo contra la pared. Se oyó un quejido y un aullido de dolor, pero Renzo no cedió.

Yo había llegado al último escalón y me disponía a acercarme despacio a la salida. Estaba a punto de ver la libertad delante de mí cuando oí un grito.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Joanna? —Cosimo titubeó un segundo. Crucé la puerta disparada y me encontré a Nigel Barton al pie de la escalinata. Se le iluminó el rostro al verme y me saludó con la mano—. Hola, Joanna. Me han dicho que estabas aquí arriba y he decidido subir y sorprenderte con las buenas noticias, pero ¿va todo bien? Me ha parecido oír un disparo, aunque, claro, habrá sido...

—Nigel —lo interrumpí mientras bajaba las escaleras lo más rápido que me atrevía a hacerlo—. Vuelve enseguida al pueblo a buscar ayuda. Hay un hombre armado. ¡Ve!

Nigel me miró boquiabierto.

—¿Estás segura? ¿De verdad hay un hombre armado ahí dentro? Entonces, baja ahora mismo, que te saco de este sitio horrible.

—¡Corre, Nigel! —grité—. No me esperes.

En ese instante, salió Cosimo por la puerta, tambaleándose, empuñando todavía el arma. Busqué a Renzo y no lo vi. El corazón me latía tan fuerte que no podía respirar. Cosimo apuntó y

disparó a Nigel, pero falló. La bala rebotó en las rocas. Nigel soltó un chillido de pánico, bajó corriendo los últimos escalones y se adentró en el bosque. Entonces, Cosimo me apuntó a mí.

—Esta vez no voy a fallar —dijo.

Se oyó un bramido desde lo más hondo de la tierra. Rodaron cantos por las escaleras. La roca en la que estaba Cosimo comenzó a ladearse. El hombre quiso apartarse, pero le falló la pierna mala.

—¡Renzo, ayúdame! —le gritó.

Casi como a cámara lenta, el pedazo de ladera cedió. Cosimo se agarró desesperado al aire. Gritó mientras caía por la pared del precipicio, rebotando en los trozos de roca y las piedras. Renzo apareció en el umbral de la puerta. Le corría sangre por un lado de la cara. Se acercó a mí tambaleándose.

—¡Me ha dado un culatazo! —dijo—. ¡A su propio hijo! ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, incapaz aún de encontrar las palabras.

—Ha caído —dije al fin—. La roca se ha derrumbado y él ha caído...

Renzo se acercó con cuidado al borde del parapeto. El cuerpo de Cosimo yacía al fondo del precipicio, medio cubierto de piedras y de tierra. Renzo se persignó.

—Era un hombre malo, ahora lo sé —dijo—, pero siempre se portó bien conmigo. Fue el mejor de los padres. Descanse en paz.

—Te has peleado por mí —le dije—. No le has dejado que me matara. Has sido muy valiente.

—Me costaba creer que fuera a hacerlo. Sé que no siempre ha actuado con rectitud, pero no tenía ni idea de... No, no es cierto. Cuando me enteré del asesinato de Gianni, no sé por qué, sospeché que era cosa suya. Aunque lo de los partisanos en la guerra... Era malo de verdad, ¿no?

Le puse una mano en el brazo, con ternura.

—Pero era tu padre y lo querías. Siento que hayas tenido que pasar por esto. Vamos, volvamos al pueblo para que te cosan esa brecha.

—No te olvides de nuestro niño bonito —dijo Renzo.

—Como si pudiera.

Caí en la cuenta de que aún iba abrazada al cuadro. Renzo me ayudó a bajar los escalones y nos dirigimos al valle, donde nos topamos con varios hombres que se acercaban corriendo hacia nosotros.

—Ha venido un inglés chiflado —dijo uno—. No entendíamos lo que nos gritaba, pero ha dicho algo de Joanna y de un arma y... —Calló al ver a Renzo con la cara llena de sangre—. ¿Dónde está ese loco armado?

—Era Cosimo —dijo Renzo—. Ha intentado matar a la *signorina* Joanna. Nos hemos peleado. Me ha pegado con el arma y me ha dejado inconsciente.

—¿Dónde está? Hay que impedirselo —dijo otro de los hombres.

—Ha muerto. Se ha caído al precipicio. La ladera se ha derrumbado y él se ha precipitado al vacío.

Los hombres se persignaron. Observé que ninguno de ellos decía «Descanse en paz».

Entonces miraron lo que llevaba Renzo.

—Lo hemos encontrado en la cripta que hay bajo el monasterio —dijo, sosteniéndolo en alto mientras los otros se quedaban pasmados.

—Magnífico. Obra de uno de los antiguos maestros —masculló uno de ellos.

—Recuerdo que, antes de la guerra, había unos cuadros exquisitos en el monasterio —terció el mayor de ellos—. Pensamos que los alemanes se los habían llevado.

—Hay más en la cripta —dijo Renzo—, pero ninguno tan maravilloso como este.

—¿Crees que hará rico a San Salvatore? —preguntó uno.

—¿Cómo se te ocurre hablar así? —espetó el otro—. Eso forma parte de nuestro patrimonio. Su sitio está en algún museo de Florencia.

—¿De Florencia? ¿Por qué no de Lucca? ¿Acaso Lucca no vale tanto como Florencia?

Y así siguieron discutiendo animadamente. Renzo me sonrió. Empezamos a subir la colina hacia el pueblo. El médico le limpió la herida y le puso tres puntos.

—Has tenido suerte de no perder el ojo —le dijo— o de no morir desangrado, si te llega a dar en la vena de la sien.

—Sí, he tenido suerte —respondió Renzo, con cierta amargura.

En ese momento se oyó un vocerío al otro lado de la puerta y entró la mujer del médico con cara de preocupación.

—Hay un forastero chiflado ahí fuera —dijo—. Asegura que es el abogado de la *signorina* y...

No le dio tiempo a terminar la frase porque Nigel irrumpió en la consulta.

—Ah, estás aquí, Joanna. Gracias a Dios que estás a salvo. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí arriba? ¿Quién era ese loco que andaba pegando tiros? ¿Lo han atrapado ya? De la mafia, supongo. Este sitio está atestado de gánsteres, por lo que dicen. Vamos a por tus cosas. He traído coche. Te llevo a Florencia y nos podemos ir a casa.

—Me alegro por ti, Nigel —dije—, pero, como ves, yo estoy ilesa. Y el hombre que iba armado ha muerto.

—¡Menos mal! —espetó—. ¿Nos vamos? Podemos coger el tren nocturno de vuelta a casa.

Miré de reojo a Renzo, que estaba bastante pálido, con una fila de puntos que le formaba una línea negra encima del ojo.

—Dudo que me dejen marchar enseguida —contesté—. Habrá una investigación y tendré que declarar.

—No si estás fuera del país antes de que llegue la policía —me dijo.

—Pero yo quiero declarar —dije—. Creo que es importante que se resuelva este asunto. Tiene que ver con mi padre, ya sabes.

—Ah, entiendo —dijo, desilusionado—. Bueno, entonces, supongo que es mejor que me quede también, para defenderte en los tribunales si fuera necesario.

Al verle aquella cara tan seria, me dio la risa.

—Nigel, ¿tú puedes ejercer en otros países? Seguro que no necesito que me defienda nadie porque soy víctima, no sospechosa. Además, el *signor* Bartoli, aquí presente, me puede traducir.

Nigel miró a Renzo, luego a mí.

—Entonces, ¿no quieres que me quede, por si acaso?

—Eres muy amable y te lo agradezco —dije—, pero quiero aclararlo todo antes de volver a casa y seguro que tú prefieres regresar a Inglaterra.

—Bueno, si de verdad no quieres... Ah, de acuerdo —dijo, abatido.

—Ha sido un detallazo por tu parte venir aquí tan rápido después de que llamara a Scarlet —le dije—. Supongo que le preocupaba que tuviera problemas con la justicia.

Me miró perplejo.

—No sé de qué llamada me hablas. Fui a buscarte al piso de Scarlet la semana pasada y, cuando supe en qué parte de Italia estabas, me pedí unos días libres para venir a comunicarte una gran noticia en persona.

—¿Una gran noticia?

Sonrió.

—Sí. Los cuadros.

—¿Los cuadros de mi padre? ¿Al final tienen algún valor?

Negó con la cabeza.

—No, los de tu padre no, por desgracia. Me refiero a los retratos familiares. Se los llevamos al restaurador para que los limpiara y una de las piezas fue objeto de una inspección más detenida por parte de expertos: el retrato de tu antepasada del mismo nombre, Joanna Langley. Resultó que el cuadro lo había pintado Thomas Gainsborough. Un retrato inédito hasta entonces.

—¿Gainsborough? ¿Seguro?

Asintió con la cabeza, emocionado.

—Concluida la limpieza, quedó bien visible la firma en una de las esquinas inferiores. Además, en su diario menciona que alguien de nombre J. L. posó para él y tenía unos rasgos muy agradecidos.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Dios mío, sí. Es un hallazgo importante. Podría dar una cantidad sustanciosa de dinero en subasta. Varios cientos de miles de libras como mínimo.

—Varios cientos... —Casi no me salían las palabras.

Asintió.

—Como mínimo.

Estuve a punto de decir «¡Dios mío!» otra vez, pero me contuve.

—Entonces, ¿me das permiso para que lo subaste en Christie's? —preguntó Nigel—. Creo que deberíamos moverlo enseguida, mientras el descubrimiento aún es noticia.

Por un momento, me dieron ganas de quedármelo, para tener a mi doble mirándome desde una pared de mi casa, pero luego prevaleció mi naturaleza sensata.

—Ah, sí, por supuesto.

—Estupendo. Bueno, pues ya está, supongo. Nos vemos en Inglaterra, entonces —dijo, algo incómodo—. Toma mi tarjeta y, si necesitas algo, no dudes en llamarme.

—Gracias —le dije—. Gracias por todo lo que has hecho.

Se ruborizó como un escolar.

Cuando se hubo marchado y salimos de la consulta del médico, Renzo me miró intrigado.

—Ese inglés... ¿es tu novio?

—Ay, Dios, no. Es el abogado de mi padre. Se encarga de nuestro patrimonio. Y parece ser que uno de los cuadros es valioso. ¿No te parece increíble?

—Le gustas, me parece —dijo—. ¿A ti te gusta él?

—Seguro que es una bellísima persona, pero no es mi tipo —contesté.

—Bien —dijo y cogió el cuadro, que estaba en una mesita auxiliar—. Supongo que habrá que llevárselo al alcalde. El decidirá lo que hacer con ello.

Lo miré con anhelo. Sabía que iba a tener que entregarlo, pero no quería hacerlo tan pronto.

—¿No podríamos quedárnoslo hasta que se aclare todo?

Renzo lo miraba fijamente también.

—Creo que sí. Lo cuidaremos bien, ¿verdad? Estoy pensando que quizá deberíamos llamar al Ministerio de Arte y Antigüedades. A fin de cuentas, era propiedad de los monjes.

—¿Crees que aún vive alguno de los monjes?

—Sé que varios murieron por resistirse a las fuerzas de ocupación y los otros serán ya muy mayores, pero eran franciscanos. Esta parte de Italia está plagada de franciscanos. Serán ellos quienes decidan si quieren donar el cuadro al Estado o exponerlo en una galería como la Uffizi.

Asentí con la cabeza, intentando digerir el hallazgo de obras famosas tanto allí como en Inglaterra. Teniendo en cuenta lo conmocionada que estaba todavía, aquello me superaba.

—¿Sigues pensando en ir a Florencia? —le pregunté.

—Ay, Florencia. Se me había olvidado por completo —dijo—. No, llamaré al representante de vinos y tendrá que esperar. —Caí en la cuenta de que los vinos y las aceitunas y todos los negocios de Cosimo eran ahora de Renzo. Me pregunté si él era consciente de ello—. ¿Vienes a mi casa? —me dijo—. A los dos nos vendrá bien una copa de vino, creo.

—Sí, por favor.

Cruzamos el pueblo. Renzo hizo caso omiso de los rumores que ya habían empezado a correr entre los vecinos. Le dijo a la gente que se sentía triste y necesitaba estar solo y que la pobre Joanna estaba tan conmocionada que no podía hablar. Dejamos atrás la calle mayor del pueblo y subimos por un camino de gravilla bordeado de cipreses. Al otro lado de una verja de hierro forjado, muy similar a la de Langley Hall, se hallaba una imponente villa de estilo veneciano. En el patio, una fuente rodeada de naranjos y limoneros. Las palomas revoloteaban al borde de la fuente. Entramos en un vestíbulo de mármol. Apareció una criada y Renzo le dio una orden que no pude entender. Luego cruzamos un salón muy recargado y salimos a la terraza que había detrás, donde una pérgola cubierta de enredadera daba sombra. Renzo me ofreció una mecedora de mimbre. Me senté. A nuestros pies, se extendía el paisaje hasta donde alcanzaba la vista.

Se sentó a mi lado. Ninguno de los dos dijo nada en un rato.

—Hoy me has salvado la vida —le dije yo—. Gracias. Y a pesar de todo, siento lo de tu padre.

Asintió con la cabeza, conteniendo la emoción.

—Independientemente de la clase de hombre que fuera, era mi padre y se portó bien conmigo. Lo echaré de menos, por supuesto, pero no tenía ni idea, ni idea. Sabía que no todos sus negocios eran limpios. Sabía que era un matón y que se aseguraba de conseguir lo que quería, pero jamás sospeché que fuera un traidor y un asesino. No. Nunca. —Se limpió una lágrima que le caía por la mejilla, luego inspiró hondo—. Sí que sospechaba que había tenido algo que ver con la muerte de Gianni. Ignoro si lo mató él mismo u ordenó a alguno de sus hombres que lo hiciera, pero a la mañana siguiente, cuando lo vi en el desayuno, parecía satisfecho consigo mismo. Como si se hubiera quitado una preocupación de encima.

Alargué el brazo y puse una mano en la suya.

—No sabes cuánto me alivia que no tengas nada que ver con esto. Todo este tiempo he estado temiendo que hubieras participado en el asesinato o que como poco fueras cómplice.

—¿Esa es la opinión que tenías de mí?

—Solo hasta que me he dado cuenta de la verdad —dijo—. Cuando le has plantado cara a tu padre y has intentado quitarle el arma de la mano, he sabido que me equivocaba.

Oímos pasos a nuestra espalda, en la terraza, y alzamos la vista. Salió la criada cargada con una bandeja en la que llevaba una botella de vino, copas y el plato de aceitunas de rigor. Lo dejó en una mesita, delante de nosotros y se retiró sin mediar palabra.

—Aún no lo sabe —dijo Renzo—. No he tenido valor para decírselo. Adoraba a mi padre. —Hizo una pausa—. Siempre se portó bien con sus empleados. Lo sentirán muchísimo cuando se enteren. —Me sirvió una copa de vino—. Creo que tenemos que calmarnos, ¿no te parece?

Lo cierto era que no me apetecía beber ni comer nada. Aún tenía un nudo en el estómago. Al cabo de un rato, me volví a Renzo.

—Cuando abran la investigación, ¿qué les vas a decir?

—¿Te refieres a que si debería hacerse pública la verdad sobre mi padre?

—A eso me refiero, sí. ¿Vas a decirles que fue responsable de la muerte de muchos hombres, que asesinó a Gianni, que ha estado a punto de matarme a mí?

Suspiró.

—Supongo que debería.

—La muerte de Gianni se está vinculando a negocios ilegales, ¿no? Y nadie sabe que alguien traicionó a los partisanos en aquella masacre alemana.

Renzo me miró con recelo.

—¿Insinúas que no debería decir nada?

—Depende de ti. Dices que tu padre era querido por sus empleados, respetado en el pueblo. A lo mejor ese es el recuerdo que te gustaría conservar.

—Tendré que pensarlo —dijo—. Siempre podríamos decir que nos siguió y la ladera cedió, pero tu inglés ha salido corriendo y vociferando sobre un loco armado.

—Mi inglés podía haber sido presa de un ataque de pánico y no haberse hecho entender.

Suspiró.

—Creo que la verdad debería salir a la luz, por doloroso que sea para mí. Han sufrido demasiadas personas por mi padre.

—Eres un buen hombre, Renzo. Me alegro de haberte conocido —le dije.

Frunció el ceño.

—No te irás a marchar ahora, ¿no?

Le sonreí.

—Como le he dicho a Nigel, podrían pedirme que declarase en la investigación y ¿quién sabe cuánto tiempo puede llevar eso? Lo bastante para que aprenda a hacer el ragú de Paola, eso seguro.

Renzo me devolvió la sonrisa. Entonces se le ocurrió algo.

—Al menos ahora sabemos que Cosimo no traicionó a mi madre. La quería. Así que a lo mejor no la delató uno de los nuestros. Quizá fuera tan simple como que el alemán que se alojaba en nuestra casa la viera subir el monte y la siguiera un día.

—Sí —dije—. Probablemente eso fue lo que ocurrió. Y los alemanes fueron a por los dos. Mi padre consiguió escapar, pero a saber qué le pasaría a tu madre. ¿Crees que podría averiguarlo después de tanto tiempo? ¿Habrá algún registro?

—Sospecho que le pegaron un tiro —contestó—. En el fondo, todo este tiempo he sabido que estaba muerta. —Suspiró hondo—. Ojalá esa carreta hubiera llegado un poco antes. Ojalá hubieran podido escapar...

—Entonces se habrían casado y yo no habría nacido —dije—. Y no estaría aquí sentada contigo.

—Así que algo bueno salió de todo aquello —dijo él.

Capítulo 40

HUGO

PRINCIPIOS DE 1945

Hugo abrió los ojos al notar que algo suave le acariciaba la mejilla. A su lado había una mujer joven de pelo moreno y rostro dulce.

—¿Sofía? —susurró él.

—Me llamo Anna —le contestó ella en inglés—. Por fin despierta. Qué buena noticia.

—¿Dónde estoy? —preguntó al ver el techo blanco y las cortinas también blancas que bordeaban su cama.

—En un hospital cerca de Roma.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Es usted un hombre con suerte. Cuando los americanos avanzaban hacia Florencia, lo encontraron. Dios sabe cuánto tiempo llevaría allí. Casi lo dieron por muerto, pero entonces vieron que aún tenía pulso y lo llevaron enseguida a un hospital de campaña. A los pocos días, cuando ya estaba estable, lo trasladaron aquí. Ha estado en coma un par de semanas. Conmoción cerebral, colapso pulmonar y una pierna destrozada. Sí, yo diría que tiene suerte de seguir vivo.

Intentó moverse y vio que no podía.

—Necesito que alguien me escriba unas cartas.

—Todo a su debido tiempo —le dijo ella, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Sabe si los aliados han tomado ya la zona del norte de Lucca?

—No sé con certeza hasta dónde han llegado, solo que avanzamos sin parar y que los alemanes se están retirando lo más rápido posible, pero creo que aún no han conseguido sacarlos del todo de los montes de esa zona. Sigue habiendo mucha nieve.

—Necesito saber qué ha pasado con el pueblo de San Salvatore y si sus habitantes están a salvo —dijo Hugo.

—Lo preguntaré —contestó ella con una sonrisa—. Ahora descanse. Voy a ver si le dejan beber algo.

—Un *whisky* con soda —pidió él.

Ella rio.

—Sería un privilegiado.

Volvió al rato.

—El pueblo por el que me preguntaba sigue estando en territorio disputado. Está cerca del

frente alemán.

—Entonces, ¿todavía no podría mandar un recado allí?

—Me temo que no. Pero todo el mundo está convencido de que se acerca el final, al menos en Italia y, con un poco de suerte, podría volver a casa si sigue mejorando. ¿Qué le parece?

Hugo se obligó a sonreír.

Al día siguiente fue a verlo un cirujano del ejército estadounidense.

—Lo he remendado lo mejor que he sabido —le dijo—, pero esa pierna es un desastre tremendo. Deduzco que se trata de una herida antigua que no ha curado bien. Tendrán que limpiarle a fondo los fragmentos de hueso y recomponérsela. Imagino que querrán hacerlo en un hospital inglés y no intentarán hacerlo aquí, así que será cuestión de esperar a que haya un barco en el que se lo puedan llevar.

Cada día se sentía un poco más fuerte. Le permitieron incorporarse, caminar con muletas. Escribió una carta a su padre, su esposa y su hijo. Todos los días preguntaba si había noticias de la lucha en el frente y si la zona del norte de Lucca estaba ya en manos de los aliados, pero las respuestas eran siempre inciertas. Ansiaba escribir a Sofia, pero no se atrevía a hacerlo. Si aún había alemanes en su zona y ella recibía una carta de un piloto inglés, podría ser su sentencia de muerte.

Así que esperó impaciente a que pasara algo. A mediados de febrero lo llevaron al puerto de Civitavecchia y lo subieron a un barco inglés con rumbo a Portsmouth. La travesía fue larga y tediosa, esquivando barcos enemigos y capeando temporales en el golfo de Vizcaya. Lo llevaron directamente a un hospital de allí, donde lo operaron de la pierna. Volvió a escribir a su padre y a su esposa. Y a principios de marzo recibió respuesta, pero no de su familia.

Estimado señor Hugo:

Me he tomado la libertad de escribirle porque, en estos momentos, no hay en Langley ni un solo miembro de la familia que pueda contestar a su carta.

Permítame que le diga lo mucho que me alegra que esté ya a salvo en Inglaterra y no en algún hospital extranjero. Quería que estuviera algo más recuperado antes de comunicarle la noticia. Su padre falleció hace dos meses. Sus pulmones fueron empeorando progresivamente y, con el tremendo frío de principios de enero, contrajo una neumonía. Creo que la preocupación de creerlo a usted desaparecido contribuyó a su fallecimiento. Lamento que no llegara a vivir para saber que está a salvo y que vuelve a casa. De modo que ahora es, oficialmente, sir Hugo Langley, aunque supongo que eso no le proporcionará ningún consuelo.

Se rumorea que el regimiento alojado en Langley Hall se retira por fin. Gracias a Dios, aunque me temo que han dejado la finca en un estado lamentable. Parece que ciertamente la guerra terminará pronto. Resulta casi increíble, ¿verdad?, después de tantos años de penurias y de preocupación.

Voy a averiguar si le permiten visitas y, si es así, ¿le importaría que fuera a verlo? Últimamente ya no hay restricciones en el tránsito de viajeros. Le llevaré algo de comida en condiciones. Imagino que necesitará recuperar fuerzas después de estar escondido tanto tiempo sin nada que comer. La cocinera ha estado haciendo maravillas con nuestras limitadas raciones y lo que produce la finca, aunque, sinceramente, estoy deseando perder de vista las empanadillas de conejo.

Bueno, no quiero cansarlo más, pero confío en poder visitarlo pronto.

Afectuosamente,

Elsie Williams, ama de llaves

Hugo dobló la carta, hecho un lío. Sonrió con cariño al recordar a la señora Williams. Cuando él era pequeño, solo era Elsie, la nueva criada, una joven descarada que se portó bien con él tras la muerte de su madre. Luego, años después, la anciana ama de llaves se jubiló y Elsie ocupó su lugar. Siempre amable y alegre, así la recordaba. Muy distinta de Soames, el mayordomo, tieso, rígido y sin sentido del humor.

Luego pensó en su padre y se preguntó si sentía pena. A fin de cuentas, su muerte no lo sorprendía y su progenitor siempre había sido un hombre distante que rechazaba el afecto y cualquier tipo de proximidad. El deber, el honor, hacer lo correcto, eso era lo que le importaba. Y ahora ya no estaba. Intentó imaginarse como señor de la mansión. Sir Hugo Langley. Parecía muy improbable. «Cómo reiría Sofía —se dijo—. Ojalá...»

Elsie Williams fue a verlo unos días después. Aún era la misma mujer regordeta y alegre, de rostro fresco y aspecto joven para su edad, como si la guerra no le hubiera afectado en absoluto. Le llevó una canasta repleta de cosas buenas: jalea de ternera, pastel de caza, licor de saúco casero y un tarro de mermelada de fresa de la cosecha del verano anterior. Rio cuando le mostró el tesoro.

—Prescindimos todos de nuestra ración de azúcar durante un mes para poder hacer eso —dijo—. Madre mía, qué cosecha tan abundante tuvimos el año pasado. Yo misma ayudé a la cocinera a descascarar todas esas fresas. La he estado ayudando mucho últimamente porque ya no tenemos pinche de cocina. No tenía ni idea de lo mucho que me gusta cocinar.

—Me alegro por ti, Elsie —le dijo él—. Oh, disculpa, debería llamarte señora Williams.

—Solo si quiere que yo lo llame sir Hugo —replicó ella, luego su rostro se ensombreció—. Siento haber tenido que comunicarle la mala noticia sobre su padre. Lo cierto es que llevaba varios años empeorando y tener la casa ocupada por un montón de gamberros lo apenaba muchísimo también.

—¿Un montón de gamberros?

—Ese regimiento del ejército. Tendría que ver cómo han dejado la mansión. Creo que a su padre casi se le partió el corazón. Ya sabe lo orgulloso que estaba de la casa y los jardines.

Hugo recordó que había un asunto que no habían abordado.

—¿Y mi esposa y mi hijo? Ni siquiera los has mencionado.

—Porque ya hace un tiempo que se fueron de la casa —contestó.

—¿Se fueron? ¿Adónde?

—No sabría decirle, señor. Sé que ella le dejó una carta, pero no me correspondía a mí abrirla. Le comunicó a su padre que se marchaba, pero a mí nunca me dijo dónde. Puede que la inquietara estar tan cerca de la costa sur, a la que empezaban a acercarse esas bombas volantes y esos V-2. Nunca estaba contenta y era difícil complacerla.

—¿Y mi hijo? ¿Sigue en el internado?

—No, señor. Estuvo yendo a la escuela del pueblo hasta hace poco. A su padre lo enojaba muchísimo. Quería que Teddy fuera a la misma escuela a la que había ido usted, pero la señora Langley se negó. Dijo que ya le había tocado prescindir de su marido y no iba a prescindir de su hijo también.

—Eso lo puedo entender —dijo él—. Bueno, cuando vuelva por fin a casa, supongo que todo eso se arreglará. Y cuando acabe la guerra, buscaremos una escuela para Teddy.

—¿De verdad cree que terminará pronto?

—Estoy convencido —contestó él—. Los alemanes se están retirando en toda Europa. Los tenemos controlados, Elsie. Es cuestión de tiempo.

—Alabado sea el Señor, pues —dijo ella—, y también por haberlo devuelto sano y salvo a Inglaterra. Me tenía preocupada, señor Hugo. Cuando recibimos el telegrama informándonos de que estaba desaparecido, bueno, temimos lo peor. ¡Cuánto nos alegramos cuando por fin nos escribió para decirnos que seguía vivo!

—Por los pelos —dijo él—. He tenido muchísima suerte de que las tropas estadounidenses encontraran mi cuerpo en medio de un convoy alemán y, más aún, de que descubrieran que seguía con vida. Ha sido casi un milagro.

—Ha debido de tener un ángel de la guarda —le dijo ella, y Hugo se llevó la mano instintivamente adonde tendría que estar el bolsillo de la pechera.

Lo dejaron volver a casa en abril. Las orillas del río estaban cubiertas de primaveras. Florecían narcisos y azafranes en los jardines de las casitas de campo y los árboles frutales rebosaban flores rosadas y blancas. Cuando el taxi enfiló el camino de acceso a Langley Hall, Hugo vio a lo que se refería Elsie con que los gamberros habían destrozado la finca. Por todo el césped del ala sur había aparcados pesados vehículos militares cuyas ruedas dejaban surcos profundos en lo que en su día había sido una hierba inmaculada. El ala norte se había arado y convertido en huerto. La casa necesitaba una mano de pintura y algunas de las ventanas se habían tapado con madera contrachapada. Bajó del taxi y subió los escalones de entrada. Un centinela se interpuso de inmediato en su camino.

—¡Alto!, ¿adónde cree que va? —preguntó.

—¿Que adónde voy? —repitió Hugo con desdén—. Soy sir Hugo Langley y esta es mi casa.

—Esta parte, no, compañero —le replicó el hombre—. Ahora mismo es propiedad del gobierno de Su Majestad y del regimiento de East Sussex. Su parte es aquella ala de allí.

Hugo contuvo la rabia.

—¿No se supone que se marchaban ya?

—Así es. Nos iban a mandar a Francia, pero, por lo visto, no nos necesitan. Se las apañan muy bien sin nosotros. Con lo que imagino que nos mandarán a casa pronto.

Cuando Hugo se alejaba, el hombre le gritó:

—¿Y dónde ha estado, pasándolo bien en la Riviera?

—Pilotando un bombardero. En Malta desde 1941, luego en Italia, después tres meses en un hospital mientras me reconstruían la pierna.

El hombre se puso firme y saludó.

—Perdone, señor. No me había fijado en el uniforme. No me he dado cuenta.

Hugo rodeó el edificio por un lateral y entró por lo que en su día había sido una puerta de servicio. Se le hacía raro colarse en su propia casa de ese modo. Deambuló por ella, reconociendo muebles, pero con la extraña sensación de que nada estaba en su sitio y que ninguna de las estancias le era familiar. En la mesa de lo que entonces hacía las veces de salón, encontró la carta dirigida a él.

Querido Hugo:

Mientras escribo la presente, ignoro si estás vivo o muerto. Dicen que has desaparecido. Tengo que pensar que eso significa que has muerto. He permanecido aquí como era mi deber, pero ahora tengo que pensar en mi propia felicidad y en la de nuestro hijo. He conocido a alguien. Es un mayor estadounidense. Una persona maravillosa a quien le gusta reír y bailar y que me hace sentir viva otra vez. Me voy con él a Estados Unidos en cuanto me encuentren plaza en un barco. Le he pedido a tu abogado que inicie los trámites del divorcio. Admitiré de buena gana que soy la parte culpable, así no quedará en entredicho tu buen nombre ni el de tu noble familia.

Lo nuestro nunca funcionó, ¿no crees? Vi tu lado divertido y creativo cuando los dos estudiábamos en Florencia, pero, al volver a Inglaterra, quisiste ser como tu padre, tieso, aburrido y correcto, y yo nunca estuve a gusto en Langley. No era la clase de vida que habría elegido. Y el pobre Teddy, tan solo y soportando siempre las burlas de los niños del pueblo... Quiero una vida mejor para él también.

Perdóname, por favor. Te deseo lo mejor.

Brenda

Hugo se quedó mirando la carta un buen rato. Al principio lo indignó que su mujer lo hubiera traicionado con un americano, pero luego lo embargó la emoción. Si el marido de Sofia no volvía, podría casarse con ella. En cuanto terminara la guerra y le permitieran viajar, volvería a Italia y se la llevaría consigo. Se sentó enseguida al escritorio y le escribió una carta.

Capítulo 41

HUGO

PRIMAVERA DE 1945

Pasaron las semanas y siguió sin llegar la respuesta de Sofia. Hugo se dijo que el servicio postal italiano no debía de estar operativo aún. A lo mejor la carta se había perdido por el camino. Esperaría a que se diera por terminada oficialmente la contienda y volvería a escribirle o, mejor aún, iría a verla y le daría una sorpresa.

Pero entonces recibió la visita del abogado de la familia, el señor Barton.

—Lamento que tengamos que vernos en circunstancias tan angustiosas —le dijo—. Entiendo que no se opone al divorcio que su esposa le solicita...

—No —contestó Hugo.

—Siendo así, el asunto puede resolverse fácilmente. Sin embargo, la muerte de su padre ha generado un problema grave, el del impuesto de sucesiones. Me temo que la suma que debe abonar es bastante considerable, debido al tamaño y el valor de la finca.

—¿A qué se refiere con «bastante considerable»?

—Casi un millón de libras.

—¿Un millón de libras? —inquirió—. ¿De dónde voy a sacar tanto dinero?

—Si no puede reunir esa cifra, me temo que habrá de vender la finca.

—Pero eso es monstruoso —espetó—. Injusto.

—Me temo que es así como funciona la ley.

—¿No podrían venderse parte de los terrenos para urbanizar?

—Posiblemente. Aunque dudo que la venta generara ingresos suficientes.

—Voy a buscar un modo de solucionarlo —dijo Hugo—. No pienso vender una finca que ha formado parte de mi familia casi cuatrocientos años. Veré si puedo conseguir un préstamo para construir viviendas en los terrenos del fondo de la propiedad. La gente necesitará casas nuevas después de la guerra.

Pero poco a poco tuvo que hacer frente a la realidad. Ningún banco estaba dispuesto a prestarle dinero para construir viviendas y nadie quería comprarle unos terrenos tan alejados de una estación de tren. El ejército se retiró de Langley Hall, dejando un rastro de daños por toda la finca. Hugo recorrió con Elsie Williams, el ama de llaves, las habitaciones recién abandonadas. Todo era ruina y destrucción a su alrededor. Los hombres habían disparado a las estatuas y arrancado el papel pintado. Incluso habían usado los vestidores como urinarios; los suelos estaban

manchados y en estado de putrefacción. Los techos de la planta superior tenían goteras porque el agua se había filtrado por los tejados. La caldera principal había dejado de funcionar. Habían apilado de cualquier manera los muebles buenos en los dormitorios pequeños donde la carcoma los había encontrado.

—Está todo perdido, ¿verdad? —le preguntó a Elsie.

Por una vez, ella no fue capaz de darle una respuesta optimista. Parecía que estuviera conteniendo las lágrimas también. Instintivamente, él le puso una mano en el hombro. Ella lo miró y sonrió.

Más tarde le llegó devuelta la carta de Sofia, sin abrir, con un sello que rezaba «Destinatario desconocido. Devuélvase al remitente estampado en el sobre». Se dijo que probablemente Sofia había sabido que su marido seguía con vida y se había ido con él. Un final feliz para ella. Procuró creerlo así. Quiso volver a San Salvatore para averiguarlo por sí mismo, pero no tardó en enterarse de que sería imposible. La guerra había terminado oficialmente en Europa con la rendición de Alemania el 7 de mayo, pero el continente entero era un caos y no se permitían los viajes civiles. A Hugo lo habían declarado no apto para el servicio y ya era un civil más. Apeló a sus antiguos compañeros de la RAF para ver si ellos podían averiguar algo más, pero ninguno de ellos estaba destinado cerca de San Salvatore. Finalmente escribió al alcalde y esa vez recibió una respuesta breve:

La *signora* Bartoli ya no vive en este pueblo. La vieron huir en un vehículo militar con un oficial alemán y no hemos sabido más de ella.

Fue la gota que colmó el vaso. Contactó de nuevo con su abogado.

—De acuerdo —le dijo—. Ponga a la venta la mansión.

Más adelante, ese verano, Hugo, contemplaba la mansión desde el jardín mientras sacaban de ella los últimos muebles. Los criados ya se habían ido. Se sentía tremendamente solo, casi como si hubiera muerto. De hecho, lamentaba no haber muerto aquella primavera. ¿Para qué lo habrían encontrado entre los soldados alemanes abatidos si lo único que le esperaba era tanto sufrimiento? No tenía sentido.

Elsie Williams salió por la puerta de servicio cargada con una maleta. La vio acercarse a él, seria y resuelta, con la cabeza bien alta, no risueña como siempre. Pensó en lo triste que era que se fuera a trabajar a otro sitio y no volviera a verla nunca. Durante el verano, se había apoyado mucho en su sensato criterio de mujer de campo y en su jovial disposición.

—Siento mucho que haya ocurrido esto, sir Hugo —le dijo ella cuando llegó hasta él—. No es justo, con lo mal que lo ha pasado.

—Tienes razón, Elsie —contestó él—: no es justo. Pero ya hace tiempo que nada es justo, ¿no te parece? Todos aquellos muchachos que cayeron envueltos en llamas. Todos aquellos pobres diablos sentados a cenar en sus casas a los que hicimos pedazos con las bombas volantes. Y esos pobres desgraciados de los campos de concentración. Ninguno de ellos merecía morir.

Ella asintió con la cabeza.

—Tiene razón. —Se hizo un silencio largo, luego añadió—: He oído decir que tiene pensado quedarse.

Hugo suspiró.

—La escuela me ha ofrecido alojamiento en la casa del guarda a cambio de que dé clases

de Arte. Como, de momento, no tengo otra opción, me ha parecido lo más fácil. Al menos hasta que salga a flote de nuevo. —Miró la triste maletita que llevaba ella—. ¿Y tú, Elsie, adónde irás? En realidad, no hay un señor Williams, ¿verdad?

Ella rio.

—Uy, no, señor. No es más que una convención, ¿no? Ya lo sabe. Las amas de llaves y las cocineras siempre son señoras de alguien, por respeto. Y en cuanto a mi destino, aún no lo sé. Espero encontrar alguna oportunidad, aunque dicen que muchas de las mansiones las van a cerrar. Confío en encontrar algo.

—No tienes familia, ¿verdad? Creo recordar que, cuando viniste a nosotros, eras huérfana.

—Así es, señor. No tengo familia. Ni siquiera sé quién era mi familia.

Hugo la miró y sintió una pena inmensa. Allí estaba, arrojada al mundo sin un sitio adonde ir y sin quejarse, aceptándolo con resignación. Abrió la boca y se sorprendió diciendo:

—Sabes que siempre te puedes quedar aquí, Elsie.

Ella se mostró sorprendida, luego negó con la cabeza.

—¿Quedarme aquí? Ay, no, señor. Dejaron muy claro que contratarían a su propio personal para la escuela.

—Me refiero a quedarte conmigo —dijo él.

—¿Con usted? ¿En la casa del guarda? —Rio nerviosa—. No creo que haya espacio, para empezar, y usted tampoco necesita una criada.

Hugo notó que se ponía colorado.

—Me he expresado mal. Lo que quiero decir es que tú y yo siempre nos hemos llevado bien. Eres una mujer buena y decente y últimamente he aprendido a valorar tu presencia. Has sido un gran consuelo para mí. Y no tienes adonde ir y yo no tengo a nadie. Si nos casáramos, solucionaríamos el problema para los dos.

—¿Casarnos, señor? —preguntó con los ojos como platos, luego negó con la cabeza—. Eso no funcionaría nunca, ¿no cree? Yo soy bastante mayor que usted. ¿Qué tendrá, treinta y cuatro, como mucho?

—Treinta y cinco —la corrigió él.

—Y yo ya tengo cuarenta y dos, señor.

—Tampoco es una diferencia insuperable, seguro.

—No creo que deba usted tomar una decisión precipitada en algo tan importante como eso, menos aún con todo lo que le ha caído encima y lo despechado que está después de que la señora Langley lo haya dejado. Y tampoco quiero que me haga una propuesta así porque le dé lástima.

—No me das lástima, Elsie —dijo él—. De hecho, te envidio. Pareces capaz de sacar el mejor partido a la más negra de las situaciones. Creo que eres precisamente lo que necesito ahora. Claro que puede que yo no te resulte un gran partido...

Ella se ruborizó.

—Siempre me ha parecido usted muy guapo, señor Hugo. De hecho, cuando era más joven, solía tener una foto suya en mi cuarto. —Calló un instante, moviéndose nerviosa—. Pero también está la cuestión de la clase social. Usted es barón, un aristócrata. Yo soy una criada. ¿Qué dirá la gente?

—Tengo la impresión de que la guerra cambiará muchas cosas —le contestó él, poniéndole una mano en el hombro—. Ya no habrá distinciones. Además, ¿a quién le importa lo que digan? Que hablen. Yo creo que podríamos ser felices, ¿no te parece?

—Yo siempre le he tenido mucho cariño, señor Hugo —dijo ella—. Y, bueno, la posibilidad de tener mi propio hogar y dejar de vivir bajo el techo de otros... pues me atrae

mucho, la verdad. Pero no quiero que haga algo de lo que se arrepienta después.

Entonces él le sonrió y le levantó la barbilla con un dedo.

—No me arrepentiré, Elsie, te lo prometo. Y por el amor Dios, suelta ya esa condenada maleta para que te pueda besar.

Capítulo 42

JOANNA

JUNIO DE 1973

Una semana después, me preparaba a regañadientes para volver a casa y asistir a la subasta del cuadro cuando el empleado de correos se nos acercó a Renzo y a mí.

—He recibido una llamada telefónica de la residencia donde se aloja el padre Filippo — dijo—. Por lo visto, está en las últimas y desea hablar con el *signor* Bartoli y la joven de Inglaterra.

Desconcertados, fuimos hasta el pueblo vecino en el Alfa Romeo de Renzo. La residencia era un edificio moderno y agradable próximo al centro. Una monjita joven y de cara alegre nos acompañó a la habitación del párroco.

—Puede que desvaríe, pero confío en que consigan sosegarlo antes de que se nos vaya.

El anciano parecía casi transparente, tumbado bajo sábanas blancas. Tenía los ojos cerrados.

—Padre, soy yo, Renzo Bartoli —le dijo Renzo en voz baja—. He venido, como quería, y he traído conmigo a la joven inglesa.

El párroco abrió despacio los ojos.

—Bien —dijo—, quiero que oigáis mi confesión antes de morir, tú y la joven, porque le concierne a ella. Soy el responsable de la muerte de tu madre y del inglés. Yo los delaté y lo he llevado sobre mi conciencia todos estos años.

—¿Cómo va a haber sido usted, padre? —le preguntó Renzo con ternura.

—Tuve que decidir qué era preferible —contestó, con la respiración entrecortada—. El comandante alemán vino a mí. Me dijo que sospechaba que alguien del pueblo estaba escondiendo al piloto inglés. Iba a fusilarnos a todos, hombres, mujeres y niños, a menos que alguien confesara. Sofia me había contado lo del piloto, bajo secreto de confesión. Sé que el secreto de confesión es sagrado, pero se trataba de muchas vidas, muchos inocentes frente a uno. Le conté lo que sabía, pero le rogué que le perdonara la vida a Sofia y me matara a mí en su lugar. No accedió. Así que, con todo el dolor de mi corazón, le entregué a tu madre, Renzo, para salvarles la vida a los demás. Nunca he sabido si hice bien o no.

—Hizo lo que le pareció mejor, padre —le dijo Renzo—. No había bien o mal.

—Eso es cierto, pero aun así... Aquella joven tan dulce... ¡Lo que he llorado por ella todos estos años y lo que he rezado para que esté en el cielo con los ángeles!

—Seguro que sí —dijo Renzo con la voz quebrada.

—Y la joven inglesa... Los alemanes se llevaron a su padre también. Lo siento.

—Pero escapó, padre —dije yo—. Regresó a casa y volvió a casarse. Yo nací de ese matrimonio.

—Eso está bien —contestó con una leve sonrisa—. Al menos algo salió bien.

Cerró los ojos despacio.

Renzo se inclinó y lo besó en la frente.

—Váyase en paz, padre. No hay nada que perdonar.

Una dulce sonrisa se dibujó en el rostro del párroco. Tardamos un rato en darnos cuenta de que ya no respiraba.

Esa noche, Renzo y yo estábamos sentados en la terraza. Esa vez bebíamos un vaso de *limoncello* después de la cena que él me había preparado: mejillones y almejas en una salsa cremosa, bistec a la florentina y, de postre, una deliciosa tarta de almendra con helado. Yo estaba contenta, más de lo que lo había estado en años.

En el horizonte, la luz rosada del anochecer bañaba las colinas. A lo lejos, sonaba una campana. Por lo demás, todo estaba en silencio.

—Entonces, todo esto es tuyo —dije, señalando los viñedos y los olivares—. Vas a ser un hombre rico.

Miró alrededor.

—Sí, supongo que sí. Pero ahora que sé la verdad, creo que debería devolver las tierras de las que se apropió mi padre después de la guerra, las tierras de esos valientes que murieron en la masacre. Es lo correcto, ¿no te parece?

—Sí —coincidió—, yo también creo que es lo correcto.

—Seguiré teniendo los viñedos y el lagar —dijo—. No seré precisamente pobre. —Me miró a los ojos—. Ni tú, por lo que parece.

—No, tienes razón. Aún no lo he digerido.

—Podrías recuperar la mansión de tu familia y convertirte en señora de Langley Hall.

Se me pasó una imagen fugaz por la cabeza. Me vi diciéndole a la señorita Honeywell: «Lo siento, pero necesito que se vaya antes de que termine el trimestre. Voy a volver a vivir aquí». Y reí.

—Es curioso, pero he soñado toda la vida con hacerlo. Mi objetivo era triunfar para poder recuperar la casa de mi padre para él. Y ahora está muerto y yo no me veo como señora de la mansión. Aún no sé bien qué quiero hacer.

—Joanna —dijo él, despacio—. No hacía falta que te quedaras aquí. Podías haber vuelto a casa con el abogado inglés. Pero lo has despachado con la excusa de que te van a necesitar para la investigación. Me pregunto si eso significa que no quieres marcharte.

—Eso mismo —contesté—: no quiero irme. Me gusta estar aquí. Me gusta estar con Paola y aprender a cocinar y sentir que alguien se preocupa por mí.

—¿Y yo? —preguntó—. ¿Tampoco has querido marcharte por no dejarme?

—Sí —dije con cautela—, creo que sí.

Se inclinó hacia mí, me puso una mano bajo la barbilla y me acercó la cara a la suya, luego me besó con fuerza, apasionadamente. Cuando nos separamos, ríe nervioso.

—Menos mal que estamos en una terraza donde nos pueden ver, porque, si no, no sé dónde habría terminado esto.

—Soy una dama inglesa respetable —repuse—. Espero que se me corteje como es debido.

—Por supuesto, *milady*. —Ríe, con una mirada coqueta.

Lo miré, asaltada de pronto por un pensamiento.

—Podrías volver a Londres a terminar tus estudios y abrir tu propio restaurante.

—Podríamos convertir tu Langley Hall en hotel y restaurante —dijo él.

—¿Podríamos?

—¿Voy demasiado rápido? Aunque solo sea como socios, ya sabes.

—¿Y por qué en Inglaterra? Lluve demasiado. Podrías abrir tu restaurante aquí, como siempre habías soñado. Podrías convertir esta casa en el restaurante de tus sueños. Imagina a tus comensales aquí sentados, en tu terraza, deleitándose con las vistas antes de deleitarse con la comida.

—Primero tendría que volver a Inglaterra para terminar mi formación. Y tú tendrías que hacer el examen de abogada. Y luego, ¿quién sabe?

Alargó el brazo y me cogió la mano. Nos quedamos allí sentados, el uno junto al otro, en la terraza, sin decir una palabra mientras el sol se ocultaba tras los montes y una a una fueron encendiéndose las luces del mundo que se extendía a nuestros pies.

AGRADECIMIENTOS

Pier-Raimondo y Cajsá Baldini fueron unos anfitriones maravillosos en la Toscana y tuvieron el detalle de leer mi manuscrito y hacerme sugerencias. Penny y Roger Fountain me trataron muy bien en Lincolnshire y me encontraron museos de la segunda guerra mundial donde poder investigar el bombardero Blenheim y expertos en la materia que resolvieron mis dudas. Incluso asistieron a una exhibición aérea para hacerme fotografías de un Blenheim en vuelo.